

Susan Ee



ANGELFALL

Libros del Cielo ☼



# Angelfall

Susan Ee



## Staff

Moderadora:

Andreani

Traductoras:

Andreani  
Panchys  
Mery St. C  
Pixie  
Annabelle

♥...Luisa...♥  
DaniO  
Carlota  
Mimu\_14  
Nortia

Vero  
AnnaisJ  
LizC

Correctoras

Melii  
Tamis11  
rominita2503  
Mali..♥  
LuciiTamy  
Yeiny04

Mery St. C  
Phedre  
Deydra Ann  
Chio  
melky2012  
Vericity

July  
liRose  
Multicolor  
Mary Ann♥

Diseño & Lectura Final

Deydra – Mery St. Clair

## Índice

Capítulo 1	Capítulo 17	Capítulo 33
Capítulo 2	Capítulo 18	Capítulo 34
Capítulo 3	Capítulo 19	Capítulo 35
Capítulo 4	Capítulo 20	Capítulo 36
Capítulo 5	Capítulo 21	Capítulo 37
Capítulo 6	Capítulo 22	Capítulo 38
Capítulo 7	Capítulo 23	Capítulo 39
Capítulo 8	Capítulo 24	Capítulo 40
Capítulo 9	Capítulo 25	Capítulo 41
Capítulo 10	Capítulo 26	Capítulo 42
Capítulo 11	Capítulo 27	Capítulo 43
Capítulo 12	Capítulo 28	Capítulo 44
Capítulo 13	Capítulo 29	Capítulo 45
Capítulo 14	Capítulo 30	Capítulo 46
Capítulo 15	Capítulo 31	Capítulo 47
Capítulo 16	Capítulo 32	

## Sinopsis

**H**an pasado seis semanas desde que los ángeles del apocalipsis descendieron para demoler el mundo moderno. Las pandillas callejeras gobiernan el día mientras que el miedo y la superstición gobiernan la noche. Cuando los Ángeles Guerreros se llevan una niña indefensa, su hermana de diecisiete años, Penryn, hará cualquier cosa para traerla de vuelta.

Cualquier cosa, incluyendo hacer un trato con un ángel enemigo. Raffe, es un guerrero al que se encuentra herido y sin alas en la calle. Después de eones de luchar sus propias batallas, se encuentra siendo rescatado de una situación desesperada por una adolescente medio muerta de hambre.

Viajando a través de un oscuro y retorcido Norte de California, dependen uno del otro para su supervivencia. Juntos viajan hacia la fortaleza de los Ángeles, en San Francisco, donde ella lo arriesgará todo para rescatar a su hermana, y él se pondrá asimismo a merced de sus enemigos más grandes por la oportunidad estar completo nuevamente.

**Penryn & el Fin de los Días #1**



*Traducido por Andreani*

*Corregido por Melii*

**I**rónicamente, desde los ataques, las puestas de sol han sido gloriosas. Fuera de nuestra ventana del condominio, el cielo arde en llamas como un mango con hematomas de colores: naranja vivo, rojos y morados. Las nubes se incendian con los colores del atardecer, y estoy casi asustada de que aquellos que estamos atrapados por debajo nos incendiemos también.

Con la moribunda calidez en mi cara, intento no pensar en otra cosa que en hacer que mis manos dejen de temblar mientras metódicamente cierro mi mochila.

Me pongo mis botas favoritas. Solían ser mis favoritas porque una vez recibí un elogio de Misty Johnson sobre el aspecto de las tiras de cuero que bajaban formando una red a los lados. Ella es —fue— una animadora y conocida por su buen gusto por la moda, por lo que pensé que estas botas eran mi testigo de declaración de moda a pesar de que están hechas por una compañía de botas para senderismo. Ahora son mis favoritas porque las tiras son perfectas para sujetar un cuchillo.

También introduzco afilados cuchillos para carne en el bolsillo de la silla de ruedas de Paige. Dudo antes de poner uno en el carrito de mi mamá, que está en la sala de estar, pero lo hago de todos modos. Lo deslizo entre una pila de Biblias y un montón de botellas vacías de refrescos. Muevo algo de ropa encima, cuando ella no mira, con la esperanza de que nunca averigüe que está allí.

Antes de que esté totalmente oscuro, llevo a Paige por la sala de estar, hasta las escaleras. Ella puede moverse por su propia cuenta, gracias a su preferencia por una silla convencional sobre el tipo eléctrico. Pero puedo decir que se siente más segura cuando yo la empujo. El ascensor es inútil ahora, por supuesto, a menos que estés dispuesto a arriesgarte a quedarte atascado cuando se va la electricidad.

Ayudo a Paige a salir de la silla y la llevo sobre mi espalda mientras nuestra madre rueda la silla tres tramos de escaleras. No me gusta sentir lo

esquelética que esta mi hermana. Está demasiado ligera ahora, incluso para tener siete años de edad, y me asusta más que todo lo demás combinado.

Una vez que llegamos al vestíbulo, pongo a Paige devuelta en su silla de ruedas. Le acomodo un mechón de cabello oscuro detrás de su oreja. Con sus pómulos salientes y sus ojos del color azul como la medianoche, casi podríamos ser gemelas. Su rostro se asemeja más al de un duendecillo que el mío, pero agrégale otros diez años y se vería justo como yo. Aunque nadie jamás nos confundiría, incluso si ambas tuviéramos diecisiete años, más de lo que la gente mezclaría frío y caliente o blando y duro. Incluso ahora, tan asustada como está, las esquinas de su boca se elevan en el fantasma de una sonrisa, más preocupada por mí que por ella misma. Le regreso una, intentando irradiar confianza.

Subo corriendo las escaleras de vuelta, para ayudar a mamá a bajar su carrito. Luchamos con lo desgarrado, haciendo todo tipo de operaciones mientras nos tambaleamos por las escaleras. Esta es la primera vez que he estado contenta de que nadie estuviera en el edificio para escucharlo. El carrito esta atiborrado de botellas vacías, mantas de cuando Paige era bebé, pilas de revistas y Biblias, cada camisa que papá dejó en el armario cuando se mudó y por supuesto, las cajas de sus preciosos huevos podridos. Ella también ha rellenado cada bolsillo de su suéter y de su chaqueta con los huevos.

Considero dejar el carrito, pero la discusión que tendría con mi madre tomaría mucho tiempo y sería mucho más ruidosa que ayudarla. Solo espero que Paige esté bien durante la cantidad de tiempo que toma bajarlo. Debía patearme a mi misma por no bajar del carro primero y así Paige podría estar en el piso de arriba, lugar relativamente seguro, en lugar de estarnos esperando en el vestíbulo.

Para el momento en que llegamos a la puerta del edificio, yo ya estoy sudando y mis nervios están desgastados.

—Recuerden —digo—. No importa lo que pase, sólo sigan corriendo por El Camino hasta llegar a Page Mill. Entonces diríjense a las colinas. Si nos separamos, nos encontraremos en la cima de las colinas, ¿De acuerdo?

Si nos separamos, no hay muchas esperanzas de pudiéramos reunirnos en algún lugar, pero necesito seguir fingiendo esperanza porque eso puede ser todo lo que tenemos.

Pongo mi oreja en la puerta de nuestro edificio de condominios. No escucho nada. Ni viento, ni pájaros, ni coches, ni voces. Jalo de la pesada puerta sólo un poco y doy un vistazo.

Las calles están desiertas excepto por unos automóviles vacíos estacionados en cada carril.

El día pertenece a los refugiados y a las pandillas callejeras. Pero por la noche, todos desaparecen, dejando las calles desiertas al atardecer. Ahora, hay un fuerte temor de lo sobrenatural. Ambos, mortales depredadores y presas, parecen estar de acuerdo en escuchar sus temores primarios y ocultarse hasta el amanecer. Incluso la peor de las nuevas bandas callejeras deja la noche a cualquier criatura que pueda rondar por la oscuridad en este nuevo mundo.

Al menos, lo han hecho hasta ahora. En algún momento, los más desesperados comenzarán a tomar ventaja de la noche a pesar de los riesgos. Espero que seamos las primeras, así seremos las únicas ahí afuera, por ninguna otra razón que esa arrastraría a Paige lejos de ayudar a alguien en problemas.

Mamá se sujeta de mi brazo mientras mira fijamente a la noche. Sus ojos están intensos por el miedo. Lloró tanto el año pasado desde que papá se fue que sus ojos ahora están hinchados permanentemente. Tiene un terror especial de la noche, pero no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Empiezo a decirle que todo estará bien, pero la mentira se congela en mi boca. Es inútil tranquilizarla.

Tomo una respiración profunda y jalo bruscamente la puerta para abrirla.

Instantáneamente me siento expuesta. Mis músculos se tensan como si esperan recibir un disparo en cualquier momento.

Agarro la silla de Paige, y la ruedo fuera del edificio. Analizo el cielo, entonces todo nos rodea, dejándonos como si fuéramos un pequeño e inofensivo conejo escapando de los depredadores.

Las sombras rápidamente oscurecieron sobre los edificios abandonados, coches y arbustos muertos que no han sido regados en seis semanas. Algún artista de grafitis ha pintado un ángel enojado con unas alas enormes y una espada en la pared de condominio a través de la calle. La grieta gigante que divide la pared en zigzag pasa por la cara del Ángel, haciéndolo lucir demente. Junto a eso, alguien que desea ser poeta ha garabateó las palabras, "*¿Quién nos protegerá contra los guardianes?*"

Me encogí de miedo al escuchar el ruido del traqueteo que hace el carro de mi madre cuando lo empuja por la puerta y sobre la acera. Hacemos crujir los vidrios rotos sobre los que caminamos, lo que me convence aun más de que deberíamos de habernos quedado ocultas en nuestro condominio durante más tiempo del que debimos. Se han roto las ventanas del primer piso.

Y alguien ha clavado una pluma en la puerta.

No creo ni por un segundo que sea una pluma de un ángel real, aunque eso claramente está implícito. Ninguna de las bandas nuevas son tan fuertes o ricas. Todavía no, de todas formas.

La pluma ha sido bañada en pintura roja que gotea hacia abajo de la madera. Al menos, espero que sea pintura. He visto este símbolo de las pandillas en supermercados y farmacias durante las últimas semanas, advirtiendo a los carroñeros. No pasará mucho antes de que los pandilleros vengán a reclamar lo que queda en los pisos superiores. Que mal por ellos que no estaremos allí. Por ahora, están ocupados reclamando el territorio antes de que las bandas rivales lo hagan primero.

Corrimos a toda velocidad hasta el coche más cercano, buscando donde ocultarnos.

No necesito mirar detrás de mí para asegurarme de que mamá me está siguiendo, porque el castañetear de las ruedas del carrito me dice que se está moviendo. Doy un vistazo rápido, luego en cualquier dirección. No hay ningún movimiento en las sombras.

La esperanza parpadea a través de mí por primera vez desde que hice nuestro plan. Tal vez esta noche será una de esas noches donde no pasa nada en las calles. No pandillas, ni ningún animal masticado que permanecerá hasta la mañana, ni ecos de gritos a través de la noche.

Mi confianza aumenta mientras saltamos de un coche a otro, moviéndonos más rápido de lo que esperaba.

Damos vuelta en El Camino Real<sup>1</sup>, una arteria principal de Silicon Valley. Significa "The Royal Path", según mi profesor de español. El nombre se ajusta, teniendo en cuenta que nuestra realeza local son: los fundadores de empresas como Google, Apple, Yahoo y Facebook. Probablemente se quedaron atrapados en este camino como todo el mundo.

Las intersecciones están estancadas con carros abandonados. Nunca había visto un embotellamiento aquí anteriormente a estas seis semanas. Los controladores de tránsito siempre fueron tan amables como se puede ser. Pero lo que realmente me convence de que el Apocalipsis ha llegado, es el crujir de Smartphones bajo mis pies. Nada menor al fin del mundo acabaría con nuestra eco-consciencia de ayudar para echar sus aparatos más recientes a la calle. Es prácticamente un sacrilegio, incluso si los aparatos son peso muerto justo ahora.

Había considerado quedarnos en las calles más pequeñas, pero las pandillas tienen más probabilidades de estar escondidas donde están menos expuestas. Aunque es noche, si los tentamos en su propia calle, podrían estar dispuestos a correr el riesgo de exponerse por un carrito lleno de botín. A esa distancia, es poco probable que ellos sean capaces de ver que sólo son botellas vacías y trapos.

Estoy apunto de asomarme por detrás de un SUV para revisar afondo nuestro próximo salto, cuando Paige se inclina hacia la enorme puerta de automóvil y se estira para alcanzar algo en el asiento.

Es una barra energética. Sin abrir.

---

<sup>1</sup> Español original.

Está descansando entre unos documentos dispersos, como si hubiera caído de una bolsa. Lo más inteligente sería que lo agarráramos y huyéramos, y entonces, comerla en un lugar seguro. Pero he aprendido en las últimas semanas que tu estómago puede anular bastante fácilmente a tu cerebro.

Paige rasga el paquete y rompe la barra en tercios. Su rostro está radiante mientras lo hace. Su mano tiembla con el hambre y la emoción. Pero a pesar de eso, nos da piezas más grandes y se deja la más pequeña para sí.

Rompo la mía por la mitad y le doy una parte a Paige. Mamá hace lo mismo. Paige luce desanimada de que rechacemos sus regalos. Puse mi dedo en mis labios y le doy una mirada severa. A regañadientes, ella toma los alimentos ofrecidos.

Paige ha sido vegetariana desde que tenía tres años, cuando visitamos el zoológico interactivo. Aunque ella era prácticamente un bebé, hizo la conexión entre el pavo que la hizo reír y los sándwiches que ella comió. Le llamamos nuestra propia pequeña Dalái Lama hasta hace un par de semanas, cuando comencé a insistirle que comiera lo que fuera que me ingeniaba para mendigar en la calle. Una barra de energía es lo mejor que podemos hacer por ella en estos días.

Nuestros rostros se relajan en alivio cuando mordemos la crujiente barra. ¡Azúcar y chocolate! Calorías y vitaminas.

Una de las piezas de papel cae flotando desde el asiento de pasajero. Yo alcanzo a atrapar un vislumbre de la leyenda.

***"¡Regocíjate! ¡Viene el Señor! ¡Únete al Nuevo Amanecer y sé el primero en ir al paraíso!"***

Es uno de los volantes de los cultos del Apocalipsis que surgieron, como espinillas en piel grasosa, después de los ataques. Tiene fotos borrosas de la ardiente destrucción de Jerusalén, la Meca y el Vaticano. Parece que alguien tomó fotografías de los videos de noticias y las imprimió con una impresora de color barata. Parece estar hecha a prisa, con una apariencia casera.

Engullimos nuestra comida, pero estoy demasiado nerviosa para disfrutar el sabor dulce. Estamos casi en Page Mill Rd, lo que nos llevaría hasta las colinas a través de un área relativamente despoblada. Me doy cuenta, una vez que estamos cerca de las colinas, que nuestras posibilidades de supervivencia

umentarán considerablemente. Ahora es plena noche, los coches, inquietantemente desiertos, iluminados por la media luna.

Hay algo sobre el silencio que me pone los nervios de punta. Parece que debería haber algo de ruido, tal vez el pasar furtivo de una rata o aves o grillos o algo. Incluso el viento parece tener miedo de moverse.

El carrito de mi madre suena especialmente fuerte en el silencio. Me gustaría tener tiempo para discutir con ella. Un sentido de urgencia crece en mí, como si respondiera a la acumulación que se crea antes del relámpago. Sólo necesitamos lograr llegar a Page Mill.

Empujo más rápido, zigzagueando de coche en coche. Detrás de mí, la respiración de mi mamá se vuelve más pesada y más trabajosa. Paige es muy silenciosa, medio sospecho que esta conteniendo el aliento.

Algo blanco flota suavemente hacia abajo y aterriza en Paige. Ella lo recoge y se vuelve para mostrarlo. Toda la sangre se drena de su rostro y sus ojos se hacen enormes.

Es una pieza mullida de plumaje. Una pluma blanca como la nieve. Del tipo que puede encontrar la manera de salirse de un edredón hecho con plumas de ganso, sólo que un poco más grande.

La sangre se drena de mi cara también.

*¿Cuáles son las posibilidades?*

Principalmente, se dirigen a las grandes ciudades. Silicon Valley es sólo una franja de llanura de pisos de oficinas y suburbios entre San Francisco y San José. San Francisco ya ha sido golpeado, por lo que si iban a atacar algo en esta área, sería San José, no el valle. Son sólo algunas aves volando, eso es todo. Eso es todo.

Pero yo ya estoy jadeando presa del pánico.

Me obligo levantar la mirada. Todo lo que veo es interminable cielo oscuro.

Pero luego, si veo algo. Otra, una pluma aun más grande, cae flotando hacia mi cabeza.

El sudor agujonea mi ceja. Reacciono y me echo a correr a toda velocidad.

El carrito de mamá se sacude ruidosamente detrás de mí mientras ella me sigue desesperadamente. No necesita explicaciones o ánimo para huir. Me da miedo que una de nosotras caiga, o que la silla de Paige se atore, pero no

puedo detenerme. Tenemos que encontrar un lugar para ocultarnos. Ahora, ahora, *ahora*.

El coche híbrido, al cual tenía la intención de llegar, de pronto se comprime bajo el peso de algo se desploma sobre él. El trueno del accidente casi me hace saltar fuera de mis botas. Por suerte, cubre el grito de mamá.

Alcanzo a ver un destello de extremidades morenas y alas nevadas.

Un Ángel.

Tengo que parpadear para asegurarme de que es real.

Yo nunca he visto un Ángel antes, no vivo de todos modos. Por supuesto, todos hemos visto el métrico bucle de las alas de oro Gabriel, mensajero de Dios, siendo baleadas sobre el montón de escombros que era Jerusalén. Pero viendo la televisión, siempre puedes decirte que no era real, incluso si fue en cada programa de noticias por días.

Pero no puede negar que esto es real. Hombres con alas. Ángeles del Apocalipsis. Seres sobrenaturales que han pulverizado el mundo moderno y matado a millones, incluso miles de millones de personas.

Y aquí está, uno de los horrores, justo delante de mí.

*Traducido por Andreani*

*Corregido por Melii*

**C**asi vuelco a Paige en mi apuro por girar y cambiar de dirección. Nos escurrimos y nos detenemos detrás de un camión de mudanza estacionado. Me asomo por detrás de él, incapaz de dejar de ver.

Cinco Ángeles más bajan en picada por donde estaba el de las alas nevadas. A juzgar por su postura agresiva, es una lucha de cinco contra uno. Esta demasiado oscuro para ver los detalles sobre el aterrizaje de los Ángeles, pero hay algo en la forma de las alas de uno de ellos que me sorprende de manera diferente. Estas se pliegan demasiado rápido cuando aterriza, haciendo que no pueda apreciarlas de manera apropiada y me quedo pensando si realmente había algo diferente acerca de ese ángel. Es un gigante, erigido sobre el resto.

Nos hemos agachado y mis músculos de congelan, negándose a pasar de la relativa seguridad detrás del neumático del camión. Hasta el momento, no parecen habernos notado.

Repentinamente, una luz parpadea y se enciende encima el híbrido aplastado. La electricidad ha vuelto y esta lámpara de la calle es una de las pocas que aún no se ha roto. La luz solitaria se ve más brillante y espeluznante, destacando contrastes más esclarecedores. Algunas ventanas vacías se encienden a lo largo de la calle también, dando suficiente luz para mostrarme a los Ángeles un poco mejor.

Tienen alas de colores diferentes. Aquel que destrozó en el coche tiene alas blancas como la nieve. El gigante tiene alas del color de la noche. Las otras son de colores azules, verdes, naranja quemado y unas con rayas de Tigre.

Todos sin camisa, sus formas musculosas se flexionan con cada movimiento. Al igual que sus alas, el tono de su piel varía. El ángel de las alas blancas que aplastó el coche, tiene la piel color caramelo claro. El de las alas de noche, tiene la piel tan pálida como un huevo. El resto entre oro y marrón oscuro. Estos ángeles parecen el tipo que está fuertemente marcado por las heridas de la batalla, pero en lugar de eso, son del tipo de piel perfectamente

inmaculada, el cual las reinas de graduación del país matarían a sus reyes por tener.

El Ángel de nieve rueda dolorosamente fuera del coche aplastado. A pesar de sus heridas, aterriza medio agachado, preparado para un ataque. Su gracia atlética me recuerda a un puma que una vez vi en la televisión.

Puedo decir que él es un oponente formidable por la manera en que los demás se le acercan con cautela, aunque está lesionado y ahora superado en número. A pesar de que los otros son musculosos, lucen brutos y torpes en comparación a él. Tiene el cuerpo de un nadador olímpico, compacto y musculoso. Se ve que está listo para luchar contra ellos a mano limpia, sin importar que casi todos sus enemigos estén armados con espadas.

Su espada yace a unos metros del coche, donde aterrizó durante su caída. Como las otras espadas de Ángel, es corta, menos de medio metro de hoja con doble filo.

La ve y se gira para abalanzarse por ella. Pero el ángel con las alas quemadas pateo la espada. Esta se desliza perezosamente sobre el asfalto, alejándose de su propietario, pero la distancia que se mueve es sorprendentemente corta. Debe ser tan pesada como el plomo. Aun así, está lo suficientemente lejos para asegurar que el de las alas nevadas no tenga la oportunidad de alcanzarla.

Me acomodo para ver la ejecución del ángel. No hay duda sobre los resultados. Aún así, el de las alas blancas da una buena pelea. Patea al que tiene rayas tigre y logra defenderse de otros dos. Pero no existe comparación para cinco de ellos juntos.

Cuando finalmente cuatro de ellos logran inmovilizarlo en el suelo, prácticamente se sientan sobre él, el gigante de las alas de Noche camina hacia él. Asechándolo, como el ángel de la Muerte, el cual supongo que podría ser. Tengo la clara impresión de que esto es la culminación de varias batallas de estos ángeles. Siento historia entre ellos por la manera en que se miran, en la forma en que el de las alas de Noche tira del de las del de Nieve, extendiéndolas. Él asiente al de las Rayas, que levanta su espada por encima del de las alas del de Nieve.

Quiero cerrar mis ojos frente al golpe final, pero no puedo. Mis ojos permanecen abiertos, como si estuvieran pegados, olvidando cómo cerrarse.

—Debiste aceptar nuestra invitación cuando tenías la oportunidad—dice Noche, tirando del ala para alejarla del cuerpo de Nieve—. Aunque ni siquiera yo hubiera predicho este tipo de final para ti.

Él asiente nuevamente a Rayas. La espada cae y corta el ala.

Nieve lanza un grito de furia. La calle se llena de ecos de su rabia y su agonía.

La sangre se esparce por todas partes, bañando a los demás. Ellos luchan para mantenerlo sujeto mientras la sangre lo hace resbaladizo. Él gira y patea a dos de los matones con la velocidad del rayo. Terminan rodando sobre el asfalto, curvándose alrededor de sus estómagos. Por un momento, mientras los dos ángeles restantes luchan por sujetarlo, creo que él va lograr soltarse.

Pero el ángel de la Noche pisa con su bota sobre la espalda de Nieve, justo en la cruda herida.

Nieve sisea en un aliento lleno de dolor, pero no grita. Los demás aprovechan la oportunidad para escabullirse y volver a su posición, inmovilizándolo.

Noche deja caer el ala cortada. Esta se derrumba pesadamente, como un animal muerto, sobre el asfalto.

La expresión de Nieve es de furia. Todavía quiere seguir luchando, pero esto se drena rápidamente junto con su sangre. Sangre que empapa su piel, enredando su cabello.

Noche agarra el ala restante y la extiende.

—Si fuera por mí, te dejaría ir —dice Noche. Hay suficiente admiración en su voz para hacerme sospechar que podría decirlo en serio—. Pero todos tenemos nuestras órdenes—A pesar de la admiración, no muestra ningún arrepentimiento.

Rayas levanta su espada, posicionándola en el ala conjunta de Nieve, capturando el reflejo de la luna.

Me encojo de miedo, esperando otro golpe sangriento. Detrás de mí, un sonido más pequeño y simpático se le escapa a Paige.

El de las alas quemadas repentinamente levanta la cabeza desde atrás de Noche. Viendo directamente hacia nosotros.

Me congelo, todavía agazapada detrás del camión de mudanza. Mi corazón salta y luego se acelera al triple de su velocidad.

Quemado se levanta y se aleja de la carnicería.

Directamente hacia nosotras.



*Traducido por Andreani*

*Corregido por tamis11*

**M**i cerebro se bloquea por el miedo. Lo único que puedo pensar en hacer, es distraer al Ángel mientras mi madre empuja a Paige a un lugar seguro.

—¡Corran!

La cara de mi madre se congela con los ojos muy abiertos, horrorizada. En su pánico, se da la vuelta y corre sin Paige. Debe haber asumido que yo empujaría la silla de ruedas. Paige me mira, con ojos aterrorizados dominando su rostro de duendecillo.

Ella gira su silla de ruedas y la rueda tan rápido como puede tras mi mamá. Mi hermana puede rodar su propia silla de ruedas, pero no tan rápido como alguien empujándola.

Ninguna de nosotras habría salido viva sin alguna distracción. Sin tiempo para considerar los pros y los contras, tomo una decisión milimétrica.

Salgo corriendo hacia una escalera en que está cerca de Quemado.

Registro levemente un rugido de indignación lleno de agonía por algún lugar en segundo plano. La segunda ala es cortada. Probablemente ya es demasiado tarde. Pero estoy en el lugar donde se encuentra la espada de Nieve, y no hay tiempo suficiente para que yo piense en un nuevo plan.

Recojo la espada casi bajo los pies de Quemado. La agarro con ambas manos, esperando que sea muy pesada. Se eleva en mis manos, tan ligera como el aire. Me gustaría lanzarla hacia Nieve.

—¡Oye! —gritó con todo lo que dan mis pulmones.

Quemado se agazapa, luciendo tan sorprendido como me siento yo, al ver la espada volando por encima. Es una medida desesperada y mal pensada por mi parte, especialmente porque el Ángel probablemente está sangrando a muerte ahora.

Pero la espada vuela con mucha más precisión de lo que esperaba y aterriza con la empuñadura justo en la mano tendida de Nieve, casi como si hubiera sido guiada allí.

Sin detenerse, el Ángel sin alas balancea su espada hacia Noche. A pesar de sus abrumadoras lesiones, es rápido y furioso. Puedo entender por qué los demás tuvieron que superarlo en número dramáticamente antes de arrinconarlo.

La espada corta el estómago de Noche. Su sangre emana y se mezcla con el charco carmesí que ya está en el camino. Rayas salta hacia su jefe y lo sujeta antes de que caiga.

Nieve, tropieza al intentar recuperar su equilibrio sin sus alas, sangrado ríos por su espalda. Vuelve a blandir su espada, haciéndola caer sobre la pierna de Rayas cuando huye con Noche en sus brazos. Pero eso no los detiene.

Los otros dos que se habían alejado tan pronto como las cosas se pusieron feas, sujetaron a Noche y Rayas. Sus potentes alas comenzaron a moverse mientras se llevaban a los heridos, dejando un rastro de sangre goteando en el suelo cuando despegaron hacía la noche.

Mi distracción fue un éxito sorprendente. La esperanza, de que quizás mi familia hubiera encontrado un nuevo escondite para este momento, emergió dentro de mí.

Entonces, el mundo estalla en dolor cuando Quemado me golpea.

Vuelo hacia atrás y me estampo en el asfalto. Mis pulmones se contraen tan fuerte que aún no puedo comenzar a pensar en respirar. Todo lo que puedo hacer encogerme en una bola, tratando de regresar un poco de aire a mi cuerpo.

Quemado se da vuelta hacía Nieve, que ya no puede llamarse Nieve. Duda mientras contrae sus músculos, aunque considerando sus probabilidades de ganar contra un Ángel lesionado. Nieve, sin alas y bañado en sangre, se mece sobre sus pies, apenas capaces de soportarlo. Pero su espada esta estable y apuntado a Quemado. Los ojos de Nieve arden con furia y determinación, que es probablemente todo lo que lo está sosteniendo en pie.

El Ángel ensangrentado debe tener un infierno de una reputación porque, a pesar de su condición, Quemado que está perfectamente sano y completo, regresa su espada a su vaina. Me da una mirada llena de disgusto, y despega. Corre por la calle, con sus alas aerotransportándolo.

En el segundo que su enemigo le da la espalda, el lesionado Ángel cae de rodillas entre sus alas cortadas. Luce como si se estuviera desangrando bastante rápido y estoy segura de que morirá en pocos minutos.

Finalmente logró tomar aire decentemente. Arde mientras entra en mis pulmones, pero mis músculos se relajan cuando reciben oxígeno nuevamente. Me deleito en un momento de alivio. Descanso mi cuerpo y me giró para mirar hacia la calle.

Lo que veo envía un estremecimiento a través de mí.

Paige está rodando laboriosamente su silla de ruedas por la calle. Por encima de ella, Quemado detiene su ascenso, haciendo círculos como un buitre y comienza a baja en picada hacia ella.

Me levanto y corro como una bala.

Mis pulmones gritan por aire, pero los ignoro.

Quemado mira hacia mí con una expresión presumida. Sus alas vuelan mi cabello hacia atrás mientras salgo corriendo.

Tan cerca, tan cerca. Sólo un poco más rápido. Es mi culpa. Lo he enfurecido lo suficiente para herir a Paige solo por despecho. Mi culpabilidad me hace más frenética para salvarla.

Quemado grita: —¡Corre, mono! ¡Corre!

Sus manos alcanzan y extraen a Paige.

—¡No! —Grito mientras me acerco a ella.

Ella es levantada en el aire, gritando mi nombre. —¡Penryn!

Alcanzo a sujetar el dobladillo de su pantalón, mi mano agarra el algodón con la estrella amarilla que mamá cosió en él para protección contra el mal.

Sólo por un momento, me permito pensar que puedo tirar de ella de regreso. Por un momento, la opresión en mi pecho comienza a relajarse con alivio anticipado.

La tela se desliza fuera de mi mano.

—¡No! —Brinco para alcanzar sus pies. Mis dedos rosan sus zapatos—. ¡Regrésamela! ¡No la quieres a ella! ¡Es una pequeña niña! —Mi voz se rompe al final.

Rápidamente, el Ángel se eleva demasiado como para siquiera oírme. Le grito de todos modos, persiguiéndolos por la larga calle, tras los gritos de Paige desvaneciéndose en la distancia. Mi corazón se detiene prácticamente ante el pensamiento de que él la dejara caer desde aquella altura.

Largos minutos pasan mientras me detengo a respirar en la calle, viendo el pequeño punto en el cielo reducirse a nada.



*Traducido por Andreani*

*Corregido por tamis11*

**P**asa mucho tiempo después de Paige desaparece entre las nubes que me doy vuelta en busca de mi madre. No es que no me preocupe por ella. Es solo que nuestra relación es más complicada que las relaciones habituales entre madre-hija. El amor rosa, que se supone que siento por ella, ha sido acuchillado con negro y salpicado con distintos tonos de gris.

No hay ninguna señal de ella. Su carrito está volcado, con la basura que contenía regada al lado del camión detrás del cual nos estábamos ocultando. Dudé sólo por un momento antes de gritar.

—¿Mamá? —Cualquier persona o cualquier cosa que pude haber atraído por el ruido ya estaría aquí, viendo desde las sombras.

—¡Mamá!

Nada se agita en la calle desierta. Si hay vigilantes silenciosos detrás de las ventanas oscuras que recubren la calle y vieron a donde fue, nadie se ofrece como voluntario para decirme. Intento recordar si tal vez vi otro ángel llevársela, pero todo lo que puedo ver son las piernas muertas de Paige mientras era levantada de la silla. Cualquier cosa podría haber ocurrido en ese momento, y yo habría sido ajena a ello.

En un mundo civilizado donde existen leyes, bancos y supermercados, ser un paranoico esquizofrénico es un problema importante. Pero en un mundo donde los bancos y supermercados son utilizados por bandas como estaciones locales de tortura, ser un poco paranoico es realmente una ventaja. La parte esquizofrénica, sin embargo, sigue siendo un problema. No ser capaz de distinguir la realidad de la fantasía es menos que ideal.

Aún así, hay una buena posibilidad de que mamá se asustase antes de que las cosas se pusieran muy feas. Probablemente está escondida en algún lugar, probablemente seguimiento mis movimientos hasta que se sienta lo suficientemente segura para salir.

Estudio la escena nuevamente. Veo sólo edificios con ventanas oscuras y coches muertos. Si no hubiera pasado las semanas asomándose secretamente por una de las ventanas oscuras, podría haber creído que yo era el último ser humano del planeta. Pero sé que por ahí, detrás del hormigón y acero, hay al menos unos cuantos pares de ojos cuyos propietarios están considerando si vale la pena el riesgo de salir a la calle para recolectar alas de ángel junto con cualquier otra parte de él que puedan cortar.

Según Justin, quien era nuestro vecino hasta hace una semana, se dice en las calles que alguien ha puesto una recompensa por partes de Ángel. Toda la economía se está creando alrededor de pedazos de Ángeles. Las alas obtienen el precio más alto, pero las manos, pies, cuero cabelludo y otras partes, más sensibles, también podrían obtener una buena suma si puedes demostrar que son de un Ángel.

Un gemido bajo interrumpe mis pensamientos. Mis músculos se tensan al instante, listos para otra pelea. ¿Están llegando las pandillas?

Otro gemido. El sonido no viene de los edificios, sino directamente delante de mí. La única cosa delante de mí es el sangrante ángel tirado boca abajo.

*¿Podría seguir vivo?*

Todas las historias que he escuchado dicen que si le cortas las alas a un Ángel, moriría. Pero tal vez es cierto de la misma manera en que si le cortas a una persona un brazo, moriría. Si no se atiende, simplemente se desangraría hasta la muerte.

No habrá muchas probabilidades de que consigas un pedazo de un Ángel. La calle podría estar inundada de carroñeros en cualquier minuto. Lo inteligente sería salir de aquí mientras aun puedo.

Pero si él está vivo, tal vez él sabe hacia dónde se llevaron a Paige. Troto hacía el, mi corazón latiendo furiosamente con esperanza.

La sangre chorrea por la espalda y hace un charco sobre el asfalto. Le doy vuelta sin contemplaciones, sin pensar dos veces acerca de tocarlo. Incluso en mi pánico, noto su belleza etérea, el suave ascenso de su pecho. Me imagino que su cara sería clásicamente angelical si no hubiera sido por las confusiones y golpes.

Lo sacudo. Él yace allí sin responder, como la estatua del dios griego al que se asemeja.

Le doy una fuerte bofetada. Sus ojos se abren, y por un momento, me registran. Lucho contra el pánico que me hace querer correr.

—¿A dónde van?

Él gime, sus caen párpados. Lo abofeteo nuevamente, tan duro como puedo.

—Dime a dónde van. ¿A dónde la llevan?

Una parte de mi odia la nueva Penryn en que me he convertido. Odio a la chica que abofetea a un ser moribundo. Pero empujo esa parte a un lugar profundo, en un rincón oscuro, donde me puede fastidiar en otra ocasión, cuando Paige este fuera de peligro.

Él gime de nuevo, y sé que no será capaz de decirme nada si no detengo su hemorragia y lo llevo a un lugar donde las bandas no puedan abalanzarse sobre él y córtalo en pequeños trofeos. Está temblando, probablemente a punto de entrar en un profundo estado de shock. Lo volteo boca arriba, esta vez notando cuan ligero es.

Corro al carrito de mi madre. Escavo a través de la pila, buscando trapos con que envolverlo. Un kit de primeros auxilios se oculta en la parte baja del carro. Dudo sólo un momento antes de agarrarlo. Odio perder preciosos suministros de primeros auxilios en un ángel que va a morir de todos modos, pero se ve tan humano sin sus alas, que me permito usar una venda estéril como una capa sobre su corte.

Su espalda está cubierta con tanta sangre y suciedad que no puedo ver realmente lo mal que están las heridas. Decido que no importa, siempre y cuando pueda mantenerlo vivo el tiempo suficiente para que me diga a donde se llevaron a Paige. Ajusto unas tiras de trapos alrededor de su torso tan estrechamente como puedo, tratando de ejercer tanta presión sobre las heridas como sea posible. No sé si se puede matar a una persona apretando demasiado los vendajes, pero sé que el desangrarse es más rápido que casi cualquier otra forma de muerte.

No puedo evitar sentir la presión de los ojos invisibles sobre mi espalda mientras trabajo. Las pandillas asumirían que lo estoy cortando trofeos. Probablemente está evaluando si los otros ángeles podrían volver mientras luchan por quietarme de las manos las piezas. Tengo que atarlo y sacarlo de aquí antes de que se vuelvan demasiado audaces. En mi prisa, lo ato como una muñeca de trapo.

Me apresuro y agarro la silla de ruedas de Paige. Es sorprendentemente ligero para su tamaño y lucho mucho menos de lo que había previsto para meterlo en la silla. Supongo que tiene sentido cuando se piensa en ello. Es más fácil volar cuando se pesa 25 kilos que 250. Saber que él es más fuerte y más ligero que los seres humanos, no me hace sentir afecto hacía él.

Hago un show para levantarlo y ponerlo en la silla, gruñendo y tambaleándome, como si él fuera terriblemente pesado. Quiero hacerles pensar a los que están observando que el ángel es tan pesado como parece, porque tal vez luego lleguen a la conclusión de que soy más fuerte y más dura de lo que luzco en mi desnutrida forma de un metro sesenta.

¿Es ese el comienzo de una sonrisa divertida formándose en la cara del Ángel?

Sea lo que sea, se convierte en una mueca de dolor mientras lo tumbo en la silla. Él es demasiado grande para que quepa cómodamente, pero funcionara.

Rápidamente agarro las alas de seda para envolverlas en una manta apolillada de carro de mi madre. Las plumas color nieve están bellamente suaves, especialmente en comparación con la manta gruesa. Incluso en este momento de pánico, me siento tentada para acaríciala la suavidad. Si arranco las plumas y las utilizo como dinero, una a la vez, una sola ala probablemente podría darnos casa y alimentos para nosotras tres durante un año. Es decir, suponiendo que puedo volver a juntarnos a las tres otra vez.

Rápidamente envuelvo ambas alas, sin preocuparme demasiado sobre si las plumas se están rompiendo. Considero dejar una de las alas aquí, en la calle, para distraer a las pandillas y animarlos a luchar entre sí en lugar de perseguirme. Pero necesito las alas también si voy a tentar al ángel para que me dé información. Tomo la espada, que es increíblemente tan ligera como las plumas, y la fijo sin contemplaciones en el bolsillo del asiento de la silla de ruedas.

Me echo a correr a una velocidad constante por la calle, empujando lo más rápido que me es posible hacía la noche.



*Traducido por Andreani*

*Corregido por tamis11*

**E**l Ángel está muriendo.

Tumbado en el sofá con vendas envolviendo su torso, luce exactamente igual que un humano. Gotas de sudor se acumulan alrededor de sus cejas. Esta cálido al tacto por la fiebre, como si su cuerpo estuviera trabajando horas extras.

Estamos en un edificio de oficinas, uno de los innumerables edificios de las nuevas empresas tecnológicas recién fundadas en Silicón Valley. La que elegí esta en un parque de negocios lleno de cuadras idénticas. Mi esperanza es que si alguien decide asaltar el día de hoy un edificio de oficinas, elija uno de los otros que se ven justo igual a este.

Para animarlos a elegir otro edificio, el mío tiene un cadáver en el vestíbulo. Estaba allí cuando llegamos, frío pero no podrido aún. En ese momento, el edificio aún olía a papel y tóner, madera y polaco, con sólo un toque del chico muerto. Mi primer instinto fue pasar a otro lugar. De hecho, estaba alejándome cuando se me ocurrió que salir sería el instinto de casi todo el mundo.

Las puertas son de vidrio y se puede ver el cadáver desde el exterior. Dos pasos dentro de las puertas de cristal, el hombre muerto yace boca arriba, con sus piernas en jara y la boca abierta. Así que elegí este edificio como *hogar dulce hogar* por rato. Ha estado lo bastante frío para impedir que huelga muy mal, aunque espero que tengamos que movernos pronto.

El ángel está sobre el sofá de cuero en lo que debió haber sido la esquina de la oficina de algún gerente. Las paredes están decoradas con fotos en blanco y negro enmarcadas de Yosemite, mientras que la mesa y los estantes, con fotografías de una mujer y dos niños pequeños con trajes a juego.

Escogí un edificio de una sola planta, algo discreto y nada lujoso. Es un edificio simple con un letrero de la empresa que dice "Zygotronics." Las sillas y sillones en el vestíbulo son demasiado grandes y alegres, propiciando difusos morados y amarillos excesivamente brillantes. Hay un dinosaurio inflable de dos metros, por donde están los cubículos. Un Silicón Valley muy retro. Creo que

podría haber disfrutado trabajar en un lugar como este, si hubiera podido graduarme de la escuela.

Hay una pequeña cocina. Estuve a punto de romper en llanto cuando vi la despensa llena de bocadillos. Barras energéticas, frutos secos, chocolates de gran tamaño e incluso una caja de fideos instantáneos, del tipo que vienen en sus propios vasos. ¿Por qué no pensé en las oficinas antes? Probablemente porque nunca había trabajado en una.

Ignoro el refrigerador, sabiendo que no hay nada ahí que valga la pena comer. Todavía tenemos electricidad pero no es fiable y a menudo se apaga durante días. Aún habrá comidas congeladas en el congelador porque el olor no es distinto a los huevos podridos de mi madre. El edificio incluso tiene su propia ducha, probablemente para aquellos ejecutivos con sobrepeso que intentan perder unos kilos durante la hora del almuerzo. Sea cual fuere la razón, es bastante útil a la hora de lavarme la sangre.

Todas las comodidades del hogar sin este, por supuesto, mi familia es quien lo haría un hogar.

Con todas las responsabilidades y las presiones, difícilmente ha pasado un día en el que no piense que podría ser más feliz sin mi familia. Pero resulta que no es cierto. Tal vez lo sería si no estuviera tan preocupado por ellas. No puedo dejar de pensar que tan felices estarían Paige y mi madre si hubiéramos encontrado este lugar juntas. Podríamos habernos instalado aquí durante una semana y fingir que todo estaba bien.

Me siento a la deriva y sin clan, perdida e insignificante. Empiezo a entender lo que impulsa a los nuevos huérfanos a unirse a las bandas callejeras.

Hemos estado aquí dos días. Dos días en el que el ángel no se ha muerto, ni se ha recuperado. Sólo está allí, sudando. Estoy segura de que está muriendo. Si no lo estuviera, él ya habría despertado, ¿no?

Encuentro un kit de primeros auxilios en el recibidor, pero los curitas y la mayoría de los otros suministros son realmente insignificantes para algo peor que cortes con papel. Rebusco a través de la caja de primeros auxilios, leyendo las etiquetas de los pequeños paquetes. Hay un bote de aspirinas. ¿Qué las aspirina no reducen la fiebre así como se deshacen de un dolor de cabeza? Leo la etiqueta y confirmo mis sospechas.

No tengo ni idea de si la aspirina funcionará en un Ángel, o si su fiebre no tiene nada que ver con sus heridas. Por todo lo que sé, esta podría ser su temperatura normal. Simplemente porque se ve humano no significa que él lo es.

Camino de regreso a la oficina de la esquina con las aspirinas y un vaso de agua. El Ángel se encuentra sobre su estómago en el sofá negro. Había intentado poner una manta sobre él esa primera noche, pero sólo seguía quitándosela. Ahora, se encuentra en el sofá con sólo sus pantalones, botas y vendas envueltas alrededor de él. Pensé en quitarle sus pantalones y las botas cuando le quitaba la sangre en la ducha, pero decidí que yo no estaba aquí para hacerlo sentir más cómodo.

Su cabello negro esta aplastado sobre su frente. Intento hacerlo tragar algunas pastillas y beber algo de agua, pero no puedo despertarlo lo suficiente para que haga cualquier cosa. Sólo está allí, como un ardiente pedazo de roca, totalmente insensible.

—Si no bebes agua, sólo voy a dejarte aquí para que mueras solo.

Su espalda vendada sube y baja serenamente, tal como lo ha venido haciendo durante los últimos dos días.

He salido cuatro veces en busca de mamá. Pero no he ido lejos, siempre con el miedo de que el Ángel despertara mientras estoy fuera y perdiera mi oportunidad de encontrar a Paige antes de que él muriera. Una mujer loca a veces puede valerse por sí mismas en las calles, mientras que las pequeñas niñas en silla de ruedas nunca pueden. Así que cada vez corro de regreso de mi búsqueda por mamá, estoy aliviada y frustrada al encontrar al Ángel todavía inconsciente.

Durante dos días, he estado mayormente sentada por allí, comiendo fideos instantáneos mientras mí hermana...

No puedo soportar pensar acerca de lo que le está pasando a ella, si no fuera por mi enorme falta de imaginación para pensar en qué harían los Ángeles con una niña humana. No pueden hacerla una esclava. Ella no puede caminar. Silencio esos pensamientos. No pensare en lo que puede estar pasando o lo que ya ha ocurrido. Sólo debo centrarme en encontrarla.

La ira y la frustración se apoderan de mí. Lo único que quiero es hacer un berrinche como una niña de dos años. Me siento abrumada por un fuerte impulso de lanzar mi vaso de agua contra la pared, derribar las estanterías y gritar. El impulso es tan fuerte que mi mano comienza a temblar, y el agua se sacude en el vaso, amenazando con derramarse.

En lugar de lanzar el vaso contra la pared, tiro el agua sobre el ángel. Quiero lanzarle el vaso después, pero me contengo.

—Despierta, maldita sea. ¡Despierta! ¿Qué le están haciendo a mi hermana? ¿Qué quieren hacer con ella? ¿Dónde diablos está? —Grito con todos mis pulmones, sabiendo que podría atraer alguna pandilla callejera y no me importa.

Pateo el sofá con fuerza.

Para mi absoluta sorpresa, sus parpados se levantan cansadamente. Sus ojos intensamente azules me dan una mirada asesina. —¿Puedes calmarte? Estoy intentando dormir —Su voz es cruda y llena de dolor, pero de alguna manera, todavía consigue inyectar un cierto nivel de condescendencia.

Me siento sobre mis rodillas para quedar directamente a la altura de su rostro.

—¿Hacia dónde van los otros Ángeles? ¿Dónde tienen a mi hermana?

Deliberadamente cierra sus ojos.

Golpeo su espalda tan fuerte como puedo, justo donde están ensangrentadas las vendas.

Sus ojos se abren de golpe, sus dientes rechinan. Sisea a través de sus dientes, pero no gritar de dolor. Guau, parece furioso. Resisto a las ganas de dar un paso atrás.

—No me asustas —digo en mi voz más fría, intentando dominar el miedo—. Estas demasiado débil incluso para pararte, estás prácticamente desangrado y sin mí, ya estarías muerto. Dime a dónde se la llevaron.

—Está muerta —dice con firmeza absoluta. Entonces, cierra los ojos como si volviera a dormir.

Puedo jurar que mi corazón dejo de latir un minuto. Mis dedos se sienten congelados. Entonces mi aliento vuelve a mí con un doloroso esfuerzo.

—Mientes. Estás mintiendo.

Él no responde. Agarro la manta vieja que dejé en el escritorio.

—¡Mírame! —Desenrollo la manta en el suelo. Las alas cortadas caen. Enrolladas, se comprimieron en una pequeña fracción de su tamaño. Las plumas parecen haber casi desaparecido. Mientras se salen de la manta, las alas están parcialmente abiertas y parecen estirarse después de una larga siesta.

Me imagino que el horror en sus ojos sería exactamente igual a de un humano si viera su propia pierna amputada rodando fuera de esa manta

apolillada. Sé que estoy siendo imperdonable cruel, pero no puedo darme el lujo de ser amable, no si alguna vez quiero volver a ver viva a Paige.

—¿Reconoces estas?—Apenas reconozco mi propia voz. Es fría y dura. La voz de un mercenario. La voz de un torturador.

Las alas han perdido su brillo. Todavía hay un indicio de resplandor dorado en las plumas de Nieve, pero algunas de las plumas están rotas y sobresalen en extraños ángulos. También, están salpicadas de la sangre y está se coagulo sobre las alas, haciendo las plumas duras y marchitas.

—Si me ayudas a encontrar a mi hermana, puede tenerlas de regreso. Las guardé para ti.

—Gracias—murmura, analizando las alas—. Se verán geniales en mi pared —La amargura tiñe su voz, pero hay algo más también. Una pequeñísima esperanza, tal vez.

—Antes de que tú y tus amigos destruyeran nuestro mundo, solía haber médicos que podrían unir un dedo o una mano si te la habías cortado —No menciono nada sobre la refrigeración o la habitual necesidad de unir una parte del cuerpo antes de que pasaran horas de ser cortada. Él probablemente va a morir de todas maneras y nada de esto le importara.

El músculo tenso en su mandíbula todavía se destaca en su rostro frío, pero sus ojos se vuelven cálidos apenas una fracción de segundo, como si no pudiera evitar pensar en las posibilidades.

—Yo no te corte estas —digo—. Pero puedo ayudarte a recuperarlas. Si me ayudas a encontrar a mi hermana.

Como respuesta, cierra los ojos y parece dormirse.

Respira profunda y fuertemente, al igual que una persona en sueño profundo. Pero él no se cura como una persona. Cuando lo arrastré hasta aquí, su cara estaba hinchada, azul y negra. Ahora, después de casi dos días de dormir, su rostro ha vuelto a la normalidad. Ha desaparecido la abolladura de sus costillas rotas. Los moretones alrededor de sus mejillas y las heridas se han cerrado, y los numerosos cortes y marcas en sus manos, hombros y pecho se han curado completamente.

Lo único que no ha sanado son las heridas donde solían estar sus alas. No puedo decir si están mejores a través de las vendas, pero dado que aún están sangrando, probablemente no están mucho mejor de lo que lo estaban hace dos días.

Me detengo un momento, pensando en mis opciones. Si no puedo sobornarlo, voy a tener que torturarlo. Estoy decidida a hacer lo que sea necesario para mantener a mi familia con vida, pero no sé si soy capaz llegar tan lejos.

Pero él no tiene saber eso.

Ahora que él está despierto, mejor me aseguro de que pueda mantenerlo bajo control. Giro mi cabeza para ver si puedo encontrar algo con que sujetarlo.



*Traducido por Mery St. Clair*

*Corregido por Mali..♥*

**C**uando salgo de la oficina de la esquina, encuentro al hombre muerto en el vestíbulo en un mal estado. Parece haber perdido toda la dignidad desde la última vez que lo vi.

Ese alguien tenía una mano apoyada en su cadera, mientras que la otra mano estaba sobre su cabello. Su largo y ondulado cabello estaba elevado en picos como si hubiera sido electrocutado, y su boca estaba manchada con labial. Sus ojos se encontraban muy abiertos con radiantes líneas oscuras como rayos de sol provenientes de sus ojos. En el medio de su pecho tenía un cuchillo de cocina, que no había estado allí hace una hora, sobresalía como un asta de bandera. Alguien apuñaló un cadáver por razones que solo un loco podría imaginar.

Mi madre tuvo que encontrarme.

El estado de mi madre no es tan lívido como algunos podrían pensar. La intensidad de sus momentos de locura viene y se va sin horario o un desencadenador. Claro, no ayuda que no esté tomando sus medicamentos. Cuando se siente bien, nadie puede imaginar que haya algo malo con ella. Esos son los días cuando la culpa de mi enojo y frustración hacia ella me consumen. Cuando está mal, podría salir de una habitación para encontrar un hombre muerto convertido en juguete en el suelo.

Para ser justa, nunca jugó con cadáveres antes, al menos, no que yo lo hubiera visto. Antes de que el mundo se viniera abajo, siempre estaba en el borde y, a menudo, algunos pasos más allá. Pero el abandono de papá, luego los ataques, lo intensificaron todo. Cualquier parte racional a la cual se aferraba para no sumergirse en la oscuridad simplemente desapareció.

Pienso en enterrar el cuerpo, pero una parte fría de mi mente me dice que esto sigue siendo el mejor elemento de disuasión que podría tener. Cualquier persona sana quien observara atravesar esas puertas de vidrio huiría muy, muy lejos al ver a ese hombre. Ahora jugamos un permanente juego de estoy-loca-y-soy-más-aterradora-que-tú. Y en este juego, mi madre es nuestra arma secreta.

Camino con cautela hacia los baños, donde la regadera esta encendida. Mi madre tararea una melodía evocadora, una que yo creo que compuso. Normalmente nos cantaba cuando estaba en un estado medio-lucido. Una melodía sin palabras que es triste y nostálgica a la vez. Pudo haber tenido palabras en un momento dado, porque cada vez que la escucho, evoca imágenes de una puesta de sol sobre el océano, un antiguo castillo, y una bella princesa que se arroja desde los muros del castillo y se estrella contra las olas del mar.

Me quedo de pie afuera de la puerta de baños, escuchando el zumbido de la ducha. Asoció esta canción con ella saliendo de una fase particularmente loca. Por lo general, nos tararea mientras nos curaba de los moretones o rasguños que nos causo en su fase de locura.

Siempre es amable y genuinamente lo lamenta durante esos momentos. Creo que es su forma de disculparse. Nunca es suficiente, obviamente, pero es posible que sea su manera de regresar hacia la luz, de dejarnos saber que esta emergiendo de la oscuridad y entrando a la zona gris.

Tarareó sin cesar después del "accidente" de Paige. Nunca supimos exactamente lo que pasó. Sólo mi madre y Paige se encontraban en casa en ese momento, y únicamente ellas sabrán la verdadera historia. Mi madre lloró durante los siguientes meses, culpándose. Yo la culpo también. ¿Cómo no iba a hacerlo?

—¿Mamá? —La llamó a través de la puerta de baño cerrada.

—Penryn —grita a través de la regadera encendida.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú? ¿Has visto a Paige? No puedo encontrarla en ningún lugar.

—La encontraremos, ¿vale? ¿Cómo me encontraste?

—Oh, sólo lo hice —Mi madre no suele mentir, pero tenía el hábito de ser vagamente evasiva.

—¿Cómo me encontraste, mamá?

El agua de la regadera corre libremente por un momento antes de que ella responda. —Un demonio me lo dijo —Su voz esta llena de resistencia, llena de vergüenza. El mundo es un infierno en estos días, incluso considero creerle, excepto que nadie puede ver o escuchar sus propios demonios personales.

—Que buen gesto el ayudarte —dije. Los demonios por lo general toman parte de la culpa de su locura, las malas cosas que mi madre hizo. Rara vez recibían el crédito por algo bueno.

—Tuve que prometerle que haría algo por él —Una respuesta honesta. Y una advertencia.

Mi madre es más fuerte de lo que parece, y cuando crees que ella es inofensiva, puede hacerte un daño serio. Ha estado aprendiendo a defenderse toda su vida—Como acercarse sigilosamente a su atacante, como ocultarse de *La Cosa que la Observa*, como desterrar al monstruo de regreso al infierno antes de que robe las almas de sus niñas.

Considero las posibilidades mientras me apoyo contra la puerta del baño. Sea lo que sea que le prometió a su demonio garantiza que será desagradable. Y muy posiblemente doloroso. La única pregunta es a quien se le infligirá ese dolor.

—Voy a recoger algunas cosas y esconderlas en la oficina de la esquina—dije—. Podría estar aquí en un día o dos, pero no te preocupes, ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—No quiero que vengas a la oficina. Sin embargo, no salgas del edificio, ¿Vale? Hay agua y comida en la cocina —Pienso en decirle que se cuide, pero, por supuesto, eso es ridículo. Durante décadas, ha tenido cuidado de las personas y monstruos que tratan de matarla. Desde los ataques, finalmente los ha encontrado.

—¿Penryn?

—¿Sí?

—Asegúrate de vestir las estrellas —Se refiere a los asteriscos amarillos que coció en nuestra topa. ¿Cómo podría no usarlos? Eso es todo lo que poseemos.

—Está bien, mamá.

A pesar de su comentario sobre la estrella, ella parece lúcida. Quizás eso no es lo más saludable después de profanar un cadáver.



No soy tan indefensa como un adolescente promedio.

Cuando Paige tenía dos años, mi padre y yo volvimos a casa para encontrarla destrozada y herida. Mi madre estaba sobre ella en un estado de shock profundo. Nunca supimos exactamente que ocurrió o por cuando tiempo ella estuvo sin moverse sobre Paige. Mi madre lloró y casi tiró de todo su cabello sin decir ni una palabra por semanas.

Cuando finalmente salió del trance, la primera cosa que dijo fue que yo necesitaba tomar lecciones de defensa personal. Quería que yo aprendiera a pelear. Simplemente me llevó a un estudio de artes marciales y pago en efectivo cinco años por adelantado.

Habló con el sensei y se enteró de que había diferentes tipos de artes marciales —Taekwondo para pelear cuando tienes poco distancia, jujitsu cuando es cerca y personal, y esgrima para pelea con cuchillos. Manejo por toda la ciudad para inscribirme en todas ellas, y algunas más. Lecciones de disparo, lecciones de arco, trabajos de supervivencia, campamentos, defensa personal para mujeres, cualquier cosa que se le ocurrió, todo lo que pudo encontrar.

Cuando mi padre se enteró de eso unos días más tarde, ella ya había gastado miles de dólares que nosotros no teníamos. Mi papá, ya con canas de preocupación por las cuentas de hospital por Paige, perdió el color en su rostro cuando se enteró de lo que había hecho.

Después de que regresara a su actividad maniaca, pareció olvidar que me había inscrito en clases. La única vez que me lo preguntó fue un par de años más tarde cuando encontré su colección de artículos de periódico. La había visto recordándolos de los periódicos, pero nunca me pregunte de qué trataban. Ella los guardaba en un viejo álbum de fotos, uno rosado que decía “El Primer Álbum del Bebé.” Un día, eso estaba sobre la mesa, abierto e invitándome a mirarlo.

El título en negrita del artículo cuidadosamente pegado en la página abierta decía, “**Mamá Asesina Dice que el Diablo la Obligo a Hacerlo.**”

Pasé a la siguiente página. “Madre Lanza a sus Niños al Mar y los Observa Ahogarse.”

Luego a la siguiente. “Esqueletos de Niños son Encontrados en el Patio de una Mujer.”

En una de las historias, un niño de seis años fue encontrado a un metro de la puerta principal. Su madre lo había apuñalado más de una docena de veces antes de subir las escaleras para hacer lo mismo con su hermana menor.

La historia cita a un pariente, quien dijo que la madre había tratado desesperadamente de dejar a los niños en la casa de su hermana, sólo unas pocas horas antes de la masacre, pero la hermana dijo que tenía que ir a trabajar y no podía cuidar a los niños. El pariente dijo que fue como si la madre tuviera miedo de lo que podría ocurrir, como si sintiera la oscuridad acercándose. Él describió que después de que la madre saliera de trance y se diera cuenta de lo que hizo, estuvo cerca de suicidarse por el horror y angustia que sintió.

Todo lo que pude pensar fue en lo duro que debió haber sido para el chico salir de la casa para pedir ayuda.

No sé cuanto tiempo mi madre me observo leyendo los artículos antes de preguntar—: ¿Sigues tomando las clases de defensa personal?

Asentí.

No dijo nada más. Sólo camino pasando con tablas de madera y libros apilados en sus brazos.

Los encontré más tarde en la tapa del asiento del inodoro. Durante dos semanas, ella insistió en dejarlos allí para mantener los demonios que venían de las tuberías lejos. Es más fácil dormir, dijo ella, cuando el diablo no esta susurrándole toda la noche.

Nunca perdí una lección de entrenamiento.



*Traducido por Mery St. Clair*

*Corregido por Mali..♥*

**E**n la cocina de la oficina, recolecto sopas instantáneas, barras de energía, cinta adhesiva, y media barra de caramelo. Puse la bolsa dentro de la oficina de la esquina. El ruido no le molestó al ángel, quien parece estar disfrutando del sueño de los muertos otra vez.

Corro de regreso a la cocina justo cuando el sonido de la regadera se detiene. Me apresuro a llevar varias botellas de agua a la oficina tan rápido como puedo. A pesar de estar aliviada de que me encontrara, no quiero ver a mi madre. Es lo suficientemente bueno que ella esté a salvo en el edificio. Necesito concentrarme en encontrar a Paige. No puedo hacerlo bien si estoy constantemente preocupada por lo que mi madre esta haciendo.

Trato de no mirar hacia el cuerpo sobre el vestíbulo, me recuerdo a mí misma que mamá puedo cuidarse bien. Me deslizo dentro de la oficina de la esquina, cierro la puerta y bloqueo la cerradura. Quien fuera que tuviera esta oficina debió de disfrutar de la privacidad. Eso funciona bien para mí.

Estaba segura de estar a salvo cuando el ángel se encontraba inconsciente, pero ahora que esta despertando, estar herido y débil no es suficiente como para garantizar mi seguridad. En realidad, no sé cuan fuerte son los ángeles. Como todos los demás, no sé casi nada de ellos.

Envuelvo con cinta sus muñecas y tobillos detrás de la espalda, así él esta en la posición más incómoda posible. Considero usar las pequeñas cuerdas para reforzar la cinta, pero la cinta es fuerte e imagino que si él puedo romper la cinta, las cuerdas no ayudarán de mucho. Estoy bastante segura de que él casi no tiene energía suficiente para levantar su cabeza, pero uno nunca sabe. En mi nerviosismo, uso casi todo el rollo de cinta adhesiva.

No es hasta que se acaba y lo estoy mirando cuando notó que él me observa. Todo mi amarré debió de haberlo despertado. Sus ojos son de un azul profundo, tan profundo que son casi negros. Doy un paso atrás y trago la absurda culpa que quiere surgir. Siento como si fuera pillada haciendo algo que no debía de hacer. Pero no hay duda de que los ángeles son nuestros

enemigos. No hay duda de que ellos son *mis* enemigos, desde que se llevaron a Paige.

Me mira con la acusación en sus ojos. Trago una disculpa que quiere escaparse porque yo no le debo nada. Mientras me mira, yo despliego una de sus alas. Recojo las tijeras del cajón del escritorio y las acercó a las plumas.

—¿Dónde llevaron a mi hermana?

Los breves destellos de emoción parpadean en sus ojos, se van tan rápido que no los puedo identificar. —¿Cómo diablos voy a saberlo?

—Por que eres uno de esos apestosos bastardos.

—Ooh. Me cortarás los huesos con esas tijeras —Sueno aburrido, y casi me avergüenzo por no saber un insulto más fuerte—. ¿No notaste que no soy precisamente muy amigo de los otros camaradas?

—Ellos no son “camaradas”. No son ni de lejos humanos. No son más que gusanos mutantes, cómo tú —Mirándolo con detenimiento, él y los otros ángeles que había visto de cerca parecían ser Adonis, con sus rostros parecidos a dioses y con presencia. Pero por dentro, eran seguramente gusanos.

—¿Gusanos mutantes? —Arqueó su perfecta ceja como si yo hubiera reprobado mi examen de insulto verbal.

En respuesta, corté algunas plumas de su ala con un cruel uso de mis tijeras. La nieve flotó suavemente hacia mis botas. En lugar de satisfacción, siento una ola de inquietud al ver la expresión de su rostro. Su expresión fiera me recuerda que él había sido superado en número, cinco a uno, y casi gano. Incluso herido y sin alas, podía darme una mirada intimidante.

—Intenta hacer eso otra vez, y te partiré en dos antes de que te des cuenta.

—Grandes palabras de un hombre quien está atado como un pavo. ¿Qué vas a hacer, tambalearte como una tortuga para partirme en dos?

—La logística de romperte es fácil. La única pregunta es cuando.

—Claro. Si pudieras hacerlo, ya lo habrías hecho.

—Quizás me entretienes —dice con suprema confianza, como si él tuviera el control de la situación—. Como un mono con actitud y un par de tijeras —se relaja y apoya su barbilla en el sofá.

Un rubor de ira calienta mis mejillas. —¿Crees que esto es un juego? ¿Crees que no estarías ya muerto si no fuera por mi hermana? —Prácticamente

grito la última parte. Cortó con saña más de sus plumas. La una vez exquisita perfección de la ala es ahora jirones y bordes destrozados.

Su cabeza se levanta desde el sofá, los tendones de su cuello se estiran tan fuerte que me pregunto que tan débil realmente está. Los músculos de sus brazos se flexionan, y comienzo a preocuparme por la fuerza que parece haber en sus extremidades.

—¿Penryn? —La voz de mi madre flota a través de la puerta—. ¿Estás bien?

Miró hacia la puerta para asegurarme de que esté bloqueada.

Cuando regreso la mirada hacia el sofá, el ángel se fue, sólo están las tiras de cinta adhesiva donde él solía estar.

Siento una respiración en mi nuca mientras las tijeras son arrebatadas de mi mano.

—Estoy bien, mamá —dije con un sorprendente grado de calma. Tenerla cerca únicamente la pondría en peligro. Decirle que corra probablemente la hará entrar en su monstruoso pánico. Lo único seguro podría ser una respuesta impredecible.

Un musculoso brazo se desliza alrededor de mi garganta desde atrás y comienza a apretar.

Agarrando su brazo alrededor de mi cuello, hundo mi barbilla hacia abajo con fuerza, tratando de transferir la presión de su brazo hacia mi barbilla en lugar de mi garganta. Tengo cerca de veinte segundos para salir de esto antes de que mi cerebro se apague o mi tráquea colapse.

Me agacho tan bajo como puedo. Entonces me echó hacia atrás, golpeándonos a los dos contra la pared. El impacto es más fuerte que si él fuera tan pesado como un hombre normal.

Escuchó un “Uf” y un marco de fotos quebrarse, y sé que esos cortes en su espalda deben encontrarse con los bordes del afilado marco.

—¿Qué es ese ruido? —exige mi madre.

El brazo aprieta brutalmente alrededor de mi garganta, y decido que el término “ángel de la misericordia” es un oxímoron. Si perder mi energía en pelear contra el estrangulador, uso todas mis fuerzas para golpearlos otra vez contra la pared. Al menos puedo causarle mucho dolor mientras me estrangula.

Esta vez, su gemido de dolor es más agudo. Me gustaría poder regocijarme de eso en voz alta, excepto que mi cabeza se siente ligera y mi visión borrosa.

Un golpe más y puntos oscuros florecen por mis ojos.

Justo cuando notó que mi visión está a punto de apagarse, él suelta a su presa. Caigo de rodillas, jadeando por aire a través de mi garganta adolorida. Mi cabeza se siente muy pesada para mi cuello, y trató de no caer por completo en el suelo.

—¡Penryn Young, abre esta puerta ahora mismo! —La perilla de la puerta se estremece. Mi madre debía de estar hablándome todo este tiempo, pero no registre realmente nada.

El ángel gime como si estuviera adolorido de verdad. Se arrastra por delante de mí y veo por qué. Su espalda sangra a través de sus vendajes en puntos que parecen ser heridas profundas. Echó una mirada hacia la pared detrás de mí. Dos clavos de gran tamaño que utilizaron para sostener el marco del cartel de Yosemite están choreando sangre.

El ángel no es el único en mal estado. Parece que yo no puedo respirar sin doblarme y tener un ataque de tos.

—¿Penryn? ¿Estás bien? —Mi mamá parece preocupada. ¿Qué imagina que esta ocurriendo aquí? No puedo ni adivinar.

—Sí —graznó—. Estoy bien.

El ángel se arrastra sobre el sofá y se recuesta sobre su estómago con otro gemido. Le dedico una sonrisa malvada.

—Tú —dice, con una mirada intimidante—, no mereces la salvación.

—Como si tú pudieras dármela —graznó—. ¿Por qué querría ir al Cielo de todas formas cuando esta repleto de asesinos y secuestradores como tu y tus amigos?

—¿Quién dice que yo vengo del Cielo? —Era cierto que esa mueca desagradable que él me estaba dando era más propia de un demonio que de un ser celestial. Él estropeó su imagen diabólica con una mueca de dolor.

—¿Penryn? ¿Con quien estás hablando? —Mi madre suena casi frenética.

—Sólo es mi demonio personal, mamá. No te preocupes. Esta un poco débil.

Débil o no, ambos sabemos que podía matarme si es lo que quería. No voy a darle la satisfacción de saber que estoy asustada, sin embargo.

—Oh —suenan calmadas de repente, como si eso lo explicara todo—. Bien. No los subestimes. Y no les hagas promesas que no puedes cumplir —Puedo decir por su voz desvaneciéndose que ella está tranquila y alejándose.

La mirada desconcertada que el ángel dispara a la puerta me hace reír. Mira en mi dirección, dándome una mirada de tú-eres-más-rara-que-tu-mamá.

—Aquí —Le lanzó un rollo de vendas de mi escondite—. Probablemente quieras vendar tus heridas.

Él lo atrapa perfectamente mientras cierra sus ojos. —¿Cómo se supone que voy a alcanzar mi espalda?

—No es mi problema.

Relaja su mano con un suspiro, y el vendaje rueda sobre el suelo, dejando una alfombra a medida que rueda.

—No vas a dormir otra vez, ¿verdad?

Su única respuesta es un sordo: —Mmm —Mientras su respiración se vuelve pesada y regular, como un hombre teniendo un sueño profundo.

Maldición.

Me quedo allí, observándolo. Es obviamente un tipo de sueño sanador, tomando en cuenta el aspecto de sus lesiones previamente curadas. Si él no estuviera tan gravemente herido y agotado, no hay dudas de que patearía mi trasero hasta el otro lado del mundo y de regreso, incluso si él eligiera no matarme. Pero aún me molesta que me tome como una amenaza tan pequeña como para dormirse en mi presencia.

La cinta adhesiva fue una mala idea que sólo tuvo sentido cuando pensaba que él era débil como papel mojado. Ahora que lo conozco mejor, ¿Cuáles son mis opciones?

Busco alrededor de los cajones de la cocina de la oficina y después en las otras habitaciones y no encuentro nada. No es hasta que voy hacia la bolsa de gimnasio escondida debajo de un escritorio cuando encuentro un viejo candado de bicicleta, del tipo con cadenas pesadas envuelto en plástico, con una llave en la cerradura. Agradezco que alguien usara esos candados un día.

No hay nada en la oficina para encadenarlo, así que uso un carrito de metal colocando al lado de una fotocopidora. Barró las hojas de papel y lo arrastro hasta la oficina de la esquina. Mi madre está en algún lugar sin ser vista,

y sólo puedo asumir que me está dando la cortesía profesional de dejarme hacerle frente a mi "demonio personal" en privado.

Ruedo el carrito al lado del hombre durmiente—ángel, quise decir ángel—. Cuidadosamente de no despertarlo, envuelvo la cadena alrededor de cada una de sus muñecas, y luego la envuelvo varias veces alrededor de una de las patas mecánicas del carrito para que no quede mucha cadena suelta. Luego cierro la cerradura con un satisfactorio click.

La cadena puede deslizarse de arriba abajo por la pata de carrito, pero no puedo escapar de ella. Esto es incluso una mejor idea de lo que pensé, porque ahora yo puedo moverme alrededor sin él siendo capaz de alcanzarme. A donde sea que vaya, el carrito irá con él.

Enrolló sus alas en la manta y las guardo lejos, en uno de los archivadores metálicos de gran tamaño al lado de la cocina. Casi me siento como un ladrón de tumbas mientras tiró los archivos del cajón y los apilo en la cima de un gabinete. Paso los dedos a lo largo de la pila. Cada uno de estos archivos debe significar algo. Una casa, una patente, un negocio. El sueño de alguien recolectando polvo en una oficina abandonada.

En el último momento, dejo la llave de la cerradura de la cadena en el cajón donde guardé la espada del ángel la primera noche.

Trotó de regreso hacia el vestíbulo y me deslizó a la oficina de la esquina. El ángel aún esta durmiendo o en coma, no estoy segura de cual. Cierro la puerta y me acurrucó en la silla ejecutiva.

Su hermoso rostro se ve borroso mientras mis párpados se vuelven más pesados. No he dormido en dos días, tengo miedo de perder la única oportunidad de descansar si el ángel se despierta sólo para matarme. Dormido, él parece el Príncipe Encantador encadenado a un calabozo. Cuando era pequeña, siempre pensé que sería Cenicienta, pero supongo que esto me convierte en la bruja malvada.

Pero también, Cenicienta no vivía en un mundo post-apocalíptico invadido por ángeles vengadores.



Sé que algo va mal antes de despertar. En el crepúsculo entre la vigilia y el sueño, escucho un vidrio rompiéndose. Estoy despierta y alerta antes de que el sonido se debilite.

Una mano tapa mi boca.

El ángel me hace callar con un susurro más ligero que el aire. Lo primero que veo bajo la luz de la luna llena es el carrito de metal. Él debió de haber saltado del sofá y rodado hasta aquí en la fracción de segundo que le tomó al vidrio romperse.

Me doy cuenta de que por el momento, el ángel y yo estamos en el mismo lado, y hay alguien más que es una amenaza para nosotros.



*Traducido por Mery St. Clair*

*Corregido por Mali..♥*

**P**or debajo de la puerta, luces se mueven de un lado a otro en la penumbra.

Las luces habían estado encendidas cuando me quedé dormida, pero ahora que es de noche, sólo la luz de la luna entra a través de las ventanas. La luz moviéndose debajo de la puerta parece provenir de una linterna. Los intrusos entraron con linternas, o mi madre encendió una cuando las luces se apagaron. Puede ser cualquiera.

No es que ella no este consciente de los riesgos. Está lejos de ser estúpida. Es sólo que su mente paranoica la hace temer más de predadores sobrenaturales que de seres humanos. Así que algunas veces, un poco de luz para ayudarla a vencer la oscuridad es más importante para ella que evitar ser detectadas por los mortales. Que suerte la mía.

Incluso encadenado y tirando del carrito de fierro, el ángel se mueve como un gato hacia la puerta.

Manchas oscuras se filtran a través de las vendas blancas en su espalda. Fue lo suficientemente fuerte como para romper un rollo de cinta adhesiva, pero aún estaba herido y sangrando. ¿Cuan fuerte es? ¿Lo suficientemente fuerte como para luchar contra media docena de matones callejeros tan desesperados como para vagar por la noche?

Repentinamente deseo no haberlo encadenado. No es bueno cuando hay varios intrusos.

—Ho-laaa<sup>2</sup> —la voz de un hombre grita alegremente en la oscuridad—. ¿Hay alguien en casa?

El vestíbulo está alfombrado, y no puedo saber cuantas personas hay hasta que comiencen a caminar en diferentes direcciones. Parece que hay por lo menos tres.

---

<sup>2</sup> Juego de palabras. Hell-ooo, puede significar "Hola" la palabra junta, pero por separado, la parte inicial puede significar "Infierno" "Diablos", etc.

¿Dónde está mamá? ¿Tuvo tiempo de correr y esconderse?

Examino la ventana. No será fácil romperla, pero si quería distraer a la pandilla debería de hacerlo, debería ser capaz de hacerlo. Sin duda, es lo suficientemente grande como para poder escapar atravesándola. Gracias a quien sea que es Dios por quedarnos en la planta baja.

Empujo el vidrio, poniendo a prueba su grosor. Podría tomarme mucho tiempo romperlo. Además, el eco del ruido se escucharía por todo el edificio si decido romperla.

Afuera, la banda se llama uno al otro. Ríen y gritan, tiran y rompen cosas. Están asegurándose de encontrarnos, asegurándose de encontrar nuestro escondite y asustarnos al mismo tiempo que nos buscan. Por el sonido de las cosas, son al menos seis.

Miró otra vez al ángel. Está escuchando, probablemente estimando probabilidades. Estar herido y encadenado a un carrito de metal deja sus probabilidad de salir victorioso contra una pandilla callejera a aproximadamente cero.

Por otro lado, si la pandilla escucha el ruido de la ventana al quebrarse, llegarían hasta aquí e inmediatamente verían al ángel. El ángel es como una mina de oro y ellos son los mineros afortunados. Mamá y yo podríamos escapar durante el caos. ¿Pero cual es el problema? El ángel no podría decirme donde encontrar a Paige si esta muerto.

Quizás la banda solo rompería algunas cosas, robarían la comida en la cocina y se marcharían.

El grito de una mujer atraviesa la noche.

Mi madre.

Las voces de los hombres salen en gritos y risas. Parecen entretenidos, como si fueran una jauría de perros que acorralaron a un gato.

Agarro una silla y la estrello contra la ventana. Eso hizo una gran explosión y el vidrio se flexionó, pero no se rompió. Quiero hacer la mayor distracción posible, esperanzada de que el ruido les haga olvidar a mi madre. La estrelló de nuevo. Frenéticamente trato de romper la ventana.

Ella grita otra vez. Grita hacia mi dirección.

El ángel toma su carrito y lo arroja por la ventana. El vidrio explota en todas direcciones. Una parte lejana de mi mente se estremece advirtiendo que

el ángel se ha movido, usando su cuerpo para bloquear los fragmentos que pudieran golpearme.

Algo retumba con fuerza contra la puerta cerrada de nuestra oficina. La perrilla se sacude, pero sigue bloqueada.

Agarró el carrito y lo lanzo hasta el alféizar de la ventana, tratando de ayudar al ángel a salir.

La puerta cruje al abrirse, desprendiéndose de la pared con las bisagras rotas.

El ángel me da una rápida y dura mirada, y dice—: Corre.

Saltó por la ventana.

Corro sobre tierra. Rodeó el edificio, buscando la puerta trasera o una ventana rota para poder saltar a través de ella. Mi mente esta llena de pensamientos sobre lo que podría estarle pasando a mi madre, al ángel, y a Paige. Tengo un deseo casi irresistible de ocultarme debajo de un arbusto y acurrucarme como una pelota. Desconecto mis sentidos, mis ojos, oídos, mente, y sigo corriendo como si no pasara nada.

Empujo las horribles imágenes y fuertes gritos en un lado oscuro, y el silencio en mi mente se vuelve más profundo y solitario con cada día. Un día, muy pronto, las cosas que guardo allí estallarán y me partirán en dos. Quizás ese será el día en que la hija se vuelva como la madre. Hasta entonces, yo todavía tengo el control.

No tengo que ir muy lejos para encontrar una ventana rota. Considerando cuántas veces golpeé mi ventana y aún así no la quebré, odió pensar en cuan fuerte es ese hombre como para ser capaz de romperla. No me hace sentir mejor con respecto a entrar a hurtadillas al edificio.

Corro de oficina a oficina, cubículo a cubículo, susurro y musito el nombre de mi madre.

Encuentro a un hombre yaciendo en el pasillo que conduce a la cocina. Su pecho está desnudo, su camisa desgarrada. Seis cuchillos para mantequilla están enterrados en su cuerpo, formando un círculo. Alguien ha trazado con un labial rosa herida tras herida hasta formar un pentagrama. La sangre brota de cada uno de los cuchillos. El hombre tienes sus ojos abiertos y sorprendidos mientras mira hacia su pecho como si no fuera capaz de creer que él estuviese herido.

Mi madre esta a salvo.

Viendo lo que le hizo a ese hombre, no puedo evitar preguntarme si eso es una buena cosa. Ella intencionalmente no tocó su corazón, así que él se desangrará lentamente.

Si hubiéramos estado en el viejo mundo, en el Mundo de Antes, yo hubiera llamada a una ambulancia, a pesar del obvio hecho de que atacó a mi madre. Los doctores sanarían sus heridas, y él pasaría el resto de su vida en la cárcel. Pero desafortunadamente para nosotros, este es el Mundo del Después.

Pasó alrededor de él y lo dejó en su lenta muerte.

Por el rabillo de mi ojo, capto una sombra en forma de mujer deslizándose a través de una puerta lateral. Ella se detiene antes de cerrar la puerta y me mira. Mi madre mueve frenéticamente su mano hacia mí para que vaya con ella. Debería ir a su lado. Doy dos pasos en su dirección, pero no puedo ignorar los gruñidos y estruendos de la colosal pelea a lo lejos, al extremo del edificio.

El ángel está rodeado por un grupo pandilleros mal vestidos, pero mortales.

Debe haber al menos diez. Tres están esparcidos en ángulos extraños más allá del círculo de la lucha, inconscientes o muertos. Dos más están recibiendo una paliza del ángel que mueve el carrito como un arma. Pero incluso desde aquí, incluso en la escasa luz de luna que entra por la puerta principal, puedo ver las manchas carmesí filtrándose por sus vendas. Ese carrito debe pesar cien kilos. Él está visiblemente agotado y los otros están moviéndose para matarlo.

Yo tuve múltiples oponentes en el dojo, y el verano pasado, fui uno de los asistentes instructores de un curso de auto defensa avanzada llamada "Múltiples agresores." Sin embargo, nunca he peleado con más de tres a la vez. Y ninguno de mis adversarios alguna vez quiso realmente matarme. No soy tan estúpida como para pensar que puedo con siete chicos desesperados para rescatar a un ángel lisiado. Mi corazón galopa contra mi pecho sólo con pensarlo.

Mi madre hace señas de nuevo, señalándome la libertad.

Algo golpea a lo lejos y, en el lado del vestíbulo, un gruñido de dolor suena por un momento. Con cada golpe hacia el ángel, siento que Paige esta alejándose de mí.

Mi madre me hace señas otra vez, murmurando la palabra, —Ven.

Ella me hizo señas una vez más, esta vez más frenética.

Negué con la cabeza y le hice una seña para que se fuera.

Se desliza dentro de la oscuridad y desaparece detrás de la puerta cerrándose.

Abro el cerrojo del archivador al lado de la cocina. Rápidamente pienso en los pros y los contras de usar la espada del ángel y me inclinó en los contras. Podría rebanar a una persona con esto, pero sin entrenamiento, estoy segura que me la quitaran en algún momento.

Así que en su lugar agarro las alas y la llave del candado del ángel. Meto las llaves en el bolsillo de mis vaqueros y rápidamente desenvuelvo las alas. Mi única esperanza es que la banda se asuste y su deseo de supervivencia esté de mi lado. Antes de que mi cerebro comenzara a funcionar y me dijera que era una idea descabellada y peligrosa, me apresuré hacia el pasillo donde la luz de luna es lo suficientemente brillante para hacer mi silueta, pero no lo suficiente brillante como para mostrar muchos de mis detalles.

La banda ha rodeado al ángel.

Él está dando una buena pelea, pero ellos notan que se encuentra lesionado—por no mencionar encadenado de un pesado y tope carrito— y no se darán por vencidos hasta que huelan sangre.

Cruzo los brazos detrás de mí y sostengo las alas detrás de mi espalda. Se tambalean, sin equilibrio. Es como levantar un asta de bandera con mis brazos retorcidos. Espero hasta estabilizarme para dar un paso adelante.

Espero desesperadamente que las alas se vean bien en las sombras, me subo sobre una mesa con un florero que está sorprendentemente intacto. El crujido inesperado capta su atención.

Por un momento, todo es silencio mientras observan mi silueta oscura. Espero que tener la apariencia de un Ángel de la Muerte. Si esto estuviera bien iluminado, verían una flacucha adolescente tratando de sostener unas alas detrás de su espalda. Pero esta oscuro, y espero que lo que vean haga que su sangre se enfríe.

—¿Qué es lo que tenemos aquí? —pregunto en lo que espero sea un tono de mortal diversión—. Miguel, Gabriel, vengan a ver esto —gritó detrás de mí como si hubiera más de nosotros. Miguel y Gabriel son los dos únicos nombres de ángeles que conozco—. Estos monos parecen creer que pueden atacar a uno de los nuestros.

El hombre se paraliza. Todo el mundo me mira.

En ese momento, mientras contengo la respiración, las posibilidades de lo que podría ocurrir ruedan dentro de una ruleta.

Mi ala derecha se tambalea, luego se desliza hacia abajo un poco. En mi emoción por hacerlo bien, trató de tener un mejor agarre, pero solo traigo más atención no deseada hacia las alas mientras ellas se ondean de arriba abajo.

En el largo segundo antes de que todos absorbieran lo que ocurría, vi al ángel rodar sus ojos hacia el cielo, como un adolescente en presencia de algo sumamente ridículo. Algunas personas simplemente no tienen sentido de gratitud.

El ángel fue el primero en romper el silencio. Levantó su carrito y lo lanzo hacia los tres hombres frente a él, estrellándose contra ellos como una bola de boliche.

Los otros tres venían por mí.

Deje caer mis alas y me deslicé a su izquierda. El truco de una pelea de muchos atacantes es evitar pelear contra todos a la vez. A diferencia de las películas, los atacantes no esperan en una fila para patearte el trasero, quieren atacarte como una manada de lobos.

Bailo en semicírculo alrededor de ellos hasta que el hombre más cerca a mi viene a mi derecha y los otros dos a mi otro lado. Sólo les tomaría un segundo correr para ayudar a su amigo, pero es el tiempo suficiente para mí para darle una solida patada en su entrepierna. Él se dobla, y aunque me muero por aceptar la invitación para darle un rodillazo en el rostro, sus amigos tienen prioridad.

Bailo alrededor del otro lado mientras cada uno me rodea, haciendo que no tenga donde ocultarme. Barro mis pies contra los pies del chico más cercano al lesionado, y cae el número dos. El tipo restante se abalanza sobre mí y rodamos por el suelo en una lucha por estar en la cima del otro.

Terminó abajo. Él me supera por muchos kilos, pero es una posición de lucha que he practicado una y otra vez.

Los hombre tienden a pelear con una mujer de diferente forma a que los hombres. La inmensa mayoría de peleas entre hombre y mujeres comienza con el hombre atacando por detrás, y casi siempre termina en el suelo con la mujer abajo. Así que una buena mujer peleadora necesita saber como pelear en esa posición.

Mientras luchamos, retuerzo mi pierna debajo de él para hacer palanca. Me preparo. Entonces lo lanzo a un lado con un giro de cadera.

Él cae sobre su espalda. Antes de que pueda orientarse de nuevo, golpeé con mi tobillo su ingle.

Estoy levantada en un parpadeo y pateando su cabeza antes de que se recupere. Pateándolo tan fuerte que su cabeza rebota de atrás y adelante.

—Lindo —El ángel está de pie, observándome en la luz de la luna detrás de su carrito de sangre.

Alrededor de él están los cuerpos de nuestros intrusos gimiendo. Algunos de esos cuerpos no sé si están vivos. Él asiente apreciativamente, como si viera algo que le gustará. Me doy una reprimenda interna cuando noto que estoy feliz por su aprobación.

Un chico se levanta y corre hacia la puerta. Sostiene su cabeza como si tuviera miedo que fuera a caerse. Como si esa fuera su señal, tres más se levantan y se tambalean hacia la puerta sin mirar atrás. El resto se encuentra jadeando en el suelo.

Escuché una débil risa y noté que provenía del ángel.

—Te veías ridícula con esas alas —dice. Su labio está sangrando y tiene un corte sobre su ojo. Pero parece relajado mientras una sonrisa ilumina su rostro.

Saqué la llave del candado de bicicleta de mi bolsillo con manos temblorosas y se la lancé. La atrapo a pesar de que seguía estando encadenado.

—Salgamos de aquí —dice. Sonó menos frágil de lo que me sentía.

La post-adrenalina de la pelea me dejó literalmente temblando. El ángel abrió el candado, estiró y masajéó sus muñecas. Entonces le arrancó la chaqueta a uno de los chicos que gemían en el suelo y la lanzó hacia mí. Con gratitud me la puse, a pesar de que era diez veces más grande.

Él regreso a la oficina de la esquina mientras yo rápidamente envolvía sus alas en la manta. Corrí hacia el archivador para agarrar la espada, luego me encontré con él en el vestíbulo mientras regresaba con mi bolso. Metí la manta en la bolsa, tratando de no inquietarme bajo su dura mirada, y luego la comencé a cargar. Deseé tener una mochila para él, pero no sería capaz de llevar algo con su espalda herida, de todas formas.

Cuando vio la espada, su rostro se ilumino con una gloriosa sonrisa como si fuera un amigo que no veía en mucho tiempo. Su mirada alegre se detuvo en mi respiración por un momento. Es una mirada que pensé que nunca vería otra vez en la cara de alguien. Me siento más ligera solo con estar cerca de esto.

—¿Has tenido mi espada todo este tiempo?

—Ahora es mi espada —Mi voz sale más fuerte de lo que la situación lo requiere. Su felicidad es tan humana que por un momento me olvidé de lo que él realmente es. Encajo mis uñas en la palma de mi mano para recordarme a mí misma no volver a tener esos pensamientos de regreso.

—¿Tu espada? Ya quisieras —dice. Desearía que dejara de sonar tan jodidamente humano—. ¿Tienes una idea de cómo ella me ha sido fiel durante estos años?

—¿Ella? No eres de esas personas quienes le ponen nombre a sus coches y cosas, ¿verdad? Esto es un objeto sin vida. Supéralo.

Alargó su mano hacia la espada. Di un paso atrás, no quería entregársela.

—¿Qué es lo que vas a hacer, pelear conmigo por ella? —pregunta. Suena casi cerca a la risa.

—¿Qué harás tu con esto?

Suspira, parece cansado. —Usarla como una muleta, ¿Qué crees que haré?

Hay un segundo cuando la decisión está en el aire. La verdad es que él no necesita la espada para herirme ahora que esta libre y más recuperado. Él podría tomarla, y ambos lo sabemos.

—Salve tu vida —dije.

Arqueó una ceja. —Es cuestionable.

—Dos veces.

Finalmente, deja caer su mano alargada hacia la espada. —No vas a regresarme mi espada, ¿O sí?

Agarré la silla de ruedas de Paige, adhiriendo la espada en el bolsillo del respaldo. Dado que él esta demasiado cansado como para discutir, me siento en control. Puede que esté agotado, o sólo me deja cargarla por él como un caballero de menor rango. Cuando echa un vistazo a la espada con media sonrisa, sé que es la última razón.

Agarró la silla de ruedas de Paige y la rodó.

—No creo que vaya a necesitar esa silla más —dice el ángel. Suena exhausto, y apuesto a que él diría que no si le ofreciera empujarlo en la silla.

—No es para ti. Es para mi hermana.

No dice nada mientras caminamos por la noche, y sé que piensa que Paige no verá nunca más la silla de ruedas.

Él se puede ir al infierno.

## 10

Traducido por ♥...Luisa...♥

Corregido por Mali..♥

Si Silicon Valley esta a una media hora en coche desde el bosque en las montañas. También esta a unos cuarenta y cinco minutos de San Francisco si estás conduciendo en la autopista. Me imagino que los caminos se obstruyen con los coches abandonados y las personas desesperadas. Así que nos dirigimos hacia las montañas donde hay menos gente y más lugares para esconderse.

Hasta hace unas semanas, los ricos vivían en las colinas más bajas. También Vivian en ranchos de tres dormitorios que cuestan un par de millones de dólares, o en mansiones de cuento de hadas que cuestan diez millones de dólares. Nos mantenemos alejados de las personas, mi lógica es que, probablemente, atraeríamos a la clase incorrecta de visitantes. En su lugar, elegimos una casa de huéspedes poco detrás de una de las fincas. Un tipo no muy elegante de casa de huéspedes que no suscita ningún interés.

El ángel sólo me sigue sin hacer comentarios, y funciona bien para mí. No ha dicho mucho desde que dejamos el edificio de oficinas. Ha sido una larga noche, y apenas puede mantenerse al margen cuando llegamos a la cabaña. Nos hacemos con la casa, justo antes de la tormenta.

Es extraño. En cierto modo, es sorprendentemente fuerte. Ha sido golpeado, mutilado y sangrando por días, sin embargo, aún puede luchar contra varios hombres a la vez. Nunca parece tener frío a pesar de estar sin camisa y sin chaqueta. Sin embargo, la caminata parece muy dura para él.

Cuando por fin nos sentamos en la cabina mientras empezaban la lluvia, él se quita fácilmente sus botas. Sus pies estaban ampollados y en carne viva. De color rosa y vulnerables, a pesar de que no se han utilizado mucho. Tal vez no lo han hecho. Si yo tuviera alas, probablemente me pasaría la mayor parte de mi tiempo volando también.

Escavo en mi mochila y encontré el pequeño botiquín de primeros auxilios. En ella, hay algunos paquetes para ampollas. Son como vendas adhesivas pero más grandes y más resistentes. Le entregue los paquetes al ángel. El abrió uno y se quedo mirándolo como si nunca hubiese visto uno

antes. Él primero vio el lado de su piel coloreada, que estaba en un tono demasiado claro para él, entonces en la parte acolchada, y luego de vuelta al lado de la piel de color de nuevo. Lo pone en su ojo, como un parche en el ojo de un pirata y hace una mueca.

Mis labios se agrietan en un cuarto de sonrisa a pesar de que es difícil para mí creer que todavía puedo sonreír. La agarre de su mano.

—Aquí, voy a mostrarte cómo usarlo. Déjame ver tu pie.

—Eso es una demanda muy íntima en el mundo de los ángeles. Por lo general toma la cena, un poco de vino, y una conversación chispeante para que renuncie a mis pies. —Esto exige un regreso ingenioso.

—Como sea —le digo—. Muy bien, así que no voy a obtener la concesión de la mujer ingeniosa del año. ¿Quieres que te enseñe cómo utilizar esto o no? —Soné de mal humor. Es lo mejor que puedo hacer ahora mismo.

Él asoma sus pies. Inflamadas manchas rojas gritan pidiendo atención sobre sus talones y grandes dedos de los pies. Un pie tiene una ampolla explotada en el talón.

Miro a mi escasa provisión de envases para ampollas. Voy a tener que usarlos todos en su pie y esperar que el mio pudiera aguantar. Saque los pequeños tubos de ungüentos mientras colocaba suavemente el adhesivo alrededor de su ampolla estallada; No va a estar contigo durante más de un par de días. ¿Por qué perder los preciosos suministros en él?

Él saca una esquirra de vidrio de su hombro. Ha estado haciendo eso todo el tiempo que hemos estado caminando, pero sigue encontrando más. Si no hubiera intervenido en frente de mí cuando rompió la ventana, yo estaría salpicada de fragmentos de vidrio también. Estoy casi segura de que no me protegió a propósito, pero no puedo dejar de estar agradecida por lo que hizo.

Con mucho cuidado tome el pus y la sangre con una gasa estéril, aunque sé que si contraería una infección, vendría de las profundas heridas en la espalda, no de unas cuantas ampollas en los pies. La idea de sus alas perdidas hizo que mis manos fueran más suaves de lo que serían de otra manera.

—¿Cuál es tu nombre? —Le pregunte.

No necesito saberlo. De hecho, no quiero saber. Darle un nombre lo hace parecer como si estuviéramos de alguna forma en el mismo lado, algo que nunca podemos estar. Es como reconocer que podemos llegar a ser amigos. Pero eso no es posible. No tiene sentido ser amiga de tu verdugo.

—Raffe —Sólo le pregunté su nombre para distraerlo de pensar en tener que utilizar sus pies en vez de sus alas. Pero ahora que sé su nombre, se siente bien.

—Rah-FIE —repito despacio—. Me gusta el sonido de eso.

Sus ojos se suavizan como si sonriera a pesar de que su expresión no cambio de ser una mirada pétrea. Por alguna razón, hizo que mi cara se calentara. Me aclare la garganta para romper la tensión.

—Raffe suena como Raw Feets<sup>3</sup>. ¿Coincidencia? —Eso lo hizo sonreír. Cuando sonríe, realmente se parece a alguien que te gustaría conocer. Un tipo de un atractivo con el que una chica podría soñar.

Sólo que él no es un chico. Y es muy de otro mundo. Por no hablar de que esta chica está más allá de soñar con nada que no sea comida, refugio, y la seguridad de su familia.

Froto mi dedo firmemente alrededor del ungüento, para asegurarse de que no se caerá. Inhala fuertemente, y no puedo decir si es de dolor o de placer. Soy cuidadosa de mantener los ojos sobre mi tarea.

—Por lo tanto, ¿no vas a preguntar mi nombre? —Me podía patear. Eso suena igual que yo coqueteando. Pero no lo estoy, por supuesto. No podía estarlo. Por lo menos me las había arreglado para mantener el tono de ser risueña.

—Ya sé tu nombre —Entonces imita la voz de mi madre, a la perfección—: ¡Penryn Young, abre esta puerta ahora mismo!

—Es bastante bueno. Hablas igual que ella.

—Debiste haber oído el viejo adagio de que hay poder al conocer el verdadero nombre de alguien.

—¿Es cierto?

—Puede ser. Especialmente entre las especies.

—¿Entonces por qué me dices el tuyo? —Se inclina hacia atrás y me da un encogimiento de chico malo, de que no le puede preocupar.

—Bueno, ¿Cómo te llaman si no saben tu nombre?

Hay una breve pausa antes de contestar. —La ira de Dios.

---

<sup>3</sup> Pies en carne viva.

Tomó mi mano de su pie con un movimiento lento, controlado, para evitar que se mueva. Me doy cuenta entonces de que si alguien nos viera, puede parecer que le estoy rindiendo homenaje. Se sienta en una silla mientras me arrodillo a sus pies con los ojos bajos. Rápidamente me pongo de pie así que bajo la mirada. Tomando una respiración profunda, cuadro mis hombros, y lo miro fijamente a los ojos.

—No tengo miedo de ti, de los de tu tipo, o de tu Dios.

Hay una parte de mí que se siente sobrecogida por el rayo que estoy segura que vendrá. Pero no lo hace. No hay ni siquiera un trueno en la dramática tormenta. No me hizo sentir menos miedo sin embargo. Soy una hormiga en el campo de batalla de los dioses. No hay lugar para el orgullo o el ego, y la habitación es apenas suficiente para sobrevivir. Pero no puedo ayudarme a mí misma. ¿Quiénes se creen que son? Puede que seamos hormigas, pero este campo es nuestra casa, y tenemos todo el derecho a vivir en ella.

Su expresión cambio sólo una fracción antes de que volviera a su forma divina. No estoy segura de lo que significa, pero sé que mi estado de locura tiene algún tipo de efecto en él, incluso si es sólo diversión.

—No lo dudo, Penryn. —dice mi nombre como si fuera un sabor de algo nuevo, rodando por encima de su lengua para ver si le gusta. Hay una intimidad en la forma en que lo dice que me hace querer retorcerme. Lanzo los paquetes de ampollas restantes en su regazo.

—Ahora sabea cómo usarlos. Bienvenido a mi mundo.

Me doy la vuelta, mostrándole la espalda, haciendo hincapié en mi falta de miedo. Al menos, eso es lo que me digo. También es conveniente que dándole la espalda, puedo dejar que mis manos tiemblen un poco mientras cavo a través de mi mochila en busca de algo para comer.

—¿Por qué están ustedes aquí, de todos modos? —Le pregunto mientras revuelvo los alimentos—. Quiero decir, es obvio que no estás aquí para una charla amistosa, pero ¿por qué quieren deshacerse de nosotros? ¿Qué hicimos para merecer el exterminio? —Se encoge de hombros.

—No lo sé. —Lo miro, con la boca abierta.

—Oye, yo no digo la última palabra —dice—. Si yo fuera bueno en el mercadeo, te contaría una historia vacía, que sonara profunda. Pero la verdad es que todos estamos dando tumbos en la oscuridad. A veces llegamos a algo terrible.

—¿Eso es todo? No puede ser tan ignorante en esto. —No sé lo que quiero escuchar, pero eso no es todo.

—A mi no me dieron explicaciones de esto. —Suena más como un soldado veterano que como cualquier otro ángel que jamás he oído hablar. Una cosa es segura —no voy a obtener muchas respuestas él.



La cena es fideos instantáneos y un par de barritas energéticas. También tenemos chocolates del tamaño de un bocado robados de la oficina para el postre. Me gustaría que pudiéramos iluminar la chimenea, pero el humo sería una señal inequívoca de que la casa está ocupada. Lo mismo para las luces. Tengo un par de linternas en mi bolso, pero recordando que se trataba de la linterna de mi madre, probablemente atraería a las bandas, comemos nuestros fideos secos y barras súper azucaradas de energía en la oscuridad.

Él por su parte cortaba tan rápido que no podía dejar de mirarlo. No sé cuando comió por última vez, pero ciertamente no ha comido en los dos días que lo conozco. También estoy adivinando que su súper-curación consume una gran cantidad de calorías también. No tenemos mucho, pero le ofrezco la mitad de mi parte. Si hubiera estado despierto el último par de días, habría tenido que darle de comer mucho más que esto.

Mi mano se queda con la comida que le ofrezco el tiempo suficiente para hacer el momento incómodo.

—¿No lo quieres? —pregunte.

—Eso depende del por qué me lo estás dando. —Me encojo de hombros.

—A veces, cuando estamos dando tumbos en la oscuridad, llegamos a algo bueno —Él me mira otro momento antes de tomar la comida que le ofrezco.

—No creo que recibas mi parte de chocolate, sin embargo. —Sé que debería conservar el chocolate, pero no puedo dejar de comer más de lo que había planeado.

La textura cerosa y la explosión de dulzura en la boca me traen consuelo, lo cual es demasiado raro como para dejarlo pasar. No voy a dejar que comamos más de la mitad de mi escondite, sin embargo. Los meto sin orden en la parte inferior de la mochila, así no nos veremos tentados. Mi deseo por los

dulces se debe de mostrar en mi cara, porque el ángel me pregunta—: ¿Por qué no acabas de comer? Podemos comer algo más mañana.

—Son para Paige —Cierro la cremallera de la mochila con resolución, haciendo caso omiso de su mirada pensativa.

Me pregunto dónde está mi madre ahora. Siempre había sospechado que ella era más inteligente que mi padre, aunque él es quien tiene la maestría en ingeniería. Sin embargo, toda su inteligencia animal no lo va a ayudar cuando sus instintos locos están exigiendo su atención. Algunos de los peores momentos de mi vida han sido a causa de ella. Sin embargo, no puedo evitar esperar que ella haya encontrado un lugar seco fuera de la de lluvia, y haya logrado encontrar algo que comer para la cena.

Escarbo en mi mochila y encuentro el último vaso de poli estireno de fideos secos. Me acerco a la puerta y lo dejo fuera.

—¿Qué estás haciendo? —Pienso en tratar de explicarle sobre mi madre, pero decido que mejor no.

—Nada.

—¿Por qué dejas la comida afuera en la lluvia? —¿Cómo sabía que era comida? Está demasiado oscuro para que vea la copa de los fideos.

—¿Qué tan bien puedes ver en la oscuridad? —Hay una breve pausa, como si estuviera considerando negar que puede ver en la oscuridad.

—Casi tan bien como puedo ver en el día. —Almaceno la información. Esta pequeña pieza de información puede haber salvado mi vida. ¿Quién sabe lo que tendría que hacer una vez que me encontrara con los otros ángeles? Puede que tratará de ocultarme en la oscuridad, una vez que me colara en su nido. Eso habría sido una plan suicida, ya que averiguaría qué los ángeles pueden ver muy bien en la oscuridad.

—Así que, ¿por qué dejar la valiosa comida fuera?

—En caso de que mi madre este ahí fuera.

—¿Por qué ella simplemente no entra?

—Tal vez lo haga. Tal vez no. —Asiente con la cabeza como si entendiera, que, por supuesto, no podía. Tal vez para él, todos los seres humanos se comportaban como si estuvieran locos.

—¿Por qué no traes la comida, y yo te digo si está cerca?

—¿Y cómo sabes si está cerca de aquí?

—La voy a escuchar —dice—. Suponiendo que la lluvia no sea demasiado fuerte.

—¿Qué tan buena es tu audición?

—¿Qué?

—Ja, ja —le digo secamente—. Saber estas cosas podría hacer una gran diferencia en mis posibilidades de rescatar a mi hermana.

—Ni siquiera sé dónde está, o si está viva. —dice con la mayor naturalidad, como si estuviera hablando del tiempo.

—Pero yo sé donde estás, y sé que te dirigirás de regreso a los otros ángeles, incluso si es sólo para vengarte.

—Ah, ¿es así cómo es? Puesto que no pudiste obtener información de mí cuando estaba débil e indefenso, ¿tu gran plan ahora es seguirme de vuelta al nido de víboras para rescatar a tu hermana? Sabes que es casi tan bien pensado como tu plan para ahuyentar a los hombres haciéndote pasar por un ángel.

—Una chica tiene que improvisar a medida que cambia la situación.

—La situación ha cambiado más allá de tu control. Lo único que conseguirás es que te maten si sigues este camino, así que toma mi consejo y corre para otro lado.

—No lo entiendes. No se trata de tomar decisiones lógicas, óptimas. No es que tenga otra opción. Paige es sólo una niña indefensa. Es mi hermana. Lo único en discusión es cómo voy a rescatarla, no si debo o no intentarlo.

Él se inclina hacia atrás para darme una mirada apreciativa.

—Me pregunto que hará que te maten más rápido ¿tu lealtad o tu tozudez?

—Ninguna, si me ayudas.

—¿Y por qué haría eso?

—Te salve la vida. Dos veces. Me lo debes. En algunas culturas, serías mi esclavo de por vida.

Es difícil ver su expresión en la oscuridad, pero su voz suena tanto escéptica como irónica.

—Por supuesto, lo que hiciste fue sacarme de la calle, mientras estaba lesionado. Y normalmente, se puede calificar como salvar mi vida, pero ya que

tu intención era secuestrarme para interrogarme, no creo que califique. Y si te estás refiriendo a su fallido "rescate" durante el intento de mi pelea con esos hombres, tendría que recordarte que si no hubieras golpeado mi espalda con esas uñas gigantes que salen de la pared, y luego me encadenaras a un auto, yo nunca hubiera estado en esa posición en primer lugar. —se ríe—. No puedo creer que esos idiotas se creyeran que eres un ángel.

—No lo hicieron.

—Sólo porque te equivocaste. Casi me eche a reír cuando te vi.

Hubiera sido muy divertido si nuestra vida no hubiera estado en juego.

Su voz se vuelve más sobria.

—¿Así que sabes que pudiste haber sido asesinada?

—Tu también.

El viento susurra en el exterior, crujiendo las hojas. Abro la puerta y recupero la taza de fideos. Puede ser que también crea que va a escuchar a mi madre si ella viene de visita. Es mejor no arriesgarse a que otra persona vea la comida y entre en la casa.

Saco una sudadera de mi mochila y me lo pongo sobre el que estoy usando. La temperatura está bajando rápidamente. Entonces finalmente hago la pregunta cuya respuesta me asusta.

—¿Qué quieren de los niños?

—¿Ha habido más de uno?

—He visto a las bandas callejeras tomarlos. Pensé que no querían a Paige a causa de sus piernas. Pero ahora, me pregunto si los están vendiendo a los ángeles.

—No sé lo que están haciendo con los niños. Tu hermana es la primera de la que he oído hablar. —Su voz me produce un suave escalofrío. El martilleo de las gotas de lluvia en las ventanas y el viento raspando una rama en el cristal.

—¿Por qué los otros ángeles te atacaron?

—Es de mala educación preguntar a la víctima de la violencia lo que hizo para ser atacada.

—Sabes lo que quiero decir.

Se encoge de hombros en la penumbra. —Los ángeles son criaturas violentas.

—Ya me di cuenta. Solía pensar que eran muy dulces y amables.

—¿Por qué piensas eso? Incluso en tu Biblia, somos precursores de la condenación, dispuestos y capaces de destruir ciudades enteras. El hecho de que a veces advirtiéramos a uno o dos de ustedes con antelación no nos hace altruistas.

Tengo más preguntas, pero tengo que resolver una cosa primero.

—Me necesitas.

Ladra una carcajada.

—¿Cómo es eso?

—Hay que volver con tus amigos para ver si puedes conseguir que tus alas sean cosidas de nuevo. Lo vi en tu cara cuando te lo mencioné en la oficina. Crees que podría ser posible. Pero para llegar allí, tienes que caminar. Nunca has viajado en el suelo antes, ¿verdad? necesitas una guía, alguien que pueda encontrar agua y comida, refugio seguro.

—¿Llamas a este alimento? —La luz de la luna lo muestra tirando el vaso de plástico vacío en un bote de basura. Esta demasiado oscuro para ver si lo lanzo en el suelo o en el bote de basura a través del cuarto, pero por el sonido de las cosas, diría que es un tiro triple.

—¿Ves? La habrías dejado pasar. Tenemos todo tipo de cosas que nunca te imaginarías que es comida. Además, necesitas a alguien que te quite la sospecha de encima. Nadie sospechara que seas un ángel si estás viajando con un humano. Llévame contigo. Te ayudaré a llegar a casa, si me ayudas a encontrar a mi hermana.

—¿Así que quieres que lleve un caballo de Troya al nido?

—No lo creo. No estoy para salvar el mundo, sólo a mi hermana. Eso es más que suficiente responsabilidad para mí. Además, ¿qué te preocupas? ¿De mi pequeña yo siendo una amenaza para los ángeles?

—¿Y si no está ahí?

Tengo que tragarme el nudo en mi garganta seca antes de poder contestar. —Entonces voy a dejar de ser tu problema —La oscura sombra de su forma se acurruca en el sofá.

—Vamos a dormir un poco, mientras que todavía es de noche.

—Eso no es un no, ¿verdad?

—No es un sí, tampoco. Ahora déjame dormir.

—Y eso es otra cosa, es más fácil hacer guardia en la noche cuando hay dos de nosotros.

—Pero es más fácil dormir cuando solo hay uno. —Agarra un cojín del sofá y lo coloca sobre su oreja. Se removi6 una vez m6s, a continuaci6n, se estabiliz6 su respiraci6n volvi6ndose pesada y regular, como si ya estuviera dormido.

Suspiro y camino de regreso al dormitorio. El aire es m6s fr6o cuando me acerco al dormitorio, y tengo dudas acerca de dormir all6. En cuanto abro la puerta, veo por qu6 hace tanto fr6o en la caba6a. La ventana est6 rota y las hojas caen de golpe por la lluvia sobre la cama. Estoy tan cansada que apenas pod6a dormir en el suelo. Tomo una manta doblada de la c6moda. Esta fr6o pero seco. Cierro la puerta de la habitaci6n para protegerme del viento y vuelvo con la almohadilla a la sala de estar. Me tumbo en el sof6 frente al 6ngel, envolvi6ndome en la manta.

6l parece estar c6modamente dormido. Todav6a est6 sin camisa, como lo ha estado desde la primera vez que lo vi. Los vendajes deben proporcionar un poco de calor pero no mucho. ¿Me pregunto si tiene fr6o? Debe estar congelado cuando vuelas muy alto en el cielo. Tal vez los 6ngeles se adaptan a las temperaturas fr6as, como a la luz para el vuelo.

Pero todo esto es una conjetura, y probablemente s6lo una justificaci6n para hacerme sentir mejor por tomar la manta para mi sola en la casa de campo. El poder esta fuera esta noche, lo que significa que el calor est6 fuera. Rara vez se congela en el 6rea de la bah6a, pero se vuelve muy fr6o por la noche a veces. Este parece ser uno de esos momentos.

Me duermo escuchando el ritmo de su respiraci6n constante y el tamborileo de la lluvia en las ventanas.



Sue6o que estoy nadando en la Ant6rtida, rodeada de icebergs hechos pedazos. Las torres son majestuosos glaciares hermosos y mortales. He o6do a Paige llam6ndome. Ella est6 movi6ndose en el agua, tose, apenas manteni6ndose a s6 misma a flote. Teniendo s6lo sus brazos para remar con ellos, yo s6 que no podr6 avanzar en el agua por mucho tiempo.

Nado hacia ella, desesperada por llegar a su lado, pero el fr6o que congela mis intestinos disminuye mis movimientos, y casi pierdo toda mi energ6a temblando. Paige me llama. Est6 demasiado lejos para que vea su cara, pero puedo escuchar l6grimas en su voz.

—¡Ya voy! —Trato de llamarla—. Está bien, voy a estar allí pronto.

Pero mi voz sale con un susurro ronco difícil de llegar mis propios oídos. La frustración se agrieta a través de mi pecho. Ni siquiera puedo consolarla con palabras tranquilizadoras. Entonces, oigo una lancha a motor. Cortando los pedazos de hielo flotantes, como si estuviera embistiendo contra mí. Mi madre está en el barco, conduciéndolo. Con la mano libre, tira por la borda el valioso equipo de supervivencia, salpicando en el agua helada. Latas de sopa y frijoles chalecos salvavidas, mantas, y hasta zapatos y ampolletas por la borda del barco, hundiéndose en el hielo flotando.

—Realmente debes comer tus huevos, querida —dice mi madre. El barco se dirige directamente hacia mí y no está desacelerando. En todo caso, está acelerando. Si no salgo del camino, me va a atropellar. Paige me llama en voz alta en la distancia.

—Ya voy. —Le digo, pero sólo un susurro con voz ronca sale de mi boca. Trato de nadar hacia ella, pero mis músculos están tan fríos que lo único que puedo hacer es mover suavemente mis piernas y temblar porque mi madre viene hacia mí.

—Silencio. Shhh...—Una calmante voz susurra en mi oído. Siento los almohadones del sofá retirándose de mi espalda. Luego, el calor me cubre. Músculos firmes me abrazan desde el espacio en el que los cojines solían estar. Soy aturdidamente consciente de los brazos masculinos envolviéndose mí alrededor, su piel suave como una pluma, sus músculos de terciopelo de acero. Ahuyentando el hielo en mis venas y la pesadilla.

—Shhh. —Un ronco susurro en mi oído. Me relajo en el capullo del calor y dejo que el sonido de la lluvia en el techo me calme hasta que vuelvo a dormir.



El calor se ha ido, pero ya no estoy temblando. Me hundo en mi misma, tratando de disfrutar del calor que queda en los cojines de un cuerpo que ya no está allí.

Cuando abro los ojos, la luz de la mañana me hace desear no haberlo hecho. Raffe se encuentra en el sofá, me mira con esos ojos de color azul oscuro. Trago, de repente me siento torpe y descuidada. Grande. El mundo ha llegado a su fin, mi madre está ahí fuera con las pandillas callejeras, más loca que nunca, mi hermana ha sido secuestrada por los ángeles vengadores, y me preocupa que mi cabello este grasoso y mi aliento huelga mal.

Me levanto bruscamente, dejando a un lado la manta con más fuerza de lo necesario. Agarro mis artículos de tocador y entro en uno de los dos cuartos de baño.

—Buenos días a ti también —dice en una voz cansina perezosa. Tengo mi mano en la puerta del baño cuando dice—: En caso de que te lo estés preguntando, la respuesta es sí. —Hago una pausa, con miedo a mirar hacia atrás.

—¿Sí? —Sí, ¿era que él me sostuvo toda la noche? ¿Sí, él sabe que me gusta?

—Sí, puedes venir conmigo —dice como si ya lo lamentara—. Te llevaré al nido del águila.

Traducido por ♥...Luisa...♥

Corregido por Mali..♥

**E**l agua sigue corriendo en la casa, pero no es agua caliente. Considero tomar una ducha de todos modos, sin saber cuánto tiempo pasará antes de que pueda tomar una adecuada, pero la idea de que la temperatura del agua sea como la de un glaciar golpeándome con toda su fuerza me hace dudar. Decido tomar un baño de esponja a fondo con un paño. Al menos de esa manera, puedo tener varias partes de mí congelándose de a una a la vez.

Como predije, el agua estaba helada, y traje pedazos de mi sueño de anoche, lo que inevitablemente me llevo al como llegué a calentarme lo suficiente como para poder dormir. Probablemente fue sólo una especie de acogida, una conducta de los ángeles provocada por mi temblor, la manera en la que los pingüinos se juntaban cuando hace frío. ¿Qué otra cosa podría ser?

Pero no quiero pensar en eso —no sé cómo pensar en eso— así que lo empujo en ese lugar oscuro, recargado en mi mente que amenaza con estallar en cualquier momento.

Cuando salgo del cuarto de baño, Raffé se ve recién duchado y vestido con sus pantalones negros con botas. Sus vendajes se han ido. Su pelo mojado cae frente a sus ojos mientras se arrodilla en el piso de madera dura en frente de la manta abierta. En ella, sus alas se disponen.

Peina las plumas, alisa las que están aplastadas y se arranca las rotas. En cierto modo, supongo que está arreglándose. Su tacto es suave y reverente, aunque su expresión es dura e ilegible como una piedra. Los extremos afilados del ala que he picado se ven feos y maltratados.

Tengo el impulso absurdo de pedir disculpas. ¿Por qué, exactamente, lo siento? ¿Por qué su pueblo haya atacado a nuestro mundo y lo destruyera? ¿Por el hecho de que fueran tan brutal como para cortar las alas de uno de los suyos y dejar que él fuera desgarrado por los salvajes nativos? Si somos tan salvajes, es sólo porque nos han hecho así. Así que no lo siento, me recuerdo a

mí misma. Triturar una de las alas del enemigo en una manta apolillada no es nada que lamentar.

Pero de alguna manera, baje la cabeza y camine con cuidado, como si lo sintiera, aunque no lo voy a decir.

Camino a su alrededor para que no vea mi postura apologetica, y su espalda desnuda aparece a la vista completa. Se ha detenido el sangrado. El resto de su cuerpo se ve perfectamente saludable, ahora no hay moretones, hinchazón o cortes, exceptuando donde sus alas solían estar. Las heridas son un par de rayas de hamburguesa cruda corriendo por su espalda. Ellas siguen la carne desigual, donde el cuchillo se había cerrado a través de los tendones y los músculos. No me gusta pensar en eso, pero supongo que el otro ángel cortó a través de sus articulaciones, sus huesos sacados lejos del cuerpo. Supongo que debería haber cosido las heridas para cerrarlas, pero asumí que iba a morir.

—¿Debería, como, tratar de coser tus heridas para cerrarlas? —le pregunte, esperando que la respuesta fuera no. Soy una chica muy dura, pero coser trozos de carne supera los límites de mi zona de confort, por decir lo menos.

—No —dice sin levantar la vista de su trabajo—. Con el tiempo sanaran por sí solas.

—¿Por qué no las has curado ya? Quiero decir, el resto de ustedes se curan en poco tiempo.

—Las heridas de espada de ángel toman mucho tiempo para sanar. Si alguna vez vas a matar a un ángel, córtale con una espada de ángel.

—Estás mintiendo. ¿Por qué me dices eso?

—Tal vez no te tengo miedo.

—Tal vez deberías.

—Mi espada nunca me haría daño. Y mi espada es la única que puedes manejar. —Suavemente arranca otra pluma rota y la deja sobre la manta.

—¿Cómo es eso?

—Se necesita permiso para usar una espada de ángel. Pesara una tonelada si se intenta levantar sin permiso.

—Pero nunca me diste permiso.

—No obtienes el permiso del ángel. Lo obtienes de la espada. Y algunas espadas tienen mal humor sólo por preguntar.

—Sí, claro —Se pasa la mano por las plumas, buscando las rotas. ¿Por qué no me mira como si me estuviera tomando el pelo?

—Nunca le pedí permiso y me las arreglé para levantar la espada sin ningún problema.

—Eso es porque querías arrojármela para que pudiera defenderme. Al parecer, ella lo tomó como si hubieras pedido permiso y te lo dio.

—¿Qué, leyó mi mente?

—Tus intenciones, por lo menos. Ella hace eso a veces.

—De acuerdo. Bien. —Lo dejé pasar. He oído un montón de cosas locas en este tiempo y sólo tienes que aprender a lidiar con ellas sin desafiar directamente a la persona que te esta arrojando la rareza. Desafiar la rareza es un ejercicio inútil y a veces peligroso. Al menos, lo fue con mamá. Debo decir, sin embargo, que Raffé es aún más inventivo que mi madre.

—Así que... ¿quieres que te vende la espalda?

—¿Por qué?

—Para tratar de mantener la infección lejos —le digo, hurgando en mi mochila por el botiquín de primeros auxilios.

—La infección no debería ser un problema.

—¿No puedes estar infectado?

—Debería ser resistente a tus gérmenes. —Las palabras "debería" y "tus" me llama la atención. No sabemos casi nada acerca de los ángeles. Cualquier información nos podría dar una ventaja. Una vez que nos organizáramos otra vez más, eso es.

Se me ocurre que podría estar en una posición sin precedentes, siendo capaz de recoger alguna información de inteligencia sobre ellos. A pesar de lo que los líderes de la banda nos hicieran al resto de nosotros creer, las partes de los ángeles fueron siempre tomadas de ángeles muertos o moribundos, estoy segura de ello. Pero ganar un poco de conocimiento, no lastimaría a nadie.

*Díganselo a Adán y Eva.*

Ignoro la voz de advertencia en mi cabeza.

—Así que... ¿estás vacunado o algo así? —Trato de hacer mi voz casual, como si la respuesta no significara nada para mí.

—Probablemente sea una buena idea que me vende de todos modos — dice, me envía una clara señal de que sabe que estoy pescando información—. Es probable que pueda pasar por humano, siempre y cuando mis heridas estén cubiertas.

Él saca una pluma rota, poniéndola a regañadientes en una creciente pila. Uso el último de los suministros de primeros auxilios para remendar las heridas. Su piel es como la seda cubierta de acero. Estoy un poco más tensa de lo necesario, ya que ayuda a mantener mis manos quietas.

—Trata de no moverte demasiado para no volver a sangrar. Las vendas no son tan gruesas y la sangre empapa muy rápidamente.

—No hay problema —dice—. No debe ser demasiado difícil no moverse mientras corremos por nuestras vidas.

—Lo digo en serio. Esa es la última de nuestras vendas. Vas a tener que hacerlas durar.

—¿Alguna oportunidad de que podamos encontrar más?

—Tal vez. —Nuestra mejor oportunidad son los botiquines de primeros auxilios en las casas, ya que las tiendas están ya sea limpias o reclamadas por las pandillas.

Llenamos mi botella de agua. No tuve mucho tiempo para empacar los suministros de la oficina. Los suministros que llevaba conmigo son una mezcla aleatoria. Suspiro, deseando haber tenido tiempo de acumular más y más alimentos. Aparte de la taza de fideos secos que sacamos, tenemos el puñado de mini chocolates que estoy guardando para Paige. Compartimos los fideos, aproximadamente dos bocados por persona. En el momento en que dejamos la casa de campo, es media mañana. En primer lugar llegamos a la casa principal.

Tengo grandes esperanzas de una cocina equipada, pero un vistazo a los armarios abiertos en el mar de granito y acero inoxidable me dice que vamos a tener que mendigar las sobras. Los ricos pueden haber vivido aquí, pero incluso ellos no tuvieron suficiente dinero como para comprar comida, una vez que las cosas se pusieron mal. O bien se comieron toda la comida que pudieron antes de salir a la carretera, o se lo llevaron con ellos. Cajón tras cajón, alacena tras alacena, no hay nada más que migajas.

—¿Esto es comestible? —Raffe está a la entrada de la cocina, enmarcado por el arco Mediterráneo. Podría fácilmente estar en casa en un lugar como éste. Se pone de pie con la fluida gracia de un aristócrata que está

acostumbrado a lo que lo rodea. Aunque la bolsa de un cuarto de comida para gatos que está sosteniendo arruina la imagen un poco.

Metó mi mano en la bolsa y me llevo unas pocas piezas de croquetas rojas y amarillas. Las meto en mi boca. Crujientes, con un vago sabor de pescado. Finjo que son galletas para masticar y tragar.

—No es exactamente gourmet, pero probablemente no nos va a matar.

Eso es lo mejor que podemos hacer en el departamento de alimentos, pero sí encontramos suministros en el garaje. Una mochila que se dobla como una bolsa de lona, lo cual es genial ya que él no puede cargar una mochila en este momento, pero podría ser capaz más tarde. Un par de sacos de dormir enrollados y listos. No hay tienda de campaña, pero hay linternas con pilas de repuesto. Un cuchillo de campo de pulido que es más caro que cualquiera que he logrado comprar. Le doy el mío a Raffe y guardo el otro para mí.

Desde que mis ropas están sucias, simplemente las cambio por otras limpias de los armarios. También llevo un poco de ropa extra y chaquetas. Encontré una sudadera que tal vez podría quedarle a Raffe. También lo haga cambiar de sus reveladores pantalones negros y botas atadas a unos pantalones vaqueros y botas de senderismo ordinarias.

Afortunadamente, hay tres dormitorios repletos de ropa para hombres de diversos tamaños. Debió haber vivido una familia con dos chicos adolescentes aquí una vez, pero el único signo de ellos ahora es lo que hay en los armarios y en el garaje. El ajuste de las botas de montaña de Raffe es lo que me preocupa más. Sus ampollas ya están curadas de ayer, pero incluso con su súper-sanación, no puede destrozar sus pies todos los días.

Me digo que me importa, porque no puedo tenerlo deteniéndome por cojear y me niego a pensar más allá de eso.

—Te ves casi humano vestido de esa manera —le digo.

En realidad, él se ve exactamente como un magnífico campeón olímpico. Es más que un poco molesto lo mucho que se parece a un ejemplo supremo de un ser humano. Quiero decir, ¿no debería un ángel que es parte de una legión capaz de erradicar con la mirada la humanidad, bien, verse mal y distante?

—Siempre y cuando no sangres en la forma en donde las alas están unidas, debes pasar por humano. Ah, y no dejes que nadie te toque. Sabrán que no estas bien en cuanto sientan la luz que eres.

—Estaré seguro de no dejar que nadie más que tu me lleve en sus brazos.  
—Se da vuelta y sale de la cocina antes de que pueda averiguar qué hacer con su comentario. El sentido del humor es una cosa más en las que no creo que los ángeles deban tener. El hecho de que su sentido del humor sea cursi lo hace aún más malo.



Es mediodía cuando salimos de la casa grande. Estamos en un pequeño callejón sin salida en Page Mill Road. El camino es oscuro y resbaladizo por la lluvia de anoche. El cielo está cargado de nubes grises, pero si tenemos suerte, deberíamos estar en las colinas bajo un techo caliente para el momento en que empiece la lluvia de nuevo.

Nuestro paquete se sienta en la silla de Paige, y si cierro mis ojos, casi puedo fingir que es ella a la que estoy empujando. Me sorprende a mí misma tarareando lo que yo pensaba que era una canción sin sentido. Me detengo cuando me doy cuenta que es la canción de disculpa de mi madre.

Puse un pie delante del otro, tratando de ignorar el peso de la silla de ruedas y el ángel sin alas a mi lado. Hay un montón de coches tirados en la carretera hasta que llegamos a la entrada de la autopista. En este caso, sólo hay un par de coches hacia arriba de la colina. Todo el mundo trató de entrar en la autopista para huir en los primeros días. No estoy segura de a dónde iban. Supongo que ellos tampoco dado que la autopista estuvo obstruida en ambas direcciones.

No pasa mucho tiempo antes de que veamos el primer cuerpo.

Traducido por ♥...Luisa...♥

Corregido por LuciiTamy

Una familia en un charco de sangre.

Un hombre, una mujer, una chica de unos diez años. La niña está en el borde de los bosques, mientras que los adultos están en medio de la carretera. O bien la niña corrió cuando sus padres fueron atacados, o se ocultó durante el ataque y fue capturada cuando salió. No han estado muertos por mucho tiempo. Lo sé porque la sangre en sus ropas harapientas sigue siendo de color rojo brillante. Tengo que tragar y luchar para mantener la comida para gatos en el estómago. Sus cabezas están intactas. Afortunadamente, el pelo de la niña ha volado por encima de su cara. Sus cuerpos, sin embargo, están en mal estado. Por un lado, parte de sus torsos habían sido masticados hasta los huesos con pedazos de carne aún adheridos a ella. Por otra parte, faltaban algunos de sus brazos y piernas. No tengo las agallas para echar un vistazo más de cerca, pero sí Raffé.

—Marcas de dientes —dice mientras se arrodilla sobre el asfalto al lado del cuerpo del hombre.

—¿De qué clase de animal estamos hablando? —Él está agachado cerca de los cuerpos, considerando mi pregunta.

—El tipo con dos piernas y dientes planos.

Mi estómago se revuelve.

—¿Qué estás diciendo? ¿Acaso que fue un ser humano?

—Tal vez. Inusualmente afilado, pero en forma humana.

—No puede ser. —Pero yo sé que si puede. Los seres humanos hacen lo que se necesita para sobrevivir. Sin embargo, no tiene sentido—. Esto es un desperdicio. Si estás tan desesperado como para caer en el canibalismo, no solo tomas unos cuantos bocados y te vas.

Sin embargo, a estos cuerpos les dieron más que unos pocos bocados. Ahora que me realmente observo puedo ver que están a medio comer. Sin embargo, ¿porque dejar la mitad atrás?

Raffe analiza el lugar en donde la pierna de la chica debería estar.

—Los miembros se han arrancado por la derecha de sus ejes.

—Suficiente —le digo mientras doy dos pasos hacia atrás. Puedo explorar nuestro entorno. Estamos en un campo abierto, y me siento tan nerviosa como un ratón de campo mirando a un cielo lleno de halcones.

—Bueno —dice mientras se levanta explorando los árboles—. Esperemos que quien hizo esto todavía este cerca en esta área.

—¿Por qué?

—Porque no tendrá hambre. —Eso no me hizo sentir mejor.

—Eres un enfermo, ¿lo sabes?

—¿Yo? No es mi gente la que hizo esto.

—¿Cómo lo sabes? Tienes los mismos dientes que nosotros.

—Pero mi pueblo no está tan desesperado. —dice esto como si los ángeles no tuvieran nada que ver con nuestra razón de estar desesperados.

—Tampoco es una locura.

Ahí es cuando veo el huevo roto.

Está situado al lado de la carretera cerca de la niña, la yema marrón y la clara del huevo congelada. El hedor de azufre llega a mi nariz. Es el olor familiar que infunde mi ropa, almohada y pelo durante los dos últimos años desde que mamá tiraba huevos podridos. Junto a ella, hay un pequeño ramo de ramas silvestres. Romero y salvia. O mi madre pensaba que eran bonitas, o su locura se ha tomado en un sentido muy oscuro de humor.

Eso no significaba otra cosa que ella estuvo aquí. Eso es todo. No pudo cargarse una familia entera. Pero si se podría haber cargado a una niña de diez años, saliendo de su escondite después de que sus padres fueran asesinados.

Estuvo aquí y camino por los cuerpos, tal como nosotros estamos haciendo. Eso es todo.

En serio, eso es todo.

—¿Penryn?—Me doy cuenta de que Raffe me ha estado hablando.

—¿Qué?

—¿Podrían ser niños?

—¿Que podrían ser niños?

—Los atacantes —dice lentamente. Obviamente, me he perdido un trozo de la conversación—. Como he dicho, las marcas de las mordeduras parecen demasiado pequeñas como para ser de adultos.

—Deben de ser animales.

—¿Animales con dientes planos?

—Sí —le digo con más convicción que la que siento—. Eso tiene más sentido que un niño matando a toda una familia.

—Pero no mucho más sentido que una pandilla de niños salvajes los atacara. — Trato de dispararle una mirada que dice que está loco, pero sospecho que sólo tengo éxito en parecer asustada. Mi cerebro zumba con imágenes de lo que podría haber sucedido aquí.

Él dice algo acerca de cómo evitar el camino y comenzar rumbo hacia arriba, a través del bosque. Asiento con la cabeza sin realmente escuchar los detalles y lo sigo en los árboles.

*Traducido por Carlota  
Corregido por LuciiTamy*

**E**n general tenemos árboles de hoja perenne en California, pero hay suficiente follaje caído que cubre el bosque. No podemos hacer nada para que no suenen crujidos a cada paso. No sé sobre otras partes del mundo, pero al menos en nuestras colinas, estoy convencida de que toda esa historia de que los leñadores que caminan en silencio es un mito. Por un lado, simplemente no hay ningún lugar para caminar durante el otoño en el que puedas evitar las hojas caídas. Por otro, incluso las ardillas y los venados, los pájaros y los lagartos hacen suficiente ruido en estas colinas para hacerles parecer animales mucho más grandes.

La buena noticia es que las lluvias han empapado las hojas, lo que amortigua el sonido. La mala noticia es que no puedo controlar la silla de ruedas en la ladera húmeda.

Las hojas muertas se quedan atrapadas en las llantas mientras lucho para forzar a las ruedas a seguir. Para aligerar la carga, meto la espada en mi mochila y me la pongo en la espalda. Le lanzo el otro paquete a Raffé para que lo lleve. Aun así, la silla patina y se desliza por las hojas húmedas, constantemente rumbo hacia abajo, aunque lucho por rodar en cruz. Nuestro progreso se ralentiza. Raffé no ofrece ninguna ayuda, pero tampoco ofrece sugerencias sarcásticas.

Con el tiempo, elegimos una senda clara que parecía ir en general a la dirección a la que queremos ir. El suelo está mayormente a la altura del camino y hay mucho menos follaje en él. Sin embargo, las lluvias han convertido el camino de tierra en un baño de lodo. No sé cómo de bien la silla se manejará por el barro, y prefiero que siga funcionando en condiciones suaves. Así que plegué la silla y la cargué. Esto funciona por un tiempo, de una manera incómoda, torpe. Lo más que había cargado la silla antes fue uno o dos escalones.

Rápidamente se hace evidente que no voy a ser capaz de continuar caminando cargando una silla de ruedas. Incluso si Raffé se ofreciera a

ayudar—lo que no hizo—no llegaríamos muy lejos cargando un extraño artilugio de metal y plástico.

Finalmente lo extiendo y lo dejo sobre el suelo. Se hunde, el barro chupa con avidez las ruedas. Tras solo unos pasos la silla queda completamente cubierta por el barro hasta el punto que las ruedas se quedan inmóviles.

Agarro un palo y golpeo las ruedas tanto como puedo. Tengo que hacer eso un par de veces más. Cada vez, el barro cubre más rápidamente a las ruedas. Una vez golpeado, se parece más a la arcilla que al barro. Por último, solo tarda un par de vueltas de las ruedas antes de que la silla esté atascada.

Estoy a su lado, con lágrimas en los ojos. ¿Cómo puedo rescatar a Paige sin su silla?

Voy a tener que encontrar algo mejor, incluso si tengo que llevarla en brazos. Lo importante es que la encuentre. Sin embargo, sigo allí por otro minuto, con la cabeza inclinada por la derrota.

—Sigues teniendo su chocolate —dice Raffe, con voz no desapacible—. El resto es solo logística.

No levanto los ojos para mirarle porque las lágrimas no han desaparecido todavía. Pase los dedos a lo largo del asiento de cuero como un adiós mientras me alejo de la silla de Paige.



Andamos durante una hora aproximadamente antes de que Raffe susurro:

—¿Realmente te molesta no ayuda a los humanos a sentirse mejor?

Hemos estado susurrando desde que vimos a las víctimas en la carretera.

—No estoy molesta —susurro.

—Por supuesto que no lo estás. Una chica como tú, pasando el rato con un guerrero semi-dios como yo. ¿Sobre qué hay que estar molesta? Dejar atrás una silla de ruedas no se compara siquiera con esto.

Casi tropiezo con una rama caída. —Tienes que estar bromeando.

—Nunca bromeo sobre mi estatus de guerrero semi-dios.

—Oh. Dios. Mío —bajé la voz, porque había olvidado lo de susurrar—. No eres más que un pájaro con actitud. Vale, tienes algunos músculos, te voy a

conceder eso. Pero ¿sabes?, un pájaro no es más que un lagarto apenas evolucionado. Eso es lo que eres.

Se ríe. —Evolución —se inclina, como si me contase un secreto—. Tendré que contarte que he sido tan perfecto desde el principio de los tiempos —Está tan cerca que su aliento me acaricia el oído.

—Oh, por favor. Tu cabeza gigante se está volviendo demasiado grande para este bosque. Muy pronto, vas a quedarte atascado intentando pasar entre dos árboles. Y entonces, tendré que rescatarte—le doy una mirada cansada—. Otra vez.

Aumento el ritmo, tratando de desalentar la inteligente contestación que estoy segura que vendrá.

Pero no lo hace. ¿Podría estar dejándome tener la última palabra?

Cuando miro hacia atrás, Raffé tiene una sonrisa satisfecha en su rostro. Ahí es cuando me doy cuenta que he sido manipulada para sentirme mejor. A lo que obstinadamente intenté resistirme, pero ya es demasiado tarde.

Me siento un poco mejor.



Del mapa, recuerdo que Skyline Boulevard es una arteria que recorre el bosque en el sur de San Francisco, más o menos. Skyline es cuesta arriba desde donde estamos. Aunque Raffé no ha dicho dónde está situado el nido, me ha dicho que necesitamos ir hacia el norte. Se necesita atravesar San Francisco. Así que si solo vamos cuesta arriba, y luego seguimos por Skyline en la ciudad, podríamos estar fuera de las zonas altamente pobladas hasta que ya no podamos evitarlo.

Tengo un montón de preguntas para Raffé ahora que me he dado cuenta que debería conocer todo lo que me fuese posible sobre los ángeles. Pero los caníbales tienen prioridad, y mantenemos nuestra conversación en un mínimo susurro.

Pensé que podríamos tardar todo el día en alcanzar Skyline, pero llegamos a media tarde. Lo que es bueno, también, porque no creo que pueda soportar otro plato de comida para gatos. Tenemos un montón de tiempo para rebuscar en las casas de Skyline por la cena antes de que oscurezca. Estas casas no están, ni de lejos, tan cerca unas de otras como en los suburbios, pero

siguen estando regularmente separadas a lo largo de la calle. La mayoría de ellas están ocultas detrás de árboles secuoya, lo que es genial para la búsqueda encubierta de suministros.

Me pregunto cuánto tiempo debemos esperar a mi madre y cómo incluso la encontraremos de nuevo. Ella sabía venir a las colinas, pero no teníamos planes más allá de eso. Como todo en esta vida, en este momento todo lo que puedo hacer es esperar lo mejor.

Skyline es un hermoso camino a lo largo de la cima de la cordillera que divide el Silicon Valley desde el océano. Es una carretera de dos carriles que da atisbos del valle por un lado y del océano por el otro. Es la única carretera que he pisado desde los ataques que no se siente mal en su estado desierto. Flanqueada por secuoyas y el olor de los eucaliptos, esta carretera se sentiría peor con tráfico sobre ella.

Poco después de alcanzar Skyline, sin embargo, vemos coches amontonados en cruz en el camino, bloqueando cualquier intento de tráfico. Esto es, obviamente, algo que no ha sucedido por accidente. Los coches están en un ángulo de noventa grados con la carretera y escalonados durante varios tramos, supongo que por si acaso alguien decide estrellarse contra ellos. Hay una comunidad aquí, y no acoge a extranjeros.

El ángel que ahora parece humano vigila el sitio. Enfoca su cabeza como un perro que escucha algo en la distancia. Asiente con la barbilla ligeramente, hacia delante y hacia la izquierda de la carretera.

—Están por allí, mirándonos—susurra.

Todo lo que puedo ver es una carretera vacía bordeada de secuoyas. —¿Cómo puedes decirlo?

—Les escucho.

—¿Cómo de lejos? —susurro. ¿Cómo de lejos están y cómo de lejos puedes escuchar?

Me mira como si supiese lo que estoy pensando. No puede leer mentes además de tener un oído sorprendente, ¿o sí? Se encoge de hombros, y empieza a caminar de nuevo hacia debajo de los árboles.

Como un experimento, le llamo todo tipo de nombres en mi cabeza. Cuando no responde, se me ocurren imágenes aleatorias en mi cabeza para ver si puedo conseguir que me dé una mirada divertida. De alguna manera, mi pensamiento deriva a la forma en la que me sostuvo durante la noche, cuando soñé que me estaba congelando en el agua. Mi imaginación me tenía

despertándome en el sofá y volviéndome hacia él. De alguna manera solo estoy usando mí...

Me detengo. Pienso en plátanos, naranjas y fresas, mortificada de que pudiera sentir en realidad lo que estoy pensando. Pero él continuó yendo por el bosque, sin dar ninguna señal de que pudiese leer mi mente. Esas son las buenas noticias. Las malas son que no sabe que lo que estaban pensando los otros. A diferencia de él, yo no escucho, veo o huelo nada que pueda indicarnos que alguien está a punto de tendernos una emboscada.

—¿Qué escuchaste? —susurro.

Se da la vuelta y contesta susurrando. —A dos personas susurrando.

Después de eso, mantengo la boca cerrada y solo le sigo.

Los árboles hasta aquí son todos secuoyas. No hay hojas en el suelo del bosque que crujan a medida que andamos. En cambio, el bosque nos da exactamente lo que necesitamos —una espesa alfombra de agujas suaves de pino que amortiguan nuestros pasos.

Quiero preguntar si las voces que escuchó están en nuestro camino, pero tengo miedo de hablar innecesariamente. Podemos intentar ir alrededor de su territorio, pero necesitamos seguir en la misma dirección si queremos llegar a San Francisco.

Raffe aumenta su ritmo bajando la colina hasta casi correr. Yo le sigo a ciegas, asumiendo que él escucha algo que yo no. Entonces lo oigo también.

Perros.

Por el sonido de su ladrido, se dirigen directamente hacia nosotros.

*Traducido por Carlota  
Corregido por LuciiTamy*

**E**mpezamos a correr, patinando en las agujas casi tanto como si corriésemos sobre ellas. ¿Esas personas entrenaron a los perros? ¿O era una jauría salvaje? Si son salvajes, entonces trepar a un árbol nos mantendría a salvo hasta que se alejen. Pero si han sido criados... La idea rondaba mi mente. Necesitarían suficiente comida para mantenerse a ellos mismos y para alimentar a sus perros. ¿Quién tiene ese tipo de riqueza y cómo la consiguieron?

Una imagen de mi familia canibalizada volvió a mí, y mi cerebro se apagó mientras que mis instintos tomaron el relevo.

Está claro por el sonido de los perros que están ganando terreno. La carretera está lejos a nuestra espalda en este momento, por lo que no podemos escondernos en un coche. Tendrá que servir un árbol.

Exploro el bosque frenéticamente en busca de un árbol escalable. No hay ninguno que pueda ver. A diferencia de otros árboles, los troncos de secuoya no se dividen. Crecen altos y rectos, con ramas que brotan perpendiculares al tronco muy por encima del suelo. Tendría que ser el doble de alta para llegar a la rama más baja de cualquiera de los árboles que nos rodean.

Raffe salta bajo una rama. A pesar de que salta mucho más alto que un hombre normal, sigue sin ser suficiente. Da un puñetazo a un tronco de la frustración. Probablemente nunca haya necesitado saltar antes. ¿Para qué saltar cuando puedes volar?

—Súbete a mis hombros—dice.

No estoy segura de cuál es su plan, pero los perros se están acercando. No puedo adivinar cuantos hay, pero no son ni uno ni dos, es una jauría.

Me agarra de la cintura y me eleva hacia arriba. Él es fuerte. Lo suficientemente fuerte como para levantarme todo el camino hasta que estoy de pie sobre sus hombros. Apenas puedo llegar a la rama más baja de esta manera, pero es suficiente como para conseguir un impulso cuando salto.

Espero que la delgada rama sea lo suficientemente fuerte como para resistir mi peso.

Pone sus manos bajo mis pies, sosteniéndome y dándome impulso hasta que estoy segura sobre la rama. Se tambalea pero resiste mi peso. Miro a mí alrededor para ver si puedo encontrar una rama para romperla y bajársela a él.

Pero antes de que pueda hacer nada, sale corriendo. Estuve a punto de llamarle por su nombre, pero me detengo a mí misma antes de hacerlo. La última cosa que necesitamos es que delate nuestra posición.

Le veo desaparecer por la colina. Ahora es mi turno de golpear al árbol por la frustración. ¿Qué está haciendo? Si se quedaba cerca del árbol, tal vez hubiese podido haber logrado que trepase de alguna manera. Podría al menos haberle ayudado a luchar contra los perros tirando cosas sobre ellos. No tengo armas de proyectiles, pero desde esta altura, nada de lo que tire sería un arma.

¿Corrió para distraer a los perros para que yo pudiese estar a salvo? ¿Lo hizo para protegerme?

Doy un puñetazo al tronco de nuevo.

Una jauría de seis perros vienen gruñendo al árbol. Un par se quedan, olfateando alrededor del tronco, pero el resto se separan y van tras Raffe. Solo pasa un momento antes de que el par de holgazanes salgan corriendo detrás de su jauría.

Mi rama se inclina peligrosamente hacia el suelo. Las ramas son tan escasas y malas que cualquiera podría verme con solo levantar la mirada. Las ramas bajas solo tienen hojas es sus extremos de modo que hay muy poca cobertura cerca del tronco. Alcanzo otra rama y comienzo a escalar. Las ramas se van haciendo más fuertes y gruesas mientras subo. Hay un largo trayecto hasta que encuentro una rama con las suficientes hojas como para cubrirme.

Cuando un perro aúlla de dolor, sé que le han alcanzado. Me retuerzo y me agarro bien a la rama, intentando adivinar lo que está pasando.

Debajo de mí, algo grande sale de los arbustos. Resultan ser varios hombres de gran tamaño. Cinco de ellos. Llevan camuflaje y cargan con fusiles como si supieran como utilizarlos.

Uno de ellos señala con la mano y el resto se despliegan en abanico. Estos hombres no dan la impresión de cazadores domingueros que disparan a conejos con una mano mientras con la otra beben cerveza. Están organizados. Entrenados. Mortales. Se mueven con una facilidad y una confianza que me

hacen sospechar que han trabajado juntos antes. Que han cazado juntos antes.

Mi pecho se enfría con todos mis pensamientos sobre lo que un grupo de militares canallas le haría a un ángel prisionero. Considero la idea de gritarles, distrayéndolos, para desviarlos y darle a Raffe la oportunidad de correr. Pero los perros siguen ladrando y gruñendo. Él está luchando por su vida y mis gritos solo le distraerían y harían que nos atrapasen a ambos.

Si muero, Paige seguirá cautiva. Y no moriré por un ángel, no importa las locas cosas que casualmente ha hecho para salvarme el pellejo. Si él hubiera podido trepar a mis hombros para llegar hasta aquí, ¿lo habría hecho?

Pero en el fondo, lo sé mejor. Si solo buscaba salvar su propio pellejo, me habría dejado atrás a la primera señal de peligro. Eso, lo podía hacer fácilmente.

El vicioso gruñido de un perro embistiendo me hace temblar. Los hombres no deberían ser capaces de saber que Raffe no es un humano, a menos que tirasen de su camisa o hasta que las heridas de su espalda se abran y sangre. Pero si está consiguiendo que los perros le destrocen, se curará por completo en un día, lo que será un claro indicativo si le retienen durante ese tiempo. Por supuesto, si son caníbales, nada de eso importará.

No sé qué hacer. Necesito ayudar a Raffe. Pero también necesito mantenerme con vida y no hacer nada estúpido. Solo quiero acurrucarme y taparme los oídos con las manos.

Un agudo pitido silencia a los perros. Los hombres han encontrado a Raffe. No puedo escuchar lo que están diciendo, solo que están hablando. No es sorprendente que el tono no suene amistoso. No hablan mucho, y no puedo escuchar a Raffe hablando en absoluto.

Unos momentos después, los perros corren por delante de mi árbol. Los mismos dos perros olfatean diligentes la parte inferior de mi árbol antes de correr para alcanzar al resto de la jauría. Entonces vienen los hombres.

El que hizo la señal antes lidera el grupo. Raffe camina detrás de él.

Sus manos están atadas a su espalda y sangre desciende por su cara y su pierna. Él mira hacia delante, con cuidado de no mirar hacia mí. Dos hombres le flanquean a cada lado, con las manos sobre sus brazos como si esperasen que se callera para poder arrastrarle por la colina. El último par de hombres los siguen, sosteniendo sus rifles en un ángulo de cuarenta y cinco grados mirando

a su alrededor y buscando algo a lo que disparar. Uno de ellos lleva la mochila de Raffe.

La manta azul que envolvía sus alas no está a la vista. La última vez que la vi, Raffe la tenía atada a su mochila. ¿Podría haberle dado tiempo a esconder sus alas antes de que los perros le alcanzasen? Si es así, eso podía comprarle un par de horas más de vida.

Él está vivo. Repito este hecho en mi cabeza, para evitar que otros pensamientos más inquietantes asuman el control. No puedo hacer nada si me congelo por lo que le podría pasarles a Raffe o a Paige o a mi madre.

Limpio mi mente. Olvida los planes. No tengo suficiente información como para formular un plan. Tendrán que seguir mis instintos.

Y mis instintos me dicen que Raffe es mío. Lo encontré primero. Si esos mandriles intoxicados por la testosterona quieren un pedazo de él, iban a tener que esperar hasta que me metiese en el nido.

Cuando no puedo oír más a los hombres, me bajo de la rama. Es un trayecto largo y pongo cuidado de tener mis pies en las posiciones correctas antes de bajar. La última cosa que necesito es un tobillo roto. Las agujas de pino amortiguan mi caída y aterrizo sin contratiempos.

Corro por la colina en la dirección en la que corrió Raffe. En unos cinco minutos, tengo las alas envueltas. Debe haber lanzado el paquete a un arbusto mientras corría, ya que se encuentran parcialmente ocultas por la maleza. Las ato a mi mochila y corro detrás de los hombres.

*Traducido por Carlota*

*Corregido por Yeiny*

**L**os perros son un problema. Necesitaré mi cerebro para esto. Puede que sea capaz de esconderme de los hombres mientras los acecho, pero no seré capaz de esconderme de los perros. Sigo corriendo de todos modos. Voy a tener que preocuparme de las cosas de una en una. Estoy presa de un miedo tan sorprendentemente fuerte que no seré capaz de encontrarles en absoluto, por lo que cambio de mi ritmo de trote a correr.

Estoy prácticamente doblada por mi aliento en el momento en que les veo. Estoy respirando tan fuerte, que me sorprende que no puedan oírme.

Se acercan a lo que a primera vista parece un grupo de edificios en ruinas. Pero mirándolos atentamente me doy cuenta que en realidad los edificios están bien. Solo parecen en ruinas porque hay ramas inclinadas contra los edificios y tejidas en una red por encima de todo. Las ramas están cuidadosamente colocadas para que parezcan que cayeron así de forma natural. Apuesto a que desde arriba se ve igual que el resto del bosque. Apuesto que desde arriba no puedes ver los edificios en absoluto.

Ocultos bajo las secuoyas, en los cobertizos alrededor de los edificios hay ametralladoras. Todas ellas apuntando hacia arriba en el cielo. Esto no da la sensación de ser un amistoso campo para ángeles.

Raffe y los cinco cazadores se encuentran con más hombres llevando camuflaje. Hay mujeres aquí también, pero no todas llevan uniforme. Algunas no parecen pertenecer a este lugar. Algunas se esconden en las sombras, viéndose sucias y asustadas.

Tengo suerte porque uno de los chicos acomoda a los perros en una perrera. Varios de los perros están ladrando, por lo que si alguno de ellos me ladrase, no debería ser notable.

Miro alrededor para asegurarme de que no he sido notada. Cojo mi mochila y la escondo en el hueco de un árbol. Considero mantener la espada conmigo pero decido no hacerlo. Solo los ángeles llevan espadas. La última

cosa que necesito es dirigir sus pensamientos en esa dirección. Pongo las alas envueltas en la manta al lado de la mochila y marco mentalmente la localización del árbol.

Encuentro un buen lugar desde el que puedo ver la mayor parte del campamento y aplastarme a mí misma en un trozo de suelo cubierto de hojas suficientes para separarme del barro. El frío y la humedad se filtran a través de mi camiseta de todos modos. Lanzo algunas hojas y agujas sobre mí misma por si acaso. Ojalá tuviese uno de sus trajes de camuflaje. Por suerte, mi pelo castaño oscuro se mezcla con lo que me rodea.

Empujan a Raffé hasta ponerle de rodillas en el centro de su campamento.

Estoy demasiado lejos para oír lo que están diciendo, pero puedo decir que los hombres están debatiendo sobre que hacer con él. Uno de ellos se inclina y habla con Raffé. Por favor, por favor, no le hagas quitarse la camisa.

Frenéticamente intento pensar una forma de rescatarle y seguir manteniéndome con vida, pero no hay nada que pueda hacer a plena luz del día con una docena de hombres con facilidad para apretar el gatillo en uniformes pululando la zona. A menos que haya un ataque ángel que les distraiga, lo más que puedo esperar es que siga vivo y que de alguna manera sea accesible cuando oscurezca.

Lo que sea que les dice Raffé les debe satisfacer al menos por el momento, ya que le ponen de pie y le llevan al interior del edificio más pequeño en el centro. Estos edificios no parecen casas, parecen barracones. Los edificios a ambos lados del que metieron a Raffé parecen lo suficientemente grandes como para albergar a treinta personas cada uno por lo menos. Él que está en el centro parece que podría albergar a la mitad de eso. Mi hipótesis es que uno de ellos es para dormir, otro para el uso común y tal vez el más pequeño sea un almacén.

Me quedo allí, intentado ignorar el frío húmedo que se filtra desde el suelo, deseando que el sol descienda más rápidamente. Tal vez estas personas están tan asustadas de la oscuridad como las bandas callejeras en mi barrio. Tal vez se irán a la cama tan pronto como se ponga el sol.

Después de lo que parece un largo tiempo, pero que probablemente sean solo unos veinte minutos, un chico joven en uniforme pasa a solo unos pasos de mí. Sostiene un rifle en un ángulo de cuarenta y cinco grados sobre su pecho mientras explora el bosque. Parece como si estuviese listo para la acción. Me quedo inmóvil mientras veo pasar a los soldados. Estoy sorprendida

y enormemente aliviada de que no lleve a un perro con él. Me pregunto, ¿por qué no los usan para proteger los barracones?

Después de eso, pasa un soldado cada pocos minutos, demasiado cerca para mi comodidad. Sus patrullas son lo suficientemente regulares para que después de un rato, tenga el ritmo de la misma y sepa cuando vienen.

Alrededor de una hora después llevan a Raffé al edificio central, huelo la carne y la cebolla, el ajo y las verduras. El delicioso aroma provoca que mi estómago se contraiga con tanta fuerza que siento como si tuviera calambres. Rezo para que lo que huelo no sea Raffé.

La gente se desplaza al edificio de la derecha. No escucho ningún anuncio por lo que debe ser la hora de la cena. Los soldados, en su mayoría hombres uniformados, salen del bosque en grupos de dos, tres, o cinco. Vienen de todas las direcciones.

Cuando se hace de noche y las personas desaparecen dentro del edificio de la izquierda, estoy casi entumecida por el frío que se filtra desde el suelo. Combinado con el hecho de que no he comido nada más que un puñado de comida para gatos seca durante todo el día, no me siento tan preparada como me gustaría estar para un rescate.

No hay luces en ninguno de los edificios. Este grupo es cuidadoso, obviamente, escondiéndose tan bien por la noche. Los barracones están en silencio excepto por el canto de los grillos, lo que es bastante sorprendente teniendo en cuenta cuántas personas viven allí. Al menos no hay gritos viniendo del edificio en el que está Raffé.

Me obligo a esperar lo que creo que es aproximadamente una hora en la oscuridad antes de moverme.

Espero a que la patrulla pase por allí. En este punto, sé que el otro soldado está en el otro lado del barracón.

Cuento hasta cien antes de levantarme y correr tan silenciosamente como puedo hacia el edificio central.

Mis piernas están tan frías y rígidas como el bronce, pero se calientan realmente rápido con el pensamiento de ser capturada. Tengo que acercarme por el camino más largo que lo rodea, deslizándome de sombra de luna en sombra, haciendo mi camino en zigzag hacia el edificio central. El entrecruzamiento de las ramas de los árboles trabaja a mi favor, manchando toda la zona con sombras cambiantes.

Me aplasto a mí misma contra el lado oscuro del comedor. Un guardia pasea mesuradamente a mi derecha, y en la distancia, otro camina despacio al otro lado del barracón. Sus pasos suenan torpes y lentos, como si se aburriesen. Una buena señal. Si escuchasen algo inusual, sus pasos serían más rápidos, más urgentes. Al menos eso espero.

Intento ver la parte posterior del edificio central, buscando una puerta trasera. Pero con las sombras de la luna en este lado, no puedo decir si hay una puerta, o incluso, una ventana.

Me lanzo de mi sombra a la sombra del edificio central.

Me detengo allí, esperando oír un grito. Pero todo está en calma. Me mantengo pegada a la pared conteniendo la respiración. No oigo nada y no veo ningún movimiento. No hay nada, pero mi miedo me dice que aborte. Así que sigo adelante. En la parte posterior del edificio, hay cuatro ventanas y una puerta. Me resisto a la tentación de llamar para ver si consigo una respuesta de Raffé. No sé quién más podría estar allí con él.

No tengo ningún plan, ni siquiera uno descabellado, y ni una idea real de cómo vencer a quienquiera que podría estar allí. Los entrenamientos de autodefensa generalmente no incluyen cosas como acercarse a escondidas a alguien por atrás y asfixiarle hasta que muera en silencio—una habilidad que podría ser muy útil en estos momentos.

Sin embargo, siempre he logrado vencer a luchadores mucho más grandes que yo, y me aferro a ese hecho para protegerme del frío pánico.

Respiro profundamente y susurro tan suave como puedo: — ¿Raffé?

Si tan solo pudiese conseguir una indicación de la habitación en la que está, haría esto mucho más fácil. Pero no oigo nada. Ni golpecitos en la ventana, ni llamadas amortiguadas, ni chirridos de la silla que me llevasen a él. El horrible pensamiento de que podía estar muerto vuelve a mí de nuevo. Sin él, no tengo ninguna manera de encontrar a Paige. Sin él, estoy sola. Me doy un golpe mental a mí misma para distraerme y dejar de seguir ese peligroso hilo de pensamientos.

Me acerco lentamente hacia la puerta y pongo un oído sobre ella. No escucho nada. Puedo intentar abrir el pomo de la puerta solo por si no está cerrada.

Tengo mi kit de forzar cerraduras en mi bolsillo de atrás como de costumbre. Encontré el kit en el dormitorio de un adolescente, durante mi primera semana de búsqueda de alimentos. No tardé mucho en darme cuenta

que forzar una cerradura es mucho más silencioso que romper una ventana. El sigilo lo es todo cuando estás intentando evitar a las pandillas callejeras. Así que he estado adquiriendo un montón de práctica forzando cerrojos en el último par de semanas. El pomo de la puerta gira suavemente.

Estos tipos son engréidos. La abro lo menos que puedo y me detengo. No hay sonidos, y me deslizo a la oscuridad. Hago una pausa, dejando que mis ojos se acostumbren a la oscuridad profunda de la casa. La única luz es la luz de luna que entra moteada a raudales por las ventanas de la parte trasera de la casa.

Me estoy acostumbrando a ver con luz de luna ahora. Parece que se ha convertido en una forma de vida para mí. Estoy en un pasillo con cuatro puertas. Una de ellas está abierta y da a un baño. Las otras tres están cerradas. Agarro el cuchillo como si eso pudiese parar la bala de una semi-automática. Pongo mi oído sobre la primera puerta a la izquierda y no escucho nada. Mientras agarro el pomo, escucho un susurro de voz muy suave de la última puerta.

Me quedo paralizada. Entonces me acerco a la última puerta y pongo de nuevo mi oído sobre ella. ¿Fue mi imaginación, o sonó algo como *corre, Penryn?*

Abro la puerta.

— ¿Por qué nunca me escuchas? —pregunta Raffé en voz baja.

Entro y cierro la puerta. —De nada por rescatarte.

—No estás rescatándome, estás siendo atrapada —Raffé se encuentra en medio de la habitación, atado a una silla. Hay un montón de sangre seca por su cara, procedente de una herida en su frente.

—Están dormidos —corro a su silla y pongo mi cuchillo en la cuerda de alrededor de sus muñecas.

—No, no lo están —la convicción en su voz enciende la voz de alarma en mi cabeza. Pero antes de que pueda pensar en la palabra *trampa*, un rayo de luz me ciega.

*Traducido por Carlota*

*Corregido por Phedre*

**N**o puedo dejarte cortar eso —dice una voz profunda desde detrás del rayo de luz—. Tenemos una cantidad limitada de cuerda.

Alguien me quita el cuchillo de la mano y me empuja bruscamente a una silla. El rayo de luz se apaga y tardo varios parpadeos en ajustar mi visión de nuevo a oscuridad con luz de luna. En el momento en que puedo ver de nuevo, alguien está atándome las manos a la espalda.

Hay tres de ellos. Uno comprueba las cuerdas de Raffé, mientras que el restante se inclina contra la puerta como si solo estuviese aquí por una visita casual. Tenso mis músculos para tratar de conseguir que la cuerda quede lo más holgada posible mientras el hombre de detrás de mí me ata. Mis puños aprietan con tanta fuerza mis muñecas, que estoy medio convencida de que se unirán.

—Vas a tener que disculpar la falta de luz —dice el hombre apoyado en el marco de la puerta—. Estamos intentando evitar a los invitados no deseados —Todo en él (desde su voz de mando a su postura informal), deja claro que es el líder.

—¿Soy realmente tan torpe? —pregunto.

El líder se inclina hacia mí, así que quedamos cara a cara.

—En realidad, no. Nuestros guardias no te vieron, y estaban bajo la orden de buscarte. No está mal, en general —Hay aprobación en su voz.

Raffé hace un sonido bajo con su garganta que me recuerda al gruñido de un perro.

—¿Sabías que estaba aquí? —pregunto.

El tipo vuelve a ponerse derecho. La luz lunar no es lo suficientemente brillante como para mostrarme los detalles de su aspecto físico, pero es alto y ancho de hombros. Su pelo está cortado de forma militar, lo que hace que el

de Raffé se vea irregular y despreciable en comparación. Su perfil es limpio, las líneas de su rostro afiladas y definidas.

Asiente con la cabeza. —No lo sabíamos a ciencia cierta, pero el equipo en su bolsa parecía la mitad de los suministros que una pareja podría llevar. Tiene un hornillo de campamento, pero no cerillas, ni ollas o cacerolas. Tiene dos tazones, dos cucharas. Cosas así. Nos imaginamos que alguien llevaba la mitad correspondiente a los suministros. Aunque, francamente, no me esperaba un intento de rescate. Y ciertamente no de una chica. Sin ánimo de ofender. Siempre he sido un hombre moderno —se encoge de hombros—. Pero los tiempos han cambiado. Y somos un campamento lleno de hombres —se encoge de hombros de nuevo—. Eso requiere agallas. O desesperación.

—Te olvidaste de la falta de cerebro —gruñe Raffé—. Soy tu objetivo aquí, no ella.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta el líder.

—Necesitas hombres como yo, soldados—dice Raffé—. No a una niña pequeña y delgada como ella.

El líder se echa hacia atrás con los brazos cruzados.

—¿Qué te hace pensar que estamos buscando soldados?

—Has utilizado cinco hombres y una jauría de perros para atrapar a un hombre. A ese ritmo, vas a necesitar tres ejércitos para conseguir acabar lo que sea que estas intentando hacer aquí.

El líder asiente con la cabeza. —Es evidente que tienes experiencia militar previa —Arqueó mis cejas ante esto, preguntándome que pasó cuando le capturaron.

—No te inmutaste cuando te apuntamos con las armas —dice el líder.

—Tal vez no es tan bueno como piensa, debió haber sido capturado antes—dice el guardia de Raffé. Raffé no muerde el anzuelo.

—O tal vez es de operaciones especiales, entrenado para las peores situaciones—dice el líder.

Hace una pausa, esperando que Raffé lo confirme o lo niegue. La luz lunar que se filtra por la ventana es lo suficientemente brillante para mostrarme al líder mirando a Raffé con la intensidad de un lobo mirando a un conejo. O tal vez es como un conejo mirando a un lobo. Pero Raffé no dice nada.

El líder se vuelve hacia mí. —¿Tienes hambre?

Mi estómago escoge ese momento para soltar un gruñido alto. Hubiera sido divertido en cualquier otra situación.

—Vamos a conseguirle a esta gente algo de cena. —Los tres hombres se van.

Pruebo las cuerdas de alrededor de mis muñecas.

—Alto, moreno y simpático. ¿Qué más puede pedir una chica?

Raffe resopla. —Se han vuelto mucho más amables ahora que has aparecido. No me han ofrecido comida en todo el día.

—¿Son solo exigentes, o son realmente malos tipos?

—Cualquiera que te ate a una silla a punta de pistola es un mal tipo. ¿Realmente necesito explicarte esto?

Me siento como una niña pequeña que hizo algo estúpido.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? —Pregunta—. Me arriesgo a ser hecho pedazos por una jauría de perros para que puedas escapar y luego vuelves corriendo aquí. Tu sentido de la justicia podría usar un poco de sentido común.

—Lo siento, voy a asegurarme de nunca regresar por ti—Estoy empezando a desear que lo hubiesen amordazado.

—Eso es lo más sano que te he oído decir.

—Así que ¿quiénes son esos tipos? —El súper oído de Raffe sin duda le habrá aportado un montón de información de lo que están haciendo.

—¿Por qué? ¿Estás pensando en alistarte?

—No me va la carpintería.

A pesar de sus hermosos rasgos habituales, tiene un aspecto bastante grotesco a la luz de la luna con todos esos restos de sangre seca recorriendo su cara. Por un momento, le imaginé como el clásico ángel caído condenando su alma.

Pero entonces pregunta: —¿Estás bien? —su voz es sorprendentemente suave.

—Estoy bien. Sabes que necesitamos salir de aquí por la mañana, ¿verdad? Notaran todo para ese momento —Toda esa sangre, sin heridas. Ningún humano es capaz de curarse tan rápido.

La puerta se abre y el olor del guiso casi me vuelve loca. No he pasado hambre desde los ataques, pero no he estado precisamente ganando peso tampoco.

El líder acerca una silla a mi lado y me pone el recipiente bajo la nariz. Mi estómago protesta tan pronto como el olor de la carne y las verduras me golpea.

Levanta una cucharada llena y se detiene a medio camino entre el plato y la boca. Tengo que reprimir un gemido de placer en la anticipación por el bien del decoro. Un soldado con la cara llena de granos acerca una silla junto a Raffé y hace lo mismo con su guiso.

—¿Cómo te llamas? —pregunta el líder. Hay algo íntimo en la forma en la que me hace esta pregunta cuando está a punto de darme de comer.

—Mis amigos me llaman Ira —dice Raffé—. Mis enemigos me llaman *Por Favor Ten Piedad*. ¿Cómo te llamas, niño soldado? —El tono burlón de Raffé me hace enrojecer sin motivo.

Pero el líder no está nervioso.

—Obadiah West. Me puedes llamar Obi —La cuchara se aleja de mí solo un poco.

—Obadiah. Qué bíblico—dice Raffé—. Obadiah escondió a los profetas de la persecución—Raffé mira a su propia cucharada de estofado suspendida frente a él.

—Un experto en la Biblia —dice Obi—. Es una lástima que ya tenga uno—Me mira—. ¿Y cuál es tu nombre?

—Penryn —digo rápidamente antes de que Raffé pueda abrir su boca para decir algo sarcástico—. Penryn Young —Prefiero no enemistarme con nuestros captores, especialmente si están a punto de darnos de comer.

—Penryn —Lo susurra como si pensase hacerlo suyo. De algún modo estoy avergonzada de tener a Raffé de testigo en este momento, aunque no estoy segura de por qué.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste una comida de verdad, Penryn? —pregunta Obi. Sostiene la cuchara apenas fuera del alcance de mi boca. Trago saliva antes de contestar.

—Ha pasado un tiempo—le doy una sonrisa alentadora, preguntándome si me dejará comer ese bocado. Mueve la cuchara a su boca y veo como se la come. Mi estómago protesta con un gruñido.

—Cuéntame, Obi —dice Raffe—. ¿Qué clase de carne es esa?

Miro hacia atrás y adelante entre los soldados, repentinamente insegura de si tengo hambre.

—Tendrías que capturar a muchos animales para alimentar a tanta gente—dice Raffe.

—Estaba a punto de preguntarte que tipo de animales has estado cazando tú —dice Obe—. Un chico de tu tamaño debe necesitar un montón de proteínas para mantener tu masa muscular.

—¿Qué estás insinuando? —pregunto—. No somos los que atacan a la gente, si eso es lo que quieres decir.

Obi me mira fijamente.

—¿Cómo sabes eso? Yo no he dicho nada acerca de atacar a la gente.

—Oh, no me mires así —Le doy mi mejor expresión de asco de adolescente—. No puedes haberte imaginado que yo quería comerme a una persona, ¿no? Eso es totalmente repugnante.

—Vimos a una familia—dice Raffe—. Medio comidos en la carretera.

—¿Dónde? —pregunta Obi. Parece sorprendido.

—No muy lejos de aquí. ¿Estás seguro de que no fuiste tú o uno de tus hombres? —Raffe se retuerce en su silla, como para recordar a Obi que el y sus hombres no son exactamente del tipo amable.

—Ninguno de los míos lo haría. No lo necesitan. Tenemos suficientes provisiones y útiles para hacer fuego y para apoyar a todos los presentes. Además, mataron a dos de nuestros hombres la semana pasada. Hombres entrenados que llevaban rifles. ¿Por qué crees que te cazamos? Normalmente no salimos detrás de los extraños. Nos gustaría saber quién lo hizo.

—No fuimos nosotros —Le digo.

—No, no creo que fueses tú.

—Él no lo hizo tampoco, Obi —digo. Su nombre sabe extraño en mi boca. Diferente, pero no está mal.

—¿Cómo puedo saber eso?

—¿Tenemos que demostrar nuestra inocencia ahora?

—Es un nuevo mundo.

—¿Quién eres tú, el sheriff del Nuevo Orden? ¿Arresto primero, pregunto después? —pregunto.

—¿Qué harías si les atrapas? —pregunta Raffe.

—Podríamos utilizar a las personas que son, digamos que ¿un poco menos civilizadas que el resto de nosotros? Tendrían que tomarse precauciones, por supuesto—Obi suspira. Está claro que no le gusta la idea pero parece resignado a hacer lo que hay que hacer.

—No lo entiendo —digo—. ¿Qué harías con un grupo de caníbales?

—Llevarles a donde estén los ángeles, por supuesto.

—Eso es una locura —digo.

—En el caso de que no te hubieras dado cuenta, el mundo entero se ha vuelto loco. Es hora de adaptarse o morir.

—¿Llevando a una locura a otra locura?

—Llevando lo que sea que tengamos que podría confundirles o distraerles, o incluso rechazarles, si eso es posible. Cualquiera cosa que mantenga su atención lejos de nosotros mientras nos organizamos —dice Obi.

—¿Organizáis qué? —pregunta Raffe.

—A un ejército lo suficientemente fuerte como para expulsarles de nuestro mundo.

Todo el calor se drenó fuera de mi cuerpo.

—¿Estás reuniendo un ejército para la resistencia? —Intento desesperadamente no mirar a Raffe. He estado tratando de conseguir información sobre los ángeles de forma casual solo en caso de que pueda ser útil. La esperanza de una resistencia organizada, sin embargo, se hizo humo, junto con Washington D. C. y Nueva York.

Y aquí está Raffe, en medio de un campamento rebelde que está tratando desesperadamente de mantenerse en secreto de los ángeles. Si los ángeles supieran sobre esto, lo aplastarían en sus comienzos y quién sabe cuánto tiempo tardaría en organizarse otra resistencia.

—Preferimos pensar en nosotros mismos como un ejército humano, pero sí, supongo que somos considerados la resistencia. En este momento, estamos reuniendo fuerzas, reclutando y organizando. Pero tenemos algo grande planeado. Algo que los ángeles no olvidarán, pronto.

—¿Devolverás el golpe? —La idea ronda mi mente.

—Vamos a devolverles el golpe.

*Traducido por Annabelle*

*Corregido por Phedre*

¿Cuánto daño puedes hacer? —pregunta Raffe. Mi estómago se congela sabiendo que soy la única humana en la habitación que sabe que Raffe es uno de los enemigos.

—Suficiente daño para probar un punto —dice el líder resistente—. No a los ángeles. No nos importa lo que ellos piensen. Pero sí a la gente. Para hacerles saber que estamos aquí, que existimos, y que juntos, no seremos echados a un lado.

—¿Están atacando a los ángeles como una campaña de reclutamiento?

—Creen que ya han ganado. Y lo más importante, nuestra gente también lo siente de esa manera. Necesitamos hacerles saber que la guerra solo ha comenzado. Este es nuestro hogar. Nuestra tierra. Nadie puede simplemente venir y tomar el control.

Mi mente se revuelve con emociones encontradas. ¿Quién era el enemigo aquí? ¿De qué lado estoy? Miro cuidadosamente el suelo, intentando desesperadamente evitar mirar a Raffe, o a Obi.

Si Obi presiente algo, entonces podría empezar a sospechar de Raffe. Si Raffe presiente algo, entonces no puedo esperar que confíe en mí de verdad. Oh Dios, si hago enfadar a Raffe, podría no cumplir con nuestro trato, desaparecer e irse al nido sin mí.

—Me duele la cabeza, —lloriqueo.

Se hace una larga pausa en la que estoy convencida en que Obi intenta descubrirlo todo. Estoy casi segura de que está a punto de gritar, ¡Dios mío, él es un ángel!

Pero no lo hace. En vez de eso, se levanta y coloca mi tazón de estofado en su silla. —Seguiremos hablando por la mañana —dice Obi. Me levanta y me guía hacia una catre oculto en las sombras que no había notado antes. El guardia de Raffe hace lo mismo al otro lado de la habitación.

Me recuesto incómoda de lado, con las muñecas atadas detrás de la espalda. Obi se sienta en el catre y amarra mis tobillos. Me siento tentada a ser sarcástica y pedir la cena y una película antes de que las cosas se pongan más perversas, pero no lo hago. Lo último que necesito es comenzar a hacer chistes de sexo mientras soy prisionera en un campamento lleno de hombres armados, en un mundo donde no hay leyes.

Coloca una almohada debajo de mi cabeza. Mientras esta haciendo esto, aparta los cabellos que caen sobre mi cara y los coloca detrás de mi oreja. Su toque es tibio y delicado. Debería estar asustada, pero no lo estoy.

—Estarás bien —dice—. Los hombres tienen órdenes estrictas de ser correctos contigo.

Supongo que no se necesita un lector de mentes para saber que debería preocuparme por eso. —Gracias —digo.

Obi y su hombre recogen los tazones de estofado y se marchan. Detrás de ellos suena el seguro de la puerta.

—¿Gracias? —pregunta Raffé.

—Cállate. Estoy exhausta. En serio, necesito dormir algo.

—Lo que necesitas es decidir quien está de tu lado y quién no.

—¿Se lo dirás? —No quiero ser muy específica en caso de que alguien esté escuchando. Espero que entienda a lo que me refiero. Si Raffé y yo logramos llegar al nido, él habrá tenido contacto con el movimiento de la resistencia de infantería. Si se lo dice a los otros ángeles y ellos detienen al movimiento, yo seré la Judas de mi especie.

Se hace una larga pausa.

Si él no dice nada, ¿será el Judas de su especie?

—¿Por qué viniste aquí? —Pregunta, cambiando el tema a propósito—. ¿Por qué no huiste como sabemos que deberías haber hecho?

—Soy estúpida ¿cierto?

—Mucho.

—Simplemente... no pude.

Quiero preguntarle por qué arriesgó su vida para salvar la mía cuando su gente nos mata a diario. Pero no puedo hacerlo. No aquí, no ahora. No cuando puede que alguien esté escuchando.

Nos quedamos en silencio, escuchando a los grillos.

Tras un largo rato, mientras me iba alejando a un lugar adormecido, él murmura en la oscuridad. —Todos están dormidos excepto los guardias.

Inmediatamente me encuentro alerta. —¿Tienes un plan?

—Claro ¿Tú no? Eres tú la rescatadora. —La luna se ha movido y la luz que pasa por la ventana ahora es más lóbrego. Pero todavía es suficiente para poder ver la sombra oscura de su cuerpo levantándose de su cama. Camina hacia mí y comienza a desatarme.

—¿Cómo demonios hiciste eso?

—Cuando estés asaltando el nido, recuerda que las cuerdas no detendrán a los ángeles. —susurra la última palabra.

Había olvidado lo mucho más fuerte que es comparado con un hombre.

—¿Quieres decir que pudiste haber salido todo este tiempo? Ni siquiera me necesitas, ¿Por qué no lo habías hecho ya?

—¿Qué? ¿Y perderme la diversión de ver sus pequeños cerebros preguntarse lo que pasó? —rápidamente me desata y me pone de pie.

Su movimiento evasivo no se me escapa. —Ah, lo entiendo. Puedes escapar de noche, pero no durante el día. No puedes huir de las balas, ¿verdad?

Como la mayoría de las personas, mi primera introducción a los ángeles fue mediante el video repetido del Ángel Gabriel recibiendo un disparo. No puedo evitar preguntarle si los ángeles serían menos hostiles si no hubiésemos matado inmediatamente a su líder. Al menos, ellos piensan que fue asesinado. Nadie lo sabe con certeza, ya que el cuerpo nunca se encontró, o eso es lo que dicen. La legión de hombres con alas flotando tras ellos se dispersó con la multitud en pánico, rápidamente desapareciendo en el cielo lleno de humo. Me pregunto si Raffé fue parte de esa legión.

Arquea sus cejas hacia mí, negándose a discutir el efecto de las balas en los ángeles.

Le doy una sonrisa presumida. *No eres tan perfecto como pareces.*

Camino hasta la puerta y pego mi oído en ella. —¿Hay alguien más en el edificio?

—No.

Intento girar la perilla pero está atrancada.

Raffe suspira. —Esperaba no tener que mostrar una fuerza excesiva y levantar sospechas. —Alza la mano hacia la perilla, pero le detengo.

—Entonces, es bueno que lo tenga cubierto. —Saco un largo alambre y la tensión se libera de mi bolsillo trasero. El soldado que me inspeccionó antes de atarme hizo un trabajo rápido. Busco armas o cuchillos afilados, no pequeños alambres tiesos.

—¿Qué es eso?

Me pongo a trabajar en la cerradura. Se siente bien sorprenderlo con un talento que los ángeles no poseen.

Click.

—Voilà.

—Habladora, pero talentosa ¿Quién lo hubiera pensado?

Abro la boca para responderle con un comentario sabiendo, pero luego me doy cuenta de que solo estaría probando su punto, así que me quedo callada, solo para demostrar que puedo hacerlo.

Salimos al pasillo a escondidas y nos detenemos en la puerta trasera.

—¿Puedes oír a los guardias?

Escucha por un momento y señala a las once en punto y a las cinco en punto.

Esperamos.

—¿Qué hay allí? —pregunto, señalando a las puertas cerradas.

—¿Quién sabe? ¿Suministros, quizás?

Me acerco a una de las puertas, pensando en carne de cévidos o incluso armas.

Él toma mi brazo y sacude la cabeza. —No te pongas codiciosa. Si los atacamos al salir es más improbable que se olviden de nosotros. No queremos problemas si podemos evitarlos.

Tiene razón, por supuesto. Además ¿quién sería lo suficientemente estúpido como para guardar las armas en el mismo sitio que a sus prisioneros? Pero pensar en la carne me hace la boca agua. Oh, debí haber negociado por el estofado cuando tuve la oportunidad.

Después de unos minutos, Raffe asiente y salimos a la noche.



Raffe y yo corremos. El corazón me retumba en el pecho cuando muevo las piernas tan rápido como puedo. El aire me congela la boca. El olor de la tierra y los árboles nos atraen hacia el bosque. El sonido del viento a través de las altas ramas, oculta nuestros rápidos pasos.

Raffe podría correr muchísimo más rápido, pero se mantiene cerca.

La luna desaparece detrás de las nubes y el bosque se vuelve oscuro. Voy más despacio una vez que estamos dentro del dosel de los árboles, sin querer estrellarme contra uno. Mi respiración es muy superficial y tengo miedo que los guardias puedan escucharla. La adrenalina de correr por la libertad se drena y vuelvo a encontrarme asustada y agotada. Me detengo, inclinándome para recuperar el aliento. Raffe me coloca su mano en la espalda, impulsándome a seguir con una leve presión. A él ni siquiera le falta el aliento.

Señala más adentro en el bosque. Sacudo la cabeza y señalo al otro lado del campamento. Necesitamos rodearlo para ir a por sus alas. Mi bolso es reemplazable; las alas y la espada no. Se detiene, luego asiente. No sé si él sabe lo que estoy buscando, pero sé que sus alas nunca están lejos de su mente, de la misma manera en la que Paige nunca se encuentra lejos de la mía.

Caminamos alrededor del campamento, yendo tan dentro del bosque como podemos sin perderlo de vista. Esto se vuelve difícil después de un rato, ya que la luz de la luna ahora es muy leve y el mismo campamento se encuentra principalmente dentro de los doseles. Para mi disgusto, tengo que dejarme llevar por la vista de Raffe casi todo el tiempo.

Incluso sabiendo que él puede ver, solo puedo ir rápido hasta cierto punto, sin tropezarme con una raíz o sin perder mis pisadas. Tomó un largo rato caminar por el bosque en la oscuridad y aún más encontrar mi escondite.

Justo cuando veo el árbol que oculta mis cosas, escucho el distintivo sonido del seguro de un arma detrás de mí.

Mis manos se encuentran en el aire antes de que el tipo pueda decir: —  
¡Alto ahí!

*Traducido por Annabelle*

*Corregido por July*

**L**es toca limpiar los excusados sólo por interrumpir mi noche. — Claramente, Obi no es del tipo que madruga y no le molesta ocultar que preferiría dormir en vez de estar lidiando con nosotros.

—¿Qué quieres de nosotros? —pregunto—. Te dijimos que no matamos a esa gente.

Nos encontramos justo donde empezamos, Raffé y yo sentados y atados en nuestras sillas dentro del que comienzo a ver como nuestro cuarto.

—Es más sobre lo que no queremos. No queremos que les anden diciendo a otros nuestro número, nuestra locación, nuestro arsenal. Ahora que ya han visto nuestro campamento, no podemos dejarlos ir hasta que nos mudemos.

—¿En cuanto tiempo será eso?

—Algo de tiempo —Obi se encoge de hombros, sin importarle—. No será mucho.

—No tenemos algo de tiempo.

—Lo tendrán tanto como nosotros digamos —dice Boden, el guardia que nos atrapó. O al menos, ese es el nombre que dice su uniforme. Por supuesto, podría ser solo un uniforme que le quitó a un soldado muerto y que ya tenía ese nombre—. Harán todo lo que el movimiento de resistencia diga. Porque sin él, todos seremos condenados al infierno por esos ángeles hijos de pu...

—Suficiente, Jim. —dice Obi. Noto en su voz el cansancio suficiente que me hace suponer que el buen Jim y quizás varios de los otros soldados han repetido exactamente las mismas palabras un millón de veces, con muchísimo afán—. Es la verdad —dice Obi—. Los fundadores de la resistencia nos advirtieron que este momento iba a llegar, nos dijeron que sobreviviéramos, que resistiéramos mientras el resto del mundo se acababa. Le debemos todo a la resistencia. Es nuestra más grande esperanza para sobrevivir de esta masacre.

—¿Hay más aparte de este campamento? —pregunto.

—Es una línea que se encuentra en pequeños grupos por todo el país. Justamente nos estamos enterando de los otros, tratando de organizarnos, tratando de coordinarnos.

—Genial —dice Raffe—. ¿Esto significa que debemos quedarnos hasta olvidar que hemos escuchado sobre este movimiento de resistencia?

—Eso es algo que sí pueden divulgar —dice Obi—. Dar a conocer de la resistencia trae esperanza y comunidad. Todos podemos usar de eso tanto como sea posible.

—¿No les preocupa que si el rumor corre, los ángeles vendrán a destruirlos? —pregunto.

—Esas palomitas no podrán derrotarnos así envíen todo su rebaño chirriador —se burla Boden. Su rostro está rojo, y parece preparado para pelear—. Sólo déjalos que lo intenten.

El fuerte agarre del rifle vuelve sus nudillos blancos y me pone nerviosa.

—Hemos tenido que detener a un gran número de personas aquí desde que los ataques caníbales comenzaron —dice Obi—. Son los únicos que lograron salir. Puede haber un lugar aquí para ambos. Un lugar con comida y amigos, una vida con significado y propósito. Ahora mismo, estamos fracturados. Nos tienen comiéndonos los unos a los otros, por el amor de Dios. No podemos actuar si estamos peleándonos y matándonos por una lata de comida para perro.

Se inclina sobre nosotros con delicadeza. —Este campamento es solo el comienzo, necesitamos a todos en sus puestos si queremos tener alguna oportunidad de recuperar nuestro mundo de esos ángeles. Podemos usar a personas como ustedes. Personas con las habilidades y la determinación de ser los más grandes héroes de la humanidad.

Boden hace un bufido. —No pueden ser tan buenos. Corrieron en semicírculo alrededor del campamento como un par de consoladores. ¿Cuánta habilidad podrían tener?

Qué tienen que ver los consoladores con el asunto, no tengo idea. Pero sí tenía un punto cuando decía que fuimos atrapados por un idiota.



Resulta que en realidad no tenía el deber de lavar los excusados. Solo a Raffe se le otorga ese honor. Yo termino lavando la ropa. No estoy segura de

que eso sea mucho mejor. Nunca he trabajado tan duro en mi vida. Sabes que el mundo se ha acabado cuando el trabajo manual en América es más barato y fácil que usar las máquinas. Los hombres en serio que ensucian sus vaqueros y otras ropas pesadas cuando están fuera en el bosque. Sin mencionar lo no mencionable.

Tengo más que algunos momentos de asco en el día. Pero sí aprendo algunas cosas de las otras mujeres de la lavandería.

Luego de un largo silencio, las mujeres comienzan a hablar. Algunas de ellas solo han estado en el campamento por un par de días. Parecen sorprendidas y todavía desconfiadas de encontrarse a si mismas ilesas y sin ser molestadas. El cansancio que demuestran en la forma en como mantienen sus voces bajas y sus ojos escaneando todo alrededor al momento de chismorrear, me impiden relajarme.

Mientras gastamos nuestros traseros trabajando —o más bien, nuestros brazos y espaldas— me entero de que Obi es el favorito entre las mujeres. Boden y sus amigos deben ser evitados. Obi está a cargo del campamento, pero no de todo el movimiento de resistencia completo. Aparentemente eso dice entre las mujeres, que Obi sería un gran líder mundial de los luchadores por la libertad.

Me encanta la idea de que un líder nos guíe fuera de los tiempos de oscuridad. Me encanta el romance de ser parte de algo bueno, y correcto, liderado por un grupo de personas destinadas a ser héroes.

Solo que no es mi lucha. Mi lucha es recuperar a mi hermana sana y salva. Mi lucha es mantener a mi madre fuera de problemas y de protegerla en un lugar seguro. Mi lucha es alimentar y cuidar de lo que queda de mi familia. Hasta que esas luchas no estén permanentemente ganadas, no tengo el lujo de mirar más allá de la gran pintura de guerras, dioses y héroes románticos.

Mi lucha en este momento es esforzarme para quitar las manchas de las sabanas más altas y anchas que yo por metros. Nada quita más el romance y la grandeza que restregar manchas en las sabanas.

Una de las mujeres se preocupa por su esposo quien dice que está *“jugando a ser soldado”* incluso aunque apenas se ha movido de la silla de su computadora de programación en veinte años. También se inquieta por su perro Golden Retriever, que se encuentra en la jaula con el resto de los perros.

Resulta que la mayoría de los perros guardianes en realidad son solo mascotas de las personas del campamento. Intentan entrenarlos para que sean como los perros guardianes malos y viciosos que persiguieron a Raffae, pero en

realidad, no han tenido suficiente tiempo para entrenar a la mayoría de ellos. Además, pasaron casi toda su vida siendo consentidos, jugando y aparentemente les resulta muy difícil convertirse en asesinos viciosos cuando prefieren más bien lamerte hasta morir y perseguir ardillas.

Dolores me asegura que su perro, Checkers, es de esos que te lamen hasta la muerte y que la mayoría de los perros se encuentran en el paraíso de perritos aquí en el bosque. Asiento, comprendiendo más de lo que ella cree. Esta es la razón de que los guardias no tengas perros. Es difícil patrullar cuando tu compañero canino corre a perseguir roedores y ladra toda la noche. Gracias a Dios por los pequeños favores.

Casualmente intento girar la conversación hacia lo que esta perturbando a los refugios. Todo lo que obtengo son miradas de reojos y expresiones aterrorizadas.

Una mujer se persigna. Gran final de conversación.

Recojo mi par de pantalones curtidors para introducirlos en el agua sucia, y volvemos a trabajar en silencio.

Aunque Raffé y yo somos prisioneros aquí, nadie nos vigila en serio. Eso quiere decir que a nadie se le ha asignado vigilarnos. Todos saben que somos los nuevos, todos mantienen un ojo sobre nosotros. Para evitar que la gente notara que su cabeza se estaba sanando muy pronto, a primera hora de la mañana logramos colocar dos vendajes de adhesivos en su frente, justo en el nacimiento de su cabello. Estábamos preparados para decir que las lesiones en la cabeza sangraban bastante, así que la misma lesión debía ser más pequeña de lo que parecía anoche, pero nadie preguntó.

Raffé se encarga de limpiar los baños portátiles junto con otros hombres. Es uno de los pocos que aún están usando camisa. Se puede ver una línea del contorno de sus vendajes debajo, pero nadie parece notarlo. Observo la suciedad en su camisa con ojo profesional y espero que alguien más tenga que lavársela.

El sol hacia que algo brillara en la pared de privacidad que los hombres construían alrededor de los excusados. Examinó la perfecta irregularidad de las cajas rectangulares que están usando para construir la pared cuando las reconozco. Computadoras de escritorio. Los hombres apilan las computadoras y les colocan cemento para crear la pared de privacidad.

—Sip —dice Dolores cuando se da cuenta de lo que estoy mirando—. Mi esposo siempre llamaba “ladrillos” a los aparatos electrónicos cuando ya no servían.

Y bien que no sirven. Las computadoras eran lo más grande de nuestro poder tecnológico, y ahora gracias a los ángeles, los usamos como paredes para excusados.

Regreso a restregar un par de pantalones en el lavado.

El almuerzo tarda bastante tiempo en venir. Estoy a punto de buscar a Raffe para ir a almorzar cuando una mujer con cabellos color miel y piernas largas se acerca a él. Todo en su caminar, en su voz y en la inclinación de su cabeza invita a un hombre a que se acerque un poco más. Cambio mi dirección y me dirijo hacia la cafetería, pretendiendo que no los veo caminar juntos hacia el almuerzo.

Tomo un tazón de sopa de vegetales y un pedazo de pan, y me lo acabo tan rápido como puedo. Algunas personas a mí alrededor se quejan de tener que comer lo mismo todo el tiempo, pero yo he tenido bastantes fideos y comida para gatos como para apreciar de verdad el sabor de la carne fresca y los vegetales enlatados.

Gracias al chismorreo matutino, sé que algo de la comida proviene de las búsquedas en las casas cercanas, pero la mayoría viene de un almacén que la resistencia mantiene escondido. Por lo que se ve, la resistencia hace un gran trabajo al proveer para su gente.

Tan pronto como termino mi almuerzo, busco a Obi. He estado queriendo suplicarle todo el día que nos permitiera irnos. Estas personas no parecen tan malas a la luz del día y quizás se simpaticen de mi urgente necesidad por rescatar a mi hermana. Por supuesto, no puedo evitar que Raffe le diga al enemigo sobre este campamento, pero no hay razón de que quiera decirle a nadie antes de que lleguemos al nido y tal vez para ese momento el campamento ya se haya movido. Es una débil justificación, pero va a tener que funcionar.

Encuentro a Obi rodeado de hombres que cuidadosamente mueven cajas del closet de almacenamiento en el que casi miro anoche. Hay dos hombres metiendo con cuidado cada caja en un camión.

Cuando uno de ellos pierde el agarre en una punta, todos los demás se congelan en sus lugares.

Por algunos segundos, se quedan mirando fijamente al hombre que perdió el agarre. Casi puedo oler su miedo.

Todos intercambian miradas como confirmando que siguen estando allí. Luego continúan hacia el camión con su caminata de lado al estilo cangrejo.

Supongo que las cosas almacenadas en esa habitación son más explosivas que la carne de venado y las armas.

Intento ir a hablar con Obi, pero un pecho camuflado bloquea mi paso. Cuando subo la mirada, Boden, el guardia que nos atrapó anoche, me devuelve un vistazo enojado.

—Vuelve a tu lavadero, mujer.

—¿Estás bromeando? ¿A qué siglo perteneces?

—A este siglo. Esta es la nueva realidad, cariño. Acéptala antes de que te la introduzca hasta la garganta. —Sus ojos le dan una intensa mirada a mi boca—. Duro y profundo.

Prácticamente puedo oler la lujuria y la violencia viniendo de él.

En mi pecho se siente una punzada de miedo. —Necesito hablar con Obi.

—Sí, tu y todas las otras chicas en el campamento. Tengo a tu Obi justo aquí. —Se agarra entre sus piernas y sacude de arriba abajo, como si estuviese dándose un apretón de manos con su miembro. Luego inclina su rostro tan cerca hacia mí que puedo sentir su saliva.

Esa punzada de miedo se expande por mis pulmones y todo el aire parece abandonarme. Pero la rabia que lo sustituye es como un tsunami apoderándose de cada célula de mi cuerpo.

Aquí esta la encarnación de todo eso que me tiene arrastrándome de auto en auto, escondiéndome y congelándome por el más mínimo sonido, acampando en las sombras como un animal, desesperada y con miedo de que alguien como él me atrape, a mi hermana, a mi madre. Aquí esta la actitud más grande y fuerte que tiene el descaro de llevarse a mi hermana, una dulce niña indefensa. La chica que solía ser civilizada y educada. Aquí esta la cosa que me bloquea rescatarla

—¿Qué acabas de decirme? —Tenía que darle una segunda oportunidad.

—Digo... —enterré la curva de mi mano en su nariz. No lo hago solamente con mi brazo. La fuerza viene recorriendo todo el camino desde mis caderas al lanzar todo mi cuerpo con el golpe.

Siento como la nariz se rompe debajo de mi ataque. Y mejor, cuando intentó hacer ese gesto obsceno con su lengua de nuevo queda atascada debajo de sus dientes, torciendo violentamente su cabeza hacia atrás, rociando sangre desde su lengua mordida.

Seguro, estoy enojada. Pero mis acciones no son completamente sin pensar. Regularmente, podía abrir mi boca sin pensar, pero nunca comienzo una pelea sin consultar con mi cerebro. Para esta, pensé que había ganado al momento de hacer mi primera movida. Sus tácticas intimidantes son comunes en los abusadores. El oponente más pequeño y débil se supone que debe apartarse.

Mi rápido cálculo era algo como esto: él es unos treinta centímetros más alto y ancho que yo, un soldado entrenado, y yo una chica. Si hubiese sido un hombre, la gente podría habernos dejado pelear. Pero las personas tienden a creer que cuando una chica golpea a un tipo grandote con un arma apuntándole la cabeza, debe ser en defensa propia. Con todos estos hombres machos alrededor, les doy unos diez segundos antes de que alguien nos separe.

Así que sin mucho daño, yo ganaría la pelea ya que: uno, obtendría la atención de Obi, que era lo que intentaba hacer en primer lugar; dos, humillaría al Cerebro de Chorlito mostrándole a todos la clase de abusador intimidador de chicas que es; y tres, demostraría mi punto de que no soy presa fácil.

Lo que no tomo en cuenta es el mucho daño que Boden puede hacer en diez segundos.

Se queda algunos segundos mirándome sorprendido y amontonando su furia. Luego lanza un puño del tamaño de un auto a mi mandíbula.

Después lanza todo su cuerpo sobre mí.

Aterrizo sobre mi espalda, tratando desesperadamente de recuperar el aliento por medio de punzadas de dolor desgarrando mis pulmones y mi cara. Para el momento en que se sienta sobre mí, supongo que tengo cerca de dos segundos más. Tal vez un soldado muy rápido y caballeroso supere mi cálculo. Quizás Raffé ya está luchando para quitarme este gorila de encima. Boden toma el cuello de mi camisa en un puño y el otro lo lanza para darme otro golpe. De acuerdo, solo necesito sobrevivir este golpe, luego alguien vendrá hacia nosotros.

Agarro el meñique de la mano en mi camisa y lo tuerzo tan fuerte como puedo, dándole la vuelta completa.

Es un hecho conocido que dice que para donde va el meñique, le sigue la mano, muñeca, brazo y cuerpo. De otra manera, algo se rompe en el camino. Se sacude con él, tensando sus dientes y retorciéndose para seguir al meñique.

Ahí es cuando logro mirar a las personas a nuestro alrededor.

Comenzaba a creer que este campamento tenía a los soldados más lentos de toda la historia. Pero estaba equivocada. Un sorprendente número de personas se acercan a la pelea en tiempo record.

El único problema es que actúan como niños en el patio del recreo corriendo para ver la pelea en vez de separarla.

La sorpresa me cuesta cara. Boden entierra su codo en mi seno derecho.

El intenso dolor casi me mata. Me enrosco de la mejor manera que puedo con cien kilogramos de músculo encima de mí, pero eso no me protege de la cachetada que lanza hacia mi cara.

Ahora añade insultos a los golpes, porque si yo hubiese sido un hombre, él me hubiese golpeado con los puños cerrados. Genial. Si simplemente me va a cachetear y aún así quedaré toda golpeada, entonces solo probaré que soy alguien que todos pueden golpear cuando quieran.

¿Dónde está Raffae cuando lo necesito? Por el raballo del ojo, lo veo entre las masas de rostros, con una expresión completamente macabra. Escribe algo en un billete y luego se lo pasa a un tipo que los va recogiendo entre toda la gente.

Caigo en cuenta de lo que ocurre. ¡Están haciendo apuestas!

Y lo peor, las pocas personas que están animándome, no me animan para que gane; están gritándome para que dure solo un minuto más. Aparentemente nadie ha apostado en que yo ganaré, solamente cuanto voy a durar.

Gran caballerosidad.

*Traducido por Annabelle*

*Corregido por Deydra Ann*

**M**ientras me encuentro observando la escena, logro bloquear dos golpes más con Boden sentado sobre mí. Mis antebrazos están recibiendo la golpiza y a mis moretones les están saliendo moretones.

Sin ningún rescate a la vista, es hora de ponernos serios en esta pelea. Levanto mi trasero y piernas del piso como una gimnasta y las envuelvo alrededor del grueso cuello de Boden, enganchando mis tobillos en su garganta. Impulso mi cuerpo hacia delante, sacudiendo las piernas hacia abajo.

Los ojos de Boden se ensanchan al ser lanzado hacia atrás.

Entrelazados, nos movemos como una mecedora. Aterrizo sobre su espalda, con las piernas abiertas alrededor de mi cintura. De pronto, me encuentro sentada derecha con mis tobillos envueltos alrededor de su garganta. En el momento en que aterrizamos, entierro mi puño en su entrepierna.

Ahora es su turno de curvarse.

La animada multitud queda en silencio instantáneamente. El único sonido que escucho son los quejidos de Boden. Suena como si tuviera dificultad para respirar.

Sólo para cerciorarme de que se quede de esa manera, salto y lo pateo en la cara. Lo pateo tan fuerte que su cuerpo gira en medio de la tierra. Me preparo para otra patada, esta vez hacia el estómago. Cuando eres lo suficientemente pequeña para tener que subir la mirada cuando quieres ver a todos a tu alrededor, no existe eso de pelear sucio. Ese es mi nuevo lema. Creo que me lo quedaré.

Antes de poder completar mi patada, alguien me toma por las costillas, fijando mis brazos. Mi corazón late fuerte debido a la adrenalina y me encuentro prácticamente jadeando en mi necesidad de sangre. Pateo y le grito a quien sea que me está sosteniendo.

—Tranquila, tranquila —dice Obi—. Es suficiente. —Su voz es como terciopelo rozando contra mis orejas y sus brazos se sienten como bandas de hierro alrededor de mis costillas—. Shhh... relájate, ya se acabó... ganaste.

Me guía fuera del círculo y entre la multitud mientras me va tranquilizando, sus brazos nunca relajan su agarre. Miro de la peor manera a Raffe cuando capturo su mirada. Podría haber terminado hecha papilla y él lo único que habría hecho es haber perdido una apuesta. Todavía parece macabro, con sus músculos tensos y su rostro pálido, como si toda su sangre se hubiese drenado.

—¿Dónde están mis ganancias? —pregunta Raffe. Me doy cuenta que no me está hablando aunque aún continúa mirándome. Es como si quisiera cerciorarse de que lo escuche junto con todos los demás.

—No ganaste —dice un tipo junto a él. Suena contento. Él es quien recolectaba todas las apuestas.

—¿A qué te refieres? Mi apuesta fue lo más cercano a lo que ocurrió —gruñe Raffe. Sus manos están en puños cuando se gira hacia el tipo, y él mismo parece listo para pelear.

—Oye amigo, no apostaste que ella ganaría. Cerca no cuenta...

Sus voces se desvían en el viento mientras Obi prácticamente me arrastra a la cafetería. No sé qué es peor, que Raffe no saltó a defenderme, o que haya apostado que perdería.

La cafetería era una gran cabina abierta con filas de mesas y sillas plegables. Supongo que no tomaría más de media hora doblar todas las mesas y sillas para empacarlas al moverse. Por todo lo que he visto, todo el campamento esta diseñado para ser empacado y movido en menos de media hora.

El lugar se encuentra desierto, aunque en las mesas hay bandejas de comida a medio comer. Supongo que por aquí una pelea es un evento que nadie debe perderse. El agarre de Obi se relaja cuando dejo de luchar. Me guía hacia una mesa en el fondo cercana a la cocina.

—Siéntate. Ya vuelvo.

Me siento en una de las sillas plegables de metal, temblando debido al choque de adrenalina. Él camina hacia el área de la cocina. Tomo grandes bocanadas de aire, calmándome hasta que regresa con un botiquín de primeros auxilios y un paquete de guisantes congelados.

Me tiende los guisantes. —Pon esto en tu mandíbula. Ayudará con la hinchazón.

Tomo el empaque, mirando a la familiar foto de los guisantes verdes, antes de presionarla cuidadosamente contra mi mandíbula adolorida. El hecho de que tienen el poder de mantener la comida congelada me impresiona mucho más que todo el campamento en sí. Hay algo impresionante e inspirador en la habilidad de mantener algunos aspectos de la civilización, cuando el resto del mundo va hundiéndose en la era oscura.

Obi limpia la suciedad y la sangre de mis raspaduras. Son mayormente eso, raspaduras.

—Tu campamento apesta —digo. Los guisantes me duermen la quijada y arrastro las palabras.

—Siento eso. —Frota pomada con antibiótico en las raspaduras de mis manos—. Hay tanta tensión y energía acumulada que hemos tenido que acomodar a nuestra gente para que se desahoguen. El truco es permitirles que lo hagan dentro de condiciones controladas.

—¿Llamas a lo que ocurrió allá afuera una condición controlada?

Una media sonrisa alumbra su rostro. —Estoy seguro que Boden no lo pensó así. —Frota pomada en mis nudillos rotos—. Una de las concesiones que hacemos es que si se arma una pelea, nadie interfiere hasta que claramente haya un ganador o se convierta en amenaza de vida. Simplemente dejamos que la gente haga apuestas sobre el resultado final. Le permite desahogarse tanto a los luchadores como a los espectadores.

Es demasiado para el poder de mantener un pedazo de civilización.

—También —dice—. Mantiene bajo el índice de peleas cuando todo el campamento esta haciendo apuestas del resultado. Las personas se toman las peleas en serio cuando no existe nadie que te rescate y todo el campamento se encuentra observando cada movimiento que haces.

—Entonces, ¿todos sabían esta regla excepto yo? ¿Qué nadie tiene el poder de intervenir? —¿Raffe lo había sabido? No es que eso lo hubiera detenido.

—La gente puede intervenir si quiere, pero eso invita a que alguien más intervenga para el otro lado y así sea una pelea justa. A los apostadores no les gustaría si de pronto se torna en una pelea de un solo lado. —Mucho para hacerle excusas a Raffe. Él pudo haber intervenido, simplemente tendríamos que haber peleado con alguien más. Nada que no hayamos hecho antes—.

Lamento que nadie te haya explicado las reglas del juego. —Le coloca una banda a mi codo—. Es solo que no habíamos tenido a una mujer metiéndose en una pelea antes. —Se encoje de hombros—. Simplemente no lo esperamos.

—Supongo que eso significa que perdiste tu apuesta.

Su sonrisa se vuelve amarga. —Solo apuesto en grande cuando se trata de la vida y el futuro de la humanidad. —Sus hombros se encojen, como si el peso invisible en ellos se hiciera demasiado—. Hablando de eso, te manejaste muy bien allá afuera. Mejor de lo que nadie había esperado. De verdad podríamos usar a alguien como tú. Hay situaciones que una chica como tú podría manejar mejor que un pelotón de hombres. —Su sonrisa se vuelve infantil—. Asumiendo que te defiendas de un ángel por hacerte enojar.

—Esa es una gran suposición.

—Podemos trabajar en ello. —Se levanta—. Piénsalo.

—En realidad, estaba tratando de contactarte cuando el gorila se interpuso en mi camino. Los ángeles han tomado a mi hermana. Necesito que me dejes ir para poder encontrarla. Juro que no le contaré a nadie sobre ustedes, ni su locación, ni nada. Sólo, por favor, déjame ir.

—Lamento lo de tu hermana, pero no puedo poner en riesgo a todos aquí basándome en tu palabra. Únete a nosotros y te ayudaremos a recuperarla.

—Será demasiado tarde para el momento en que muevas a tus hombros. Ella tiene siete años y está en silla de ruedas. —Apenas puedo dejar salir las palabras con el nudo en mi garganta. En realidad no puedo decir lo que ambos sabemos, que quizá ya sea demasiado tarde.

Sacude la cabeza, pareciendo genuinamente compadecido. —Lo siento. Todas aquí han tenido que enterrar a alguien que aman. Únete a nosotros y haremos que esos bastardos paguen.

—No planeo enterrarla. No está muerta. —Suelto las palabras entre dientes—. La voy a encontrar y a sacarla de allí.

—Por supuesto. No quise decir que lo estaba. —Lo había hecho, y ambos lo sabemos. Pero pretendo creer sus lindas palabras. Así como he escuchado a las madres de otras personas diciéndoles a sus hijas, la educación es su propia recompensa—. Nos moveremos pronto, y puedes irte entonces, si aún quieres dejarnos. Espero que no lo hagas.

—¿Cuándo es pronto?

—No puedo darte esa información. Lo único que puedo decir es que tenemos algo grande en lo que estamos trabajando. Tú deberías ser parte de eso. Por tu hermana, por la humanidad, por todos nosotros.

Él es bueno. Me siento con ganas de levantarme y saludarlo mientras murmuro el himno nacional. Pero no creo que lo aprecie.

Yo, por supuesto, apuesto por los humanos. Pero ya tengo más responsabilidades de las que puedo manejar. Sólo quiero ser una chica normal viviendo una vida normal. Mi mayor preocupación debería ser qué vestido usar para el baile, no intentar escapar de un campamento paramilitar para rescatar a mi hermana de ángeles crueles, y mucho menos unirme a un ejército de resistencia para derrotar una invasión y salvar a la humanidad. Sé cuales son mis límites, y esos van mucho más allá de ellos.

Así que sólo asiento. Él puede interpretar eso como quiera. No esperaba de verdad que me dejase ir, pero debía intentarlo.

Tan pronto como sale por la puerta, la multitud del almuerzo entra de nuevo. Debe ser algo acordado, o implícito o explícito, que cuando Obi le habla a uno de los peleadores, todos les dan privacidad. Es interesante que me haya llevado a la cafetería durante el almuerzo, haciendo que todos esperaran hasta que hayamos terminado. Le mandó un claro mensaje a todos en el campamento, que yo era alguien que él había notado.

Me levanto para irme con mi barbilla en alto. Evito mirar a nadie en el rostro, para así no tener que hacer conversación. Camino con el paquete de guisantes hacia abajo para no atraer atención a mis heridas. Como si la gente vaya a llegar a olvidar que yo era una de las que estaba peleando. Si Raffé esta en la multitud del almuerzo, no lo veo. Más que bien. Espero que haya perdido su discusión con el corredor de apuestas. Merece perder esa apuesta.

Casi me encuentro caminando entre las edificaciones en mi camino hacia el área de lavandería, cuando dos chicos pelirrojos salen detrás del edificio. Si no tuviesen sonrisas idénticas de chicos de al lado, hubiese pensado que me habían emboscado.

Son gemelos idénticos. Ambos parecen pobres y descuidados en sus sucias ropas civiles, pero eso no es inusual estos días. No hay duda que yo también luzco así, pobre y descuidada. Apenas están fuera de su etapa de adolescentes, altos y delgados con ojos malintencionados.

—Gran trabajo allí afuera, campeona —dice el primer chico.

—Oh, hombre, en serio que pusiste a Jimmy Boden en su lugar —dice el segundo. Prácticamente se encuentra radiante—. No le pudo haber pasado a otro mejor.

Me quedo allí de pie, asintiendo. Mantengo una sonrisa educada en mi rostro todavía sosteniendo los guisantes congelados contra mi barbilla.

—Soy Tweedledee<sup>4</sup> —dice uno.

—Y yo Tweedledum —dice el otro—. La mayoría de la gente nos llama Dee-Dum, más corto, ya que no pueden distinguirnos.

—Están bromeando, ¿cierto? —Sacuden la cabeza al mismo tiempo con sonrisas amistosas. Parecen más bien un par de espantapájaros desnutridos que los Tweedledee y Tweedledum que recuerdo de mi infancia—. ¿Por qué se llaman así mismos de esa manera?

Dee se encoge de hombros. —Mundo nuevo, nombres nuevos. Íbamos a ser Gog y Magog<sup>5</sup>.

—Esos eran nuestros nombres en línea —dice Dum.

—¿Pero por qué irse por la fatalidad y el pesimismo? —pregunta Dee.

—Solía ser divertido cuando éramos Gog y Magog en un mundo loco por Tiffany, y simple como los suburbios —dice Dum—. Pero ahora...

—No tanto —dice Dee—. La muerte y destrucción son tan fatigantes.

—Tan corrientes.

—Tan dentro de la multitud popular.

—Preferimos ser Tweedledee y Tweedledum.

Asiento, porque, ¿qué otra respuesta hay?

—Yo soy Penryn. Tengo ese nombre en honor a un desvío en la Interestatal 80.

—Lindo. —Asienten como entendiendo lo que es tener padres así.

—Todos están hablando de ti —dice Dum.

No estoy segura que me guste eso. Todo eso de la pelea no salió como lo había planeado. Pero de nuevo, nada en mi vida ha salido como lo planeé.

<sup>4</sup> Tweedledee, Tweedledum, son personajes gemelos del libro Alicia en el país de las maravillas.

<sup>5</sup> Gog y Magog, son ciudades con una historia en la biblia y el apocalipsis. En la literatura, usan esos nombres para personas que están en contra de Dios.

—Genial. Si no les molesta, voy a ir a esconderme ahora. —Les inclino mi paquete de guisantes congelados, como si fuera un sombrero, al intentar caminar por el medio de ellos.

—Espera —dice Dee. Inclina su cabeza para susurrar dramáticamente—. Tenemos una proposición de negocios para ti.

Me detengo y espero educadamente. A menos que su propuesta incluya sacarme de aquí, no hay nada que me puedan decir que haga que me interese en ningún tipo de negocio. Pero ya que no se mueven de mi camino, no tengo mucha opción más que escuchar.

—Al genfío le encantaste —dice Dum.

—¿Qué te parece un acto de repetición? —pregunta Dee—. Digamos, ¿por el treinta por ciento de las ganancias?

—¿De qué están hablando? ¿Por qué arriesgaría mi vida por tan sólo el treinta por ciento de las ganancias? Además, ya el dinero no te compra nada.

—Oh, no es dinero —dice Dum—. Sólo usamos el dinero como atajo del valor relativo de la apuesta. —Su rostro se anima, como si estuviera genuinamente fascinado por la economía de las apuestas post-apocalípticas—. Pones tu nombre y la apuesta que haces, digamos, un billete de cinco dólares, y eso sólo le dice al corredor que estas dispuesta a apostar en algo de más valor que un billete de un dólar, pero menos que uno de diez dólares. Es el corredor quien decide a quien le toca qué y a quien le toca dar qué. Ya sabes, es como si alguien pierda un cuarto de sus raciones y le tocan deberes extra por una semana. O si él gana, entonces obtiene las raciones de alguien más para incluir a las suyas y, por una semana, alguien más limpia el retrete por él. ¿Entiendes?

—Lo entiendo. Y la respuesta aún es no. Además, nadie garantiza que yo ganaré.

—No. —Dee me brinda una sonrisa exagerada de vendedor de autos usados—. Buscamos una garantía de que perderás.

Me hecho a reír. —¿Quieren que finja una pelea?

—¡Shhh! —Dee mira alrededor dramáticamente. Nos encontramos de pie en las sombras, en medio de dos edificios, y nadie parece notarnos.

—Será genial —dice Dum. Sus ojos brillando con malicia—. Luego de lo que le hiciste a Boden, las probabilidades serían tan lejanas a tu favor cuando pelees contra Anita.

—¿Quieren que pelee con una chica? —Me cruzo de brazos—. Ustedes sólo quieren ver una pelea de chicas, ¿cierto?

—No es sólo para nosotros —se defiende Dee—. Es un regalo para todo el campamento.

—Sí —dice Dum—. ¿Quién necesita televisión cuando tienes toda esa agua y espuma de lavar?

—Sigán soñando. —Paso por en medio de ellos.

—Te ayudaremos a salir —dice Dee en voz cantarina.

Me detengo. En mi cerebro corren media docena de escenarios basados en lo que acaba de decir.

—Podemos encontrar las llaves de tu celda.

—Podemos distraer a los guardias.

—Podemos asegurar que nadie te revise hasta la mañana.

—Una pelea, es todo lo que pedimos.

Me giro para mirarlos. —¿Por qué arriesgar una traición por una pelea de lodo?

—No tienes idea lo mucho que arriesgaría por una verdadera pelea de lodo entre dos mujeres calientes —dice Dee.

—No es verdadera traición, de todas maneras —dice Dum—. Obi va a dejarte, sólo es cuestión de tiempo. No estamos aquí para mantener humanos como prisioneros. Está poniendo demasiado énfasis en el peligro que representas para nosotros.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque quiere reclutarlos a ti y a ese chico con quien viniste. Obi es hijo único, y no lo entiende —dice Dee—. Él cree que manteniéndote aquí algunos días más, va a cambiar tu opinión de dejarnos.

—Nosotros sabemos mejor. Algunos días de cantar canciones patrióticas no te convencerán de abandonar a tu hermana —dice Dum.

—Eso es correcto, hermano —dice Dee.

Sus puños se tocan en saludo. —Demonios que sí.

Los miro. De verdad si lo entienden. Nunca dejarían al otro atrás. Tal vez tengo un aliado de verdad. —¿En serio solamente tengo que hacer esta tonta pelea para que me ayuden?

—Oh, sí —dice Dee—. Sin duda. —Ambos me sonrían como niños traviosos.

—¿Cómo saben todo eso? ¿Sobre mi hermana? ¿Lo que piensa Obi?

—Es nuestro trabajo —dice Dum—. Algunas personas nos llaman Dee-Dum. Otras nos llaman Los Maestros del Espionaje. —Menea sus cejas de arriba abajo dramáticamente.

—De acuerdo, Maestros del Espionaje, ¿qué apostó mi amigo en la pelea? —Por supuesto, no importa, pero aún así quiero saber.

—Interesante. —Dee arquea su ceja en expresión sabionda—. De todas las cosas que pudiste haber preguntado al enterarte de nuestra influencia en la información, eliges esa.

Mis mejillas se calientan a pesar del paquete de guisantes congelados en mi mandíbula. Intento no parecer como si deseara no haber hecho mi pregunta. —¿En donde estás, en el jardín de niños? Sólo dime de una vez.

—Apostó que durarías en el ring al menos siete minutos. —Dum acaricia su mejilla llena de pecas—. Todos creímos que estaba loco. —Siete minutos es un largo, largo tiempo para ser martillado por puños gigantes.

—No lo suficientemente loco —dice Dee. Su sonrisa es tan infantil y desastrosa que es casi posible olvidar que vivimos en un mundo loco—. Debió haber apostado que ganarías. Hubiese ganado. Hombre, las probabilidades estaban tan fuertes en tu contra.

—Apuesto que él podría ganarte a Boden en dos minutos —dice Dum—. Ese chico tiene “problemas” escrito en todo su cuerpo.

—Noventa segundos, enteros —dice Dee.

He visto pelear a Raffé, Mi apuesta iría a diez segundos, asumiendo que Boden no tendría el rifle que tenía cuando nos atrapó esa noche. Pero no digo eso. No me hace sentir nada mejor que no haya saltado a ser el papel de héroe.

—Háznos salir esta noche y tenemos un trato —digo.

—Esta noche es muy poco tiempo —dice Dee.

—Quizás si nos prometes que romperías la camisa de Anita... —Dum me da su sonrisa de niño pequeño.

—No presiones tu suerte.

Dee sostiene un largo estuche de cuero y lo mueve como un bate. — ¿Qué te parece un bonus por romperle la camisa?

Mis manos vuelan a los bolsillos de mi pantalón, donde mi ganzúa debería estar.

Mi bolsillo esta plano y vacío. —¡Oye, eso es mío! —Trato de agarrarlo, pero desaparece de la mano de Dee. No lo había visto moverse—. ¿Cómo hiciste eso?

—Ahora lo ves —dice Dum, moviendo el estuche. Como pasó de Dee hasta Dum, no tengo idea. Se encuentran de pie al lado del otro, pero sin moverse, debería haber visto algo. Luego, ya no está de nuevo—. Ahora no lo ves.

—Regrésenlo, ahora, bastardos ladrones. O toda la cosa se cancela.

Dum le da una mirada de payaso triste a Dee. Dee arquea su ceja en una cómica expresión.

—De acuerdo —suspira Dee. Me devuelve el estuche de la ganzúa. Esta vez, lo estaba mirando, pero aun así no lo vi moverse de Dum hasta Dee—. Esta noche será.

Dee-Dum me brindan sonrisas idénticas.

Sacudo la cabeza y me marchó, antes de que puedan robar otra de mis cosas.

*Traducido por Annabelle*

*Corregido por Deydra Ann*

**M**i espalda chasquea, cruje y se mueve cuando intento levantarme derecha. Esta anocheciendo y mi día laboral casi termina. Coloco mi mano en la parte baja de mi espalda y mi cuerpo se va enderezando lentamente, como una bruja anciana.

Mis manos se encuentran rojas e hinchadas luego de sólo un día de restregar ropa sucia en el lavadero. He escuchado de manos secas y agrietadas, pero nunca había entendido lo que significaba de verdad, hasta ahora. Después de tan sólo algunos minutos de estar fuera del agua, mis palmas tienen grietas que parecen como si alguien hubiese tomado una hoja de afeitar y hubiese rasgado la piel. Es extraño ver tu mano toda rota, luciendo tan seca que no puede ni sangrar.

Cuando, esta mañana, las otras esclavas de la lavandería me ofrecen un par de guantes amarillos de goma, los rechace, pensando que sólo las personas ancianas usan esos.

Me dieron una mirada tan de sabelotodo que mi orgullo no me permitió pedírselos en el almuerzo. Ahora, comienzo a considerar acercarme y relacionarme con el único hueso humilde de mi cuerpo y pedir los guantes. Es bueno que no planee tener que hacer esto nuevamente mañana.

Miro a mí alrededor, estirando los brazos y preguntándome cuándo ésta chica, Anita, planea atacarme. Estaré muy molesta si espera hasta que mi día laboral termine. ¿Cuál es el punto de meterse en una pelea de chicas si no puedes escabullirte de una hora de trabajo?

Me tomo mi tiempo estirándome. Estiro los brazos frente a mí y arqueo mi espalda tanto como puedo.

Mi cuello duele, mi espalda duele, mis brazos y manos duelen, mis piernas y pies duelen, incluso mis ojos duelen. Mis músculos o están gritando debido a las horas de movimiento repetitivo, o tiesos debido a las horas de tanto mantenerlos sin movimiento. A este paso, no voy a tener que echar la pelea por la borda, la perderé honestamente.

Mientras estiro mis piernas, pretendo no ver a los hombres de las letrinas caminando hacia nosotras. Hay como diez de ellos, con Raffé quedándose detrás del grupo.

Cuando están a sólo pasos, comienzan a quitarse sus ropas sucias. Camisas llenas de mugre, pantalones y calcetines son lanzados a la pila para lavar. Algunas son lanzadas a la pila de la basura. Raffé logró zafarse de la tarea de trabajar en las partes verdaderamente tóxicas de las letrinas, pero no todos fueron tan suertudos. Lo único que ellos se dejan puesto son sus bóxers.

Intento lo más que puedo no mirar a Raffé, cuando me doy cuenta de que se supone que debe quitarse su camisa. Quizás podría ser capaz de explicar los vendajes debajo de su camisa, pero no hay manera de que pueda explicar las manchas de sangre, exactamente en el lugar donde sus alas debían estar.

Estiro los brazos sobre mi cabeza, tratando de no parecer atemorizada. Aguanto la respiración, esperando que los hombres siguieran caminando y no notaran a Raffé quedándose atrás.

Pero en vez de moverse hacia los edificios para ducharse, toman la manguera que utilizamos para llenar nuestros tubos. Hacen una fila para rociarse con la manguera. Podría patearme a mi misma por no anticipar esto. Por supuesto que se rociarían primero. ¿Quién querría que los trabajadores de las letrinas se metieran directamente a las duchas compartidas?

Miro de reojo a Raffé. Mantiene la calma, pero puedo darme cuenta por la forma en que lentamente desabotona su camisa, que tampoco vio venir esto. Debió haber supuesto que podría hacer su escapada una vez que entraran al edificio, ya que no todos pueden entrar en las duchas al mismo tiempo. Pero no existe una excusa lo suficientemente buena que lo libere de esta parte de la rutina, y no hay manera de que pueda hacerlo sin ser notado.

Raffé termina de desabotonar su camisa y, en vez de quitársela, lentamente comienza a desabotonar sus pantalones. Todos a su alrededor ya se han desnudado, y él comienza a destacar. Sólo cuando comienzo a preguntarme si debería comenzar a correr, la solución a nuestros problemas comienza a caminar hacia nosotros con piernas largas y torneadas.

La mujer que caminó con Raffé al almuerzo, sacude su cabello color miel mientras le sonríe.

Dee-Dum entran en ese momento. —Oh, ¡Hola Anita! —ambos dicen con casual sorpresa. Sus voces son un poco altas, como para cerciorarse de que yo los escuche.

Anita sólo los mira mal, como si acabaran de carraspear y escupir. He visto esa mirada un millón de veces en los pasillos, dada por una chica popular a un nerd de banda que intenta saludarla frente a su grupo. Ella regresa su mirada Raffe, y su rostro se ablanda en una radiante sonrisa. Coloca su mano en el brazo de él cuando está a punto de quitarse los pantalones.

Y esa es toda la excusa que necesito.

Saco la camisa enjabonada del agua gris y se la lanzo.

Hace un sonido de *plop* cuando aterriza en su cara, enrollándose alrededor de su cabello. Su perfecto cabello se convierte en un desastre y su rímel se embarra, mientras la ropa se desliza mojada por su blusa. Hace un muy agudo chillido que hace que todas las cabezas alrededor se giren hacia ella.

—Oh, lo siento —digo en voz dulce—. ¿No te gusto eso? Creí que era eso lo que querías. Es decir, ¿por qué más estarías poniendo tus garras encima de mi hombre?

La pequeña multitud a nuestro alrededor crece en un segundo. Oh, sí. Adelante. Vengan a ver el espectáculo de fenómenos. Raffe se desvanece entre la creciente multitud, abotonándose su camisa discretamente. Y pensé que lucía macabro en mi antigua pelea.

Los enormes ojos de Anita miraron esperanzados a Raffe. Se veía como una gatita angustiada, desconcertada y dolida. Pobre cosita. Pienso de nuevo si puedo hacer esto.

Luego me mira. Es increíble cuan rápido su rostro puede cambiar, dependiendo de a quién este mirando. Se ve completamente furiosa. Y mientras camina hacia mí, la furia se convierte en ira.

Es impresionante lo viciosa que puede verse una mujer cuando se lo propone. O es una muy buena actriz, o Dee-Dum tuvieron una doble agenda cuando planearon todo esto. Apuesto que ella ni siquiera sabe de la pelea. ¿Por qué compartir las ganancias cuando en vez de eso puedes vengarte? Estoy segura que esta no fue la primera vez que Anita ha despreciado a Dee-Dum. No es que me crea ni por un segundo que sus sentimientos estaban heridos.

—¿Crees que cualquier cosa que hagas hará que un chico como él te de una segunda mirada? —Anita me devuelve la camisa mojada—. Tendrás suerte si logras que un abuelo con una sola pierna se interese en ti.

De acuerdo. Resulta que sí puedo hacer esto.

Me inclino un poco para cerciorarme de que la camisa me pegue.

Luego, nos metemos en ello en toda nuestra gloria femenina. Hay jaladas de cabello, cachetadas, camisas rotas, rasguños con uñas. Chillamos como animadoras que cayeron a un pozo de lodo.

Mientras nos arrastramos como borrachas, tropezamos con una cuenca de agua. Ésta se cae, mojando toda el área de agua. Ella se tropieza y se engancha de mí, y ambas caemos. Nuestros cuerpos se retuercen alrededor de la otra mientras rodamos alrededor de los cuencos de agua.

Es difícil verse dignificada cuando tu cabeza esta siendo jalada hasta tu hombro. Es vergonzoso. Y hago mi mejor esfuerzo para hacerme ver como si de verdad estuviera peleando.

La multitud enloquece en su ánimo y aplausos. Logro ver a Dee-Dum mientras rodamos. Prácticamente se encuentran saltando de alegría.

¿Cómo alguien simplemente pierde una pelea como esta? ¿Debo sentarme a llorar? ¿Caer de cabeza hacia el lodo y dejarla que me rasguñe algunas veces mientras me encorvo como una pelota? Estoy completamente perdida de cómo debo terminar esto.

Todo pensamiento de pelea se hace añicos cuando escucho un disparo.

Viene de algún sitio detrás de la gente, pero lo suficientemente cerca para que todos se congelen en su sitio y hagan silencio.

Otros dos disparos seguidos se escuchan.

Luego un grito hace eco en el bosque. Un muy humano, muy aterrorizado

**E**l viento se agita a través de las copas de los árboles. Mi sangre palpita en mis oídos.

Durante unos segundos, todos miran hacia la penumbra con los ojos muy abiertos, como si esperaran que una pesadilla se hiciera realidad. Entonces, como si una orden se hubiera dado, estalla el caos entre la multitud.

Los soldados corren a los árboles en la dirección del grito, agarrando sus pistolas y rifles. Todo el mundo empieza a hablar, otros gritan. Algunos se apresuran hacia un lado, otros se apresuran hacia otro. Es un choque de ruido y confusión rayando en el pánico. Al igual que los perros, estas personas no están tan bien entrenadas como a Obi le gustaría.

Anita sube sobre mí, mostrando la parte blanca de sus ojos alrededor de su iris. Ella se baja, corriendo detrás de la mayor multitud que se estampa en el comedor. Me levanto, desgarrándome entre el deseo de ver lo que está sucediendo y el deseo de esconderme en la relativa seguridad de la multitud.

Raffe está de pronto a mi lado, susurrando. —¿Dónde están las alas?

—¿Qué?

—¿Dónde las escondiste?

—En un árbol.

Él suspira, obviamente tratando de ser paciente. —¿Puedes decirme?

Apunto en la dirección del grito, donde el último de los soldados desaparece.

—¿Puedes decirme cómo encontrarlas, o necesitas mostrarme?

—Tendría que mostrarte.

—Entonces vamos.

—¿Ahora?

—¿Puedes pensar en un mejor momento?

Miro a mí alrededor. Todo el mundo sigue luchando por apoderarse de un equipo y corre hacia un edificio. Nadie nos da una segunda mirada. Nadie se daría cuenta si desaparecemos en medio del caos.

Claro está, lo que sea que está causando el pánico.

Mis pensamientos se deben mostrar en mi cara porque Raffé dice: —Me dices o me muestras. Pero tiene que ser ahora.

El crepúsculo se está deslizando rápidamente en la oscuridad que nos rodea. Mi piel se eriza ante la idea de vagar por el bosque en la oscuridad con lo que fuera que causó que un soldado armado gritará de esa manera.

Pero no puedo dejar que Raffé corra sin mí. Asiento con la cabeza.

Nos deslizamos entre las oscuras sombras por el camino más cercano al bosque. Vamos la mitad, en punta de pies, la otra mitad corriendo a través del bosque.

Disparos en rápidas series se superponen. Varios cañones disparan al mismo tiempo en el bosque. Tal vez esta no es la mejor idea.

Como si no estuviera lo bastante asustada, gritos hacen eco a través de la noche que se acerca.

Para el momento que corremos a través del campamento y llegamos a la zona del árbol escondido, el bosque está tranquilo. Ni un solo susurro, ni pájaros ni ardillas perturban el silencio. La luz se va desvaneciendo con rapidez, pero es suficiente para ver la carnicería.

Alrededor de una docena de soldados habían corrido hacia el grito. Ahora hay sólo cinco que siguen en pie.

El resto se encuentra esparcido por el suelo como muñecas rotas sacudidas por una niña enojada. Y como muñecas rotas, significa que hay partes del cuerpo faltantes. Un brazo, una pierna, una cabeza. Las articulaciones están rasgadas de forma desigual y sangrienta.

La sangre salpica todo: los árboles, la tierra y los soldados. La tenue luz ha desvanecido el color de ella, dándole un aspecto como de aceite que gotea de las ramas.

Los soldados restantes se colocan en círculo con sus rifles apuntando hacia afuera.

Estoy desconcertada por el ángulo de sus rifles. Ellos no apuntan directamente hacia afuera o hacia arriba, de la forma en que lo harían si se

tratará de un enemigo a pie o en el aire. Tampoco apuntan hacia el suelo de la manera en que lo harían si no estuvieran a punto de disparar.

En cambio, apuntan un poco hacia abajo como si el objetivo fuera algo que sólo les llega a la altura de la cintura. ¿Puma? Hay pumas en estas colinas, aunque es raro ver a uno. Pero los pumas no causan este tipo de masacre. Tal vez ¿perros salvajes? Pero, de nuevo, la masacre no se ve natural. Se ve como un ataque cruel y homicida en lugar de una búsqueda de alimentos o una pelea a la defensiva.

El recuerdo me viene a la cabeza de Raffé mencionando la posibilidad de niños atacando a esa familia en la calle. Aunque descarto ese pensamiento, tan pronto como llega. Estos soldados armados nunca estarían tan asustados de una pandilla de niños, no importa lo salvajes que fueran.

Todos los supervivientes se ven extrañamente asustados, como si lo único que contiene su pánico es un miedo paralizante. Sus nudillos blancos empuñan sus rifles; la forma en que mantienen los codos apretados cerca de sus cuerpos como si de esa forma evitaran que los brazos les tiemblen; la forma en que se mueven hombro con hombro, como un banco de peces agrupados cerca de un depredador.

No hay nada natural que puede causar este tipo de miedo. Va más allá de un temor de daño físico tanto en el ámbito de la salud mental como el espiritual. Al igual que el miedo a perder la cordura, de perder tu alma.

Mi piel se eriza al ver a los soldados. El miedo es contagioso. Tal vez es algo que ha evolucionado desde nuestros días primitivos cuando tus probabilidades de supervivencia eran mejores si tomabas el miedo de tu compañero sin perder el tiempo en discutirlo. O tal vez estoy sintiendo algo directamente. Algo horrible que mi cerebro reconoce.

Mi estómago se agita y trata de rechazar su contenido. Lo trago de regreso haciendo caso omiso a la quemadura de ácido en la parte baja de mi garganta.

Nos escondimos atrás de un árbol de gran tamaño. Echo un vistazo a Raffé agachado a mi lado. Está mirando todo menos a los soldados, como si fuera la única cosa en el bosque de la que no es necesario preocuparse. Me sentiría mejor si no se viera tan incómodo.

¿Qué asusta a un ángel que es el más fuerte, más rápido y tiene los sentidos más agudos que el hombre?

Los soldados cambian. La forma de su círculo cambia a una forma de lágrima.

Los hombres transmiten nerviosismo a medida que regresan lentamente hacia el campamento. Lo que sea que los ha atacado parece que se ha ido. O por lo menos, los soldados parecen pensarlo.

Mis instintos no están convencidos. Supongo que no todos los soldados están convencidos tampoco porque se ven tan asustados que el menor ruido puede ser suficiente para que ellos abran fuego, disparando en todas las direcciones en la oscuridad.

La temperatura cae en picada y mi camiseta mojada se aferra a mí como una capa de hielo. Pero de todos modos el sudor se escurre por mis sienes y caen como piscinas grasientas en mis axilas. Al mirar a los soldados observo que se marchan como asustados. Verlos es como mirar que se cierra la puerta de un sótano quitando la única luz en la casa y dejándome sola en la oscuridad llena de monstruos. Cada músculo de mi cuerpo grita que corra detrás de los soldados. Cada instinto es frenético diciéndome que no me quede sola.

Miro a Raffé, con la esperanza de algún tipo de consuelo. Él está en alerta máxima: su cuerpo tenso, sus ojos buscando en el oscuro bosque, sus oídos agudizados como si escuchara en otra sintonía.

—¿Dónde están? —su susurro es tan bajo que estoy leyendo sus labios casi tanto como escuchando sus palabras.

Al principio, supongo que está hablando del monstruo que podía hacer tal daño. Pero antes de que pueda preguntarle cómo voy a saber, me doy cuenta de que está preguntando donde están las alas ocultas. Apunto más allá de donde los soldados habían estado de pie.

Corre silenciosamente al otro lado del círculo de destrucción, ignorando la carnicería. Yo corro en puntillas detrás de él, desesperada por no quedarme atrás en el bosque.

Tengo un tiempo difícil ignorando las partes de cuerpos. No hay suficientes cuerpos y partes para darme cuenta de todos los hombres desaparecidos. Con suerte, algunos de ellos salieron corriendo y esa es la razón de por que hay menos de los que deberían haber. Me resbalo en la sangre en medio de la carnicería pero me las arreglo para recuperar mi equilibrio antes de caer. La idea de caer de cara sobre un montón de intestinos humanos es suficiente razón para mantenerme en movimiento y alcanzar el otro lado.

Raffe se encuentra en medio de los árboles, tratando de encontrar uno con un hueco. Tardamos unos minutos antes de que lo encontráramos. Cuando saca el paquete envuelto en una manta de sus alas, la tensión se aleja de él, encorva sus hombros y su cabeza de forma protectora alrededor del paquete.

Me mira y hay suficiente luz para ver en su boca la palabra gracias. Parece ser que nuestro destino es pasar continuamente nuestra deuda hacia uno y otro.

Me pregunto cuánto tiempo puede pasar antes de que sea demasiado tarde para volver a colocar las alas en su espalda. Si fuera una parte del cuerpo humano, ya se habría pasado la fecha de caducidad. Pero, ¿quién sabe acerca de los ángeles? Y aunque los cirujanos de ángeles, magos o lo que sea que las vuelva a conectar puedan hacerlo, me pregunto si serán útiles o solo decorativas, de la forma en que un ojo de cristal es sólo decorativa para que la gente pueda mirarte a la cara sin sentirse inferior.

Un viento frío se burla de mi pelo, haciéndolo rozar la parte trasera de mi cuello como dedos helados. El bosque es una masa de sombras cambiantes. El batir de las hojas suena como miles de serpientes silbando por encima de mí. Levanto la mirada sólo para asegurarme de que no hay en realidad serpientes. Todo lo que veo son las secuoyas que se asoman bajo el cielo oscuro.

Raffe me toca el brazo. Yo prácticamente salto fuera de mi cráneo, pero me las arreglo para permanecer tranquila. Me entrega mi mochila. Mantiene las alas y la espada.

Él asiente con la cabeza en la dirección del campamento y camina en esa dirección, siguiendo a los soldados. No entiendo por qué quiere regresar al campamento cuando deberíamos estar corriendo en sentido contrario. Pero el bosque me tiene los pelos de punta por lo que no estoy dispuesta a quedarme sola, ni estoy ansiosa por romper nuestro silencio. Me deslizo en mi mochila y lo sigo.

Me arrimo a Raffe lo más cerca que puedo estar sin tener que explicar por qué estoy abrazando su espalda. Llegamos a la orilla del bosque.

El campamento está tranquilo bajo la sombra moteada de la luna bajo el dosel del campo. No hay luces incandescentes desde las ventanas, aunque si miro lo suficiente, puedo ver metal brillando a la luz de la luna en algunas de las ventanas. Me pregunto ¿cuantos fusiles han capacitado para a travesar el cristal, en busca de objetivos?

No envidio a Obi por tener que mantener el orden en esos edificios. Estoy segura de que el pánico en un espacio cerrado puede ser bastante feo.

Raffe se inclina hacia mí y me susurra tan bajo que apenas se le oye.

—Voy a vigilar para asegurarme de que llegues segura al edificio. Ve.

Parpadeo estúpidamente, tratando de dar sentido a lo que está diciendo. —Pero, ¿qué hay de ti?

Sacude la cabeza. Al parecer, a regañadientes, por todo el bien que me va a hacer. —Estás más segura allí. Y estás más segura sin mí. Si todavía estás dispuesta a buscar a tu hermana, ve a San Francisco. Encontrarás el nido allí.

Me está dejando. Dejándome en el campamento de Obi, mientras él va al nido.

—No —Te necesito, casi dejo escapar—. Yo te salvé. Me lo debes.

—Escúchame. Estás más segura por tu cuenta que conmigo. Esto no es casual. Este tipo de final... —señala la masacre—. Le sucede muy a menudo a mis compañeros —se pasa la mano por el cabello—. Ha pasado mucho tiempo desde que tuve a alguien que cuide mi espalda... me había engañado en la creencia... de que las cosas podrían ser diferentes. ¿Entiendes?

—No —es más un rechazo lo que me está diciendo que una respuesta a la pregunta.

Él me mira a los ojos por un momento. Sus ojos son tan intensos.

Aguanto la respiración.

Juro que él está memorizándome como si su cámara mental estuviera disparando, capturándome en este momento. Incluso, inhala profundamente, como si se llenara con mi olor.

Pero el momento pasa cuando mira hacia otro lado y me deja pensando si me lo imaginé.

Luego se vuelve y se desvanece en la oscuridad.

En el momento en que doy un paso, su forma está completamente fusionada con las sombras más oscuras. Quiero llamarlo, pero no me atrevo a hacer ese tipo de ruido.

La oscuridad se cierra alrededor de mí. Mi corazón martillea en mi pecho, diciéndome que corra, corra, corra.

No puedo creer que me dejara. Sola en la oscuridad con un monstruo demoniaco.

Aprieto los puños, hundiendo las uñas en mi piel para ayudarme a enfocar. No hay tiempo para sentir pena por mí misma. Tengo que concentrarme si voy a sobrevivir el tiempo suficiente para rescatar a Paige.

El lugar más seguro para pasar la noche es el campamento. Pero si corro hasta el campamento, no me dejarán ir hasta que estén listos para moverse. Eso podrían ser días, semanas. Paige no tiene semanas. Sea lo que sea que están haciendo con ella en este momento. Ya he perdido demasiado tiempo.

Por otro lado, ¿cuáles son mis opciones? ¿Correr a través del bosque? ¿En la oscuridad? ¿Sola? ¿Con un monstruo que destrozó media docena de hombres armados?

Desesperadamente fuerzo mi cerebro por una tercera opción. No llego a nada.

He dudado bastante tiempo. Ser encontrada por el monstruo mientras me quedo congelada en la indecisión es la manera más estúpida de morir que me pueda imaginar. ¿La espada o la pared?

Me armo de valor para ignorar la sensación espeluznante trepando por mi espalda. Tomo una respiración profunda y dejo escapar el aire lentamente, con la esperanza de calmarme. No funciona.

Me doy la vuelta alejándome del campamento y sumergiéndome en el bosque.

*Traducido por Mery St. Clair*

*Corregido por Deydra Ann*

No puedo evitar mirar furtivamente hacia atrás, para ver si debo preocuparme de que algo esté detrás de mí. No hay un monstruo oculto capaz de destrozarnos soldados armados. Me pregunto, ¿Por qué no evolucionamos con ojos detrás de nuestras cabezas?

Mientras más me adentraba en el bosque, mayor era la oscuridad envolviéndome. Me digo a mi misma que esto no era realmente un suicidio. Los bosques están llenos de creaturas vivas —ardillas, pájaros, venados, conejos— y el monstruo que puede matarlos a todos. Así que mi probabilidad de estar entre la mayoría de cosas vivas que pueden sobrevivir esta noche en el bosque es bastante alta. ¿Verdad?

Me muevo a través del oscuro bosque por instinto, con la esperanza de dirigirme hacia el norte. En poco tiempo, comienzo a sentir dudas sobre la dirección en la cual me estoy moviendo. Leí en alguna parte que cuando te pierdes y dejas todo a la suerte, la gente tiende a caminar en grandes círculos. ¿Qué pasa si estoy dirigiéndome por el camino equivocado?

Las dudas aumentaban y podía sentir el pánico burbujeando en mi pecho.

Me di una bofetada mental. No era momento para el pánico. Me prometí entrar en pánico cuando me encuentre a salvo y sana, escondida en una linda casa con una cocina equipada de comida y con Paige y mamá. Sí, claro. La idea hizo que mis labios se torcieran, como si tratara de sonreír. Quizás realmente estoy perdida.

Veía la amenaza en cada roce y sombra moviéndose, detrás de cada pájaro elevando el vuelo y cada ardilla sobre una rama.

Después de lo que se sintió como horas de caminata por el bosque en la oscuridad, una de las sombras cambió de algo como tres ramas a muchos brazos de árboles siendo arrastrados por el viento. Sólo que esta sombra estaba muy lejos de un árbol. Se convirtió en una gran masa de sombras, pero luego, se fundió con otra, creando una mayor oscuridad.

Me congelé.

Pudo haber sido un ciervo. Pero había sombras en forma de piernas. Quizás podría ser algo en dos pies. O más exactamente, algunas cosas humanas con dos pies.

Mi corazonada fue cierta cuando la sombra salió un poco a la luz, rodeándome. Odié tener razón todo el tiempo.

Así que, eso que estaba de pie en dos piernas, era de casi dos metros de alto, y gruñía como una jauría de perros. Es difícil pensar cuando recuerdas todos esos cuerpos esparcidos en el suelo del bosque con miembros faltantes.

Una sombra se acercó hacia mí, tan rápido que pareció una mancha oscura. Algo golpeó en mi brazo. Di un paso atrás, pero lo que sea que me golpeó ya se había ido.

La otra sombra cambió. Se lanzó de adelante hacia atrás, parecía como si las sombras comenzaran a hervir. Algo golpeó mi otro brazo antes de registrar que otra sombra salía a la luz.

Me tambaleé varios pasos atrás.

Nuestro vecino, Justin, acostumbraba tener un conjunto de agujas como dientes de piraña sobre la repisa de la chimenea. Nos dijo una vez que eran peces carnívoros y caníbales a veces, pero en realidad eran tímidos y, por lo general, golpeaban a su presa antes de atacar, tomando valor mientras sus compañeros hacían lo mismo. Esto se siente extrañamente como su descripción.

El coro de gruñidos aumentó. Sonó como una mezcla de gruñidos animales e inquietantes gruñidos humanos.

Otro golpe. Esta vez, un dolor agudo subió por mi muslo, como si estuviera siendo cortada con cuchillas de afeitar. Me estremecí por el dolor.

Entonces, me golpearon dos veces más, rápido y consecutivamente. ¿Era la sangre para ellos un frenesí?

Otro golpe en mi muñeca. Esta vez, grité fuerte tan pronto como lo sentí.

Esto no fue un corte rápido. Fue uno más persistente, eso si una sombra intermitente puede ser persistente. El ardor me golpeó un segundo después de notar que había sido... ¿Mordida? Estoy segura de que estaría menos asustada si pudiera ver lo que eran. Había algo particularmente terrible en no ser capaz de ver las cosas que te atacan.

Mi quejido fue tan fuerte ahora, que quizás podría estar gritando.

Traducido por ♥...Luisa...♥

Corregido por Chio

Atrapo el movimiento por el rabllo de mi ojo. Ni siquiera tengo tiempo para prepararme para otro golpe antes de que Raffé este delante de mí, sus músculos tensos alrededor de su espada, frente a los demonios. Yo ni siquiera había oído el susurro de las hojas. En un momento él no está allí, al momento siguiente, lo está.

—Corre, Penryn.

No necesito otra invitación. Corro.

Pero no corro mucho, que no es probablemente mi decisión más inteligente. No puedo evitarlo. Vacilo detrás de un árbol para ver a Raffé luchar contra los demonios.

Ahora que sé lo que debo buscar, puedo decir que hay una media docena de ellos. Definitivamente corriendo en dos pies. Sin duda bajo la tierra. No todos de tamaño uniforme, tampoco. Uno de ellos es por lo menos un metro más alto que el más corto.

Sus formas pequeñas podrían ser de humanos o ángeles, a pesar de que no se mueven tampoco como estos. Cuando entraron en hiperimpulsor, sus movimientos fueron fluidos, como si ese fuera su ritmo natural. Estas cosas definitivamente no son humanas. Tal vez se trate de algún tipo de raza de ángel desagradable. ¿No son los querubines siempre representados como niños?

Raffé coge una, mientras trata de zumbarle por el lado. Otros dos habían empezado a ir por él, pero se detuvieron cuando vieron a Raffé cortar una rebanada del pequeño demonio.

Eso grito algo horrible, mientras que golpeaba contra el suelo del bosque. Los otros no se amilanaron, sin embargo, a medida que corrían hacia Raffé para hacer su golpe y ejecutar la rutina y empujarlo fuera de su balance. Me imaginé que no pasaría mucho tiempo antes de que empezaran a morder o picar o lo que sea que hacen.

—¡Raffé, detrás de ti!

Agarré la roca más cercana y me tomé un latido del corazón para apuntar. He sido conocida por dar en el blanco del ojo jugando a los dardos, pero también he sabido perder la diana por completo. Fallar la diana aquí significa golpear a Raffe.

Aguanto la respiración, tomando como objetivo la sombra cercana, y lanzándola con toda la fuerza de la que soy capaz.

*¡Ojo de buey!*

La roca golpea en una sombra, deteniéndose en frío. Es casi gracioso como el demonio bajito casi voltea hacia atrás a medida que cae. Raffe no necesita saber que le estaba apuntando al otro.

Raffe se balancea violentamente con su espada, cortando el pecho de un demonio.

—¡Te dije que correras! —Mucha gratitud. Me inclino y tomo otra roca.

Ésta es irregular y lo suficientemente grande como para que apenas se pueda levantar. Podría estar siendo codiciosa, pero la tiré a uno de los demonios de todos modos. Efectivamente, aterrizó a un pie fuera de la lucha. Ésta vez, voy a darle con una pequeña, la piedra más aerodinámica. Tengo cuidado para permanecer fuera del alcance de la lucha contra el círculo y los demonios bajos me lo permiten. Supongo que mi lanzamiento de la piedra ni siquiera aparece en su radar. Apunte a otra sombra, a continuación, tire con todas mis fuerzas. Golpeo a Raffe en la espalda.

Debe haberle golpeado en la herida, porque se tropieza hacia adelante, se tambalea dos pasos y se detiene justo en frente de los dos demonios. Su espada esta hacia abajo, casi lo suficientemente bajo como para caerse, y él está fuera de equilibrio, mientras los enfrenta. Me trago mi corazón, empujándolo desde la garganta hacia abajo en mi pecho. Raffe se las arregla para levantar la espada. Pero no tiene tiempo para que dejen de morderlo.

Él grita. Mi estómago se aprieta en un comprensivo dolor. Entonces, sucede algo extraño. Más extraño que lo que está sucediendo, lo que es. Los demonios abajo escupen y hacen un ruido distinto al de disgusto. Escupen como si trataran de eliminar el mal sabor de boca. Me gustaría poder ver lo que parecen. Estoy seguro de que están haciendo expresiones de repulsión.

Raffe grita otra vez cuando un tercero lo muerde en la espalda. Se las arregla para golpearlo lejos después de varios intentos. Uno hace un ruido de asfixia y escupe ruidosamente. Las sombras dan marcha atrás después de eso. Después de un momento, se funden en la oscuridad general del bosque. Antes

de que pueda envolver mi mente en torno a lo que acaba de suceder, Raffe hace algo tan extraño. En lugar de declarar la victoria y alejarse seguro, como cualquier sobreviviente en sano juicio, los persigue en el bosque oscuro.

—¡Raffe!

Todo lo que oigo son los gritos de muerte de los demonios de abajo. Los sonidos son tan extrañamente humanos, que se me pone la piel de gallina picando en mi espina dorsal. *Supongo que todos los animales que mueren suenan de esa manera.*

Entonces, tan rápido como comenzó, se desvanece el último grito en la noche. Me estremezco sola en la oscuridad. Me tomo un par de pasos hacia el bosque negro, donde Raffe desapareció y luego me detengo. *¿Qué debo hacer ahora?*

El viento sopla, enfriando el sudor de mi piel. Después de un momento, hasta el viento cae quieto y callado. No estoy segura si debo correr para tratar de encontrar a Raffe o huir de todo el asunto. Recuerdo que se supone que debo estar en mi camino hacia Paige y que mantenerme viva hasta rescatarla es una buena meta. Me estremezco más por las llamadas de frío. Deben ser los efectos después de la batalla.

Mis oídos se esfuerzan para escuchar algo. Tomaría cualquier cosa, incluso un gruñido de dolor de Raffe. Por lo menos sabría que está vivo.

El viento agita la copa de los árboles y me azota el cabello. Estoy a punto de darme por vencida y meterme entre los árboles oscuros para buscarlo cuando el crujido de las hojas se hace más fuerte. Podría ser un ciervo. Di un paso hacia atrás alejándome del sonido. Podría ser que los demonios bajos, regresaban a terminar el trabajo.

Las ramas crujían mientras se partían. La forma de la sombra de Raffe apareció en el claro. Un gran alivio llegó a mí, para relajar los músculos que no me había dado cuenta estaban tensos.

Corro hacia él. Estire mis brazos para un abrazo, pero dio un paso atrás de mí. Estoy segura de que incluso un hombre como él, es decir, un *no-hombre* puede estar tranquilo en un abrazo después de una pelea por su vida. Pero, al parecer, no de mí.

Me detengo justo en frente de él y bajo los brazos torpemente. Mi alegría al verlo, sin embargo, no se desvanece por completo.

—Así que... ¿los atrapaste?

Asiente con la cabeza. La sangre negra gotea por su cabello como si hubiera sido rociado con el material. La sangre empapa sus dos brazos y su estómago. Su camisa había sido desgarrada en el pecho y parece que sufrió un poco de daño. Tengo el impulso a preocuparme por él, pero lo tengo bajo control.

—¿Estás bien? —Es una pregunta estúpida, porque no hay mucho que pueda hacer por él si no está bien, pero simplemente se me sale. Resopla.

—Aparte de ser golpeado con una piedra, voy a vivir.

—Lo siento. —Me siento bastante espantosa al respecto, pero no hay punto de arrastrarme sobre eso.

—La próxima vez que tengas un motivo para pelear conmigo, te agradecería si pudieras hablarlo conmigo antes de recurrir a arrojarme piedras.

—Oh, está bien —Me quejé. —Eres tan malditamente civilizado. —Exhala con rudeza.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza. No hay una forma elegante de dar un paso atrás después de mi abortado intento de abrazarlo así que estamos más cerca de lo que es cómodo. Supongo que él también lo cree, porque se desliza por mí alrededor en el claro. Debe de haber estado bloqueando el viento para mí, porque de repente siento frío cuando se aleja unos pasos. Toma una respiración profunda, como para despejar la cabeza y suelta el aire lentamente.

—¿Qué diablos eran esas cosas? —Pregunto.

—No estoy seguro. —Limpia la espada en su camisa.

—¿No eran tu clase, cierto?

—No. —Desliza su espada a su vaina.

—Bueno, ciertamente no eran de los míos. ¿Hay una tercera opción?

—Siempre hay una tercera opción.

—¿Al igual que los demonios extraños, los malos? Quiero decir, ¿incluso más malvados que los ángeles?

—Los ángeles no son malos.

—De acuerdo. Caramba, ¿cómo podría haberlo olvidado? Oh, espera. Tal vez tengo una idea absurda de que toda la maniobra de ataque y destrucción la sacaron ustedes. —Él se dirige de nuevo hacia el bosque a través

del otro lado del claro. Me apresuro tras él.

—¿Por qué perseguiste esas cosas? —Pregunto—, podríamos haber estado a kilómetros de distancia antes de que cambiaran de parecer y regresaran a por nosotros.

Él responde sin darse la vuelta para mirarme. —Están muy cerca de algo que no debería existir. Algo así escaparía, y sólo volvería en tu contra. Créeme, lo sé. —Acelera. Troto detrás suyo, prácticamente pegada a él. No quiero quedarme sola en la oscuridad de nuevo. Me da una mirada de soslayo.

—Ni siquiera pienses en ello —le digo—. Estoy pegada a ti como una camiseta mojada, por lo menos hasta la luz del día. —Me resisto a llegar y coger su camisa para orientarme en la oscuridad.

—¿Cómo llegaste a mí tan rápido? —Pregunto. Debe de haber sido segundos desde el momento en que grité hasta el momento en que apareció. Siguió caminando por el bosque. Abro la boca para repetir la pregunta, pero me habla.

—Te estaba siguiendo. —Me detengo en la sorpresa. Sigue adelante, así que corro tras de él para asegurarme de que está a sólo dos pasos por delante de mí. Todos los tipos de preguntas flotan en mi cabeza, pero no sirve de nada preguntar todo. Tiene que ser sencillo.

—¿Por qué?

—Te dije que iba a asegurarme de que regresarás al campamento a salvo.

—No iba a volver al campamento.

—Me di cuenta.

—También dijiste que ibas a llevarme al nido. Y me dejaste sola en la oscuridad ¿esa era tu idea de llevarme allí?

—Era mi idea de animarte a ser prudente e ir de vuelta al campamento. Al parecer, prudente no es parte de tu vocabulario. ¿De qué te quejas de todos modos? Estoy aquí, ¿no? —Es difícil argumentar en contra de eso. Él salvó mi vida. Caminamos en silencio por un tiempo mientras yo lo procesaba.

—Así que tu sangre tiene un sabor espantoso para evitar esas cosas —le digo.

—Sí, eso fue un poco raro, ¿no?

—¿Un poco raro? Esa fue la extraña Bizarrovill. —Hace una pausa y me

mira.

—¿Estás hablando en inglés? —Abro la boca para hacer una reaparición inteligente, pero me interrumpe—. Vamos a mantenerlo en secreto, ¿de acuerdo? Puede haber más por ahí.

Eso me hace callar.

El agotamiento me golpea, probablemente algún tipo de cosa después de un trauma o de otro. Me imagino teniendo compañía en la oscuridad, incluso si es un ángel, es tan bueno como lo que puedo esperar de esta noche. Además, por primera vez desde que empecé este viaje de pesadilla por el bosque, no tengo que preocuparme de si voy en la dirección correcta. Raffé camina con seguridad en línea recta. Nunca vacila, ajustando sutilmente nuestra ruta aquí y allá para conseguir estar alrededor de un barranco o un prado.

No pongo en duda si realmente sabe a dónde va. La ilusión de que lo hace es suficiente para consolarme. Tal vez los ángeles tienen un sentido especial de la orientación de la misma forma que en las aves. ¿No siempre saben de qué manera migrar y volver a su nido, incluso si no lo pueden ver? O tal vez eso es sólo mi desesperación inventando historias para hacerme sentir mejor, como una versión mental de silbar en la oscuridad.

Rápidamente paso del punto de estar perdida sin remedio y agotada hasta el punto del delirio. Después de horas de caminar penosamente a través del bosque en la oscuridad, empiezo a preguntarme si tal vez Raffé es un ángel caído que me lleva al infierno. Tal vez cuando por fin llegara al nido, me daría cuenta de que es en realidad una cueva bajo tierra llena de fuego y azufre, con brochetas y asados de gente. Esto podría explicar algunas cosas, de todos modos.

Apenas si noto cuando nos lleva a una casa situada en el bosque. En ese momento, me siento como una zombi caminando. Los cristales rotos crujen y algunos animales se escabullen, desapareciendo en las sombras cuando los pasamos por encima. Él encuentra un dormitorio. Se quita la mochila y me empuja con suavidad sobre la cama.

El mundo se desvanece en el instante en mi cabeza toca la almohada.



Sueño que estoy luchando de nuevo en los barriles de lavandería. Estamos empapados en espuma de detergente. Mi cabello está goteando y mi ropa se aferra a mí, como haría una camiseta mojada. Anita está tomando mi pelo y chillando.

La gente está demasiado cerca, casi no nos da espacio para pelear. Sus rostros se retuercen, mostrando muchos dientes y demasiado blanco alrededor de los ojos. Ellos gritan cosas como *¡Arráncale la camisa!* O *¡Arranca su sujetador!* Un hombre no deja de gritar desesperadamente, *¡dale un beso! ¡Dale un beso!*

Rodamos en un barril de lavandería y este se vino abajo. En vez de agua sucia de lavandería, cae espuma formada por salpicaduras de sangre por todas partes. Es caliente y roja, mientras me empapa. Todos paran y miran fijamente a la sangre que sale del cañón. Una cantidad imposible que fluye como un río sin fin.

Ropa para lavar flotando. Camisas y pantalones empapados en sangre, vacíos y arrugados, perdidos y sin alma, sin sus portadores. Escorpiones del tamaño de ratas de alcantarilla van a las islas de ropa de color carmesí. Tienen aguijones enormes, con una gota de sangre en la punta. Cuando nos ven, enroscan sus colas y extienden sus alas amenazadoramente. Estoy bastante segura de que los escorpiones se supone que no tienen alas, pero no tengo tiempo para pensar en eso porque alguien grita y señala el cielo.

A lo largo del horizonte, el cielo se oscurece. Manchas oscuras, nubes hirvientes fuera del sol poniente. Un murmullo como el latido de un millón de alas de insectos llena el aire. El viento se levanta y crece rápidamente con la fuerza de un huracán mientras las nubes se agitan y hacen una carrera de sombras hacia nosotros. La gente corre en pánico, con los rostros de repente perdidos e inocentes como niños asustados.

Los escorpiones toman el aire. Se congregan y arrancan a alguien de la multitud. Alguien pequeña con piernas atrofiadas. Ella grita, "Penryn" "Paige" Doy un salto y corro tras ellos. Corro a ciegas a través de la sangre que ahora esta en mis tobillos y sigue en aumento.

Pero no importa lo duro que corra, no puedo estar más cerca de ella mientras los monstruos llevan a mi hermana pequeña a la oscuridad que se acerca.

*Traducido por Annaiss.*

*Corregido por liRose Multicolor.*

Cuando abro los ojos, corrientes de luz atraviesan a través de la ventana. Estoy sola en lo que antes era una habitación preciosa, con techos altos y ventanas en arco. Mi primer pensamiento es que Raffe me ha dejado nuevamente. El pánico revolotea en mi estómago. Pero es de día, y yo puedo controlarme en la luz del día, ¿verdad?

Salgo de la habitación, al pasillo y hacia la sala de estar. Con cada paso, me deshago de los restos de mi pesadilla, dejándolos atrás en la oscuridad, donde pertenecen.

Raffe está sentado en el suelo re-empacando mi mochila. El sol de la mañana acaricia su cabello, resaltando hebras de caoba y miel escondidas entre el negro. Mis músculos de los hombros se relajan, la tensión desvaneciéndose ante mi vista. Me mira, sus ojos más azules que nunca bajo la suave luz.

Por un momento, nos miramos el uno al otro sin decir nada. Me pregunto lo que ve mientras estoy de pie bajo la corriente de luz dorada que se filtra por las ventanas.

Miro hacia otro lado primero. Mis ojos recorren la habitación en un esfuerzo por encontrar algo más en que concentrarme, y se detienen en una hilera de fotos sobre la repisa de la chimenea. Me acerco para hacer algo más que estar parada bajo su mirada.

Hay una foto familiar completa con una mamá, un papá y sus tres hijos. Están en una pista de esquí, demasiado abrigados y felices. Otra foto muestra un campo de deportes con el niño más grande en un uniforme de fútbol dándole unos cinco a papá. Tomo una que muestra a la niña en un vestido de fiesta sonriéndole a la cámara junto a un chico guapo en esmoquin.

La última foto es del niño pequeño colgando boca abajo en una rama de un árbol. Su pelo vuela por debajo de él y con su sonrisa pícaro muestra los dos dientes que le faltan.

La familia perfecta en una casa perfecta. Miro a mí alrededor a lo que debió ser una hermosa casa. Una de las ventanas está rota y la lluvia ha manchado el piso de madera en un gran semicírculo delante de ella. No somos los primeros visitantes, así lo demuestran las envolturas de dulces dispersas en una de las esquinas.

Mis ojos vuelven a Raffé. Me sigue mirando con esos ojos inescrutables.

Pongo la foto de nuevo en su lugar. —¿Qué hora es?

—Media mañana. —Vuelve a hurgar en mi mochila.

—¿Qué estás haciendo?

—Deshaciéndome de las cosas que no necesitamos. Obidiah estaba en lo cierto, debimos haber empacado mejor. —Lanza una olla en el piso de madera. Ésta rebota un par de veces antes de establecerse—. Este lugar está limpio de comida, cada último desperdicio ha sido lambido —dice—. Pero todavía hay corriente de agua. —Levanta dos botellas de agua llenas. Ha encontrado una mochila verde para él, pone una botella en ella y la otra en la mía—. ¿Quieres desayunar? —Sacude la bolsa de comida para gatos que había llevado en la mochila.

Tomo un puñado de las croquetas secas en mi camino hacia el baño. Me muero por tomar una ducha, pero hay algo vulnerable acerca de desvestirme y enjabonarme ahora, así que me conformo con una limpieza insatisfactoria. Al menos me las arreglo para lavarme la cara y cepillarme los dientes. Pongo mi cabello en una coleta y coloco una gorra negra en él.

Va ser otro largo día y esta vez, vamos a estar bajo el sol. Mis pies ya están adoloridos y cansados, y me gustaría poder haber dormido sin mis botas. Pero ahora sé por qué Raffé no se molestó en quitarlas, y estoy agradecida por ello. No habría llegado tan lejos sin mis botas, si hubiese tenido que correr hacia el bosque.

Para cuando desocupo el baño, Raffé se encuentra listo para salir. Su cabello está mojado y goteando sobre su hombro, y su rostro está limpio de sangre. Dudo que tomara un baño más de lo que hice yo, pero él se ve fresco, mucho más fresco de lo que yo me siento.

No hay cicatrices visibles o heridas en alguna parte de él. Se ha cambiado de los pantalones vaqueros ensangrentados a un par de pantalones de trabajo que se ajustan a la curva de su cuerpo sorprendentemente bien. También ha conseguido una camiseta de manga larga que resalta el azul de

sus ojos. Es un poco apretada alrededor de sus hombros y un poco floja alrededor de su torso, pero se las arregla para hacer que se vea bien.

Me gustaría tener el tiempo de revisar el armario que esta casa tiene por ofrecer, pero no quiero perder el tiempo. Aunque Obi y sus hombres no están buscándonos, Paige debe ser rescatada lo antes posible.

Mientras salimos de la casa, me pregunto cómo se encuentra mi madre. Una parte de mí se preocupa por ella, otra parte de mí es feliz de estar libre, y todo mi ser se siente culpable por no cuidarla mejor. Mi madre es como un gato callejero herido. Nadie puede realmente cuidar de ella sin encerrarla en una jaula. Ella lo odia, al igual que yo. Espero que haya conseguido mantenerse alejada de la gente. Tanto por su bien como el de ellos.

Raffe inmediatamente gira a la derecha tan pronto como salimos de la casa. Camino detrás de él y espero que sepa hacia dónde vamos. A diferencia de mí, él parece no tener rigidez o cojera. Creo que se está acostumbrando a andar en sus pies. No digo nada al respecto porque no quiero recordarle por qué está caminado en lugar de volar.

Mi mochila se siente mucho más ligera. No tenemos todo lo que necesitamos si debemos acampar, pero sí me siento mejor al saber que puedo correr más rápido. También me siento mejor con una navaja en mi cinturón. Raffe la encontró en algún lugar y me la dio cuando salíamos. También encontré algunos cuchillos para carne y puse algunos en mis botas. Quien sea que vivió aquí había disfrutado de sus carnes. Estos son de alta calidad, cuchillos metálicos estilo alemán. Tras sostenerlos, no quiero volver a la sierra de estaño con mangos de madera.

Es un hermoso día. El cielo es de un azul intenso por encima de los árboles y el aire es fresco, pero agradable.

Sin embargo, la sensación de tranquilidad no dura. Mi mente se llena de preocupaciones de lo que podría esconderse en el bosque, y sobre si los hombres de Obi nos están cazando. Mientras caminamos a lo largo de la ladera, veo destellos en el bosque donde el camino tiene que estar a nuestra izquierda.

Raffe se detiene frente a mí. Sigo su ejemplo y contengo la respiración. Después lo escucho.

Alguien está llorando. No es el lamento quebrantado de alguien que acaba de perder a un miembro de la familia. He oído un montón de ellos en las últimas semanas para saber cómo suenan. No hay ninguna denegación en el

sonido, sólo tristeza pura y el dolor de aceptarlo como un compañero de por vida.

Raffe y yo intercambiamos miradas. ¿Qué es más seguro? ¿Ir hacia la carretera para evitar al doliente? ¿O quedarnos en el bosque y correr el riesgo de encontrarnos con él? Probablemente la segunda. Raffe debe pensar lo mismo, porque se da la vuelta y sigue por el bosque.

No pasa mucho tiempo antes de ver a las niñas.

Cuelgan de un árbol. No por el cuello, pero sí por cuerdas atadas a sus brazos y alrededor de sus pechos.

Una de las niñas parece ser de la edad de Paige y la otra un par de años mayor. Eso las hace de siete y nueve años. La mano de la niña mayor se sostiene del vestido de la niña más joven como si tratara de mantenerla fuera de peligro.

Llevan vestidos a rayas iguales. Es difícil de decir qué impresión es debido a que están manchadas de sangre. La mayor parte del material se encuentra roto y destrozado. Lo que sea que mordiera sus piernas y torsos se llenó antes de llegar a sus pechos. O era demasiado bajo para llegar a ellos.

Lo peor, por ahora, son sus expresiones torturadas. Estaban vivas cuando fueron devoradas.

Me inclino hacia abajo y vomito croquetas hasta que quedo seca.

Mientras tanto, un hombre de mediana edad con gafas gruesas llora debajo de las niñas. Es un hombre flaco, con el tipo de aspecto y presencia que debió de haber tenido al sentarse solo en la cafetería durante sus años de escuela secundaria. Su cuerpo entero tiembla con sus sollozos. Una mujer con ojos enrojecidos envuelve sus brazos alrededor de él.

—Fue un accidente —dice la mujer, pasando su mano sobre la espalda del hombre.

—Esto no fue un accidente —replica él.

—No fue nuestra intención.

—Eso no lo hace correcto.

—Por supuesto que no está bien —dice ella—. Pero vamos a salir de esto. Todos nosotros.

—¿Quién está peor? ¿Él o nosotros?

—No es su culpa —responde ella—. No lo puede evitar. Él es la víctima, no el monstruo.

—Tenemos que matarlo —dice. Otro sollozo escapa de sus labios.

—¿Lo harías así como así? —Su expresión se vuelve feroz. Da un paso atrás de él.

Él se ve aún más triste ahora que no es capaz de sostenerse en ella. Pero la ira le endurece la espina dorsal. Apunta con su brazo a las niñas que cuelgan. —¡Le dimos de comer niñas!

—Sólo está enfermo, eso es todo —dice ella—. Necesitamos que esté mejor.

—¿Cómo? —Se encorva para mirarla intensamente a la cara—. Qué vamos a hacer, ¿llevarlo al hospital?

Ella coloca sus manos en su rostro. —Cuando lo tengamos de vuelta, sabremos qué hacer. Confía en mí.

Se vuelve a ella. —Hemos ido demasiado lejos. Él ya no es nuestro hijo. Es un monstruo. Todos nos hemos convertidos en monstruos.

Ella levanta su mano y lo abofetea. El sonido de la palma de su mano contra su mejilla es tan fuerte como un disparo.

Continúan discutiendo, ignorándonos completamente como si cualquier peligro que podamos representar fuese tan irrelevante, en comparación con lo que están discutiendo, que no vale su energía fijarse en nosotros. No estoy segura de lo que están diciendo, pero sospechas oscuras abordan mi mente.

Raffe toma mi codo y me guía hacia otro lado, alrededor de la gente demente que nos ignora al igual que a las niñas colgando grotescamente del árbol.

El ácido en mi estómago se revuelve y amenaza con volver a salir. Pero trago fuerte y fuerzo a mis pies para seguir.

Mantengo mi mirada en el suelo, a los pies de Raffe, tratando de no pensar en lo que está justo colina arriba. Cojo el ligero olor que aprieta mi estómago de un modo familiar. Miro a mí alrededor, tratando de identificar el olor. Es el olor de huevos podridos. Mi nariz me lleva a un par de huevos anidados en las hojas. Están rotos en varios lugares en donde puedo ver la parte interior de la yema del huevo. La mancha rosa todavía muestra la cáscara del huevo en la que alguien había teñido no hace mucho tiempo.

Miro colina arriba. Desde aquí, tengo una vista perfecta de las niñas que cuelgan entre los árboles.

Si mi madre puso los huevos aquí como un talismán protector para nosotros, o si ella está jugando al tipo de fantasía, a lo que los medios de comunicación titularían: "El diablo me hizo hacerlo," nunca lo sabré. Ambos son posibles ahora que ella está completamente lejos de sus medicinas.

Mi estómago se revuelve y tengo que doblarme para vomitar sin arrojar nada.

Una mano cálida me toca el hombro y una botella de agua aparece delante de mí. Tomo un trago, enjuago mi boca y luego la escupo. El agua cae en los huevos, sacudiéndolos ante la fuerza de mi expulsión. Un huevo rebosa de yema oscura que parece sangre vieja. El otro se tambalea colina abajo hasta que se detiene contra la raíz de un árbol, su coloración rosa es oscurecida por la humedad, al igual que el color de la culpa.

Un brazo suave y cálido envuelve mi hombro y me ayuda a ponerme de pie. —Vamos —dice Raffe—. Vámonos.

Nos alejamos de los huevos podridos y de las niñas colgando.

Me apoyo contra su cuerpo hasta que me doy cuenta de lo que estoy haciendo. Me retiro bruscamente. No tengo el lujo de apoyarme en la fuerza de nadie, y mucho menos en la de un ángel.

Mi hombro se siente frío y vulnerable una vez que su calidez se va.

Me muerdo la parte inferior de la mejilla para darme algo más exigente que sentir.

*Traducido por Annaiss  
Corregido por liRose Multicolor*

¿Qué crees que estaban haciendo? —Pregunto.  
Raffe se encoge de hombros.

—¿Crees que estaban alimentando a los demonios?

—Tal vez.

—¿Por qué harían eso?

—Me he dado por vencido en tratar de encontrarle sentido a los humanos.

—No todos somos así, ¿sabes? —le digo. No sé por qué siento que debo justificar cómo somos a un ángel.

Me da una mirada de complicidad y sigue caminando.

—Si alguna vez nos viste antes del ataque, lo sabrías —digo con terquedad.

—Lo sé —dice, sin ni siquiera mirarme.

—¿Cómo lo sabes?

—Veía televisión.

Me trago una risa. Después me doy cuenta de que no está bromeando.  
—¿En serio?

—¿No lo hace todo mundo?

Supongo que todos lo hicieron. Estaba en el aire de forma gratuita. Todo lo que tenían que hacer era coger la señal y sabrían cualquier cosa sobre nosotros. La televisión no era exactamente un manifiesto a la realidad, pero sí reflejaban nuestras mayores esperanzas y temores. Me pregunto cómo piensan los ángeles de nosotros, si es que ellos piensan en nosotros.

Me pregunto qué hace Raffe en su tiempo libre, que no sea ver televisión, obviamente. Es difícil de imaginarlo sentado en el sofá después de un mal día

en la guerra, viendo programas de televisión sobre humanos para relajarse. ¿Cómo es su vida doméstica?

—¿Eres casado? —Inmediatamente me arrepiento de haberlo preguntado ya que evoca una imagen de él con una mujer ángel hermosa, con querubines pequeños corriendo alrededor de unas columnas griegas.

Se detiene y me mira como si acabara de decir algo totalmente inapropiado.

—No dejes que mi apariencia te engañe, Penryn. No soy humano. Las hijas del Hombre están prohibidas a los ángeles.

—¿Y las hijas de la Mujer? —Intento una sonrisa pícaro, pero ésta es plana.

—Este es un asunto serio. ¿Acaso no sabes tú historia de la religión?

La mayor parte de lo que sé acerca de la religión es a través de mi madre. Pienso en todas las veces que deliró en diferentes lenguas en mitad de noche en mi habitación. Iba tan a menudo mientras dormía que había tomado el hábito de dormir de espaldas a la pared para poder verla entrar sin que ella se diera cuenta de que estaba despierta.

Se sentaba en el suelo al lado de mi cama, balanceándose hacia adelante y hacia atrás en un estado de trance, aferrándose a su Biblia y hablando en lenguas durante horas. Los ruidos guturales sin sentido tenían la cadencia de un canto enojado. O una maldición.

Algo realmente espeluznante mientras estás acostado en la oscuridad, casi durmiendo. Eso es aproximadamente mi educación religiosa.

—Eh, no —le digo—. No puedo decir que sé mucho acerca de la historia religiosa.

Empieza a caminar de nuevo. —Un grupo de ángeles llamados Vigilantes eran los encargados en la Tierra para observar a los humanos. Con el tiempo, se sintieron solos y se casaron con mujeres humanas, aún sabiendo que no debían. Sus hijos fueron llamados Nephilim. Y eran abominaciones. Se alimentaban de seres humanos, bebían su sangre y aterrorizaban la Tierra. Por ello, los Vigilantes fueron condenados a La Gruta hasta el día del Juicio Final.

Toma varios pasos en silencio, como preguntándose si está bien contarme más. Espero, con la esperanza de escuchar todo lo que sea posible sobre el mundo de los ángeles, incluso si se trata de historia antigua.

El silencio es pesado. Hay más en esa historia de lo que me está diciendo.

—Así que —digo—, ¿la historia corta es que a los ángeles no se les permite tener relaciones con los seres humanos? De lo contrario, ¿están condenados?

—Mucho.

—Eso es duro. —Estoy sorprendida de que pueda sentir simpatía por los ángeles, incluso por historias antiguas.

—Si crees que eso es malo, hubieses visto el castigo a sus esposas.

Es casi como si estuviera invitándome a preguntarle. Esta es mi oportunidad de saber más. Pero me doy cuenta de que no quiero saber el castigo por enamorarse de un ángel. En cambio, veo las hojas secas bajo mis pies al caminar.



Skyline Blvd termina abruptamente en la carretera 92 y seguimos por la carretera 280 hacia el norte, la cual una vez fue una zona altamente poblada al sur de San Francisco. La 280 es la arteria principal en San Francisco, así que no debería ser una sorpresa oír un camión de trabajo en el camino bajo nosotros. Pero lo es.

Ha pasado casi un mes desde que oí un auto en movimiento. Hay un montón de coches que funcionan, con demasiado combustible, pero no me había dado cuenta de que había caminos para ellos. Estamos en cuclillas entre los arbustos y exploramos el camino. El viento atraviesa a través de mi sudadera y acaricia los cabellos sueltos de mi cola de caballo.

Debajo de nosotros, un Hummer negro entra y sale, siguiendo un camino que se ha limpiado entre los coches atascados. Se detiene y si apaga el motor, nunca sabrían si era diferente a los miles de otros coches abandonados en las calles. Cuando se movía, podía ver el camino despejado de los coches que le seguían. Pero ahora, veo que el camino retrocede para ocultar el hecho de que se trata de un camino.

Ahora que el Hummer se ha detenido, el camino está bloqueado, y sería muy difícil ver el camino al menos que sepas que está allí. El Hummer es uno en el mar de carros vacíos, el camino sólo un patrón al azar de brechas entre un laberinto infinito. Desde el suelo, probablemente se podrían ver al conductor y los pasajeros en el Hummer, pero desde el aire, nunca lo sabrían. Estos hombres se están camuflando en contra de los ángeles.

—Los hombres de Obi —dice Raffe, llegando a la misma conclusión que yo—. Inteligente —dice con un poco de respeto en la voz.

Es inteligente. Las carreteras son la vía más directa de llegar a cualquier parte. El Hummer apaga el motor y efectivamente desaparece en la escena. Un momento después, Raffe apunta hacia arriba. Pequeñas partículas estropean el antes cielo claro. Las partículas se mueven rápido y rápidamente se convierten en un escuadrón de ángeles que vuelan en una formación en V. Vuelan a altura baja sobre la autopista como si buscaran a su presa.

Aguanto la respiración y me agacho tanto como puedo en el arbusto, preguntándome si Raffe llamará su atención. Me sorprende de nuevo lo poco que sé acerca de los ángeles. Ni siquiera puedo decir si Raffe quiere llamar la atención de este nuevo grupo. ¿Cómo puede él saber si son hostiles?

Si me las arreglo para infiltrarme en la guarida de los ángeles, ¿cómo voy a encontrar a quienes se llevaron a Paige? Si supiera algo acerca de ellos, como sus nombres o identificación de unidad, tendría un comienzo. Sin darme cuenta, me había hecho a la idea de que los ángeles son una comunidad pequeña, o tal vez un poco más grande que el campamento de Obi. Me había imaginado vagamente que si encontraba el nido, podría observar y averiguar qué hacer a partir de ahí.

Por primera vez, se me ocurre que podría ser mucho más grande que eso. Lo suficientemente grande para que Raffe no sea capaz de identificar si estos ángeles son sus amigos o enemigos. Lo suficientemente grande como para tener facciones mortales en sus filas. Si fuera a entrar en un campamento del tamaño de un ejército romano, ¿podría descubrir el lugar dónde mantienen a Paige y simplemente huir con ella?

A mi lado, los músculos de Raffe se relajan y se deja caer en la tierra. Ha decidido no tratar de llamar la atención de los ángeles. No sé si eso significa que los ha identificado como hostiles o si, simplemente, no pudo identificarlos en absoluto.

De cualquier manera, me dice que sus ángeles enemigos son una amenaza mayor que los riesgos que toma en el suelo. Si pudiera encontrar ángeles amigables, podrían llevarlo a cualquier lugar al que tenga que ir, y podría recibir atención médica cuanto antes. Así que la amenaza debe ser grave para que él deje pasar esa oportunidad.

Los ángeles giran y giran sobre el mar de coches nuevamente, como oliendo el aire.

Muy apenas puedo encontrar el Hummer de nuevo, a pesar de que he visto donde se detuvo. Los hombres de Obi saben camuflarse bien.

Me pregunto cuál es su misión, qué los hace correr el riesgo de quedar atrapados en la carretera. No podemos ser nosotros. No valemos la pena el riesgo, al menos, no que ellos sepan. Por lo cual, ellos deben pensar que hay algo importante en las cercanías o en la ciudad.

Sea lo que sea que los ángeles están buscando, no lo encuentran. Vuelan y desaparecen en el horizonte. El aire que corre más allá de sus oídos al volar debe ser fuerte. Tal vez por eso tiene que ser tan bueno para empezar.

Dejo escapar un profundo suspiro. El Hummer, finalmente, reinicia el motor y reanuda su camino hacia el norte de la ciudad.

—¿Cómo supieron que los ángeles venían? —Se pregunta, casi para sí mismo.

Me encojo de hombros. Podría hacer algunas conjeturas al azar, pero no veo ninguna razón para compartirlas con él. Somos monos inteligentes, sobre todo cuando a la supervivencia se refiere. Y Silicon Valley tiene a los monos más inteligentes e innovadores del mundo. A pesar de que escapé del campamento de Obi, siento una punzada de orgullo por lo que nuestro lado podría estar haciendo.

Raffe me mira con atención, y me pregunto cuánto de lo que estoy pensando se refleja en mi rostro.

—¿Por qué no los llamaste? —Pregunto.

Es su turno de encogerse de hombros.

—Podrías estar recibiendo asistencia médica para el atardecer —le digo.

Se pone de pie y se sacude. —Sí. O podría estar ofreciéndome de nuevo a las manos de mis enemigos.

Empieza a caminar en la misma dirección de la carretera nuevamente. Lo sigo detrás de sus talones.

—¿Los reconociste? —Trato de mantener mi tono casual. Ojalá pudiera preguntarle directamente cuántos de ellos existen, pero esa no es una pregunta que pudiera responder sin traicionar los secretos militares.

Sacude la cabeza, pero no elabora nada.

—No, ¿no reconociste quiénes eran? O no, ¿no pudiste verlos demasiado bien como para reconocerlos?

Se detiene para sacar la restante comida para gatos de su mochila. —  
Toma. Por favor, mete esto en tu boca. Puedes tomar mi parte.

Supongo que nunca voy a ser un espía como Tweedledee y Tweedledum.

*Traducido por Annaiss*

*Corregido por liRose Multicolor*

¿Puedes conducir uno de esos? —Pregunta, señalando hacia la carretera.

—Sí —digo lentamente.

—Vamos, entonces. —Se vuelve colina abajo hacia la carretera.

—Mmm, ¿no es peligroso?

—Es poco probable que haya dos unidades de vuelo en la misma dirección con una o dos horas de diferencia. Una vez estemos en camino, estaremos más a salvo de los monos de carretera. Pensarán que somos los hombres de Obi, bien armados y bien alimentados para atacar.

—No somos monos. —¿No acaba de pensar que éramos monos inteligentes? Así que, ¿por qué me dolía que me acabara de llamar uno?

Me ignora y sigue caminando.

¿Qué esperaba? ¿Una disculpa? Lo dejo pasar y lo sigo hasta la autopista.

Tan pronto como damos un paso sobre el asfalto, Raffé me agarra del brazo y nos esconde detrás de una furgoneta. Me agacho a su lado, tratando de escuchar lo que él escucha. Después de un minuto, oigo un coche dirigiéndose hacia nosotros. ¿Otro? ¿Cuáles son las probabilidades de que otro coche esté pasando por la misma carretera que nosotros a sólo diez minutos después del primero?

Éste es un camión negro con una cubierta. Cualquier cosa que esté debajo es grande, abultada y de alguna manera intimidante. Se parece al camión en el que estaban llenando de explosivos ayer. Retumba, lento y lleno con propósito hacia la ciudad.

Una caravana. Es una caravana extendida, pero apuesto el contenido de mi mochila que hay más coches delante y por detrás. Se han separado para ser menos evidentes. El Hummer probablemente sabía acerca de los ángeles volando hacia ellos porque se enteraron por los coches delante de ellos. Incluso

si el primer coche había sido eliminado, el resto de la caravana estaría bien. Mi respeto hacia el grupo de Obi, suben otro nivel.

Cuando el sonido del motor se desvanece, nos levantamos de nuestro lugar detrás de la furgoneta y empezamos a buscar nuestro propio coche. Preferiría manejar un coche de bajo perfil y económico que no haga mucho ruido y no se quedará sin combustible. Pero ese es el último coche que los hombres de Obi conducirían, por lo que comenzamos a buscar entre la gran selección de SUV en el camino.

La mayoría de los coches no tiene llaves. Incluso en el final del mundo cuando una caja de galletas vale más que un Mercedes, la gente siguió llevándose sus llaves con ellos cuando abandonan sus coches. La costumbre, supongo.

Después de ver media docena, encontramos un vehículo negro con vidrios polarizados y con las llaves en el asiento del conductor. Éste debió sacar las llaves por costumbre, después lo pensó mejor respecto a llevarse el metal sin valor con él. Tiene un cuarto de combustible. Eso, al menos, debería llevarnos hasta San Francisco, asumiendo que el camino esté limpio hasta allá. No es suficiente para volver.

*¿Volver? ¿Volver a dónde?*

Silencio la voz en mi cabeza y subo. Raffé sube en el asiento del pasajero. Inicia en el primer intento y comenzamos a dirigirnos hacia el norte por la 280.

Nunca pensé que conducir a treinta y dos kilómetros por ahora pudiera ser tan emocionante. Mi corazón late mientras agarro el volante como si fuera a salirse de control en cualquier momento. No puedo ver todos los obstáculos en el camino y seguir en alerta por los atacantes. Echo un vistazo rápido a Raffé. Está explorando los alrededores, incluyendo los espejos laterales, y me relajo un poco.

—Así que, ¿a dónde vamos exactamente? —No soy una experta en la ciudad, pero he estado allí varias veces como para tener una idea general de donde se encuentran las partes esenciales de la ciudad.

—Distrito financiero. —Conoce lo suficientemente bien la zona para identificar los distritos de la ciudad. Me pregunto cómo lo sabe pero lo dejo pasar. Sospecho que ha estado viviendo mucho más que yo para explorar el mundo.

—Creo que la autopista pasa por allí o por lo menos cerca. Eso asumiendo que el camino esté despejado, cosa que dudo.

—Hay orden cerca del nido. Los caminos deben estar libres.

Le lanzo una mirada penetrante. —¿Qué quieres decir con orden?

—Habrá guardias en el camino cerca del nido. Antes de llegar allí, tendremos que prepararnos.

—¿Prepararnos? ¿Cómo?

—He encontrado algo para ti en la última casa para que te lo pongas. Todo lo que yo necesito es cambiar mi apariencia también. Déjame los detalles a mí. Pasar a los guardias será la parte más fácil.

—Genial. Entonces, ¿qué?

—Entonces es hora de fiesta en el nido.

—Estás lleno de información, ¿no? No iré sin saber en lo que me estoy metiendo.

—Entonces no vayas. —Su tono no es desapacible, pero el significado es claro.

Agarro el volante con tanta fuerza que me sorprende que no se desborone.

No es ningún secreto que sólo somos aliados temporales. Ninguno está pretendiendo que se trata de una alianza duradera. Si le ayudo para llegar a casa con sus alas, él me ayuda a encontrar a mi hermana. Y entonces estaré por mi cuenta. Lo sé. Ni siquiera por un momento me he olvidado de ello.

Pero tras sólo un par de días de tener a alguien cuidando de mi bienestar, la idea de valirme por mi misma otra vez se siente... solitaria.

—Creí que dijiste que podías conducir esta cosa.

Me doy cuenta de que he estado presionando el acelerador. Nos hemos estado dirigiendo a sesenta y cinco kilómetros por hora. Disminuyo hasta veinte y fuerzo a mis dedos a relajarse.

—Deja la conducción para mí y dejaré la planificación para ti. —Aún tengo que tomar una respiración relajante mientras lo digo. He estado enfadada con mi padre por haberme dejado todo este tiempo como para tomar las decisiones difíciles. Pero ahora que Raffé está tomando la iniciativa e insistiendo a que lo siga a ciegas, se me revuelve el estómago.

Vemos a algunas personas a lo largo del lado de la carretera, pero no muchas. Se escabullen tan pronto como ven el coche. La forma como miran, la forma como se esconden, la forma como sus furtivos y sucios rostros miran hacia

nosotros, con quemante curiosidad, trae a la mente la odiada palabra: mono. Esto es en lo que los ángeles no han convertido.

A medida que nos acercamos a la ciudad, vemos más personas. El camino en la carretera es menos serpentino.

Al final, la vía está principalmente limpia de coches, aunque no de personas. Todos aún miran al coche pero con menos interés, como si un coche en movimiento por la carretera es algo que ven con regularidad. Cuanto más nos acercamos a la ciudad, más gente está caminando en la carretera. Miran a su alrededor con cautela sobre cada movimiento y sonido, pero siempre están a la vista.

Una vez que entramos en la ciudad, el daño está en todas partes. San Francisco quedó azotado al igual que las otras ciudades. Se parece a una post-apocalíptica pesadilla sacada de una superproducción de Hollywood.

Al llegar a la ciudad, alcanzo a ver el Bay Bridge. Se parece a una línea en el agua con unos trozos cruciales que le faltan en el centro. He visto fotos de la ciudad después del gran terremoto de 1906. La devastación había sido impresionante y siempre me resultó difícil de imaginar cómo había sido.

Ya no tengo que imaginarlo.

Manzanas enteras están carbonizadas a escombros. La lluvia de meteoros iniciales, los terremotos y los tsunamis sólo causaron parte de los daños. San Francisco era una ciudad que tenía hileras e hileras de casas y edificios construidos tan cerca uno del otro que una hoja de papel no cabía entre ellos. Las tuberías de gas estallaron y causaron incendios que ardieron sin control. El cielo se ahogó con el humo teñido de sangre durante días.

Ahora, lo único que queda son los esqueletos de los rascacielos, una iglesia de ladrillo aún en pie, un montón de pilares que no sostienen nada.

Un cartel proclama que *La Vi\_a es Bu\_a*. Es difícil de saber lo que anuncio del producto estaba vendiendo porque está quemado alrededor de esas palabras, así como la letra que le falta. Supongo que el cartel decía *La vida es buena*. El edificio destruido detrás parece derretido, como si siguiera sufriendo los efectos de un incendio que simplemente no se detiene, todavía bajo un cielo azul.

—¿Cómo es esto posible? —Ni siquiera me doy cuenta que lo dije en voz alta hasta que oigo mi voz ahogada por las lágrimas—. ¿Cómo pudieron hacer esto?

Mi pregunta suena personal y tal vez lo es. Pero por lo que sé, él podría haber sido el responsable de la destrucción a mi alrededor.

Raffe permanece en silencio durante el resto del camino.

En medio de este cementerio, a pocas cuadras está el distrito financiero de pie y brillante bajo el sol. Se ve casi en buen estado. Para mi asombro, hay un campamento improvisado en el área de la ciudad que solía ser el *South of Market*, justo a las afueras del distrito financiero.

Serpenteo alrededor de otro coche, pensando que está vacío, hasta que de pronto se tambalea frente a mí. Piso el freno. El otro conductor me da una mirada sucia, mientras que conduce por delante. Se ve de unos diez años, apenas lo suficientemente alto como para ver por encima del salpicadero.

El campamento es más como el que solíamos ver en las noticias donde los refugiados se congregaban después de un desastre. La gente —que hasta donde sé no se están comiendo unos a otros— se ven hambrientos y desesperados. Tocan las ventanillas del coche como si fuésemos gente rica que podemos compartir algo con ellos.

—Detente ahí. —Raffe apunta a una zona donde están apilados un montón de coches en lo que solía ser un estacionamiento. Conduzco el coche hasta allí y me estaciono—. Apaga el motor. Asegura las puertas y permanece atenta hasta que se olviden de nosotros.

—¿Se van a olvidar de nosotros? —Pregunto, viendo a un par de chicos de la calle subirse al capó del coche. Se sientan como en casa ante la calidez de nuestro coche.

—Muchas personas duermen en sus coches. Probablemente no van a hacer nada hasta que piensen que estamos dormidos.

—¿Vamos a dormir aquí? —Lo último que tengo son ganas de hacer, con toda esta adrenalina corriendo por mis venas, es dormir bajo un cristal rodeado de gente desesperada.

—No. Nos cambiaremos aquí.

Se estira al asiento trasero y agarra su mochila. Saca un vestido de fiesta color escarlata. Es tan pequeño que mi primer pensamiento es: creo que es una bufanda. Tiene el estilo de vestido pequeño que una vez tomé prestado de mi amiga Lisa cuando me convenció de ir de fiesta con ella. Tenía identificaciones falsas para las dos, hubiera sido divertido salvo que se emborrachó y se marchó con un chico universitario, dejándome sola para volver a casa.

—¿Para qué es? —De alguna manera, no creo que tenga en mente ir a discotecas.

—Póntelo. Muéstrate tan genial como puedas. Es nuestro boleto para entrar. —Tal vez sí tenía en mente las discotecas.

—No te irás a casa con una chica universitaria borracha, ¿verdad?

—¿Qué?

—Olvidalo. —Tomo la diminuta tela, junto con los zapatos a juego y para mi sorpresa, un par de medias de seda. Cualquiera cosa puede no saber Raffé sobre los humanos, las prendas de vestir para mujeres no es una de esas. Le lanzo una mirada penetrante, preguntándome dónde aprendió sus conocimientos sobre el tema. Me devuelve la mirada, sin decirme nada.

No hay un lugar privado para cambiarme lejos de las miradas indiscretas de los chicos sobre nuestro capó. Es gracioso que piense en ellos como vagabundos a pesar que ninguno de nosotros tiene hogares.

Por suerte, toda chica sabe cómo cambiarse en público. Me pongo el vestido por encima de mi cabeza y debajo de mi sudadera. Saco mis brazos fuera de las mangas de la sudadera y me meto en el vestido con mi sudadera como una cortina personal. Después tiro de él hacia mis muslos y luego me quito las botas y los pantalones vaqueros.

El dobladillo no es tan largo como me hubiera gustado, y sigo tirando de éste para hacerme sentir más modesta. La mayor parte de mi muslo queda a la vista, y el último lugar en el cual quiero este tipo de atención es aquí, donde estoy rodeada de hombres sin control, bajo condiciones desesperadas.

Cuando veo a Raffé con ansiedad en mis ojos, dice—: Es la única manera. —Puedo decir que a él tampoco le agrada la idea.

No quiero quitarme la sudadera ya que puedo sentir la tacañería del vestido. En una fiesta del mundo civilizado, tal vez me sentiría cómoda en él. Podría haber estado emocionada ante lo hermoso que es, aunque no tengo idea de si es lindo o no, ya que no puedo verme a mí misma. Aunque puedo deducir que podría ser una talla muy pequeña para mí porque es bastante ajustado. No estoy segura si tiene que ser así de apretado, pero sólo ayuda a aumentar la sensación de estar desnuda delante de los salvajes.

Raffé no duda en quitarse la ropa delante de los extraños. Se quita la camiseta y retira sus pantalones para ponerse una camisa blanca de botones y pantalones negros de vestir. Más que nada, es la sensación de ser observada la

cual me mantiene alejada de obsérvalo. No tengo hermanos y nunca he visto a un hombre desnudarse. Es natural tener el impulso de observar, ¿no?

En lugar de mirarlo, veo con tristeza las zapatillas de tirantes. Son del mismo tono color escarlata como el vestido, como si el dueño los hubiera mandado a hacer para que coincidieran. Los tacones altos y delgados están hechos para acentuar las piernas al sentarse cruzándolas. —No puedo correr en ellas.

—No tendrás que hacerlo si las cosas salen según lo planeado.

—Genial. Ya que las cosas siempre salen según lo planeado.

—Si las cosas salen mal, correr no te servirá de nada.

—Sí, bien, tampoco puedo luchar con ellas tampoco.

—Yo te traje aquí. Yo te protegeré.

Tengo la tentación de recordarle que soy yo quien lo arrastró fuera de la calle. —¿Esta es, realmente, la única manera?

—Sí.

Suspiro. Me pongo las inútiles zapatillas y espero que no me rompa un tobillo tratando de caminar en ellas. Me quito la sudadera y bajo la visera del coche para acceder al espejo. El vestido es tan ajustado como había pensando, pero se ve mejor en mí de lo que creí.

Mi pelo y cara, sin embargo, parece que están en casa con una bata andrajosa. Me paso la mano por el pelo. Está grasiento y enmarañado. Mi labios están agrietados y mis mejillas quemadas por el sol. Mi barbilla es de un color mango debido al moretón que Boden me dio durante nuestra lucha. Por lo menos los chicharos congelados bajaron la hinchazón.

—Toma —dice abriendo su mochila—. No sabía lo que te haría falta por lo que sólo tomé algunas cosas del mueble de baño. —Saca la chaqueta de esmoquin de su mochila antes de entregarme el paquete.

Lo veo con su mirada fija en la chaqueta, preguntándome qué está pensando que lo tiene con un aspecto sombrío. Luego me vuelvo a cavar en el paquete.

Encuentro un peine y lo paso a través de mi cabello. Mi cabello está tan grasoso que es mucho más fácil de peinar. También hay un poco de loción que frote sobre la cara, labios, manos y piernas. Quiero quitar las cáscaras de capas de piel de mis labios, pero sé por experiencia que eso sólo los hace sangrar, así que lo dejo por la paz.

Me pongo lápiz labial y rímel. El lápiz labial es de un color rosa neón y la máscara de pestañas es de un color azul. No son mis colores habituales, pero combinados con el vestido ajustado, seguro que me hacen ver sensual, lo que imagino es exactamente el aspecto que queremos. No hay sombra de ojos, así que unto un poco de rímel alrededor de mis ojos para darle el toque extra de sensualidad. Tomo un poco de maquillaje líquido y lo corro sobre la mandíbula. Es claro y las partes que necesitan el maquillaje son las más sensibles. Más vale que valga la pena.

Cuando termino, me doy cuenta que los chicos en el capó están viéndome poner el maquillaje. Miro a Raffe. Está tan ocupado haciendo un artefacto con su mochila, alas y algunas correas.

—¿Qué estás haciendo?

—Haciendo un... —Levanta la mirada y me ve.

No sé si se dio cuenta cuando me quité mi sudadera, pero supongo que estaba ocupado en ese momento porque me mira con sorpresa. Sus pupilas se dilatan cuando me ve. Sus labios se apartan, olvidando momentáneamente de ocultar su expresión, y puedo jurar que dejo de respirar durante varios latidos de corazón.

—Estoy haciendo parecer que tengo alas en mi espalda —dice en voz baja. Sus palabras salen roncas y aterciopeladas como si estuviera diciéndome algo personal. Como dándome una caricia.

Me muerdo el labio para concentrarme en el hecho de que sólo me está dando una respuesta clara a mi pregunta. Él no puede evitar que su voz sea extremadamente sexy.

—No puedo ir a donde tengo que ir si creen que soy humano. —Retira su mirada y asegura una correa alrededor de la base de una de sus alas. Pone la mochila vacía con sus alas atadas sobre su espalda—. Ayúdame a ponerme la chaqueta.

Ha cortado la parte posterior de la chaqueta con líneas paralelas para que sus alas se vean.

Claro. La chaqueta. Las alas. —¿No deberían las alas estar fuera? — Pregunto.

—No, sólo asegúrate de que las alas y la mochila estén cubiertas.

Las alas parecen firmemente atadas a la mochila. Gentilmente arreglo el artefacto para que las plumas cubran las correas. Las plumas aún se sienten vibrantes y con vida, aunque parecen un poco marchitas en comparación a la

primera vez que las toqué hace un par de días atrás. Resisto la tentación de acariciar las plumas a pesar de que él no será capaz de sentirlo.

Las alas moldean la mochila vacía en la forma en que se amoldarían en su espalda. Para una envergadura tan grande, es increíble cómo se comprimen a su cuerpo cuando están dobladas. Una vez vi una bolsa de dormir de dos metros ser comprimida a un pequeño cubo y no era tan impresionante el cambio de volumen como este tipo.

Cuelgo la chaqueta entre y a un lado de las alas. Las alas nevosas se ven a través de las ranuras en el material oscuro sin indicios de la mochila ni las correas. La chaqueta es lo suficientemente grande que sólo se ve un poco abultada. Más no lo suficiente para llamar la atención a menos que alguien esté muy familiarizado con la forma de Raffé.

Se inclina hacia adelante para no aplastar sus alas con el respaldo del asiento. —¿Cómo se ve?

Sus hermosos anchos hombros y la limpia línea de su espalda ahora están acentuados por las alas. Alrededor de su cuello lleva un corbatín que combinan con mi vestido. También coincide el fajín alrededor de su cintura. Apartando la pequeña mancha de suciedad en su mandíbula, parece que acaba de salir de una revista de Hollywood.

La forma de su espalda se ve bien para una chaqueta que no está hecha para sus alas. Tengo un flash de la magnificencia de sus nevosas alas extendiéndose detrás de él mientras permanecía frente a sus enemigos sobre el coche la primera vez que lo vi. Siento un poco de lo que su pérdida debe significar para él.

Asiento con la cabeza. —Se ve bien. Te ves bien.

Sus ojos se encuentran con los míos. En ellos, veo un toque de gratitud, un indicio de pérdida y un atisbo de preocupación.

—No es que... no te hayas visto bien antes. Me refiero a que siempre te ves... magnífico. —¿Magnífico? Casi pongo los ojos en blanco. ¡Qué estupidez! No sé por qué dije eso. Me aclaro la garganta—. ¿Podemos irnos ya?

Asiente con la cabeza. Esconde la sonrisa burlona pero puedo verla en sus ojos.

—Pasa por esa multitud hasta el punto de control. —Señala a la izquierda, donde se ve como un mercado libre lleno de gente—. Cuando los guardias te detengan, les dices que quieres ir al nido. Diles que oíste que a veces dejan entrar a mujeres.

Se sube en el asiento trasero y se agacha en las sombras. Tira de la manta vieja sobre sí mismo, la misma que usa para envolver sus alas.

—No estoy aquí —dice.

—Así que explícame, ¿por qué estás ocultándote en lugar de caminar a través de la puerta conmigo?

—Los ángeles no caminan a través del punto de control. Vuelan directamente al nido.

—¿No puedes decirles que estás herido?

—Eres como una niña pidiendo respuestas a preguntas durante una operación encubierta. ¿Por qué es el cielo azul, papá? ¿Puedo preguntarle al hombre con la pistola dónde está el baño? Si no te quedas callada, voy a tener que dejarte. Necesitas hacer lo que te digo, cuando te digo, sin preguntas ni dudas al respecto. Si no te gusta, busca a alguien más para molestar a que te ayude.

—Vale, vale. Caray, alguien está de mal humor.

Enciendo el motor y me deslizo fuera de nuestro lugar de estacionamiento. Los chicos se quejan y uno de ellos golpea el capó con su puño mientras se desliza.

*Traducido por Annaiss*

*Corregido por liRose Multicolor*

Conduzco a través de la multitud en Montgomery St. a una velocidad que tal vez es la mitad de lo que podría hacer en pie. La gente se mueve fuera del camino, a regañadientes y tras lanzarme una mirada asesina. Reviso las puertas para comprobar que están aseguradas. No es que las cerraduras puedan detener a alguien si optan por romper las ventanas.

Afortunadamente, no somos los únicos con un coche aquí. Hay una pequeña línea de coches esperando en el centro de control, rodeados de un montón de gente a pie. Aparentemente, todos están esperando para cruzar el punto de control. Voy tan lejos como puedo y me detengo al final de la línea de autos.

Hay un alto porcentaje de mujeres esperando para cruzar. Están limpias y vestidas como si fueran a una fiesta. Las mujeres están de pie en tacones altos y vestidos de seda entre la multitud de hombres andrajosos y todos se comportan como si esto fuese normal.

El punto de control es una brecha en una cerca alta de alambre que bloquea las calles de todo el distrito financiero. Con lo que queda del distrito, no sería demasiado difícil cercarlo de manera permanente. Pero ésta es una de esas vallas temporales hechas de paneles auto-portantes. Los paneles están unidos entre sí para hacer la valla, pero no está incrustada en el asfalto.

No sería difícil para una multitud de empujarlo y sólo caminar sobre ella. Sin embargo, la gente respeta el límite como si estuviese electrificada.

Entonces me doy cuenta, en cierto modo, lo está.

Los humanos patrullan la valla desde el otro lado y encajan una barra de mental a través de ésta cuando ven a alguien acercarse demasiado. Cuando alguien es empujado, hay un sonido junto con una chispa azul de electricidad. Están usando una especie de garrocha eléctrica para mantener alejadas a las personas. Todos los punzones, excepto uno, no muestran ninguna emoción y ocasionalmente punzan.

La punzadora femenina es mi madre.

Dejo caer la cabeza contra el volante cuando la veo. No me hace sentir mejor.

—¿Qué pasa? —Pregunta Raffe.

—Mi madre está aquí.

—¿Es eso un problema?

—Probablemente. —Avanzamos unos pocos metros cuando la línea se mueve.

Mi madre hace su trabajo de forma más emocional que sus compañeros. Se acerca tanto como la valla se lo permite para electrocutar tanta gente como sea posible. En un momento, incluso se carcajea mientras electrocuta a un hombre por el tiempo que puede antes de que éste se tambalee fuera de su alcance. Se ve como si estuviese disfrutando de infligir dolor en las personas.

A pesar de las apariencias, reconozco el miedo en mi madre cuando lo veo. Si no la conoces, uno pensaría que su entusiasmo proviene de la malicia. Pero hay una buena probabilidad de que ni siquiera reconozca a sus víctimas como personas.

Tal vez piensa que está atrapada en una jaula en el infierno rodeada de monstruos. Tal vez como pago por un acuerdo con el diablo. Tal vez sólo porque el mundo conspira en su contra. Probablemente piensa que las personas que se acercan a la valla en realidad son monstruos disfrazados acechando su jaula. Alguien milagrosamente le ha dado un arma para mantener a raya a los monstruos. Así que está usando esta rara oportunidad para defenderse.

—¿Cómo llegó aquí? —Me pregunto en voz alta.

La suciedad le mancha las mejillas y el cabello grasoso, mientras su ropa está rota en el codo y las rodillas. Parece que ha estado durmiendo en el suelo. Pero se ve saludable y alimentada, con color rosa en sus mejillas.

—Todos en la carretera terminan aquí si no se matan a ellos mismos primero.

—¿Cómo?

—No lo sé. Ustedes los humanos siempre han tenido algún tipo de instinto de rebaño que parece unirlos. Y éste es el rebaño más grande alrededor.

—Ciudad. No rebaño. Las ciudades son para las personas. Los rebaños son para los animales.

Él resopla burlonamente en respuesta.

Probablemente es mejor dejarla allí en vez de tratar de llevarla conmigo dentro del nido. Es difícil ser cautelosa con mi madre alrededor. Eso nos puede costar la vida de Paige. No hay mucho que pueda hacer para aliviar su tormento cuando se encuentra así. La gente aprenderá con el tiempo a mantenerse alejados mientras está patrullando la valla. Está más segura aquí. Todos estamos más seguros con ella aquí. Por ahora.

Mis justificaciones no alivian mi sentimiento de culpa por abandonarla. Pero no puedo pensar en una solución mejor.

Retiro mi mirada de mi madre y trato de concentrarme en mi entorno. No puedo distraerme si todos tenemos que seguir con vida.

Delante de mí, la gente comienza a mostrar un patrón. Mujeres y chicas adolescentes, todas vestidas y maquilladas al mejor nivel que sus recursos ofrecen, presionadas frente a la gente delante de ellas, esperando llamar la atención de los guardias. Muchas de las chicas están rodeadas por gente que parecen ser sus padres o abuelos. Las mujeres suelen estar al lado de sus hombres, a veces con niños.

Los guardias niegan con la cabeza a casi todos los que piden entrar. Ocasionalmente, una mujer o un grupo de mujeres se niegan a moverse fuera del camino después de haber sido negadas de entrar, eligiendo, en su lugar, implorar o romper a llorar. Los ángeles no parecen inmutarse de un modo u otro, pero a la multitud le importa. La multitud las empuja hacia atrás en el camino con sus cuerpos hasta que los perdedores son expulsados del grupo.

En ocasiones, los guardias dejan a uno entrar. De lo que puedo deducir, los que dejan pasar siempre son mujeres. Mientras nos acercamos hasta la entrada, dos son admitidas.

Ambas mujeres van con vestidos ajustados y tacones altos, como yo. Una de ellas entra sin mirar atrás, caminando con confianza por el camino vacío en el otro lado de la puerta. La otra entra vacilante, dándose la vuelta para lanzarles besos a un hombre y dos niños que se aferran al eslabón de la cadena en la valla. Se escabullen lejos de la cerca cuando un hombre con una picana se abalanza sobre ellos.

Cuando estas mujeres entran, un grupo de personas intercambia mercancías. Me toma un minuto darme cuenta de que están haciendo,

apuestan sobre quién recibe permiso para entrar. Los apostadores en su mayoría son hombres, pero también hay mujeres en el grupo. Cada vez que una mujer entra, uno de los apostadores se retira con un montón de bienes.

Quiero preguntar qué está pasando, por qué los humanos quieren ir al territorio de ángeles y por qué las personas acampan aquí. Pero sólo le probaría a Raffé que estaba en lo correcto en actuar como una niña haciendo demasiadas preguntas. Así que aplaco la avalancha de preguntas y cuestiono la que es operacionalmente relevante.

—¿Y si no me dejan pasar? —Pregunto, tratando de no mover los labios.

—Te dejarán —responde desde la oscuridad del asiento trasero.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tienes el aspecto que están buscando.

—¿Qué aspecto es ese?

—Hermosa. —Su voz es como una caricia desde las sombras.

Nadie me ha llamado hermosa antes. He estado demasiado preocupada tratando con mi madre y cuidando de Paige como para prestarle atención a mi aspecto. El calor inunda mis mejillas, y espero no verme como un payaso cuando llegue al punto de control. Si Raffé está en lo cierto y ésta es la única manera, necesito verme tan genial como pueda si quiero una oportunidad de ver a Paige de nuevo.

Para cuando llego a la parte delantera de la caótica línea, varias mujeres casi se han lanzado a los guardias. A ninguna se les permite entrar. No me hace sentir mejor con mi cabello grasiento mientras conduzco hacia los guardias.

Me dan una mirada aburrida. Hay dos de ellos. Sus alas manchadas parecen pequeñas y secas en comparación con las de Raffé. La cara de uno de los guardias está levemente manchada de verde, al igual que sus alas. La palabra moteada viene a la mente, como un caballo. Mirando a su cara es un recordatorio desgarrador: no es humano. Raffé no es humano.

Manchas me indica que salga del coche. Dudo por un momento antes de salir lentamente. Él no lo hizo con las otras chicas en los coches delante de mí.

Tiro del dobladillo para asegurarme de que me cubre el trasero. Los guardias me ven de arriba abajo. Resisto la tentación de encorvarme y cruzar los brazos sobre mis pechos.

Manchas indica que me de la vuelta. Me siento como una stripper y quiero darles una patada en los dientes, pero hago una vuelta lenta para ellos en mis zapatillas. Paige. Piensa en Paige.

Los guardias intercambian una mirada. Pienso desesperadamente en lo que puedo decir o hacer para tratar que me dejen pasar. Si Raffé dice que ésta es la forma de entrar, entonces tengo que encontrar una manera de conseguir que me dejen entrar.

Manchas me indica que pase.

Estoy tan sorprendida que me quedo parada.

Entonces, antes de que puedan cambiar de opinión, me alejo de ellos y me doy la vuelta porque si niegan con la cabeza, no puedo verlos. Regreso al interior del coche con tanta naturalidad como puedo.

Los pequeños pelos detrás de mi cuello se erizan en anticipación a una mano en mi hombro, a un silbato sonando o unos perros pastor alemán husmeando detrás de mí al igual que en las viejas películas de guerra. Estamos, después de todo, en guerra, ¿no?

Pero nada de eso sucede. Enciendo el motor y me indican la entrada. Y obtengo otra pieza de información. Los ángeles no ven a los humanos como una amenaza. ¿Y qué si unos cuantos monos entran a través de las grietas en su muro o se arrastran alrededor de la base de su nido? ¿Qué tan difícil sería para ellos detenernos y contener a los intrusos animales?

—¿Dónde estamos? —pregunta Raffé desde las sombras detrás de mí.

—En el infierno —le digo. Mantengo la velocidad a treinta kilómetros sobre hora. Las calles están desiertas así que podría ir a cien kilómetros si quiero, pero no deseo llamar la atención.

—Si esta es tu idea del infierno, eres demasiado inocente. Busca algo como un club. Mucha luz y muchas mujeres. Ve y estacionate allí, pero no demasiado cerca.

Miro a mí alrededor por las calles desiertas. Unas cuantas mujeres, pareciendo tristes y con frío ante el aullido del viento de San Francisco, tropiezan por la acera hacia el destino que sólo ellas conocen. Sigo manejando, mirando las calles vacías. Después veo a gente salir al exterior de un edificio alto a lo largo de la calle lateral.

Mientras me acerco, veo un grupo de mujeres en torno a un club nocturno al estilo de 1920. Deben estar congelándose en sus diminutos vestidos de fiesta, pero se quedan de pie atractivamente. La puerta está arqueada en

un clásico Art Deco y los ángeles, que guardan la entrada principal, visten con trajes de etiqueta modificados con ranuras en la parte posterior dejando espacio para sus alas.

Estaciono el auto a un par de cuadras más adelante del club. Pongo las llaves en el bolsillo en la visera y dejo mis botas en el asiento del pasajero de donde las puedo agarrar durante un apuro si es necesario. Desearía poder meterlas en mi bolso de lentejuelas, pero con esfuerzo hay espacio para una pequeña linterna y mi navaja de bolsillo.

Me deslizo fuera del coche. Raffé se arrastra después de mí. El viento me golpea tan pronto como estoy afuera, azotando mi pelo en un frenesí alrededor de mi cara. Envuelvo mis brazos a mí alrededor, con el deseo de tener un abrigo.

Raffé coloca su espada en su cintura, pareciendo a un caballero antiguo en su traje. —Lamento no poder ofrecerte mi chaqueta. Cuando nos acerquemos necesito que no parezcas con frío para que nadie se pregunte por qué no me quito mi chaqueta para dártela.

Dudo que alguien se pregunte por qué un ángel no le ofrece su chaqueta a una chica, pero lo dejo pasar.

—¿Cómo es que está bien que puedas ser visto ahora?

Me da una mirada cansada, como si lo estuviese agotando.

—Está bien. Está bien. —Pongo mis manos en alto en señal de rendición—. Tú dices qué hacer, yo sólo lo hago. —Imito girar una llave en una cerradura en mis labios y tiro la llave imaginaria.

Endereza su chaqueta ya recta. ¿Es un tic nervioso? Me ofrece su brazo. Pongo mi mano en el hueco de su brazo y caminamos por la acera.

Al principio, sus músculos están tensos y sus ojos analizan la zona. ¿Qué está buscando? ¿Realmente puede tener tantos enemigos entre su propia gente? Sin embargo, a unos pocos pasos, se relaja. No estoy segura si es natural o forzado. De cualquier manera, ante el resto del mundo sólo somos una pareja normal pasando la noche.

Conforme nos acercamos a la multitud, puedo ver más detalles. Varios de los ángeles que van hacia el club llevan trajes de gángster Zoot completos con sombreros de fieltro y plumas vivaces. Largas cadenas de reloj cuelgan hasta sus rodillas.

—¿Qué es esto, una fiesta de disfraces? —Pregunto.

—Es la moda actual para el nido. —Su voz suena cortada, como si no estuviese de acuerdo.

—¿Qué pasó con la regla de no fraternizar con las hijas del Hombre?

—Una pregunta excelente. —Su mandíbula se aprieta en una línea recta. No creo que quiera estar cerca cuando exija una respuesta a esa pregunta.

—Así que reproducir niños con los humanos los condena porque los Nephilims son una aberración —le digo—. ¿Pero cualquier cosa hasta...?

Se encoge de hombros. —Aparentemente, han decidido que esta es una zona gris. Podría llegar a quemarlos a todos. —Luego añade en voz baja, casi para sí mismo—. Pero el fuego puede ser tentador.

El pensamiento de seres sobrehumanos con tentaciones y defectos humanos envía un escalofrío a través de mí.

Pasamos por delante de la protección de un edificio para cruzar la calle y vuelvo a ser azotada sin piedad por el viento.

—Trata de no parecer con frío.

Enderezo mi espalda, aunque me muero por envolverme en mí misma. Por lo menos mi falda no es lo suficiente larga para levantarse ante el viento.

La oportunidad de hacer más preguntas se desvanece cuando nos acercamos a la multitud. Toda la escena tiene un toque irreal. Es como si estuviera saliendo de un campo de refugiados a un club exclusivo, completo con trajes de etiqueta, mujeres en ropa formal, cigarrillos y joyas caras.

El frío no parece molestar a cualquiera de los ángeles que perezosamente exhalan el humo del cigarrillo en el viento. Ni en un millón de años me hubiera imaginado a los ángeles fumando. Estos chicos se parecen más a los gánsteres que a los seres piadosos. Cada uno tiene al menos dos mujeres. Algunos tienen cuatro o más gente que los rodea. Deduciendo de los fragmentos de conversaciones que logro escuchar mientras caminamos por ahí, todas estas mujeres están haciendo lo mejor de sí para llamar la atención de un ángel.

Raffe camina por delante del gentío hacia la puerta. Hay dos ángeles haciendo guardia pero Raffe los ignora y sigue caminando. Su mano sujeta mi codo y sólo voy a donde él va. Uno de los guardias nos observa como si su sentido de guardia estuviera enviándole señales de alarma acerca de nosotros.

Hay un momento en el que estoy segura que nos detendrá.

En cambio, detiene a dos mujeres que tratan de entrar. Pasamos por delante de las mujeres, dejándolas tratando de convencer a los guardias de que sus ángeles las están esperando adentro. El guardia sacude su cabeza con firmeza.

Al parecer, se necesita un ángel como boleto para entrar en el nido. Dejo escapar un suspiro mientras atravesamos a través de las puertas.

**E**n el interior, el techo de dos pisos, abovedado y toques art déco dan la impresión de que el vestíbulo estaba destinado a acoger a las personas de buena crianza. Una escalera de caracol dorado domina la zona, crea una imagen ideal para parejas con vestidos largos y esmoquin, acentos elegantes e importantes árboles genealógicos. Irónicamente, angelitos regordetes miran hacia abajo a nosotros desde el techo pintado al fresco.

Al lado se encuentra un largo mostrador de mármol que debería haber tenido varios asistentes preguntando cuánto tiempo tenemos la intención de quedarnos. Ahora es sólo un recordatorio de este edificio vacío que solía ser un hotel de lujo un par de meses atrás. Bueno, no completamente vacío. Hay un asistente de un s aspecto muy pequeño y humano entre todo ese mármol y gracia angelical.

El vestíbulo está salpicado de pequeños grupos charlando y riendo, todos vestidos con trajes de noche. La mayoría de las mujeres son seres humanos con ojos solo para los ángeles. Los hombres son una mezcla de humano y ángel. Los hombres son siervos humanos que llevan las bebidas, recogiendo vasos vacíos, y comprueban los abrigos de las pocas mujeres afortunadas que lo visten.

Raffe vacila brevemente para inspeccionar la escena. Vamos a la deriva a lo largo de la pared de un pasillo ancho, con suelos de mármol y el papel tapiz de terciopelo. La iluminación en el vestíbulo y el pasillo es más atmosférico que práctico. Esto deja a gran parte de las paredes en sombras suaves, un hecho que estoy segura de no pasar inadvertido de Raffe. No puedo decir que estamos tratando de escondernos en el edificio, con exactitud, pero estamos ciertamente no llamando la atención.

Un flujo constante de personas salen y entran de un par de grandes puertas de cuero. Nos dirigimos en esa dirección cuando tres ángeles salen a través de ella. Son todos de pecho ancho y sólido, todos sus movimientos son elegantes, con abultamiento de los músculos ocasionales declarando que son

los atletas. No, atletas no es del todo correcto. Guerreros es la palabra que sacude en mi cerebro.

Dos de ellos destacan la cabeza y sus hombros más altos que entre la multitud. El tercero es el más compacto, más ágil, más como un leopardo con sus osos. Todos llevan las espadas colgando a lo largo de sus muslos al caminar. Me doy cuenta de que, aparte de Raffé y los guardias, éstos son los primeros ángeles que he visto con espadas.

Raffé agacha la cabeza hacia mí, con una sonrisa como si hubiera dicho algo gracioso. Inclina la cabeza lo suficientemente cerca de la mía que creo que va a darme un beso. En su lugar, simplemente toca la frente con la mía.

Para los hombres que caminaban por el, Raffé parecería un hombre siendo afectuoso. Pero no pueden ver sus ojos. A pesar de la sonrisa, la expresión Raffé es una de dolor, del tipo que no se puede detener con una aspirina. A medida que los ángeles caminan cerca de nosotros, Raffé sutilmente vuelve su cuerpo para que su espalda este para ellos en todo momento. Se ríen de algo que el Leopardo, dice, y Raffé cierra los ojos, dejando reposar algún sentimiento agri dulce que no puedo empezar a entender.

Su rostro está tan cerca del mio que nuestras respiraciones se mezclan. Sin embargo, está lejos de mí, en un lugar donde está golpeado por emociones profundas y crueles. Lo que se siente es muy humano. Tengo esta fuerte compulsión de intentar sacarlo de este estado de ánimo, para tratar de distraerlo.

Pongo mi mano sobre su mejilla. Es cálido y agradable. Tal vez demasiado agradable. Cuando sus ojos no se abren, yo tentativamente toco mis labios con los suyos.

Al principio, no obtengo respuesta y considero que dar marcha atrás.

A continuación, el beso se vuelve hambriento.

No es el cariñoso beso de una pareja en la primera cita, ni tampoco es el beso de un hombre impulsado por la simple lujuria. Me besa con la desesperación de un hombre moribundo que cree en la magia de la vida eterna está en el beso. La ferocidad de su agarre alrededor de mi cintura y los hombros, la presión afilada de sus labios me tiene fuera de equilibrio para que mis pensamientos se arremolinen sin control.

La presión se alivia, y el beso se vuelve sensual.

Un hormigueo de calor se dispara por el toque sedoso de sus labios y la lengua directo a mi corazón. Mi cuerpo se funde en él y estoy muy consciente

de los duros músculos de su pecho contra mis pechos, el agarre cálido de las manos alrededor de mi cintura y sus hombros, el deslizamiento húmedo de su boca en la mía.

Luego se acabó.

Él se aparta de mí, tomando una bocanada de aire como si saliera a la superficie de las aguas turbulentas. Sus ojos son grandes charcos de remolinos de emociones.

Aparta los ojos de mí. Y alivia la respiración en una exhalación controlada. Cuando abre los ojos otra vez, es más negro que azul y son ilegibles por completo. Lo que está sucediendo detrás de esos ojos cerrados es ahora impenetrable.

Lo que vi allí hace un momento, ahora está enterrado; comienzo preguntarme si me lo imaginé en el primer lugar. La única cosa que da a entender que él siente algo es que su respiración sigue siendo más rápido de lo normal.

—Debes saber... —dice. Su susurro es lo suficientemente bajo para que los ángeles en el pasillo no puedan escuchar—, que ni siquiera me gustas.

Rigidez en sus brazos. No sé lo que esperaba que dijera, pero eso no fue todo.

A diferencia de él, estoy bastante segura de que mis emociones se presentan con fuerza y claridad en mi cara. Siento que una de esas emociones calentó mis mejillas, es la humillación.

Da un paso lejos de mí casualmente, se da vuelta y empuja a través de las puertas dobles.

Estoy en el pasillo mirando como las puertas se abren hacia atrás y adelante hasta que se quedan quietas.

Una pareja las empuja a través del otro lado. El ángel tiene su brazo alrededor de la mujer. Ella lleva un vestido plateado de lentejuelas de cuerpo entero que abraza a su cuerpo y se balancea en todos sus movimientos. Él luce un traje de color púrpura con una camisa rosa de neón. Ambos me miran fijamente mientras pasan por ahí.

Cuando un hombre te mira fijamente, vistiendo colores rosa y púrpura, sabes que es hora de cambiar tu apariencia. Aunque mi vestido rojo es estrecho y corto, no esta fuera de lugar aquí. Debe ser mi expresión de asombro y humillación la cual ellos ven.

Obligo a mi cara a aparentar naturalidad y me esfuerzo para que mis hombros se relajen, o por lo menos que se vean relajados.

Había besado a chicos antes. Algunas veces se sentía incómodo después, pero nunca de esta manera. Siempre me ha parecido bonito y agradable besar, como las rosas huelen o la risa de un día de verano. Lo que acababa de vivir con Raffe era algo animal. Este tenía una sensación de hormigueo, fue una catástrofe nuclear en comparación con otros besos que he tenido.

Tomo una respiración profunda, profunda. Un momento. Exhalé poco a poco.

Él ni siquiera me gusta.

Dejé que el rollo de pensamientos diera vueltas en mi cabeza. Cualquier cosa que yo siento la guardo en una habitación oscura con una gruesa puerta que cierro tan pronto introduzco mis sentimientos, por si acaso algo ahí dentro tenga intenciones de salir a gatas.

Y si me gusto, ¿Qué? El resultado final sería el mismo. Un callejón sin salida. Nuestra asociación está a punto de terminar. Tan pronto como encuentre a Paige me marcharé de aquí tan rápido como me sea posible. Y él necesitará buscar a alguien que pueda cocer sus alas de nuevo, para después hacer frente a cualquier enemigo que le cause problemas. Entonces, llegará la hora para que regrese a destruir mi mundo con sus amigos, y yo lucharé por sobrevivir con mi familia. Y así es. No hay lugar para fantasías de instituto.

Tomo otra respiración profunda y dejo escapar el aire lentamente, asegurándome de que cualquier sentimiento residual está bajo control. Todo lo que importa es encontrar a Paige. Para ello, tengo que trabajar con Raffe un poco más.

Camino hasta las puertas dobles y me abro paso para encontrarlo.

*Traducido por Majo\_Smile ♥*

*Corregido por Melii*

Tan pronto como entro en el interior, el mundo se llena con el estruendo del jazz, la risa, y la charla con una ráfaga de calor, el olor acre del humo del cigarro, perfumes, y comida deliciosa, todo en una ola de sensaciones incomprensibles.

No puedo evitar la sensación irreal de ser lanzada a viajar atrás en el tiempo. Afuera, la gente se muere de hambre y sin techo en un mundo destrozado por un ataque global. Aquí, sin embargo, los buenos tiempos nunca terminaron. Claro, los hombres tienen alas, pero aparte de eso, es como estar en un club de 1920. El estilo Art Deco de los muebles, los hombres en esmoquin, las mujeres con vestidos largos.

Bueno, ese tipo de ropa no se ven desde 1920. Existen los ocasionales años 70 o un traje de ciencia ficción futurista, como una fiesta de disfraces, donde algunos de los invitados no entendieron lo que es un conjunto de 1920. Pero la habitación y los muebles son estilo Art Deco, y la mayor parte de los ángeles están pasados de moda.

La sala brilla con relojes de oro, sedas relucientes y brillantes joyas. Los ángeles están comiendo y bebiendo, fumando y riendo. A pesar de todo, un ejército de con guantes blancos, meseros humanos, llevan las bandejas de copas de champán y canapés bajo los candelabros de luces parpadeantes. Los miembros de la banda, los sirvientes, y la mayoría de las mujeres parecen humanos.

Siento una explosión irracional de disgusto por los seres humanos en la habitación. Todos los traidores como yo. No, para ser justos, lo que están haciendo no es tan malo como lo que hice, al no revelar a Raffé en el campamento de Obi.

Deseo desestimar a todos como buscadores de oro, pero recuerdo a la mujer con el marido y los niños hambrientos colgando de la cerca, mientras caminaba hacia el nido. Que es probablemente la mejor esperanza de la familia de conseguir alimento. Espero que ella lo hiciera. Puedo escanear la multitud, con la esperanza de ver su rostro.

En cambio, veo a Raffe.

Se inclina casualmente contra la pared en un rincón oscuro, mirando a la multitud. Una morena con un vestido negro con la piel tan blanca que se parece a un vampiro se inclina hacia él sugerente. Todo en ella rebosa sexo.

Estoy inclinado por no ir hacia Raffe, pero tengo una misión y él es una parte crucial del plan. Estoy segura que no renunciaré a la oportunidad de encontrar a Paige sólo porque me siento socialmente torpe.

Me acerco y camino hacia él.

La morena le pone la mano en el pecho, susurrando algo íntimamente. Está mirando algo a través de la habitación y no parece oírlo. Agarra un vaso de líquido de color ámbar que se toma de vuelta en un buen trago. Coloca el vaso vacío en una fila de otros vasos vacíos en una mesa cercana.

No me mira cuando me inclino contra la pared al lado de él, pero sé que me ve, al igual que ve a la chica que ahora me está dando una mirada de muerte. Como si su mensaje no estuviera ya claro, ella misma arregla el pañuelo de Raffe.

Agarra otra copa de un camarero que pasaba y que sostiene una bandeja llena de diferentes bebidas. Raffe la toma de vuelta también y coge otra antes de que el camarero se vaya. Ha bebido cuatro tragos en el poco tiempo que me tomó reunir valor y encontrarlo.

Raffe finalmente se vuelve a la morena que le da una sonrisa deslumbrante. Sus ojos brillan con una invitación que me hace incómodo de ver.

—Ve a buscar a alguien más —dice Raffe. Su voz está distraída, indiferente. *Auch*. A pesar de que me dio esa mirada asesina, todavía siento una punzada de compasión por ella.

Pero, de nuevo, sólo le dijo que se fuera. Por lo menos él no le dijo que ni siquiera le gustaba.

Se aleja de él lentamente, como dándole la oportunidad para decir que estaba bromeando. Cuando vuelve a observar a la gente, me dispara una última mirada mordaz y sale.

Puedo escanear la habitación para ver lo que está viendo Raffe. El club es acogedor y no es tan grande como había pensado inicialmente. Tiene la energía de un lugar más grande debido a la ruidosa multitud, pero es más que un salón de un club moderno. Mis ojos son inmediatamente atraídos a un grupo

sentado en una cabina, como si fuera la cabina de un rey y ellos son los elegidos.

Hay ciertos tipos de grupos que pueden hacer eso: chicos populares en los asientos de almuerzo, los héroes del fútbol en una fiesta, estrellas de cine en un club. Hay media docena de ángeles pasando el rato en o alrededor de la cabina. Están bromeando y riendo, cada uno con una copa en una mano y una chica de glamour en el otro. La zona está llena de mujeres. Están o frotando sus cuerpos a los hombres para conseguir su atención, o pavoneándose lentamente como si estuvieran en una pasarela, mirando a los hombres con ojos hambrientos.

Estos ángeles son más grandes que los otros en el club —Más altos, más robustos, con un aura de peligro que los otros no tienen. Son del tipo de tigres salvajes que te matarían si te acercas. Me recuerdan a los que vimos saliendo del club, a los que Raffe quería evitar.

Todos llevan las espadas con una elegancia casual. Me imagino que se podrían parecer a los guerreros vikingos, si los vikingos hubiesen estado bien afeitados y modernizados. Su presencia y su actitud me recuerdan a Raffe. Él encaja ahí fácilmente, lo puedo visualizar sentado en la cabina con ese grupo, bebiendo y riendo con la pandilla. Bueno, la parte de reír requiere un poco más de imaginación, pero estoy seguro de que es capaz de hacerlo.

—¿Ves a ese tipo en el traje blanco? —Asiente con la cabeza casi imperceptiblemente hacia el grupo. Es difícil no darse cuenta. El hombre no sólo está vestido con un traje blanco, sus zapatos, el pelo, la piel suave y las alas son blancas. El único color en él son sus ojos. Desde esta distancia, no puedo decir de qué color son, pero estoy dispuesta a apostar que serían sorpresas de cerca, simplemente por el contraste con el resto.

Nunca he visto a un albino antes. Estoy bastante segura de que incluso entre los albinos, su total falta de color es poco común. La piel humana simplemente no viene en ese tono. Menos mal que no es humano.

Se pone de pie apoyándose en el borde de la cabina. Él es el chico que no acaba de encajar nunca. Su risa comienza con un retraso de medio segundo como si estuviera esperando la señal del resto de los chicos. Todas las faldas de las mujeres están en torno a él, con cuidado de no acercarse demasiado. Es el único sin una chica a su alrededor. Las ve caminando cerca, pero no hace ningún intento de acercárseles. Hay algo en la manera en que las mujeres lo evitan que me hace querer evitarlo también.

—Necesito que vayas allí y llames su atención —susurró Raffe. Grandioso. Debería haberlo sabido—. Haz que te siga hacia el baño de hombres.

—¿Estás bromeando? ¿Cómo se supone que voy a hacer eso?

—Eres ingeniosa. —Sus ojos recorren todo mi vestido apretado—. Ya se te ocurrirá algo.

—¿Que sucederá en el baño si lo llevo hasta allí? —Mantengo mi voz tan bajo como puedo. Me imagino que si hablo lo suficientemente fuerte para que los demás me escuchen por encima del rugido del club, Raffe sin duda me lo haría saber.

—Tenemos que convencerlo de que nos ayude. —Suena triste. No suena como si creyera que nuestras posibilidades de convencerlo son estupendas.

—¿Qué pasa si dice que no?

—Se acabó el juego. Abordaremos la misión.

Probablemente lo miro de la misma manera en que lo veía la morena antes de decirle que se marchara. Lo miro el tiempo suficiente para darle una oportunidad de decirme que está bromeando. Pero no hay humor en sus ojos.

Asiento con la cabeza. —Lo llevaré al baño. Tu harás lo que sea necesario para que diga que sí. —Me alejo de la pared y salgo de las sombras, con un objetivo en la mira.

*Traducido por Majo\_Smile ♥*

*Corregido por Melii*

**N**o soy actriz y soy muy mala mentirosa. También estoy muy lejos de ser una mujer seductora. Es difícil practicar el arte de la seducción cuando siempre estás empujando a tu hermana pequeña en su silla de ruedas. Por no hablar de que los pantalones vaqueros y una sudadera holgada diaria no me hacen una mujer seductora.

Mi mente esta revuelta, buscando formas de llamar la atención del albino. Nada viene a la mente.

Tomo el camino más largo alrededor de la habitación, con la esperanza de pensar en algo.

Al otro lado del club, un pequeño séquito de mujeres y guardias se abren camino hacia los guerreros. Siguen la estela de un ángel que tiene casi la belleza de los guerreros, con la normalidad suficiente en su apariencia para no hacerle ver amenazante. Es guapo sin llegar a intimidar. Su cabello es color caramelo, ojos cálidos, con una nariz que es algo grande para su rostro, lo demás es perfecto. Es todo sonrisas y amabilidad, un político nato.

Lleva un traje gris de alrededor de 1920, con zapatos lustrados y un reloj de oro con cadena en el bolsillo del chaleco. Hace una pausa aquí y allá para intercambiar una o dos palabras de saludo. Su voz es tan cálida como sus ojos, tan simpático como su sonrisa. Todo el mundo le sonríe. Todo el mundo, pero las dos mujeres que se encuentran al costado de él están siempre a un paso por detrás. Vestidas de forma idéntica, con vestidos de plata cayendo hasta sus pies, parecen trofeos de platino. Son humanas, pero sus ojos están muertos. La única chispa de vida entra en ellos cuando el Político las mira.

Las llamas de miedo arden en sus ojos antes de extinguirse, como mostrando su temor a invitar algo verdaderamente aterrador. Casi puedo ver el temblor de sus músculos tensos.

Estas mujeres no son sólo le temen. Gritan aterrorizadas en silencio.

Echo otra mirada al sonriente ángel, pero no veo nada aparte de amabilidad y sinceridad. Si no me hubiera notado las reacciones de las mujeres

hacia él, habría pensado que era el mejor material para un amigo. En un mundo donde los instintos son más importantes que nunca, hay algo muy malo en no ser capaz de detectar directamente la persona que él realmente es.

Debido a la corriente circular del club, el Político llegará antes que yo a la cabina de los guerreros.

Él levanta la mirada y nota que estoy observándolo.

Una chispa de interés llega a su rostro y me dedica una sonrisa. No hay amistad en mi sonrisa automática, mis labios se curvan una fracción de segundo antes de que las alarmas en mi cabeza se apaguen.

El Político se ha fijado en mí.

Una imagen de mí vestida como una de las chicas de trofeo parpadea en mi mente. Mi cara de cera y vacía tratando desesperadamente de ocultar el terror.

¿Cuál es el temor de esas mujeres?

Mi paso se tambalea como si mis pies se negaran a acercarse a él.

Un camarero con los guantes y esmoquin blanco se para delante de mí, rompiendo el contacto visual entre mí y el Político. Me ofrece copas de champán burbujeante de su bandeja.

Para improvisar, tomo solo una copa. Me concentro en las burbujas del líquido dorado deslizándose en mi garganta. El camarero se da vuelta y echa una mirada al Político.

Él se apoya en la mesa de los guerreros y habla en voz baja.

Dejo escapar un suspiro de alivio. Nuestro momento ha pasado.

—Gracias —Le digo al camarero con gran alivio.

—De nada, señorita.

Algo familiar en su voz que me hace levantar la mirada al camarero para ver su rostro por primera vez. Hasta ahora, había estado tan distraída por el Político que no había mirado realmente a mi salvador.

Mis ojos se abren de shock ante la pelirroja y pecosa nariz del conocido rostro. Es uno de los gemelos, Dee o Dum.

La mirada que me da es una de profesionalidad en blanco. Sin ningún signo de reconocimiento o de sorpresa.

Vaya, es bueno. Nunca me hubiera imaginado que fueran traidores. Pero ellos mencionaron que eran espías de Obi, ¿Lo serían? Supuse que era broma o exageración, pero tal vez no.

Me da una pequeña reverencia y se aleja. Sigo esperando que se de la vuelta y me dirija una sonrisa maliciosa, pero camina tenso y ofrece bebidas a la gente. ¿Quién hubiera pensado? Casualmente paso detrás de una multitud para esconderme del Político. ¿Sabía Dee-Dum que me estaba rescatando o fue una afortunada coincidencia?

¿Qué está haciendo él aquí? La imagen de la caravana de Obi serpenteando hasta la ciudad vuelve a mí. El camión lleno de explosivos. El plan de Obi para reclutar combatientes de la resistencia, su postura en contra de los ángeles.

Grandioso. Simplemente genial. Si los gemelos están aquí, deben estar preparando un ataque.

¿Cuánto tiempo tengo para llegar hasta Paige y salir de aquí antes de que vuelen todo este Reino?

*Traducido por Majo\_Smile ♥*

*Corregido por Melii*

**D**espués de una breve conversación, el Político deja la cabina de los guerreros. Para mi alivio, atraviesa el club en dirección contraria en vez de venir hacia mí. Parece haberme olvidado mientras hace su camino cruzando el club, deteniéndose aquí y allá para decir saludar.

Todo el mundo lo observa irse. Nadie en la multitud habla por unos instantes. Luego, la conversación comienza tentativamente, como si estuvieran inseguros sobre si debían hablar. Los guerreros en la mesa beben sobriamente y en silencio. Lo que les dijo el Político, no les gustó.

Espero hasta que la conversación se eleva al volumen máximo otra vez antes de volver a acercarme al albino. Ahora que sé que la resistencia está aquí, siento una oleada adicional de urgencia para que todo funcione.

Sin embargo, me mezclo en el río de mujeres. Hay una zona libre de mujeres alrededor del albino. Una vez que pase por allí, será difícil no hacerme notar.

Los ángeles parecen más interesados en socializar entre sí que con las mujeres. A pesar de sus mejores esfuerzos, las mujeres son tratadas como accesorios de moda que van en conjunto con los trajes de los ángeles.

Cuando el albino se gira hacia mi camino, echo un vistazo para descifrar lo que mantiene a las mujeres alejadas. No es su absoluta falta de pigmentación, aunque estoy segura que pondría serlo para algunas personas. Estas mujeres, después de todo, no se dejan intimidar por los hombres con plumas que crecen fuera de sus espaldas, y quién sabe dónde más. ¿Qué hay de peligroso en la falta de pigmentación? Pero son sus ojos. Un vistazo a los mirones y entiendo por qué los seres humanos se mantienen alejados. Son de color rojo sangre. Nunca he visto nada igual. Sus pupilas no son como cualquiera que haya visto.

Son tan grandes que ocupan la mayor parte de sus ojos. Una bola sólida de color carmesí rodeado por un anillo rosado de iris. Sus largas pestañas enmarcan los ojos, como si no se notaran ya bastante.

No puedo dejar de mirar. Aparto mis ojos, avergonzada, y noto a otros humanos mirándolo nerviosamente cada cierto tiempo. Los otros ángeles, a pesar de toda su agresión terrible, parece que se hicieron en el Cielo. Éste, por el contrario, parece que caminó por donde provienen las pesadillas de mi madre.

He pasado ya mi límite justo de estar rodeada de personas cuyo aspecto físico es desconcertante. Paige era una niña muy popular en la comunidad de discapacitados. Su amiga Judith nació con los brazos rechonchos y las manos pequeñas, con malformaciones; Alex se tambaleaba al caminar y tuvieron que retorcerle el rostro dolorosamente para formar palabras coherentes que a menudo dejaban una cantidad vergonzosa de baba; Will era un tetrapléjico que necesitaba una bomba para mantener su respiración.

La gente miraba y trataba a estos niños como los humanos se comportan en torno a este albino. Cada vez que un incidente particularmente malo ha pasado a cualquier miembro de su rebaño, Paige los reunía para una fiesta temática. Una fiesta pirata, una fiesta zombie, pijamada, etc.

Bromeaban y reían y eran fuertes juntos. Paige fue su animadora, consejera, y mejor amiga, todo en uno.

A pesar de su postura y vulnerabilidad sutil, él es sin lugar a dudas un guerrero. Todo en él es imponente, desde sus amplios hombros a su altura excepcional para sus abultados músculos y las alas enormes. Al igual que los ángeles en la tarima. Al igual que Raffé.

Cada miembro de este grupo parece que se hizo para luchar y conquistar. Aumentan esta impresión con cada movimiento seguro, cada frase de mando, cada centímetro de espacio que ocupan. Nunca hubiera notado que el ser albino era un poco incómodo si no estuviera ya en sintonía con este tipo de molestias.

Tan pronto como pase la zona libre de humanos alrededor del albino, él me miro. Me miro fijamente. Lo mire fijamente a los ojos como lo haría cualquier otra persona. Una vez que conseguí superar el shock de ver en un par de ojos extraterrestres, veo la tenue curiosidad. Vacilo un poco mientras sonrío hacia él.

—Qué hermosa pestañas tienes —le digo, arrastrando mis palabras un poco. Trato de no exagerar.

Parpadea en sorpresa con aquellas pestañas de marfil. Me acerco, lo suficiente para derramar mi copa en su immaculado traje blanco.

—¡Oh, Dios mío! ¡Yo no soy así, lo siento! ¡No puedo creer que acabó de hacer eso! —Agarro una servilleta de la mesa y froto la mancha un poco—. Aquí, déjame ayudarte a limpiar.

Me alegro de ver que mis manos no tiemblan. No soy ajeno al ambiente peligroso. Estos ángeles han matado a más seres humanos que en cualquier guerra en la historia. Y aquí estoy, salpicando a uno de ellos con una bebida. No es la táctica más original, pero es lo mejor que puedo hacer en el calor del momento. —Estoy segura de que va a quedar limpio.

Estoy balbuceando como la chica borracha que debo ser. El área alrededor de la cabina ha quedado en silencio y todo el mundo nos mira.

No había planeado eso. Si le incomodaba ser visto a hurtadillas, es probable que odie ser el centro de atención.

Agarra mi muñeca y la aparta de su traje. Su agarre es firme, pero no lo suficiente como para causar dolor. No hay duda de que podía romper mi muñeca en el más mínimo capricho.

—Puedo lidiar con esto. —Hubo un borde de irritación en su voz. La irritación está bien. Eso puedo manejarlo. Decido que debe ser un tipo bueno, si puedes ignorar que él es parte del equipo que trajo el fuego y azufre a la tierra.

Camina suavemente hacia el cuarto de baño, ignorando las miradas de ángeles y humanos por igual. Lo sigo en silencio. Considero mantener la actuación de chica borracha, pero no creo que alguien lo distraiga de ir al baño.

Nadie lo detiene, ni siquiera para saludar. Hago un escaneo rápido de Raffé, pero no lo veo por ninguna parte. Espero que no cuente conmigo para mantener al albino allí hasta que se sienta con ganas de hacer acto de presencia.

Tan pronto como el albino se abre paso en el cuarto de baño, Raffé aparece de las sombras con una señal de mantenimiento desplegable que dice "Temporalmente fuera de servicio." Coloca el señalamiento delante de la puerta del baño y se cuela después del albino.

No estoy segura de lo que debo hacer. Si me quedo aquí y ser una vigía. Si confiara totalmente en Raffé, eso es exactamente lo que haría.

Me abro paso en el baño de los hombres. Paso a tres chicos que salen corriendo. Uno de ellos se apresuró a cerrar la cremallera de sus pantalones.

Son humanos y, probablemente, no se preguntan por qué un ángel les está expulsando del cuarto de baño.

Raffe está en la puerta, mirando al albino que devuelve la mirada a través del espejo sobre el lavabo. El albino se ve prudente y cauteloso.

—Hola, Josiah —dice Raffe. Los ojos sangrientos de Josiah se entrecierran, mirando fijamente a Raffe.

Entonces, los ojos se abren en shock y reconocimiento.

Gira para hacerle frente a Raffe. Lucha entre la incredulidad y la confusión, la alegría y la alarma. No tenía idea de que una persona pudiera sentir todas esas cosas al mismo tiempo, y mucho menos mostrarlas en su rostro.

Regresa a su expresión fría y en control. Parece que necesita un poco de esfuerzo.

—¿Te conozco? —Pide Josiah.

—Soy yo, Josiah —dice Raffe, dando un paso más cerca de él.

Josiah se aleja a lo largo del mostrador de mármol. —No. —Sacude la cabeza, los ojos grandes de color rojo y llenos de reconocimiento—. No creo que te conozca.

Raffe lo mira perplejo. —¿Qué está pasando, Josiah? Sé que ha pasado mucho tiempo.

—¿Mucho tiempo? —Josiah inhala con una risa incómoda, sigue avanzando lentamente hacia atrás mientras Raffe lo mira fijamente—. Sí, se podría decir eso. —Estira sus labios en una sonrisa forzada, blanco sobre blanco—. Un tiempo, eso es gracioso. Sí.

Raffe lo mira fijamente, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—Mira —dice Josiah—. Me tengo que ir. No... No me sigan, ¿vale? Por favor. Por favor. No me puedo permitir ser visto con... extraños. —Toma una respiración inestable y da un paso determinado hacia la puerta.

Raffe lo detiene con una palma sobre su pecho. —No hemos sido extraños desde que te saqué de los barracones de los esclavos y te entrene como un soldado.

El albino se encoge por el contacto de Raffe. Es como si lo hubieran quemado.

—Esa fue otra vida, otro mundo. —Toma una respiración entrecortada. Baja la voz a un susurro apenas audible—. No deberías estar aquí. Es muy peligroso para ti ahora.

—¿En serio? —Raffe suena aburrido.

Josiah se da la vuelta y pasa hacia el mostrador. —Muchas cosas han cambiado. Las cosas se han complicado. —Aunque su voz está perdiendo su firmeza, no puedo dejar de notar que Josiah camina tan lejos de Raffe como le es posible.

—¿Tan complicado que mis propios hombres se han olvidado de mí?

Josiah entra en una cabina y limpia el inodoro. —Oh, nadie te ha olvidado. —Apenas pude escuchar sus palabras sobre el agua rugiente, así que estoy bastante segura de que nadie fuera del baño puede oír nada—. Todo lo contrario. Te has convertido en la comidilla del nido. —Entra en otro puesto y lo vacía—. Hay prácticamente una campaña anti-Rafael.

¿Rafael? ¿Quiere decir Raffe?

—¿Por qué? ¿Quién se molesta?

El albino se encoge de hombros. —Sólo soy un soldado. Las maquinaciones de los arcángeles están más allá de mí. Pero si me viera obligado a adivinar... ahora que Gabriel ha sido derribado...

—Hay un vacío de poder. ¿Quién es el Mensajero ahora?

Josiah vacía otro inodoro. —Nadie. Hay un enfrentamiento. Todos estaríamos de acuerdo con Miguel, pero él no lo quiere. Le gusta ser el general y no va a renunciar a los militares. Uriel, por el contrario, lo ansia tan gravemente que prácticamente nos despluma con sus propias manos para conseguir el apoyo que necesita para tener a la mayoría a su lado.

—Eso explica la fiesta sin límites y las mujeres. Ese es un camino peligroso el cual caminas.

—Mientras tanto, ninguno de nosotros sabe lo que en nombre de Dios ocurrirá, o por qué diablos estamos aquí. Como de costumbre, Gabriel no nos dijo nada. Sabes cómo le gustaba ser dramático. Eso es todo lo que sabemos, e incluso si tuviéramos suerte en sacarle algo, cualquier cosa de él tiene un sentido críptico.

Raffe asiente con la cabeza. —¿Así que Uri trata de conseguir el apoyo que necesita?

El albino vacía otro baño. Y aún con el sonido atronador del agua, sólo apunta a Raffé y con la boca dice la palabra. —Tu.

Raffé arquea una ceja.

—Claro —dice Josiah—. Hay quienes no les gusta la idea de que Uriel se convierta en el Mensajero porque tiene un vínculo muy estrecho con el infierno. Él sigue diciéndonos que visitar el Hoyo es parte de su trabajo, ¿pero quién sabe lo que pasa ahí abajo? ¿Tú sabes lo que quiero decir?

Josiah pasa de nuevo a la primera cabina para llenar el baño con otra descarga estruendosa. —Pero el problema más grande para Uriel son tus hombres. Son testarudos, obstinados, todos ellos. Están cabreados por tu abandono, te harán pedazos ellos mismos, pero no vamos a dejar que él lo logre. Están diciendo que todos los arcángeles sobrevivientes deben luchar por ser el Mensajero, incluyéndote a ti. Uriel no ha logrado ganárselos. Sin embargo.

—¿Ellos?

Josiah cierra sus ojos rojos de sangre. —Tú sabes que no estoy en condiciones de adoptar una postura, Rafael. Nunca lo he estado. Nunca lo estaré. Tendré suerte si no estoy lavando los platos para el final. Estoy apenas manteniéndome como parte del grupo tal como es. —Escupe esto con frustración.

—¿Qué están diciendo de mí?

La voz de Josiah se vuelve suave, como si estuviera reacio a ser el portador de tan malas noticias. —Que ningún ángel podría soportar estar solo por tanto tiempo. Que si no has regresado a nosotros por ahora, sólo puede significar que estás muerto. O que te has unido a la otra parte.

—¿Que he caído? —pregunta Raffé. Un músculo aparece en su mandíbula cuando sus dientes rechinan.

—Hay rumores de que has cometido el mismo pecado que los Vigilantes. Que no has regresado porque no te permiten volver. Que vives en la humillación y la tortura eterna, que inventaste la historia sobre los Vigilantes y su dolor porque cazaran a sus propios hijos. Que todos los Nephilim que corren alrededor de la tierra es una prueba de que tu ni siquiera intentaste resistirte.

—¿Qué Nephilim?

—¿En serio? —Josiah mira Raffé como si estuviera mirando a un loco—. Están por todas partes. Los seres humanos están aterrorizados de salir de noche. Cada uno de los sirvientes tiene historias sobre cuerpos consumidos o de grupos de atacados por los Nephilim.

Raffe parpadea, tomando un momento para asimilar lo que Josiah dice. —Esos no son los Nephilim. No se parece en nada a un Nefilim.

—Suenan como los Nephilim. Comen como los Nephilim. Aterrorizan como los Nephilim. Tú y los Vigilantes son los únicos vivos que saben a lo que se supone que parecen. Y tú no eres exactamente un testigo creíble.

—He visto estas cosas y no son Nephilim.

—Sean lo que sean, te lo juro que va a ser más fácil para ti cazarlos a todos que para convencer a tu gente que no lo son. Porque, ¿qué otra cosa podría ser?

Raffe echa una mirada hacia mí. Mira el piso pulido mientras responde.

—No tengo ni idea. Nosotros hemos estado llamándolos demonios bajos.

—¿Nosotros? —Josiah me mira mientras trato de ser invisible y salir por la puerta—. ¿Tú y la hija del Hombre? —Su tono es parte de acusación, y parte de decepción.

—No es así. Jesús, Josiah. Vamos. Tú sabes que sería el último en Caer, no después de lo sucedido a mis Vigilantes, por no hablar de sus esposas. —Raffe da patadas en el piso de mármol por la frustración—. Además, este es el último lugar para lanzar esa acusación.

—Nadie ha cruzado la línea hasta donde yo sé —dice Josiah—. Algunos de los chicos lo afirman, pero son las mismas personas que dicen que mataron a dragones en aquellos días, con sus alas y las manos atadas sólo para que ser justos.

El albino vacía de nuevo en la cabina siguiente. —Tú, en cambio, tendrá que convencer a la gente de... ya sabes. —Mira hacia a mí—. Hay que contrarrestar la propaganda en tu contra antes de intentar que regreses. De lo contrario, podrías enfrentarte a un linchamiento. Así que te sugiero salir por la salida más cercana.

—No puedo. Necesito un cirujano.

Josiah levanta sus cejas blancas por la sorpresa. —¿Para qué?

Raffe mira fijamente los ojos rojo sangre de Josiah. No quiere decirlo. Vamos, Raffe. No tenemos tiempo para ponerte delicado. Hace frío, alguien podría entrar por esa puerta de un momento a otro, y ni siquiera hemos preguntado por Paige todavía. Estoy a punto de abrir la boca para decir algo cuando Raffe habla.

—Mis alas han sido cortadas.

Ahora, le toca a Josiah para mirar a Raffé. —Cortadas, ¿cómo?

—Cortadas.

Los ojos rojos del albino se abren en shock y horror. Es extraño ver como una par de ojos de aspecto maligno se llenan de pena. No hubiera tenido una expresión más simpática si le hubieran dicho que él fue castrado. Josiah abre la boca para decir algo, luego la cierra como si hubiera estado a punto de decir algo estúpido. Mira la chaqueta de Raffé con sus alas asomándose, luego otra vez a la cara.

—Necesito a alguien que las pueda coser de nuevo. Alguien lo suficientemente bueno para hacerlas funcionar.

Josiah se da la vuelta alejándose de Raffé y se inclina contra un lavabo. —No puedo ayudarte. —Hay duda en su voz.

—Todo lo que tienes que hacer es preguntar por ahí, buscar a alguien.

—Rafael, sólo el médico de cabecera puede hacer cirugía aquí.

—Muy bien. Eso hace que tu tarea muy sencilla.

—El médico de cabecera es Laylah.

Raffé mira a Josiah, como si tuviera la esperanza de no haberlo escuchado correctamente. —¿Ella es la única que lo puede hacer? —No hay temor en su voz.

—Sí. —Raffé pasa la mano por el pelo, que parece querer arrancar.

—¿Todavía estás...?

—Sí —dice Josiah, con tristeza, casi avergonzado.

—¿Puedes hablar con ella?

—Sabes que no puedo darme el lujo de arriesgarme. —El albino camina, obviamente, agitado.

—No te lo pediría si tuviera otra opción.

—Tienes otra opción. Ellos tienen médicos.

—Eso no es una opción, Josiah. ¿Lo harás?

Josiah suspira profundamente, obviamente lamentando lo que está a punto de decir. —Veré qué puedo hacer. Escóndete en una habitación. Te voy a encontrar en un par de horas.

Raffe asiente con la cabeza. Josiah se vuelve a ir. Abro la boca para decir algo, preocupada de que Raffe se haya olvidado de mi hermana.

—Josiah —dice Raffe antes de que pueda llegar a preguntar—. ¿Qué sabes sobre los niños humanos que están tomando?

Josiah se detiene delante de nosotros en la puerta. Su perfil está muy tranquilo. Demasiado tranquilo. —¿Qué niños?

—Creo que sabes qué niños. No es necesario decirme lo que está pasando. Sólo quiero saber dónde están siendo guardados.

—No sé nada sobre eso. —Todavía no nos ha mirado. Está congelado de perfil, hablándole a la puerta.

El jazz fuera de la puerta se desliza dentro. El murmullo de las interrupciones de la fiesta entra, así como la conversación de un par de hombres acercándose al baño, y luego pasan de largo. La señal de mantenimiento está funcionando para mantener lejos a la gente.

—Está bien —dice Raffe—. Te veré en un par de horas. —Josiah empuja hacia la puerta como si no pudiera salir lo suficientemente rápido.

*Traducido por Nortia  
Corregido por Vericity*

La cabeza me da vueltas con lo que acabo de escuchar. Ni siquiera los ángeles saben por qué están aquí. ¿Significa esto que hay posibilidad de convencerles de que deben marcharse? ¿Podría Raffae ser la clave para provocar una guerra civil entre ángeles? Mi mente trata de dar sentido a las políticas de los ángeles y las oportunidades que esto puede presentar.

Pero controlo mis pensamientos. Porque nada de eso me ayudará a encontrar a Paige.

—Pasaste todo este tiempo hablando con él, ¿Y sólo haces una pregunta sobre mi hermana? —Le miro fijamente—. Él sabe algo.

—Sólo lo suficiente para ser cauteloso.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera le has presionado por información.

—Le conozco. Algo le asustó. Es todo lo lejos que irá por ahora. Si le presiono, ni siquiera dirá algo.

—¿No crees que esté involucrado?

—¿En un secuestro infantil? No es su estilo. No te preocupes. Es casi imposible mantener un secreto entre ángeles. Vamos a encontrar a alguien dispuesto a hablar.

Se dirige hacia la puerta.

—¿Eres realmente un arcángel? —susurro.

Él me da una sonrisa arrogante.

—¿Impresionada?

—No —miento—. Pero tengo un par de quejas que me gustaría presentar sobre tu persona.

—Habla con la gerencia intermedia.

Le sigo hasta la puerta, fulminándole con una mirada mortal.



Tan pronto como salimos por las puertas dobles del club, nos liberamos del sofocante calor y del ruido. Nos dirigimos del vestíbulo de mármol hacia una fila de ascensores. Tomamos el camino más largo a través de la sala, permaneciendo cerca de las paredes donde las sombras son más densas.

Raffe hace una parada rápida en el mostrador de facturación donde un dependiente rubio en traje está tras el mostrador. Está de pie como un robot, como si su mente estuviera en otra parte hasta que llegamos cerca de él. Tan pronto como estamos en el rango de sonrisa<sup>6</sup>, su cara se anima en una máscara cortés y profesional.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor? —De cerca, su sonrisa parece un poco rígida. Sus ojos, aunque respetuosos cuando mira a Raffe, se vuelven fríos cuando me miran a mí. Bien por él. No le gusta trabajar para los ángeles, y los humanos coqueteando con ellos le gustan aún menos.

—Dame una habitación —El aura de arrogancia de Raffe aumentó durante el camino. Se erige en toda su altura y no se molesta en hacer algo más que mirar al hombre mientras habla. Ya sea porque quiere al secretario lo suficientemente intimidado como para hacer preguntas, o porque todos los ángeles se comportan así con los humanos y no quiere ser recordado por ser diferente. Supongo que ambas cosas.

—Las plantas superiores están todas tomadas, señor. ¿Algo más bajo estará bien?

Raffe suspira como si esto fuera una imposición.

— Bien.

El secretario mira en mi camino, después garabatea algo en su anticuado libro de contabilidad. El secretario entrega a Raffe una llave y dice que estamos en la habitación 1712. Quiero pedir una más para mí, pero me lo pienso mejor. Basándome en las mujeres que tratan de encontrar acompañantes en el edificio, tengo la sospecha de que los únicos humanos que pueden moverse aquí son solamente los sirvientes.

---

<sup>6</sup> Con "rango de sonrisa" la protagonista se refiere a que está lo suficientemente cerca como para que lo educado por parte del dependiente fuera sonreírle.

El empleado se gira hacia mí y dice: —Siéntase libre de coger el ascensor, señorita. El poder es de confianza aquí. La única razón por la que usamos llaves en lugar de tarjetas electrónicas es porque los maestros lo prefieren.

¿Realmente ha llamado a los ángeles maestros? Mis dedos se congelan ante este pensamiento. A pesar de mi determinación para restacar a Paige y salir corriendo de aquí, no puedo dejar de preguntarme si hay algo que pueda hacer para ayudar a hundir a esos bastardos.

Es cierto que su control de lo que fue una vez nuestro mundo pone dudas en mi cabeza. Pueden encender luces y ascensores y asegurar un suministro estable de comida gourmet. Supongo que podría ser magia. Parece ser una explicación tan buena como cualquier otra en estos días. Pero no estoy dispuesta a deshacerme de siglos de progreso científico para comenzar a pensar como un campesino medieval.

Me pregunto si, dentro de una generación, la gente asumirá que todo en este edificio funciona con magia. Aprieto mis dientes ante este pensamiento. Esto es a lo que los ángeles nos han reducido.

Tomo un buen vistazo del perfecto perfil de Raffe. Ningún humano puede lucir tan bien. Sólo un recordatorio más de que él no es uno de nosotros.

Recojo un vistazo de la cara del secretario mientras miro hacia otro lado. Sus ojos se templan sólo lo suficiente para dejarme saber que aprueba la mirada sombría en mi rostro cuando miro a Raffe. Suavizando su cara de vuelta a profesional y educado, le dice a Raffe que lo llame en el caso de que necesite algo.

La pequeña sala del ascensor lleva a una gran área abierta. Echo un rápido vistazo y después pulso el botón del ascensor. Sobre mí hay hileras e hileras de balcones que van todo el camino hasta un techo abovedado de cristal.

Los ángeles circulan por encima, volando en viajes cortos de piso a piso. Un anillo exterior de ángeles gira hacia arriba, y un anillo interior de ángeles gira hacia abajo.

Supongo que hacen esto con el fin de evitar colisiones, de la misma forma con que nuestros agentes de tráfico parecen organizados. Pero a pesar de sus orígenes prácticos, el efecto es una impresionante variedad de cuerpos celestes en una coreografía aérea de ballet. Si Miguel Ángel hubiera visto esto de día con la luz del sol entrando a raudales por la cúpula de cristal, hubiera caído de rodillas y pintado hasta que se quedara ciego.

Las puertas del ascensor se abren con un *ding*, y aparto mis ojos de la magnificencia por encima de mí.

Raffe está a mí lado mirando a sus compañeros volar. Antes de que cierre sus ojos, capto algo que podría haber sido desesperación.

O anhelo. Me niego a sentirme mal por él. Me niego a sentir por él algo que no sea ira y odio por las cosas que su pueblo le ha hecho al mío.

Pero el odio no viene.

En su lugar, la simpatía se desliza dentro de mí. Tan diferentes como somos, en muchos aspectos somos almas gemelas. Sólo somos dos personas tratando de recuperar nuestras vidas.

Pero entonces, recuerdo que él no es, de hecho, una persona en absoluto.

Me subo al ascensor. Tiene un espejo, paneles de madera y la alfombra roja que esperarías de un ascensor de un hotel caro. Las puertas comienzan a cerrarse con Raffe aún estando fuera. Pongo una mano para mantener las puertas abiertas.

—¿Qué pasa?

Él mira alrededor con timidez.

—Los ángeles no van en ascensores.

Por supuesto, vuelan a sus plantas. Juguetonamente cojo sus muñecas y le giro en un círculo como si fuéramos borrachos, riendo por el beneficio de que cualquiera que puede estar mirando. Entonces nos meto a ambos en el ascensor.

Presiono el botón de la planta diecisiete. Mi estómago tiembla con el ascensor al pensamiento de tener que escapar de un lugar tan elevado. Raffe no se ve tan cómodo tampoco. Supongo que un ascensor debe parecer un ataúd de acero para alguien que suele volar a cielo abierto.

Cuando la puerta se abre, él sale rápidamente. Aparentemente, la necesidad de salir de una máquina que parece un ataúd tiene prioridad sobre la cuestión de ser visto saliendo de un ascensor.

La habitación del hotel resulta ser una completa suite con un dormitorio, una sala de estar y un bar. Es todo de mármol y cuero suave, alfombras de felpa y ventanales. Hace dos meses, la visión habría sido impresionante. San Francisco en su máxima expresión.

Ahora me dan ganas de llorar por la visión panorámica de la destrucción carbonizada.

Me acerco a la ventana como un sonámbulo. Me apoyo en ella con la frente y las palmas de las manos en el frío cristal de la forma en que podría haber hecho con la lápida de mi padre.

Los cerros carbonizados están esparcidos con edificios inclinados como dientes rotos en una mandíbula quemada. Haight-Ashbury, la Mission, North Beach, South of Market, Golden Gate Park, todo se ha ido. Algo se rompe dentro de mí como cristal siendo pisoteado.

Aquí y allá, columnas de humo negro llegan hasta el cielo como dedos oscuros de un hombre ahogado alcanzando algo por última vez.

Sin embargo, hay áreas que no parecen completamente quemadas, áreas que podrían albergar pequeñas comunidades de vecinos. San Francisco es conocida por sus barrios. ¿Podrían algunos de ellos haber sobrevivido a la embestida de asteroides, incendios, invasores y enfermedades?

Raffe cierra las cortinas delante de mí.

—No sé por qué dejaron las cortinas abiertas.

Yo sé por qué. Los camareros son humanos. Quieren estropear la sensación de civilización. Quieren asegurarse de que nadie olvide lo que los ángeles hicieron. Yo hubiera dejado las cortinas abiertas también.

Para cuando me aparto de la ventana, Raffe está colgando el teléfono. Sus hombros ceden y el cansancio parece finalmente cogerte.

—¿Por qué no te tomas una ducha? Acabo de pedir algo de comida.

—¿Servicio de habitaciones? ¿Es este sitio? Ahora es un infierno en la tierra, ¿Y ustedes piden comidas por el servicio de habitaciones?

—¿Lo quieres, o no?

Me encojo de hombros.

—Bueno, vale. —Ni siquiera estoy avergonzada por mi doble moral. ¿Quién sabe cuando volveré a tomar comida normal?—. ¿Y sobre mi hermana?

—A su debido tiempo.

—No tengo tiempo, y ella tampoco.

Ni tú tampoco. ¿Cuánto tiempo nos queda antes de que los luchadores por la libertad golpeen el nido?

Por mucho que quiera que la resistencia golpee a los ángeles tan duro como sea posible, el pensamiento de Raffae siendo capturado en el ataque revuelve mi estómago. Estoy tentada a decirle de los luchadores por la libertad estando aquí, pero aplasto esta idea tan pronto como viene. Dudo que pudiera mantenerse al margen y no avisar a su gente tanto como yo podría si supiera que los ángeles iban a atacar al campamento de la resistencia.

—Vale, señorita corta-de-tiempo, ¿Dónde te gustaría mirar primero? ¿Deberíamos empezar por el octavo piso o por el veintiuno? ¿Qué te parece el techo, o el garaje? Tal vez podrías sólo preguntarle al recepcionista de recepción donde podrían estar guardándola. Hay otros edificios intactos en este distrito. Tal vez deberíamos empezar por uno de ellos. ¿Qué piensas?

Estoy horrorizada al ver que mi determinación se está deshaciendo en lágrimas. Mantengo mis ojos bien abiertos para no caer. No voy a llorar delante de Raffae.

Su voz pierde su filo y se vuelve gentil.

—Tomará tiempo encontrarla, Penryn. Ser limpios nos impedirá ser notados, y estar alimentados nos mantendrá fuertes para buscarla. Si no te gusta, la puerta está ahí. Tomaré mi ducha y comeré mientras tú buscas. —Se dirige al cuarto de baño. Suspiro.

—Bien. —Clavo mis talones a lo largo de la alfombra y paso a su lado hacia el baño—. Yo me ducharé primero. —Tengo la buena gracia de no cerrar de golpe la puerta del baño.

El baño es una afirmación silenciosa de lujo en piedra fósil y bronce. Juro que es más grande que nuestro apartamento. Estoy bajo la ducha caliente y dejo que la suciedad se vaya. Nunca pensé que una ducha de agua caliente y un lavado de pelo pudiese ser tan lujoso.

Durante largos minutos bajo el agua de la ducha, casi puedo olvidar cuánto ha cambiado el mundo y pretender que me ha tocado la lotería y estoy pasando la noche en un ático en la ciudad. El pensamiento no me trae tanta comodidad como recordar la vida en nuestra pequeña casa en los suburbios, antes de que nos mudáramos al apartamento, antes de que Paige perdiera sus piernas, y papá aún cuidaba de nosotras.

Me envuelvo en una toalla de felpa que parece más una manta. A falta de algo mejor, me deslizo de nuevo en el vestido ceñido, pero decido que las medias y los tacones pueden esperar hasta que los necesite.

Cuando salgo a la habitación, una bandeja de comida está en la mesa. Voy hacia ella y levanto la tapa de la bandeja. Costillas sin hueso cubiertas de salsa, crema de espinacas, puré de patatas y un trozo de tarta de chocolate alemán. El olor casi me desmaya de placer. Me pongo a comer y me siento mientras mastico. El contenido de grasa de esta carne debe estar fuera de este mundo. En los viejos tiempos, hubiera tratado de mantenerme alejada de estos platos, excepto tal vez del pastel de chocolate, pero en la tierra de los alimentos para gatos y fideos secos, esta comida es para morir. Es la mejor comida que recuerdo haber tenido jamás.

—Por favor, no me esperes —dice Raffe mientras observa mi cara. Agarra un pedazo de tarta de camino al baño.

—No te preocupes —murmuro con la boca llena, a su espalda.

Para cuando vuelve a salir, he terminado con toda mi comida y estoy pasando un mal rato tratando de no robar algo de la suya. Aparto mis ojos de la comida para mirarlo.

Una vez que lo miro, olvido todo sobre comer.

Está de pie en la puerta del baño, con el vapor lánguidamente alrededor suyo, vestido solamente con una toalla alrededor de sus caderas. Las gotas de agua están sobre él como diamantes en un sueño. El efecto combinado de la luz suave detrás de él desde el baño y el vapor de agua encrespándose alrededor de sus músculos le dan la impresión de dios mitológico del agua visitando nuestro mundo.

—Puedes cogerlo todo, ¿sabes? —dice.

Parpadeo varias veces, tratando de captar lo que está diciendo.

—Pensé que podríamos duplicar nuestras comidas mientras podamos.

Se oye un golpe en la puerta

—Ahora ahí está mi orden. —Se dirige hacia la sala de estar.

Está hablando de ambos platos delante de mí siendo míos. Bien. Por supuesto, él querría su cena caliente. No hay razón para dejarla ahí enfriándose mientras se duchaba, así que ha debido pedir la mía, luego la suya, sólo después de bañarse. Por supuesto.

Vuelvo mi atención a la comida, tratando de recordar cuánto la codiciaba hace sólo un momento. La comida. Cierto, la comida. Me zampo un pedazo gigante de la costilla de carne. La cremosa salsa es un sensual recuerdo de raros lujos.

Camino a la sala de estar y hablo con la boca llena.

— Eres un genio por pedir esta cantidad...

El albino, Josiah, entra en la sala de estar con la mujer más hermosa que he visto nunca. Por fin llego a ver a un ángel femenino de cerca. Sus rasgos son tan finos y delicados que es imposible no mirar fijamente. Se ve como si fuera el molde de Venus, diosa del amor. Su pelo hasta la cintura brilla en la luz mientras ella se mueve, coincidiendo con el dorado plumaje de sus alas.

Sus ojos azul ancianos serían el perfecto reflejo de la inocencia y todo lo que es bueno, excepto que hay algo sibilino tras ellos. Algo que insinúa que ella debería ser la niña prodigio en la carrera de un maestro.

Esos ojos que me evalúan desde mi pelo húmedo y pegajoso hasta la punta de los dedos de mis pies descalzos.

Me hago plenamente consciente de que estaba demasiado entusiasmada cuando me zampaba el pedazo de carne en mi boca. Mis mejillas se abultan y apenas puedo mantener los labios cerrados mientras mastico tan rápido como puedo. La costilla de carne no es algo que pueda tragar en un bulto. No me había molestado en cepillar mi pelo, o incluso en secarlo antes de sumergirme en mi festín después de la ducha, por lo que cuelga flácido sobre mi vestido rojo. Sus ojos lo ven todo y me juzgan.

Raffe me mira y se frota un dedo en su mejilla. Froto mi mano contra mi mejilla. Con salsa de carne. Genial.

La mujer desvía su mirada a Raffe. He sido olvidada. Le da una larga y evaluadora mirada, bebiendo de su casi desnudez, sus hombros musculosos, su pelo mojado. Sus ojos se deslizan hacia mí en una rápida acusación.

Ella da un paso hacia Raffe y pasa sus dedos por su pecho reluciente.

—Así que, realmente eres tú. —Su voz es tan suave como un batido de helado. Un batido con cristal molido dentro—. ¿Dónde has estado todo este tiempo, Raffe? ¿Y qué has hecho para merecer que te corten las alas?

—¿Puedes volver a coserlas, Laylah? —pregunta Raffe, rígido.

—Directo al grano —dice Laylah, paseando al ventanal—. Puedo hacer sitio para ti en mi apretada agenda en el último minuto, ¿y ni siquiera me puedes preguntar cómo estoy?

—No tengo tiempo para juegos. ¿Puedes hacerlo o no?

—En teoría, se puede hacer. Suponiendo que todas las estrellas se alineen, por supuesto. Y hay un montón de estrellas que tienen que alinearse para que funcione. Pero la pregunta real es, ¿por qué debería?

Echa hacia atrás las cortinas, chocándome de nuevo con la visión panorámica de la ciudad destruida

—Después de tanto tiempo, ¿Hay alguna posibilidad de que no hayas sido atraído hacia el otro lado? ¿Por qué debería ayudar a los Caídos?

Raffe camina hacia el mostrador donde se encuentra su espada. Desliza la hoja fuera de la vaina, arreglándose para no hacer un gesto amenazante, toda una hazaña teniendo en cuenta la nitidez del doble filo. Lo lanza en el aire y lo coge por el mango. Mete la hoja de la espada en su vaina mientras mira a Laylah expectante.

Josiah asiente con la cabeza.

—Está bien. Su espada no le ha rechazado.

—No quiere decir que no lo hará —dice Laylah—. A veces se aferran a la lealtad más de lo que deberían. No significa que...

—Significa todo lo que tiene que significar —dice Raffe.

—No estamos hechos para estar solos —dice Laylah—. No más que los lobos están hechos para ser solitarios. Ningún ángel puede soportar la soledad por mucho tiempo, ni siquiera tú.

—Mi espada no me ha rechazado. Fin de la discusión.

Josiah se aclara la garganta.

—¿Y las alas?

Laylah mira a Raffe.

—No tengo recuerdos amables de ti, Raffe, en caso de que lo hayas olvidado. Después de todo este tiempo, te presentas en mi vida otra vez sin previo aviso. Haciendo demandas. Insultándome haciendo alarde de tu juguete humano en mi presencia. ¿Por qué debería hacer esto para ti en lugar de sonar la alarma y dejar a todos saber que has tenido el descaro de volver?

—Laylah —dice Josiah nerviosamente—. Sabrían que he sido yo quien le ayudó.

—Te mantendría fuera de esto, Josiah —dice Laylah—. ¿Y bien, Raffe? ¿No hay argumentos? ¿No hay motivos? ¿Ningún cumplido?

—¿Qué quieres? —dice Raffé—. Dime tu precio.

Estoy tan acostumbrada a verle hacerse cargo de la situación, tan acostumbrada a su orgullo y control que es difícil para mí verle así. Tenso, y bajo el poder de alguien que se comporta como una amante despreciada. ¿Quién dice que los seres celestiales no pueden ser mezquinos?

Sus ojos se deslizan hacia mí como si quisiera decir que su precio es que me maten. Luego mira otra vez a Raffé, sopesando sus opciones.

Alguien llama a la puerta.

Los ojos de Laylah se agrandan con alarma. Josiah se ve como si acabara de ser condenado al infierno.

—Es sólo mi cena —dice Raffé. Abre la puerta antes de que nadie pueda escabullirse.

En la puerta se encuentra Dee-Dum, con un aspecto profesional y distante a pesar de que no puede evitar vernos a todos nosotros en un vistazo. Todavía tiene su traje de mayordomo, con los faldones y guantes blancos. Junto a él está un carro que lleva una bandeja de plata y una vajilla de plata extendida sobre una servilleta doblada. La sala se llena una vez más con los aromas de carne caliente y verduras frescas.

—¿Dónde le gustaría esto, señor? —pregunta Dee-Dum. No muestra ningún signo de reconocimiento, ningún juicio acerca de la casi desnudez de Raffé.

—Yo lo cogeré. —Raffé toma la bandeja. Él tampoco muestra signos de reconocimiento. Tal vez nunca notó a los gemelos en el campamento. No hay duda de que los gemelos notaron a Raffé.

Mientras la puerta se cierra, Dee-Dum se inclina pero sus ojos nunca dejan de seguir la escena dentro de la habitación. Estoy segura de que tiene todos los detalles, cada rostro memorizado.

Raffé nunca le da la espalda para mostrar sus cicatrices, por lo que Dee-Dum todavía podría pensar que es humano. Aunque me pregunto si vio a Raffé en el club con sus alas mostradas a través de las aberturas de su chaqueta. De cualquier manera, la gente de Obi no puede estar feliz de que dos “invitados” escapados de su campamento acabaran en compañía de ángeles en el nido. Me pregunto si Raffé tirara de la puerta ahora mismo, ¿encontraría a Dee-Dum con su oído en la puerta?

Laylah se relaja un poco y se sienta en una silla de cuero, como una reina en su trono.

—Apareces sin invitación, comes nuestra comida, te sientes como en casa en nuestro hogar como una rata, ¿y tienes el descaro de pedir ayuda?

Quiero decirle que se calle. Volver a tener sus alas es tan importante para Raffé como rescatar a Paige lo es para mí. Pero ver su sala de estar en frente de la vista panorámica de la ciudad carbonizada es demasiado para mí.

—No es tu comida, y no es tu hogar —Prácticamente escupo las palabras.

—Penryn —dice Raffé en un tono de advertencia mientras pone la bandeja en la barra.

—Y no insultes a nuestras ratas. —Mis manos están lo suficientemente prietas como para dejar marcas en mis manos—. Tienen el derecho de estar aquí. A diferencia de ti.

La tensión es tan espesa que me pregunto si me voy a asfixiar. Puede que haya arruinado la oportunidad de Raffé de tener sus alas de vuelta. Ella luce como si estuviera dispuesta a partirme por la mitad.

—De acuerdo —dice Josiah con voz suave—. Vamos a tomarnos un descanso y concentrémonos en lo que es importante. —De todos ellos es el que luce más malvado, con sus ojos rojo sangre y su antinatural blanco en todo lo demás. Pero las apariencias no lo son todo—. Raffé necesita sus alas otra vez. Ahora todo lo que necesitamos hacer es averiguar qué puede sacar de esto la hermosa Laylah y todos seremos felices. Es todo lo que importa, ¿verdad?

Él mira hacia todos nosotros. Quiero decir que yo no seré feliz, pero ya he dicho suficiente.

—Genial, así que Laylah —dice Josiah—. ¿Qué podemos hacer para hacerte feliz?

Laylah pestañea tímidamente por encima de sus ojos.

—Pensaré en algo. —No tengo ninguna duda de que ella conoce su precio. ¿Por qué ser tímida al respecto?—. Vengan a mi laboratorio en una hora. Me tomará ese tiempo prepararme. Necesitaré las alas ahora.

Raffé vacila como un hombre a punto de firmar un pacto con el diablo. Luego vuelve a entrar en la habitación, dejándome siendo mirada por Laylah y Josiah.

Al diablo con él. Sigo a Raffé. Lo encuentro en el baño, envolviendo sus alas en toallas.

—No confío en ella —digo.

—Pueden oírte.

—Me da igual. —Me apoyo en el pomo de la puerta.

—¿Tienes una idea mejor?

—¿Y si ella roba tus alas?

—Entonces me preocuparé por eso después. —Pone un ala a un lado y comienza a envolver la otra en una toalla que es prácticamente del tamaño de una hoja.

—No vas a tener ninguna influencia después.

—No tengo ninguna influencia ahora.

—Tienes tus alas.

—¿Qué debería hacer con ellas, Penryn? ¿Colgarlas en la pared? Son inútiles para mí a menos que pueda conseguir que me las cosa de nuevo. — Raffe frota sus manos sobre los dos pliegues de las alas. Cierra los ojos.

Me siento como una idiota. Sin duda, esto es bastante difícil sin mí reforzando sus dudas.

Él se desliza alrededor de mí a través de la puerta. Me quedo en el cuarto de baño hasta que escucho cerrarse la puerta delantera tras la pareja de ángeles.

**M**e quedo mirando las oscuras ventanas con vista a la ciudad quemada. —Cuéntame acerca del Mensajero. —Esta es la primera oportunidad que tengo para intentar darle sentido a la conversación previa con Josiah.

—Dios manda a Gabriel. Él es el Mensajero. Luego Gabriel le dice al resto de nosotros lo que Dios quiere. —Raffe toma una cucharada repleta de su puré de patatas recalentado—. Esa es la teoría, de todos modos.

—¿Y Dios no habla con cualquiera de los otros ángeles?

—Ciertamente, no conmigo. —Raffe corta en rebanadas su filete medio cocido—. Pero, de nuevo, no he sido muy popular últimamente.

—¿Él ha hablado contigo alguna vez?

—No. Y dudo que lo haga.

—Pero por lo que dijo Josiah, sonaba como que podrías ser el próximo mensajero.

—Sí, ¿No sería eso la mayor broma? No es imposible, sin embargo. Estoy técnicamente fuera del grupo de sucesión.

—¿Por qué sería una broma?

—Porque... Srta. Entrometida, soy agnóstico.

He tenido muchas sorpresas en el último par de meses. Pero esta casi me hace desmayar.

—¿Tú eres ... agnóstico? —Lo miro en busca de signos de humor—. ¿Como no estás seguro de la existencia de Dios? —Se vuelve mortalmente serio—. ¿Cómo puede ser posible? Eres un ángel, por el amor de Dios. Eres una criatura de Dios. Él te ha creado.

—Se supone que te ha creado a ti también. ¿No están algunos de ustedes inseguros de la existencia de Dios?

—Bueno, sí, pero él no habla con nosotros. Quiero decir, él no habla. —Mi madre me viene a la mente—. De acuerdo, admito que hay personas que dicen que hablan con Dios, o al revés. Pero, ¿Cómo se supone que sepa si eso es verdad?

Mi mamá ni siquiera hablar con Dios en Inglés. Es una especie de lenguaje inventado que sólo ella entiende. Su creencia religiosa es fanática.

Más exactamente, su creencia en el diablo es fanática.

¿Y yo? Incluso ahora, con los ángeles y todo, todavía no puedo creer en su Dios. Aunque admito que tarde en la noche, en cierto modo, tengo miedo a su diablo.

En general, creo que eso me hace todavía agnóstica. Estos ángeles podrían ser una especie exótica de otro mundo que tratan de engañarnos para darnos por vencidos sin una gran lucha. No lo sé, y espero nunca saber acerca de Dios, los ángeles, o la mayoría de interrogantes de la vida. Eso ya lo he aceptado.

Pero ahora, me he encontrado a un ángel agnóstico.

—Me estás haciendo doler la cabeza. —Me siento en la mesa.

—La palabra del Mensajero es aceptada como La Palabra de Dios. Actuamos de acuerdo a ella. Siempre lo hacemos. Si cada uno de nosotros lo cree o no —tanto como si el ángel lo cree o no— es otra historia.

—¿Así que si el Mensajero dice que hay que matar a todos los seres humanos que quedan sólo porque le da la gana, los ángeles lo harían?

—Sin duda alguna. —Come el último bocado de filete a medio cocer.

Lo asimilo mientras Raffé se pone de pie, dispuesto a prepararse para su cirugía.

Se pone su mochila. Está envuelto con toallas blancas para dar la impresión de que las alas se pliegan por debajo de la chaqueta.

Me levanto para ayudarlo a ajustar su chaqueta. —¿Esto no parecerá sospechoso?

—No habrá muchos ojos hacia dónde voy.

Se acerca a la puerta principal y se detiene. —Si no estoy de vuelta antes del amanecer, encuentra a Josiah. Él te ayudará a salir del nido de águilas.

Algo ajustado y duro se apretó dentro de mi pecho.

Ni siquiera sé a dónde está yendo. Probablemente hacia alguna carnicería en la parte trasera de un callejón para trabajar con sucios instrumentos quirúrgicos bajo las luces tenues.

—Espera. —Señalo la espada sobre el mostrador—. ¿Qué pasa con tu espada?

—A ella no le gustarán todos los bisturís y agujas cerca de mí. No puede ayudarme en la mesa de operaciones.

Mi interior revolotea de inquietud ante la idea de él yaciendo indefenso en una mesa rodeada de ángeles hostiles. Sin mencionar la posibilidad de un ataque de resistencia durante la cirugía.

¿Debería advertirle?

¿Y correr el riesgo de que se lo diga a su gente? ¿A sus viejos amigos y leales soldados?

¿Qué haría si lo supiera, de todos modos? ¿Cancelar la cirugía y renunciar a su única esperanza de conseguir sus alas de nuevo? De ninguna manera.

Raffe salió por la puerta sin una palabra de advertencia de mi parte.

Traducido por DaniO

Corregido por Melii

No estoy segura de qué hacer además de esperar. Estoy demasiado nerviosa como para pensar con claridad. Mi cabeza da vueltas pensando en lo que podría estar pasando con Paige, mi madre, Raffé y los luchadores de la libertad.

¿Cuánto más podré comer y dormir lujosamente mientras Paige está en algún lugar cercano? A este paso, podrían pasar semanas antes de que tengamos algo que nos conduzca a ella. Deseo que hubiera algo que pudiera hacer en vez de esperar aquí sin ser de ayuda hasta que Raffé salga de la cirugía.

De lo que he visto, no se les permite a los humanos estar en cualquier área sin que un ángel los escolte. A menos de que sean sirvientes...

Descarto media docena de ideas locas que involucran cosas como asaltar a un sirviente de mi tamaño o robar ropa. Puede que eso funcione en las películas, pero probablemente, eso condenaría a alguien a morir de hambre si es expulsada del nido. Tal vez no apruebe el que humanos estén trabajando para ángeles, pero, ¿quién soy yo para juzgar el modo de una persona de sobrevivir a esta crisis y alimentar a su familia?

Cojo el teléfono y ordeno una botella de champaña de su menú de servicio a la habitación. Considero preguntar por Dee-Dum pero decido dejarlo por ahora. En el Mundo de Antes, no tenía la edad legal para beber, mucho menos para ordenar una botella de champaña a una suite de mil dólares por noche. Camino por la habitación, considerando los posibles escenarios. Justo cuando estoy convencida de entrar en acción, alguien toca la puerta.

*Por favor, que sea Dee-Dum, por favor.*

Le abro la puerta a una mujer con apariencia de ratón. Sus oscuros ojos me miran debajo de una mata de cabello marrón rizado. Estoy tan decepcionada que puedo sentir un sabor metálico en mi boca. Me siento tan frustrada de que no sea Dee-Dum que considero lanzarme encima de ella para coger su uniforme. Está usando una larga falda negra con una blusa blanca

debajo de una chaqueta negra que le llega a la cintura. Es la versión femenina de un traje tuxedo. Es un poco más alta que yo, pero no es mucha la diferencia.

Abro la puerta y le indico que puede entrar. Ella camina hasta la mesa de café para poner su bandeja.

—¿Tiene familia?— pregunto.

Se vuelve hacia mí y me mira como un conejo asustado. Ella asiente, haciendo que su cabello esponjado caiga sobre sus ojos.

—¿Este trabajo los mantiene alimentados?

Asiente otra vez, sus ojos volviéndose cautelosos. Debió ser muy inocente hace un par de meses, pero, dadas las circunstancias, eso fue hace toda una vida. La inocencia en sus ojos huye demasiado pronto. Esta chica tuvo que pelear para obtener un trabajo, y por la mirada de su siniestra expresión, también había tenido que pelear para conservarlo.

—¿Cuántos de ustedes realizan el servicio a la habitación?

—¿Por qué?

—Tan solo es curiosidad.

Considero la posibilidad de contarle que estoy buscando a Dee-Dum, pero no la quiero poner en peligro. Hay mucho que no entiendo sobre la sociedad de ángeles y sirvientes como para aventurarme en buscar nombres.

—Hay alrededor de media docena —Encoge un hombro, manteniendo sus cautelosos ojos en mí mientras se encamina hacia la puerta.

—¿Toman turnos para hacer estos servicios?

Ella asiente. Sus ojos se disparan hacia la puerta de la habitación, probablemente preguntándose donde estaba mi ángel.

—¿Te estoy asustando? —Le digo, con lo que estoy segura es una expresión bastante lunática. Sus ojos viajan de nuevo a mí. Me lanzo hacia ella como un vampiro con una expresión de hambre en mi rostro. Sé que estoy sobreactuando, pero puedo decir que la estoy asustando. Supongo que eso es mejor a que se estuviera burlando por lo extraño que actúo.

Sus ojos se ensanchan mientras me acerco hacia ella. Agarra el pomo de la puerta y prácticamente corre fuera de la habitación.

Con suerte, mi comportamiento impedirá que siga haciendo el servicio de comida a esta habitación. Como mucho, solo tengo que ordenar cinco cosas más.

Resulta que solo tengo que ordenar dos cosas más antes de que Dee-Dum llegue a mi puerta con un gran pedazo de torta de queso. Cierro la puerta rápidamente detrás de él y me recuesto contra ella como si eso lo fuera a obligar a que me ayude.

La primera cosa que quiero preguntarle es cuándo va a ocurrir el ataque. Pero él me ha visto en la compañía de ángeles, y me asusta que piense que soy una amenaza si empiezo a hacer preguntas acerca de sus planes de ataque. Así que empiezo con lo básico.

—¿Sabes en dónde tienen a los niños? —No creo que mi voz haya sonado muy fuerte, pero él sacude su mano indicándome que me callara. Sus ojos viajan por la habitación.

—Se han ido—susurro—. Por favor ayúdame. Necesito encontrar a mi hermana.

Él me observa por un largo tiempo. Saca un bolígrafo y una libreta de papel, como lo haría un mesero para tomar una orden y escribe algo en ella, me la pasa. La nota decía: —Vete ahora mientras puedas.

Le arrebató el lapicero de su mano y escribo en el mismo pedazo de papel. Hace algunos meses, habría sido normal usar otra hoja para escribir una nota nueva, pero ahora, el papel que teníamos podría ser el último.

—No puedo. Tengo que rescatar a mi hermana.

Dee-Dum escribe: —Entonces morirás.

—Puedo contarte cosas de ellos que probablemente tú no sabes.

Él enarca sus cejas a modo de pregunta.

*¿Qué podría decir que le interesara?*

—Están en medio de una confusión política. No saben por qué están aquí.

Escribe: —¿Cuántos?

—No sé.

—¿Armas?

—No sé

—¿Plan de ataque?

Muerdo mi labio. No sé nada que sea relevante para la estrategia militar lo que obviamente es lo que él está buscando.

—Por favor, ayúdame. —susurro.

Me da una larga mirada. Sus ojos están calculando, desprovistos de emoción, lo que es una extraña combinación con su pecosa y rosada cara. No necesito a este espía sin escrúpulos. Lo que necesito es el chico de al lado Deedum quien bromea y es entretenido.

Escribo: —Me lo debes, ¿Recuerdas?

Le doy una media sonrisa, tratando de presionarlo a sacar su lado travieso que conocí en el campamento. Funciona, o algo así. Su rostro se calienta un poco, probablemente recordando a la chica de la pelea. Me pregunto qué tan malo fue el daño después. ¿Acaso los demonios los dejaron solos después de que nos fuéramos?

Él escribe—: Te llevaré a donde pueden estar los niños. Pero allí, estás por tu cuenta.

Estoy tan emocionada que lo abrazo.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted, señorita? —Asiente vigorosamente hacia mí, diciéndome que debo ordenar algo nuevo.

—Uh, sí. Que tal... ¿Una barra de chocolate? —La mitad del chocolate de Paige sigue en el fondo de mi equipaje en el carro. Daría mucho por ser capaz de darle chocolate tan pronto como la viera.

—Por supuesto —dice, sacando un encendedor y quemando el papel en el que hemos estado escribiendo —Puedo conseguir eso ahora mismo para usted, señorita.

Las llamas consumen rápidamente la pequeña nota, dejando solo la ligera esencia de papel quemado.

Pone a correr agua en el fregadero, donde deja caer la nota quemada hasta que todos los rastros de ceniza se han ido. Luego coge un tenedor de la bandeja y corta un enorme pedazo de torta de queso y se lo lleva a la boca. Con un guiño, él se va, mostrándome su palma abierta, una señal para que me quedara.

Camino en círculos por toda la habitación hasta que él vuelve. Pienso acerca de su negativa de decir nada en voz alta y en lo que debe estar haciendo aquí.

Pareciera como si la nota escrita fuera demasiado discreta, considerando la densidad del aire y el grosor de las paredes. Creo que Raffie me habría advertido que las conversaciones en las habitaciones podían ser oídas. Pero supongo que la gente de Obi no tiene el beneficio de un ángel diciéndoles que

están hablando demasiado fuerte. A pesar de los espías de Obi y sus contactos, es posible que yo sepa más acerca de ángeles que todos ellos juntos.

Cuando Dee-Dum regresa, trae un uniforme de sirviente y una gran caja de leche achocolatada y avellanas. Me cambio al atuendo blanco y negro tan rápido como puedo. Estoy agradecida de ver que los zapatos son prácticos, suela suave hecha para meseros que están de pie todo el día. Zapatos en los que puedo correr. Las cosas están mejorando.

Cuando Dee-Dum saca su libreta de papel, le digo que los ángeles no pueden oírnos. Él me da una mirada escéptica incluso cuando trato tranquilizarlo. Finalmente él empieza a asimilar que puede hablar cuando recojo la espada de Raffe.

—¿Qué diablos es eso? —su voz es baja pero al menos está hablando. Dee-Dum observa la espada mientras que la guardo en mi mochila.

—Tiempos peligrosos, Dee-Dum. Cada chica debe tener un arma encima.

Tengo que moverla varias veces hasta que se acopla a mi espalda sin que el mango de esta se esté metiendo constantemente en mi cabello.

—Se ve como una espada de ángel.

—Obviamente no, además no sería capaz de levantar una, ¿cierto?

—Verdadero —dice asintiendo.

Hay demasiada convicción en su voz para un hombre que nunca ha sostenido una por sí mismo. Mi suposición es que él ha tratado de hacerlo muchas veces.

Me aseguro de que la espada este en una buena posición para que la pueda sacar con una sola mano si tengo que hacerlo.

Él sigue viéndose un poco dudoso, como si supiera que estoy mintiendo acerca de algo pero no puede saber que es.

—Bueno supongo que es una buena defensa. Pero, ¿Dónde conseguiste algo como eso?

—En una casa. El propietario era probablemente un coleccionista.

Me deslizo en la corta chaqueta que va con el uniforme. Es un poco grande para mí, por lo que hace un buen trabajo escondiendo al espada. No cubre totalmente el pomo de la espada, pero pasará una inspección casual. Mi mochila no se ve natural, pero está lo suficientemente oculta. Mi largo cabello oculta algo de la línea antinatural.

Dee-Dum claramente me quiere interrogar acerca de la espada, pero parece que no puede hacer las preguntas correctas. Le hago señas para que nos encaminemos.

La cosa más difícil de recordar, mientras camino a través de la multitud, que debo comportarme de manera normal en el vestíbulo. Estoy demasiado consciente del pomo de la espada que rebota gentilmente en mi cadera mientras camino. Sigo deseando escabullirme en las sombras y desaparecer. Pero en los uniformes de los sirvientes, somos invisibles siempre y cuando nos comportemos como es esperado. Los únicos que parecen notarnos remotamente son los otros sirvientes. Afortunadamente, no tienen ni tiempo ni energía como para estudiarnos en verdad. La fiesta está en pleno apogeo ahora, y los sirvientes prácticamente están corriendo para poder realizar su trabajo.

La única persona quien me ve de cerca es el recepcionista que nos registró. Tengo un mal momento cuando sus ojos se encuentran con los míos y veo en ellos la luz del reconocimiento. Posa su mirada en Dee-Dum. Ellos intercambian una mirada. Luego el recepcionista retrocede hacia su hoja de trabajo como si no hubiera visto nada inusual.

—Espera aquí —dice Dee-Dum y me deja en las sombras mientras que camina hacia el escritorio del recepcionista.

Me pregunto, ¿Cuántos miembros de la resistencia se habrán infiltrado en el nido?

Hablan brevemente, luego Dee-Dum se encamina hacia la entrada, sacudiendo una mano hacia mí para que lo siguiera. Su ritmo ha acelerado, su caminar más ansioso que antes.

Estoy un poco sorprendida cuando Dee-Dum nos saca de la edificación. La multitud esperando afuera ha aumentado y los guardias están muy ocupados para notarnos.

—¿Qué sucede?—susurro.

—Los planes han cambiado. Casi no tenemos nada de tiempo. Te mostraré donde tienes que ir, luego tengo cosas que necesito hacer.

No hay tiempo.

Troto detrás de él en silencio, tratando de permanecer en calma.

Por primera vez, no soy capaz de controlar las dudas que me están consumiendo. ¿Podré encontrar a Paige a tiempo? ¿Cómo conseguiré sacarla de aquí por mi cuenta sin una silla de ruedas? Puedo cargarla en mi espalda,

como un cerdito, pero no seré capaz de pelear o correr de ese modo. Seremos un objetivo torpe y grande en un campo de tiros.

¿Y qué hay de Raffé?

A nuestra derecha, hay un camino que se dirige hacia un garaje subterráneo que hay en el nido. Dee-Dum nos dirige hacia allí.

Soy plenamente consciente de que somos un par de humanos solos y desarmados caminando en mitad de la noche. Me siento aún más vulnerable cuando atrapo la mirada de varias personas, agrupadas en tumultos en medio del viento. Nada acerca de esos ojos me parece sobre natural, pero no soy ninguna experta.

—¿Por qué simplemente no bajamos desde el vestíbulo?

—Esas escaleras siempre están vigiladas por alguien. Tienes muchas más oportunidades de llegar si vienes por este camino.

Junto al camino hay una puerta metálica que conduce al garaje. Dee-Dum saca un impresionante juego de llaves. Él escoge unas llaves al azar y las prueba en la cerradura apresuradamente.

—¿No sabes qué llave es? Y yo que pensaba que tú eras el preparado.

—Lo soy —dice con una sonrisa traviesa—, pero estas no son mis llaves.

—En verdad tienes que enseñarme ese truco de asaltar los bolsillos algún día.

Él levanta la mirada para responderme, pero su rostro se transforma en una expresión problemática. Me doy la vuelta para ver lo que está viendo.

Sombras salen de un callejón oscuro, aproximándose hacia nosotros.

Dee-Dum sale de su esquina y se posiciona en una postura de ataque, del modo en que un luchador lo hace cuando está a punto de recibir un impacto. Sigo tratando de decidir si correr o pelear cuando cuatro hombres nos rodean.

Con la luz de la luna penetrando a través de las nubes, tengo la impresión de agrios cuerpos sin lavar, andrajosas ropas y ojos salvajes. Me pregunto, ¿Cómo hicieron para infiltrarse en la restringida área cercana al nido? Y otra vez, debería preguntarme cómo hacen las ratas para meterse en algún lugar. Ellas simplemente lo hacen.

—Zorras del hotel —dice uno. Sus ojos se fijan en nuestras ropas limpias, nuestros cuerpos frescos y duchados—. ¿Tienen algo de comida con ustedes?

—Sí —dice otro. Este juega con pesadas cadenas, del tipo que ves en los talleres mecánicos—. ¿Qué hay acerca de esas lujosas ropas, hijo de puta?

—Oye, todos somos del mismo equipo aquí—dice Dee-Dum. Su voz es serena, tranquilizante—. Todos estamos peleando por la misma causa.

—Oye, idiota —dice el primer chico, cerrando el círculo más fuerte alrededor de nosotros—. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste hambriento, eh? El mismo equipo mi trasero.

El chico con las cadenas empieza a agitarlas como si fueran un lazo. Estoy bastante segura que solo está fanfarroneando, pero no estoy segura de que eso sea todo lo que él planea hacer.

Mis músculos se preparan para una pelea. Desearía que pudiera haber tenido algún tipo de práctica con la espada antes de usarla en una pelea, pero es mi mejor opción contra las cadenas.

Deslizo mi mano en el puño de la espada y la deslizo fuera de su vaina.

Traducido por DaniO

Corregido por Chio

¿Penryn?

Todos se dan la vuelta hacia donde proviene la voz.

De las sombras sale una nueva figura y se dirige hacia nosotros.

Mi madre abre sus brazos mientras camina hacia mí. De su muñeca colgaba un cable que transmitía choques eléctricos como un brazalete. Mi corazón cae a mi estómago. Tiene una sonrisa enorme en su rostro, completamente ajena al peligro que está enfrentando.

Un alegre suéter amarillo ondea con el viento alrededor de sus hombros como una capa corta. Pasa a través de los hombres como si no los viera. Tal vez no lo hace. Me atrae en un abrazo de oso y me hace girar alrededor.

—¡Estaba tan preocupada! —toca mi cabello y busca en mi cuerpo alguna herida. Se ve encantada.

Me deslizo fuera de su agarre, preguntándome cómo voy a protegerla.

Estoy a punto de empuñar mi espada cuando me doy cuenta que los hombres han retrocedido, ensanchando el círculo alrededor de nosotros. Los hombres de repente han pasado de ser amenazadores a estar nerviosos. La cadena que estaba siendo usada como un amenazador lazo hace tan solo un momento ahora estaba siendo usada como un rosario de cuentas por un hombre que recorre nerviosamente sus dedos por los eslabones de la cadena.

—Lo siento, lo siento —Le dice el primer chico a mi madre. Sus manos están con las palmas hacia arriba, como un signo de rendición.

—Sí —dice el chico de la cadena—. No teníamos la intención de hacerle ningún daño. De verdad. —retrocede nerviosamente hacia las sombras.

Se escabullen en la noche, dejándonos a Dee-Dum y a mí observar a mi madre con asombro.

—Veo que has hecho amigos, mamá.

Mira duramente a Dee-Dum —Vete. —Alcanza el cable eléctrico que cuelga de su muñeca y lo apunta con el.

—Está bien. Es un amigo.

Ella me golpea en la cabeza lo suficientemente duro como para tener moretones.

—¡Estaba preocupada por ti! ¿Dónde has estado? ¿Cuántas veces te he dicho que no debes confiar en nadie?

Odio cuando hace eso. No hay nada más humillante que ser golpeada por tu madre loca en frente de tus amigos.

Dee-Dum nos observa, aturdido. A pesar de su actitud de chico duro, y su habilidad de asaltar los bolsillos, claramente no viene de un mundo donde las madres les pegan a sus hijos.

Le extiendo mi mano a Dee-Dum. —Está bien. No te preocupes por eso. —Me doy la vuelta hacia mi madre—. Me está ayudando a encontrar a Paige.

—Te está mintiendo. Tan solo míralo —sus ojos se llenan de lágrimas. Sabe que no escucharé sus advertencias—. Te engañará y te llevará a ese nido infernal y nunca te dejará salir. Te encadenará a una pared y dejará que las ratas te coman viva. ¿No lo puedes ver?

Dee-Dum mira de allí para acá entre mi madre y yo con sus ojos en estado de shock. Se ve como un niño pequeño más que nunca.

—Es suficiente, mamá. —Camino de vuelta a la puerta de metal que está junto al camino—. Es mejor que estés callada o te dejaré aquí e iré a buscar a Paige por mi cuenta.

Corre hacia mí, agarrando mi brazo a modo de súplica.

—No me dejes aquí sola —Veo en sus ojos salvajes el resto de la frase: *sola con los demonios*.

—Entonces quedate en silencio, ¿Está bien?

Asiente. Su cara llena de angustia y terror.

Le indico a Dee-Dum para que deje el camino. Nos mira, probablemente tratando de encontrarle sentido a todo. Después de un momento, saca sus llaves, manteniendo un ojo cuidadoso en mi madre. Prueba diferentes llaves en la cerradura antes de que una finalmente funcione. La puerta se abre con un chirrido que hace que me encoja.

—En el final del garaje, a tu derecha, hay una puerta. Intenta esa.

—¿Qué puedo esperar de esa puerta?

—No tengo idea. Todo lo que te puedo decir es que hay rumores entre los sirvientes sobre... algo que pueden ser niños en esa habitación. Pero, ¿Quién sabe? Tal vez son enanos.

Dejo salir una profunda respiración, tratando de calmarme a mí misma. Mi corazón late en mi pecho como un agonizante pájaro. Espero que, en contra de las limitadas posibilidades que me ha brindado Dee-Dum, se ofrezca a ir conmigo.

—Es una misión suicida, sabes. —dice. Eso alimenta *tanto* mi esperanza de que me acompañe.

—¿De qué va tu plan? ¿Mostrarme dónde ir, luego convencerme de que no hay nada que hacer por mi hermana?

—En realidad, mi plan consistía en hacerme una estrella de rock, viajar por el mundo acumulando lindas fans y luego volverme bastante gordo y pasar el resto de mi vida jugando video juegos mientras que las chicas siguen viniendo, pensando que me veo tan bien como lo hice en mis video musicales —se encoge de hombros como diciendo, *¿Quién iba a saber que el mundo se volvería tan diferente?*

—¿Me ayudarás?

—Lo siento, niña. Si me voy a volver un suicida, será un poco más ostentoso y llamativo que ser cortado en un sótano tratando de rescatar a la hermana pequeña de alguien —sonríe en la escasa luz, sacando el picor de sus palabras—. Además, tengo un par de cosas bastante importantes que necesitan hacerse.

Asiento. —Gracias por traerme aquí.

Mi madre aprieta mi brazo, recordándome silenciosamente que piensa que todo lo que dice es una mentira. Me doy cuenta que me estoy despidiendo de él como si también pensara que esto era una misión suicida.

Entierro mis dudas en el fondo de mi ser, donde no puedo sentir nada. Esto es como saltar un acantilado. Si piensas que no puedes hacerlo, no puedes.

Camino a través de la puerta.

—¿En verdad harás esto? —pregunta Dee-Dum.

—Si tu hermano estuviera allí, ¿Qué harías?

Vacila, luego le da un amistoso apretón a mi brazo.

—Escúchame cuidadosamente. Tienes que salir del área dentro de una hora. En serio. Aléjate tanto como puedas.

Antes de que pueda preguntarle qué es lo que está pasando, se desvanece en las sombras.

*¿Una hora? ¿Podría la resistencia estar planeando atacar tan pronto?*

El hecho de que me haya advertido acerca de todo me pone bajo presión. No arriesgaría una fuga, lo que significa que no hay suficiente tiempo para que me lastimen si soy atrapada e interrogada.

Mientras tanto, no puedo sacar de mi cabeza la imagen de Raffie yaciendo indefenso en una mesa quirúrgica. Ni siquiera sé dónde está.

Tomo un profundo respiro, calmando mi respiración.

Me adentro en la oscura caverna que solía ser un garaje.

Después de un par de pasos, me trago mi pánico mientras me adentro en la oscuridad. Mi madre aprieta mi brazo con la suficiente fuerza para dejarme un moretón.

—Es una trampa —susurra en mi oído. Puedo sentirla temblando. Le doy un apretón reconfortante a su mano.

No hay nada que pueda hacer hasta que mis ojos se ajusten a la negrura, asumiendo que se puedan adaptar. Mi primera impresión es que es un campo negro, un espacio cavernoso. Espero hasta que mis ojos se acostumbren a la oscuridad. Todo lo que oigo es la nerviosa respiración de mi madre.

Tan solo son unos momentos, pero se sienten como horas. Mi cerebro grita: *apúrate, apúrate, apúrate.*

Mientras mis ojos se ajustan, me siento menos ciega.

Estamos en un garaje subterráneo, rodeadas por carros abandonados inclinados en las sombras. El techo se siente tan alto pero tan bajo a la vez. Al principio, parecían gigantes extendidos hacia mí, pero ahora pasaron a ser columnas de concreto. El garaje es un laberinto de carros y columnas desvaneciéndose en la oscuridad.

Sostengo la espada de ángel en frente de mí como si fuera una varita mágica. Odio adentrarme en las entrañas más oscuras del garaje, lejos de la escasa luz que se filtraba a través de los barrotes de la puerta, pero es allí a donde tengo que ir si quiero encontrar a Paige. El lugar se siente tan

abandonado que estoy tentada a alzar mi voz y llamarla, pero probablemente eso sería una muy mala idea.

Camino cautelosamente a través de la casi absoluta oscuridad, teniendo cuidado con los escombros que hay en el suelo. Tropezco con lo que creo que es un bolso caído. Casi golpeo el suelo, pero el fuerte agarre de mi madre me estabiliza.

Mis pisadas hacen eco en la oscuridad. No solo dan una vaga pista de donde podemos estar, sino que también interfieren con mi capacidad de escuchar si alguien se está aproximando. Mi madre, por otro lado, es tan silenciosa como un gato. Incluso su respiración no emite ningún sonido ahora. Ella ha tenido un montón de práctica, escondiéndose en la oscuridad, evadiendo *las-cosas-que-la-persiguen*.

Me tropiezo con un coche y encuentro mi camino a lo largo de una curva de carros en lo que asumo es una figura de *zigzag*, formada por carros estacionados en todas las direcciones. Estoy usando la espada más como un palo para hombres ciegos que como un arma.

Casi caigo encima de una maleta de viaje. Algún viajero la debió haber arrojado cuando se dieron cuenta que no había nada que valiera la pena llevar. Me doy cuenta que debí haber tropezado con la maleta. Estamos tan adentro del garaje que debería estar completamente oscuro. Pero puedo ver, solo remotamente, la forma rectangular del equipaje. En algún lugar por aquí debe de haber un mínimo resquicio de luz. Voy en busca de ella, concentrándome en cuál dirección las sombras parecen un poco más claras. Seguramente estoy perdida en el laberinto de carros ahora. Podríamos pasar toda la noche errantes en este laberinto de autos sin encontrar nada.

Seguimos caminando, las sombras son penetradas por una luz casi imperceptible. Si no la estuviera buscando, nunca lo habría notado.

La luz, donde la veo, es tan tenue que probablemente no la habría visto si la edificación no fuera tan oscura. Es una fina grieta de luz que se filtra por debajo de una puerta. Pongo mi oreja en la puerta para oír, pero ningún sonido proviene de la habitación.

Abro la puerta mínimamente. Conduce a un camino de escaleras. Una tenue luz proviene desde el final de ellas.

Cierro la puerta detrás de mí tan silenciosamente como puedo y bajo las escaleras. Estoy agradecida de que sean de cemento en vez de ese chirriante metal.

Al final hay otra puerta cerrada. De los resquicios de ella salen leves destellos de luz, la única luz en las escaleras. Pongo mi oído en la puerta. Alguien está hablando.

No puedo escuchar lo que dice, pero puedo decir que hay al menos dos personas. Esperamos agachadas en la oscuridad con nuestros oídos en la puerta, esperando que haya otra por la cual estas personas puedan salir.

Las voces disminuyen y se detienen. Después de haber estado en silencio por tanto tiempo, abro la puerta un poco, rastreando cualquier señal de ruido. Se abre silenciosamente.

La habitación es del tamaño de un almacén. La primera cosa que noto son hileras e hileras de columnas de cristal, cada una lo suficientemente larga para sostener a un hombre mayor. Solo que, lo que hay en esos tubos, es más una mezcla de escorpiones con ángeles.

*Traducido por DaniO*

*Corregido por Chio*

**D**eben de verse como pequeños ángeles con sus alas de libélula, doblándose como gasa por los contornos de sus espaldas, pero no lo hacen. Al menos, no son como ningún ángel que he visto. Y que no quiero ver.

Hay algo retorcido en ellos. Flotan en una columna de líquido claro y me siento como si estuviera viendo el útero de un animal que ni siquiera existe.

Algunos son del tamaño de hombres altos, sus músculos son visibles, a pesar de que están curvados en posición fetal. Otros son más pequeños, como si lucharan por sobrevivir. Otros pocos se ven como si estuvieran chupándose el pulgar. Encuentro ese gesto particularmente repugnante.

De frente, se ven humanos, pero de espaldas o dando su perfil, se ven absolutamente alienígenas. Regordetas colas de escorpión salen desde sus coxis y se curvan sobre sus cabezas. Las colas terminan en un agujijón, listo para perforar. La vista de esas colas trae ecos de mi pesadilla y me estremezco.

La mayoría tienen sus alas plegadas, pero otros tienen las alas completamente extendidas, extendidas a lo largo de las columnas, crispándose como si soñaran que están volando. Estos son más fáciles de observar que los que tienen crispadas sus colas de escorpión como si soñaran que están asesinando. Sus ojos están cerrados, con lo que se ve como párpados subdesarrollados. Sus cabezas no tienen cabello y su piel es casi transparente, mostrando la conexión de venas y músculos debajo de ella. Lo que sea que son estas criaturas, no están desarrolladas en su totalidad.

Bloqueo la vista tanto como puedo de mi madre. Se aterraría si ve algo de esto. Por primera vez, su reacción es la de una persona cuerda.

Le doy una señal con mi mano para que espere aquí. Le doy una mirada para que sepa que es en serio, pero no sé si eso va a hacer algún bien. Espero que se quede. La última cosa que necesito es que se asuste. Nunca pensé que estaría agradecida de su paranoia, pero lo estoy. Hay una posibilidad que se

esconda en la oscuridad como un conejo en un agujero hasta que venga por ella. Si algo pasa, al menos tiene el cable eléctrico que cuelga de su muñeca.

Mi estómago se aprieta con miedo helado por lo que voy a hacer. Pero si Paige está aquí, no la puedo abandonar.

Me fuerzo a mí misma a adentrarme en la cavernosa habitación.

Adentro, el aire se siente frío, como en un hospital. Hay un olor a putrefacción que penetra el aire. Asocio esa esencia con las cosas muertas que están atrapadas en los tarros que reposan en un estante. Camino cautelosamente entre las columnas de vidrio, para poder recorrer toda la habitación.

Mientras camino por las columnas, noto lo que parecen bultos de ropa sudada en el fondo de los tanques. Una espeluznante sensación sube por mi espalda. Rápidamente aparto la mirada, sin querer mirar más de cerca. Pero cuando miro más allá, veo algo que convierte mi miedo en terror.

Una de las bestias sostiene a una mujer en un abrazo característico de amantes en el tanque. Su cola se curva encima de su cabeza hacia la mujer, enterrando el agujijón en la parte trasera de su cuello.

Una tira de su vestido de fiesta ha sido empujada por su dolorosamente delgado hombro. La boca del *ángel-escorpión* está enterrada en la curva de sus pechos. Su piel se arruga en contra de su carne seca, como si los fluidos estuvieran siendo drenados fuera de ella.

Alguien ha puesto una máscara de oxígeno sobre su boca y su nariz. Los tubos negros de la máscara se conectan con la parte superior del tanque, viéndose como un retorcido cordón umbilical. Su cabello oscuro es la única cosa en movimiento. Flota etéreamente alrededor de los cordones y el agujijón.

A pesar de la máscara, la reconozco. Es la mujer a quien sus hijos y su esposo despidieron desde la valla cuando entró en el nido. La mujer que se dio la vuelta y le lanzó un beso a su familia. Se ve como si hubiera envejecido veinte años desde la última vez que la vi hace tan solo unas horas. Su rostro es cetrino, su piel flácida contra sus huesos. Ha perdido peso. Demasiado peso.

Debajo de sus pies flotantes yace una pila de material descartado y de lo que ahora me doy cuenta es piel sobre huesos. Lo que inicialmente clasifiqué erróneamente como algas es en verdad cabello ondeando gentilmente en el fondo del taque.

Este monstruo está licuando lentamente sus entrañas y las está bebiendo.

Mis pies no se moverán. Estoy como una presa esperando a que un depredador venga y me agarre. Cada instinto que tengo me grita que corra.

Justo cuando pienso que no puede ponerse peor, veo sus ojos. Ellos se ven tensos y antinaturales en sus enormes cuencas. Imagino una chispa de desesperación y dolor en ellos. Espero que, al menos, haya muerto rápidamente y sin dolor, pero lo dudo.

Mientras estoy a punto de darme la vuelta, un grupo de pequeñas burbujas se escapan de su máscara de aire y flotan más allá de su cabello.

Me congelo. No podría estar viva, ¿Cierto?

Pero, ¿Por qué alguien le pondría una máscara de aire si estuviera muerta?

Espero y observo por cualquier signo vital. El único movimiento que veo es causado por la cola de escorpión que la criatura. Su una vez vibrante piel se opaca en frente mis ojos. Su cabello danza cada vez que el escorpión se mueve.

Luego, otro grupo de burbujas flotan por encima de su máscara.

Está respirando. Extremadamente, imposiblemente despacio, pero sigue respirando.

Aparto mis ojos de los llorosos de ella y me fuerzo a mí misma a escanear la habitación en busca de algo que pueda usar para sacarla de ese tanque. Ahora puedo ver otros tanques aquí y allá que tienen gente atrapada en ellos también. Todos ellos están en diferentes fases del abrazo mortal. Algunos aún parecen tener signos de vida mientras que otros están prácticamente secos y vacíos.

Uno de los escorpiones tiene una mujer fresca en un vestido de fiesta en sus brazos y la está besando con la máscara de oxígeno colgando encima de ella. Otro tiene a un hombre en un uniforme de hotel. Su bestia escorpión tiene su boca pegada a uno de los ojos del hombre.

No es una alimentación sistemática. Algunos tanques tienen largas pilas en el fondo mientras que otros tienen pilas muy pequeñas. Eso se muestra también en los ángeles escorpión. Algunos son grandes y musculosos mientras que otros son insignificantes y deformes.

Mientras estoy allí sintiéndome aturdida y enferma, una puerta se abre en la parte más alejada del estacionamiento y escucho algo rodando en el concreto.

Mi instinto es esconderme detrás de un tanque de los monstruos, pero no puedo forzarme a mí misma a acercarme a uno. Así que permanezco en medio de la columna de cristal, tratando de descifrar que está pasando en el otro lado. Tratar de ver la habitación a través de la columna de cristal es como tratar de leer una nota del otro lado de un tanque de tiburones. Todo se ve distorsionado e irreconocible.

Si no puedo ver a los ángeles, ellos no serán capaces de verme tampoco. Me voy a hurtadillas alrededor de otra columna y obtengo una perspectiva diferente de la habitación. Me obligo a ignorar a las víctimas. No seré de ayuda para nadie si soy atrapada.

Del otro lado de la matriz, un ángel está reprendiendo a un sirviente humano.

—Las gavetas debían de estar hace una semana. —Usa una bata blanca de laboratorio, cubriendo sus alas.

El humano permanece detrás de un enorme armario de acero, cerca de un carro de plataforma. Allí hay gavetas tan altas, que cada gaveta es lo suficientemente grande para sostener a una persona. No quiero pensar lo que tiene que hacer con ellas.

—Escogiste la peor noche para discutir esto —El ángel agita su mano vagamente hacia la pared más lejana—. Apílalas contra la pared. Necesitan ser aseguradas para que nunca se vuelquen. Los cuerpos están por allí. — Apunta a la pared adyacente.

—He tenido que apilarlas en el suelo, gracias a tu tardanza. Puedes poner los cuerpos en las gavetas una vez que hayas terminado de establecerlas.

El sirviente se ve horrorizado, pero el ángel de la bata blanca no parece notarlo. El hombre se mueve hacia la pared más lejana con el armario, mientras que el ángel camina en la dirección contraria.

—La noche más interesante en siglos y este idiota tiene que escoger esta noche de todas para entregar mobiliario. —El ángel de la bata masculla para sí mismo mientras se encamina hacia la pared que hay a mi izquierda.

Me desplazo para permanecer escondida del ángel mientras este se mueve. Empuja un par de puertas y desaparece.

Me inclino unas pulgadas, mirando alrededor para ver si hay alguien más en la habitación. No hay nadie más aparte del hombre que está juntando los cadáveres en la gaveta. Me pregunto si debería exponerme a él y rogar por

ayuda. Eso podría resolver un montón de tiempo y problemas si pudiera tener alguien desde adentro que me ayudara.

Por otro lado, podría decidir ganarse puntos delatándome. Me congeló en mi decisión, lo observo rodar su carro vacío fuera a través de un par de puertas dobles.

Después de que se marcha, la habitación vacía gorgoja con el sonido de las bombas de aire de uno de los tanques. Mi cerebro grita *apúrate, apúrate, apúrate*. Tengo que encontrar a Paige antes que la Resistencia ataque.

Pero no puedo dejar que estas personas sean succionadas por monstruos.

Me escabullo por entre las columnas, buscando algo que me ayude a sacar a las víctimas de los tanques. Al final de las columnas, veo una escalera azul. Perfecto. Puedo abrir las cimas de los tanques y tratar de sacarlas de ahí.

Deslizo la espada de vuelta en su empuñadura para tener las manos libres. Mientras que corro hacia la escalera, una nueva masa de colores aparece y empieza a crecer a mi derecha. Las columnas de fluidos distorsionan las imágenes, dando la impresión una mancha de carne con cientos de manos y pies, con caras distorsionadas groseramente, sobresaliendo en todos los ángulos.

Me acerco al borde cuidadosamente. Un truco de luces hace que la distorsión danzante se viera como si cientos de ojos me siguieran.

Luego doy un paso fuera de la columna y lo veo por lo que realmente es.

Mi pecho se contrae y dejo de respirar por unos latidos. Mis pies se estancan en el piso y tan solo permanezco ahí, observando.

*Traducido por DaniO*

*Corregido por Mary Ann♥*

**A**l principio, mi cerebro se rehúsa a creer lo que mis ojos ven. Mi cerebro intenta interpretar la escena como una pared de muñecas desechadas. Simple ropa y plástico, creadas por un juguetero con severos problemas de ira. Pero no puedo convencerme a mí misma de la ilusión que me estoy obligando a ver, no puedo ignorar lo que está frente a mis ojos.

Contra la pared blanca hay pilas y pilas de niños.

Unos permanecen rígidamente en contra de la pared o contra otros niños, unos encima de otros. Algunos se sientan apoyados contra la pared o contra las piernas de otros niños. Y otros yacen en sus espaldas o estómagos, apilados en la cima de otros como troncos de madera cortada.

A juzgar por sus tamaños, se encuentran entre los diez y los doce años de edad. Todos están desnudos, despojados de cualquier cosa que pueda protegerlos. Todos tienen marcas cosidas en forma de Y en sus pequeños pechos o bajando por sus entrepiernas.

La mayoría de ellos tienen marcas adicionales a lo largo de sus piernas, brazos y gargantas. Unos pocos tienen marcas cruzando sus rostros. Algunos de los niños tienen sus ojos ensanchados, abiertos, otros cerrados. Algunos de sus ojos tienen amarillo o rojo en vez de blanco alrededor del iris. Otros tan sólo tienen horribles huecos en donde solían estar los ojos. Otros los tienen cosidos con enormes y torpes puntadas.

Casi pierdo la batalla que se estaba formando en mi estómago, y toda esa rica comida que comí más temprano sube por mi garganta. Tengo que tragar fuerte para no vomitar. Mi respiración se siente muy caliente, y el aire se siente muy frío en mi piel.

Quiero —necesito— cerrar mis ojos, para borrar lo que están viendo. Pero no puedo. Estoy buscando. Mirando a cada niño torturado, tratando de encontrar la cara de duendecillo de mi pequeña hermana. Empiezo a temblar tanto que parece que no puedo parar.

—Paige —Mi voz sale en un susurro roto.

Apenas puedo susurrar su nombre, pero lo digo una y otra vez, como si eso fuera a hacer que todo estuviera bien. Voy a la deriva hacia los cadáveres mutilados como un soñante en una pesadilla, incapaz de detenerme e incapaz de apartar la mirada.

Por favor, que ella no esté aquí. Por favor, por favor. Cualquier cosa menos esto.

—¿Paige? —Hay horror en mi voz mientras pienso en la posibilidad de que ella no esté aquí.

Algo se mueve en la pila de carne cocida.

Retrocedo, vacilante. Toda la fuerza yéndose de mis piernas.

Un pequeño niño rueda de la cima de la pila y aterriza boca abajo.

Dos cuerpos debajo de donde estaba el niño se mueven, una pequeña mano tantea ciegamente y se apoya incómodamente en el hombro del niño caído. Los cuerpos por encima de la mano se mueven de aquí para allá, cobrando fuerza antes de caer encima del niño caído.

Finalmente puedo ver el niño al que pertenece la mano. En una pequeña niña con las piernas desproporcionadamente flacas. Una cortina de cabello castaño oculta la cara de la chica mientras ella se arrastra dolorosamente hacia mí.

Tiene un cruel corte por encima de su espalda que se cruza con otro en la base de su espina dorsal. Grandes y desiguales puntadas suben por su columna vertebral, manteniendo su carne magullada y maltratada junta. Puntadas de la misma clase de la de su columna van de arriba abajo por sus piernas. El rojo y el azul de sus cortes y de sus magulladuras contrastan con su piel blanca, como la de un cadáver.

Estoy congelada en mi terror, tratando dolorosamente de cerrar mis ojos y pretender que esto no es real. Pero no soy capaz de nada más que mirar el doloroso avance de la chica a través de la pila de cuerpos. Ella se impulsa hacia adelante con sus brazos, sus piernas un par pesos muertos arrastrándose detrás de ella.

Después de una eternidad, la niña finalmente levanta su rostro. Su fibroso cabello se desliza fuera de su cara.

Y ahí está mi pequeña hermana.

Sus atormentados ojos me encuentran. Enormes para su cara de duendecillo. Llenos de lágrimas mientras ella me ve.

Me derrumbo en mis rodillas, sintiendo duramente el concreto.

La cara de mi pequeña hermana tiene puntos desde sus orejas hasta su boca como si alguien hubiera arrancado la piel de su cara para luego coserla de vuelta en su lugar. Toda su cara está hinchada y tiene moretones de colores furiosos.

—Paige —Mi voz se rompe.

La cojo en mis brazos. Ella está tan fría como el suelo.

Ella se esconde en mis brazos como solía hacerlo cuando era un bebé. Trato de sostenerla en mi regazo aún sabiendo que ella es muy grande para eso ahora. Incluso su respiración en mi mejilla es tan fría como un témpano de hielo. Tengo el pensamiento descabellado que tal vez ellos han drenado toda la sangre fuera de su cuerpo, así ella nunca podrá estar caliente otra vez.

*Traducido por Panchys  
Corregido por Deydra Ann*

**C**onmovedor —dice una clínica voz detrás de mí. El ángel camina hacia nosotros con una expresión tan ajena que nada humano puede ser detectado detrás de ella. Es el tipo de mirada que un tiburón puede dar a un par de chicas lloronas—. Esta es la primera vez que uno de ustedes se ha roto en lugar de tratar de romper.

Detrás de él, el repartidor empuja a través de las puertas dobles con otra carga de cadáveres. Su expresión es toda humana. Sorpresa, preocupación, miedo.

Antes de que pueda contestar, el ángel alza su mirada hacia el techo y ladea la cabeza. Me recuerda a un perro escuchando algo lejano que sólo los perros pueden oír.

Abrazo el escuálido cuerpo de mi hermana más cerca, como si pudiera protegerla de todas las cosas monstruosas. Es todo lo que puedo hacer para mantener mi voz funcionando, si no es firme. —¿Por qué haces esto? —Me fuerzo a salir en un susurro.

Detrás del ángel, el repartidor mueve la cabeza hacia mí en señal de advertencia. Parece que quiere encogerse detrás de los cadáveres.

—No necesito explicar nada a un mono —dice el ángel—. Pon al espécimen de regreso a donde estaba.

¿El espécimen?

La rabia hierve por mis venas. Mi corazón clama por sangre. Mis manos tiemblan con la necesidad de apretar su garganta.

Sorprendentemente, lo retengo.

Lo miro, muriendo por hacer mucho más.

El objetivo es conseguir que mi hermana salga de aquí, no obtener una satisfacción momentánea. Levanto a Paige en mis brazos y me tambaleo hacia él.

—Nos vamos. —Tan pronto como las palabras están fuera, sé que es una ilusión.

Él baja su portapapeles y se para entre nosotros y la puerta. —¿Con el permiso de quién? —Su voz es baja y amenazante. Completamente segura.

Él de repente ladea la cabeza, escuchando algo que yo no puedo oír. Un gesto estropea su piel suave.

Tomo dos respiraciones profundas, tratando de explotar la ira y el miedo de mi cuerpo. Suavemente pongo a Paige debajo de una mesa. Entonces, me tiro hacia él.

Le pego con todo lo que tengo. No hay cálculos, ningún pensamiento, ningún plan. Sólo enloquecida y épica furia.

No es mucho en comparación con un ángel, incluso uno que es un enano. Pero tengo la ventaja de la sorpresa. Mi explosión lo golpea en una mesa de examen, y me pregunto cómo sus huesos huecos no se rompen.

Saco la espada del ángel de su vaina. Los ángeles son mucho más fuertes que los hombres, pero pueden ser vulnerables en el suelo. No hay ángel que es bueno en el vuelo que funcione en un sótano, donde no hay ventanas para volar. Hay una buena probabilidad de que éste no pueda elevarse en el aire con gran rapidez.

Antes de que el ángel pueda recuperarse de su caída, embisto la espada a él, apuntando su cuello.

O lo intento.

Es más rápido de lo que pensaba. Me agarra la muñeca y la golpea en el borde de la mesa. El dolor es insoportable. Mi mano se contrae, dejando volar la espada. Traquetea a través del piso de concreto, lejos de mi alcance.

Se levanta libre, mientras que agarro un bisturí de una bandeja. El bisturí se siente débil e inútil. Declaro mis posibilidades de ganar, o incluso herirlo, casi nulas.

Eso me cabrea aún más.

Lanzo mi bisturí hacia él. Rasguño su garganta, haciendo que la sangre salga y manche la bata blanca. Agarro una silla y se la arrojo antes de que se recupere. Él la lanza a un lado como si le hubiera lanzado una bola de papel arrugada.

Casi antes de que pueda darme cuenta, él viene por mí, me golpea hacia abajo en el concreto y comienza a estrangular la vida fuera de mí. Él no está solo cortando mi aire, está cortando la sangre al cerebro.

Cinco segundos. Eso es todo lo que tengo antes de perder la conciencia, sin flujo de sangre a la cabeza.

Disparo mis brazos entre él en forma de cuña. Entonces los golpeo en contra de sus antebrazos.

Debería haber trabajado para arrastrarme fuera de su estrangulamiento. Siempre funcionó durante el entrenamiento. Pero no hay ni siquiera una ligera relajación de su control. En mi pánico, no tuve en cuenta la súper-fuerza.

En un último intento desesperado, aprieto mis manos, los dedos entrelazados. Retrocedo y golpeo los puños hacia abajo en el hueco de su brazo con todo lo que tengo.

Su codo se sacude hacia atrás por un momento, pero entonces aparece de nuevo en su lugar.

Se acabó el tiempo.

Al igual que un aficionado, instintivamente agarro sus manos. Pero también podrían ser de acero, sujetas alrededor de mi garganta. Mi corazón palpita estruendosamente en mis oídos, volviéndose cada vez más frenético. Mi cabeza se siente como si estuviera flotando.

El rostro del ángel es frío, indiferente. Puntos oscuros florecen en su rostro. Mi corazón se hunde mientras me doy cuenta de que mi visión se está desvaneciendo.

Desenfocando.

Los bordes volviéndose más oscuros.

*Traducido por Panchys  
Corregido por Deydra Ann*

Algo se estrella contra el ángel. Puedo obtener una breve impresión de cabello y dientes, gruñidos animales. Algo cálido y húmedo salpica en mi camisa. La presión sobre la garganta de repente se ha ido. Así mismo el peso del ángel.

Aspiro una gran y quemante bocanada de aire. Me enrosco en una bola, tratando de no toser demasiado, mientras el encantador aire frío surge en mis pulmones.

Hay sangre en mi camisa.

Me doy cuenta de rugidos salvajes y gruñidos. Existe también el sonido de arcadas.

El repartidor está con arcadas detrás de los cajones. Incluso mientras tanto, sus ojos siguen lanzándose a un punto detrás de mí. Sus ojos son tan amplios que parecen más blancos que cafés. Él está mirando al lugar de donde vienen los sonidos. La fuente de toda esta sangre empapando mis ropas.

Tengo una extraña renuencia a mirar, a pesar de que sé que tengo que hacerlo. Cuando miro, tengo problemas para comprender lo que estoy viendo. No sé por cual cosa estar sorprendida, y mi pobre cerebro va de una cosa a otra.

El delantal de laboratorio del ángel está empapado en sangre. A su alrededor se encuentran trozos de carne temblorosa, como pedazos de hígado arrancados y tirados por el suelo. Un trozo de carne ha sido arrancado de su mejilla.

Él está tan golpeado que se ve como si estuviera en medio de una pesadilla muy mala. Tal vez lo está. Tal vez yo también lo estoy.

Paige se inclina sobre él. Sus pequeñas manos agarran su camisa para conseguir una mejor sujeción en su tembloroso cuerpo. Su pelo y su ropa están salpicados de sangre. Su rostro gotea de ella. Su boca se abre, mostrando hileras de dientes brillantes. En un primer momento, creo que alguien ha injertado llaves largas en sus dientes. Pero no son aparatos de ortodoncia.

Son navajas de afeitar.

Muerde la garganta del ángel. Preocupada como si fuera un perro con un juguete masticable. Se aleja de la carne desgarrada y chorreante.

Ella escupe un pedazo de carne sanguinolenta. Aterrizza con un golpe húmedo en el suelo, junto a los otros trozos de carne. Escupe y gruñe. Está asqueada, aunque es difícil saber si el rechazo es de sus acciones o del gusto. Un recuerdo no deseado de la forma en que los demonios escupieron, después de morder a Raffae, se metió en mi cabeza.

*No tenían la intención de comer carne de ángel.* El pensamiento se desliza por las grietas en mi mente y al instante retrocedo.

El repartidor tiene arcadas de nuevo y mi estómago se agita, con ganas de reunirse con él. Paige abre su boca de nuevo con la ferocidad de los animales, lista para zambullirse de nuevo en la carne temblorosa.

—¡Paige! —Mi voz sale delgada y aterrada, al final aumentando en tono de pregunta.

La chica que solía ser mi hermana se detiene a mitad de camino hacia el ángel muriendo y me mira.

Sus ojos son de la gama marrón de inocencia. Las gotas de sangre cuelgan suspendidas de sus largas pestañas. Me mira, atenta y dócil como siempre ha sido. No hay orgullo en su expresión, no hay maldad, ni hambre, ni el horror de sus acciones. Ella me mira como si yo la hubiera llamado por su nombre mientras comía un plato de cereal.

Mi garganta está en carne viva por la estrangulación, y sigo tragando de nuevo con una tos, que es útil porque tengo que tragar de vuelta mi cena también. Los sonidos de vómitos del repartidor no están ayudando.

Paige se aleja del ángel. Se levanta sobre sus propios pies, sin apoyarse en contra de nada. Luego, da dos pasos elegantes y milagrosos hacia mí. Se detiene, como si recordase que estaba paralizada.

No me atrevo a respirar. Me quedo mirándola, resistiendo el impulso de correr hacia arriba y sostenerla en caso de que caiga.

Ella extiende los brazos hacia mí, en la forma en que solía hacerlo cuando era un niña pequeña. Si no fuera por la sangre que goteaba por la cara y las rayas de su cosido cuerpo, yo habría pensado que su expresión era tan dulce e inocente como siempre lo había sido.

—Ryn-Ryn. —Su voz está en el borde de las lágrimas. Es el sonido de una niña un poco asustada, quien está segura de que su hermana mayor puede hacer que los monstruos debajo de su cama desaparezcan. Paige no me ha llamado Ryn-Ryn desde que era un bebé.

Miro a los puntos de sutura que cruzan su cara y cuerpo. Me quedo mirando a sus moretones de color rojo y azul por toda su pobre cara y cuerpo.

*No es su culpa. Lo que le hicieron, es la víctima, no el monstruo.*

¿Dónde he oído eso antes?

Algo acerca de ese pensamiento provoca una imagen. La imagen de esas niñas mordidas que cuelgan en el árbol. ¿Esa pareja de locos dijo algo así como lo que acabo de pensar? ¿Su loca conversación empieza a tener sentido para mí?

Un pensamiento se coló en mi cabeza como el gas envenenado. Si Paige sólo podía comer carne humana y nada más, ¿qué haría yo? ¿Iría tan lejos como para usar cebo humano para engañarla, pensando que podría ayudarla?

Demasiado horrible incluso para pensar. Y totalmente irrelevante.

Porque no hay ninguna razón para pensar que Paige tenía que comer algo. Paige no es un demonio bajo. Ella es una niña. Una vegetariana. Un humanitaria nacida. Una incipiente Dalai Lama, por el amor de Dios. Ella sólo atacó al ángel para defenderme. Eso es todo.

Además, no se lo comió, ella... sólo lo mordió un poco.

Los trozos de carne temblaban en el suelo. Me irrita el estómago. Paige me mira con sus ojos cálidos marrones bordeados de gama como latigazos. Me concentro en eso y deliberadamente ignoro la sangre goteando de su barbilla y los puntos grandes y crueles que van desde los labios hasta las orejas.

Detrás de ella, el ángel convulsiona seriamente. Voltea los ojos, dejándolos de color blanco puro, y su cabeza golpea varias veces en el piso de concreto. Está teniendo una convulsión. Me pregunto si se puede vivir con trozos de carne faltantes y la mayoría de su sangre esparcida en el suelo. Su cuerpo está, probablemente, reparándose a sí mismo frenéticamente, incluso ahora. ¿Existe la posibilidad de que este monstruo pueda recuperarse de esto?

Me levanto, tratando de ignorar los fluidos viscosos bajo mis manos. Mi garganta arde y me siento rígida y con moretones por todas partes.

—Ryn-Ryn. —Paige todavía tiene los brazos en un gesto desesperado, pero no acabo de decidirme a ir a abrazarla. En su lugar, doy tumbos a la espada del ángel y me apodero de ella. Camino de vuelta un poco más suave, acostumbrando a mi cuerpo de nuevo.

Miro a los ojos en blanco del ángel, con la boca sangrante. Le tiembla la cabeza, golpeando contra el suelo.

Tiro la hoja en su corazón.

Nunca he matado a nadie antes. Lo que me asusta no es que estoy matando a alguien. Lo que me asusta es lo fácil que es.

La cuchilla corta a través de él como si no fuera más que una pieza de fruta podrida. No siento ninguna sensación de simpatía hacia un alma o una esencia de vida dejándolo. No hay culpabilidad, una descarga o dolor por la vida que fue y la persona en que me he convertido. Sólo es el aquietamiento de la carne temblorosa y la exhalación lenta de su último aliento.

—Gran Señor en el Cielo.

Miro hacia arriba, sorprendida, a la nueva voz. Es otro ángel en una bata de laboratorio. Puedo obtener una impresión rápida de la sangre fresca, empapando su bata blanca y guantes, antes que los dos ángeles atraviesen la puerta detrás de él. Ambos de los nuevos también tienen sangre en sus abrigos y guantes.

Yo casi no reconozco a Laylah, con su cabello dorado recogido en un moño. ¿Qué está haciendo aquí? ¿No se supone que debe realizar la cirugía en Raffé?

Todos me miran. Me pregunto por qué, ellos deberían estar mirando más a mi hermana salpicada de sangre que a mí, cuando me doy cuenta que todavía tengo mi espada clavada en el ángel del laboratorio. Estoy segura de que no tienen problemas para reconocer la espada por lo que es. Tiene que haber por lo menos una docena de reglas en contra de los seres humanos en posesión de una espada de ángel.

Mi cerebro frenéticamente busca una manera de salir de esto viva. Pero, antes de que cualquiera de ellos pueda comenzar a hacer acusaciones, todos miran hacia el techo, al mismo tiempo. Al igual que el ángel del laboratorio, oyen algo que yo no. Las miradas nerviosas en sus caras no me tranquilizan.

Entonces, yo también lo siento. En primer lugar, un ruido sordo, luego un temblor.

¿Ha sido una hora ya?

Los ángeles miran hacia mí otra vez, y luego voltean hacia las puertas dobles que el repartidor utilizó.

No me di cuenta que podía sentirme aún más nerviosa de lo que ya estaba.

La Resistencia ha comenzado su ataque.

Tenemos que salir antes de que el hotel se venga abajo. Pero no puedo dejar que esas personas sean exprimidas por los ángeles-escorpión. Arrastrar la escalera a cada depósito y lentamente sacar cada persona paralizada podría tomar horas.

Saque mi espada del ángel del laboratorio. Corro a las columnas del feto en frustración, sosteniendo la espada como bate.

Blande la espada en uno de los tanques escorpión. Es más que nada para dejar salir mi frustración y no espero que haga otra cosa que rebotar.

Antes de que incluso pueda registrar el impacto, el espesor del depósito se hace añicos. Fluidos y vidrios explotan en el suelo de cemento.

Podría acostumbrarme a esta espada.

El feto escorpión se desengancha de su víctima. Grita al caer. A continuación, cae y se retuerce entre los fragmentos de vidrio, sangrando por todos lados. La mujer consumida se arruga bajo el depósito roto. Sus ojos vidriosos mirando el aire.

No tengo ni idea si está viva o si ella va a estar en mejor forma una vez que el veneno desaparezca. Esto es lo mejor que puedo hacer por ella. Lo mejor que puedo hacer por cualquiera de ellos. Todo lo que puedo esperar es que de alguna manera, alguno de ellos se recupere lo suficiente como para salir de aquí antes que las cosas se vuelvan demasiado explosivas, porque no puedo arrastrarlos por las escaleras.

Corro a los otros depósitos que están sosteniendo a las víctimas uno tras otro. Fragmentos de vidrio y de agua rocían todo el laboratorio del sótano. El aire se llena con el chirrido de fetos de escorpiones golpeando el suelo.

La mayoría de los monstruos en la estela que rodea los depósitos despertaron y se retorcieron. Algunos reaccionan con violencia y golpeaban contra las cárceles de sus vidrios. Ellos son los que están más completamente formados, mirándome a través de las membranas de sus párpados con el entendimiento de que los estoy cazando.

Mientras que yo estoy haciendo esto, una pequeña parte de mí considera correr sin Paige. En realidad no es más mi hermana, ¿verdad? Ella ciertamente no es impotente por más tiempo.

—¿Ryn-Ryn? —Paige está llorando.

Ella me llama como si no supiera si iba a cuidar de ella. Mi corazón se contrae como si un puño de hierro lo estuviera exprimiendo como castigo por haber pensado en traicionarla.

—Sí, cariño —le digo con mi voz más tranquilizadora—. Tenemos que salir de aquí, ¿está bien?

El edificio se sacude nuevamente y uno de los cadáveres cocidos se viene abajo. La boca del niño pequeño se abre cuando su cabeza golpea el suelo, revelando los dientes de metal.

Paige miró esa muerte antes de que comenzar a moverse. ¿Hay alguna posibilidad de que este chico podría estar vivo también?

Un pensamiento extraño aparece en mi cabeza. ¿Raffe no dijo que a veces, los nombres tienen poder?

¿Paige despertó porque la llamé? Puedo escanear los cuerpos apoyados contra la pared, con los dientes brillantes y uñas largas, sus ojos descoloridos. Si están vivos, ¿les despertaría si pudiera?

Me doy la vuelta y blandó mi espada contra otro depósito. No puedo dejar de estar contenta de no conocer los nombres de los niños.

—¿Paige? —Mi madre se acerca a nosotros como en un sueño. Haciendo crujir los vidrios rotos y retorciéndose para evitar los monstruos agitándose como si ella viera este tipo de cosas con regularidad. Tal vez lo hace. Quizás en su mundo, esto es normal. Ella los ve y los evita, pero no se sorprende por ellos. Sus ojos son claros, su expresión cautelosa.

—¿Bebé? —Ella corre hacia Paige y la abraza sin dudarlo a pesar de la sangre que la cubre.

Mi madre llora en sollozos grandes y angustiados. Por primera vez, me doy cuenta de que ha estado al menos tan preocupada y molesta por Paige como yo lo he estado. No fue un accidente que ella terminara aquí, el mismo lugar peligroso al que vine para encontrar a Paige. Eso, a pesar de que su amor se manifiesta a menudo en formas que una persona mentalmente sana no podía entender, que podría incluso declarar abusiva, eso no disminuye el hecho de que a ella le importa.

Me trago las lágrimas que amenazan con que me ahogue cuando veo a mi madre quejarse sobre Paige.

Mamá toma un buen vistazo de Paige. La sangre. Los puntos de sutura. Los moretones. Ella no repara en ninguno de ellos pero hace ruidos sorprendidos y la arrulla mientras acaricia el cabello y la piel de Paige.

Entonces me mira. En sus ojos hay una acusación fuerte. Me echa la culpa de lo ocurrido a Paige. Quiero decirle que yo no le hice esto a ella. ¿Cómo iba a pensar eso?

Pero no digo nada. No puedo. Sólo puedo mirar a mi madre con culpa y remordimiento. La miro en la forma en que la miró papá y yo cuando encontramos a Paige rota y paralizada hace todos esos años. Quizás no acuchille a Paige, pero esta terrible cosa sucedió en mi vista.

Por primera vez, me pregunto si mi madre era en realidad responsable de la espalda rota de Paige.

—Tenemos que salir de aquí —dice mamá con su brazo protector alrededor de Paige. Su voz es clara y llena de determinación.

Yo la miro con sorpresa. Antes de que me pueda detenerme, la esperanza florece dentro de mí. Suena llena de autoridad y confianza. Suena como una madre dispuesta y decidida a llevar a sus hijas a un lugar seguro.

Suena sensata.

Entonces ella dice: —Vienen por nosotras.

La esperanza se marchita y muere dentro de mí, dejando un bulto duro donde mi corazón debería estar. No es necesario preguntar quienes son “ellos”. Según mi madre, “ellos” han estado detrás de nosotras durante tanto tiempo como puedo recordar. Su declaración de protección no es un paso hacia la toma de responsabilidad de sus niñas.

Asiento con la cabeza, tomando el peso de la responsabilidad de mi familia sobre mis hombros.

**M**amá está guiando a Paige hacia la salida cuando un fuerte golpe detrás de las puertas dobles detiene sus pisadas. Viene de la sala de donde los ángeles salieron. Hago una pausa, volviéndome, preguntándome si echar un vistazo.

No puedo pensar en una buena razón para perder el tiempo mirando a través de esas puertas, pero algo me molesta. Se engancha en mi cerebro como una aguja escogiendo un tejido, tratando de desentrañar para ver algo por debajo. Tantas cosas han estado ocurriendo que no he tenido tiempo de hacer un seguimiento de un pensamiento, algo que podría ser importante, algo...

La sangre.

Los ángeles tenían sangre en sus manos enguantadas y delante de sus batas blancas.

Y Laylah. Se suponía que debía estar en la cirugía con Raffé.

Otro golpe viene a través de las puertas. Metal sobre metal, como un carro volcándose y chocando contra otro.

Estoy corriendo antes de darme cuenta.

Mientras me acerco a las puertas dobles, un cuerpo cae a través de ellas. Sólo tengo un segundo para reconocer a Raffé volando a toda velocidad por el aire.

Un ángel golpea contra las puertas tras él.

Algo sobre la forma en que se mueve parece familiar. Su rostro podría haber sido hermoso una vez, pero ahora domina su expresión feroz.

Tiene hermosas alas cubiertas de nieve que se extienden detrás de él.

La base de sus alas está cubierta de sangre seca donde suturas frescas las mantienen sobre su espalda. Curiosamente, aunque hay sangre en su espalda, su estómago es el que está vendado.

Hay algo familiar en las alas.

Una de ellas tiene una muesca en un lugar donde las tijeras habían cortado a través de las plumas. Una muesca exactamente como la que corté en las alas de Raffé.

Mi cerebro trata de rechazar la conclusión obvia.

El ángel gigante se encuentra entre mi familia y la puerta, por la que llegamos. Mi mamá está de pie congelada de terror mientras ella lo mira fijamente. Su picana eléctrica se sacude en su mano mientras la sostiene hacia el gigante. Esta lista para protegerse.

Una baja explosión retumba en el techo, seguida de cerca por otra, luego otra. Cada golpe se hace más fuerte. Esto debe ser lo que los ángeles estaban oyendo. Ahora no hay duda en mi mente de que los ataques han comenzado.

Frenéticamente me voy a mi madre para ir por la puerta que el repartidor usó. Finalmente lo consigue y corre fuera a través de las puertas con Paige.

Me aterroriza que el gigante las detenga, pero él no les prestó atención. Se reserva toda su atención para Raffé.

Raffé se encuentra en el suelo, con el rostro desencajado y los músculos contraídos de dolor. Su espalda se arquea para tratar de no tocar el piso de concreto. Debajo de él, extendidas como una capa oscura en el suelo, estaban un par de alas de murciélago gigantes.

Parece una película de cuero extendida sobre una estructura ósea que se ve más como un arma mortal que un marco para las alas. Los bordes de las alas son extraordinariamente definidas, con una serie de ganchos cada vez mayores, el más pequeño de las cuales se asemeja a los anzuelos de púas. Los principales ganchos se encuentran en los extremos de las alas. Me recuerdan a las guadañas afiladas.

Por la espalda de Raffé gotea sangre nueva, mientras se da la vuelta dolorosamente y se empuja a sí mismo del suelo. Sus nuevas alas caen sobre él mientras se mueve, como si todavía no estuvieran bajo su control.

Me mete una detrás de él de la forma en que yo podría empujar el pelo de mi cara. Su brazo vuelve ensangrentado con cortes frescos en su antebrazo y un tajo donde uno de los ganchos capturó su carne.

—Cuidado con eso, arcángel —dice el gigante que acecha a Raffé.

Él dice la palabra "arcángel" con mucho veneno.

Reconozco su voz. Es la voz del Ángel de la Noche que le cortó las alas a Raffé la noche que nos conocimos. Camina junto a mí sin mirarme como si yo fuera un mueble.

—¿Qué juegos estás jugando, Beliel? ¿Por qué no me mataste en la mesa de operaciones? ¿Por qué molestarse para coser estas cosas en mí? —Raffé se agito un poco en sus pies. Recién deber de haber terminado la operación, momentos antes de que los ángeles médicos se fueran.

Por el aspecto de la sangre seca en la parte posterior del gigante, no hace falta ser un genio para decir que habían trabajado con él en primer lugar. Ha tenido más tiempo para recuperarse que Raffé, aunque estoy dispuesta a apostar que está muy lejos de toda su fuerza todavía. Levanto mi espada, tratando de ser lo más discreta que puedo.

—Matarte habría sido mi elección —dice Beliel—. Pero todas esas políticas ángel de poca monta. ¿Te acuerdas de lo que es eso?

—Ha pasado mucho tiempo. —Raffé se balancea sobre sus pies.

—Y será aún más largo, ahora que tienes esas alas. —Beliel sonrío, pero su expresión se las arregla para ser cruel—. Las mujeres y los niños correrán gritando lejos de ti ahora. Y también lo harán los ángeles.

Se volvió hacia la salida, acariciando sus plumas nuevas. —Corre por ahora, mientras muestro mi nueva adquisición. Nadie de abajo tiene plumas. Voy a ser la envidia del infierno.

Poniendo la cabeza como un toro, Raffé cargó contra Beliel.

Con toda la pérdida de sangre, me sorprendió que Raffé pudiera caminar, mucho menos correr. Se balanceo un poco mientras se apresuraba a Beliel, quien lo atrapó con un brazo enorme y lo metió en un carrito.

Raffé va a derrumbarse junto con el carro. Cortes rojos aparecen en su mejilla, el cuello y los brazos mientras sus alas no controladas se retuercen alrededor durante su caída.

Corro hacia Raffé y le entrego su espada.

Una mirada de incertidumbre cruza la cara de Beliel, y sus movimientos repentinamente se vuelven son cautelosos.

Tan pronto como dejo la empuñadura en la mano de Raffé, la punta de la espada cae al suelo como una tonelada de plomo.

Raffe sostiene la espada como si necesitara toda la fuerza para poder mantener la empuñadura sin golpear el suelo también. Ha sido tan ligera como el aire en mis manos.

Raffe se ve como si alguien acabara de romper su corazón.

Él mira su espada con el desconcierto y la traición. Trata de levantarla de nuevo, pero no puede. La incredulidad y el dolor se mezclan en su expresión. Esto es lo más emotivo que he visto, y verlo así me da ganas de hacerle daño a algo.

Beliel es el primero de nosotros en recuperarse de la sorpresa de ver la lucha de Raffe para levantar su espada. —Tu propia espada te rechaza. Detecta mis alas. Ya no eres sólo Rafael.

Él se ríe, un sonido oscuro que es todo lo más preocupante por el trasfondo de la alegría verdadera. —¡Qué triste! Un líder carente de seguidores. Un ángel con las alas cortadas. Un guerrero sin espada. —Beliel hace círculos alrededor de Raffe como un tiburón mientras se burla de él—. No te queda nada.

—Él me tiene a mí —le digo. Por el rabillo del ojo, veo a Raffe hacer una mueca de dolor.

Beliel me mira, como si realmente me viera por primera vez. —Has adquirido una mascota, arcángel. ¿Cuándo ocurrió esto? —No hay asombro en su voz, como si fuera normal que Beliel supiera de los compañeros de Raffe.

—No soy mascota de nadie.

—La conocí esta noche en el nido —dice Raffe—. Me ha estado siguiendo. No significa nada.

Beliel resopla. —Es curioso, no pregunté si ella significaba algo para ti.

Él me mira de arriba abajo, tomando cada detalle. —Escuálida. Pero útil. —Se pasea hacia mí.

Raffe me entrega la empuñadura de la espada de nuevo. —Corre.

Dudo, preguntándome cuántos golpes puede recibir Raffe en su estado.

—¡Corre! —Raffe se posiciona entre Beliel y yo.

Corro. Me escondo detrás de una columna de feto para ver.

—Haciendo amigos, ¿verdad? —pregunta Beliel—. Y con una hija del Hombre. ¿Cómo de deliciosamente irónico es? ¿Cuándo terminarán las sorpresas? —Realmente parece encantado—. Muy pronto, vas a terminar

siendo un miembro de mi clan. Siempre supe que lo harías. Serías un archidemonio excelente. —Su sonrisa se seca—. Lástima que no me interesa que seas mi jefe.

Él agarra a Raffé en un abrazo de oso, pero rápidamente lo deja ir. Sus brazos y el pecho sangrado por los cortes de carne fresca, cortesía de las nuevas alas de Raffé. Raffé aparentemente no es el único que no está acostumbrado a sus nuevas alas.

Esta vez coge a Raffé por el cuello, levantándolo del suelo. Su cara se llena de venas rojas, apareciendo en las sienes, mientras Beliel aplasta su garganta.

Una fuerte explosión sacude el edificio por encima de nosotros.

Escombros de concreto se estrellan a través de la puerta del garaje.

Varias de las columnas de vidrio restantes se agrietan, provocando que los monstruosos ocupantes giren agitados.

Corro hacia Beliel.

La espada se siente sólida y bien equilibrada en mis manos. Muevo la espada y obtengo otro choque.

La espada se ajusta.

Podría jurar que retoca su ángulo para elevar mis codos. Está lista para la batalla y la sed de sangre. Parpadeo sorprendida, casi perdiendo mi tiempo. Pero no lo hago, porque, aunque mis pies se congelan en estado de shock, mi brazo se mueve en un arco suave, dirigido por la espada.

No manejo la espada. Ella me está manejando.

Golpeo la espada al mismo tiempo que Raffé azota sus alas mortales en Beliel. Mi espada corta a través de la carne de la espalda, se bloquea en su columna vertebral.

Las alas de Raffé trituran las mejillas del demonio, y abre sus antebrazos. Él grita, soltando la garganta de Raffé.

Raffé se desploma en el suelo, sin aliento.

Beliel se tambalea lejos de nosotros. Tal vez si no hubiera estado en la cirugía, habría sido lo suficientemente fuerte como para resistirnos a los dos. O tal vez no. Los vendajes alrededor de su cintura deben ser de la herida de espada que Raffé le dio hace unos días durante su última pelea. Las heridas de

Beliel no se curarán en un futuro próximo, si Raffé tiene razón acerca de las espadas de ángeles.

Mi hoja se balancea de nuevo, claramente queriendo que ataque de nuevo. Beliel me mira con ojos desconcertados, no menos sorprendido que los ángeles que me habían visto matar a su compañero de trabajo. Una espada de ángel no se supone que deba estar en manos de una chica humana. Simplemente no se hace.

Raffé se mueve y carga contra Beliel.

Veo con asombro como Raffé empuja a Beliel con golpes tan rápidos que es casi una falta de definición. La fuerza de la emoción detrás de esos golpes es inmensa. Por primera vez, él no se molesta en ocultar su frustración y la ira, o su nostalgia por las alas perdidas.

Mientras Beliel se tambalea por los golpes, Raffé agarra su brazo y tira. Los puntos comienzan a aparecer por la espalda de Beliel, la sangre fresca tiñe las alas. Raffé parece decidido a conseguir sus alas de regreso, incluso si tiene que arrancarlas de la carne de Beliel, puntada a puntada.

Agarro la espada de Raffé. Supongo que es mi espada ahora. Si la espada lo rechaza todo el tiempo que tiene sus nuevas alas, entonces yo soy la única que la puede utilizar.

Avanzo hacia Raffé y Beliel, lista para cortar las alas.

Algo me agarra el tobillo y tira por detrás. Algo viscoso con mano de hierro.

Mis pies se deslizan sobre el suelo mojado y caigo de golpe hacia abajo en el concreto. La espada brinca de mi mano. Mis pulmones tiemblan en el impacto que creo que voy a desmayarme.

Me las arreglo para volver la cabeza para ver qué me tiene agarrada.

Me gustaría no haberlo hecho.

**D**etrás de mí, un muy musculoso feto de escorpión abre su mandíbula para gritarme, revelando filas de dientes de piraña.

Su piel subdesarrollada muestra sus venas y las sombras de los músculos. Se apoya en su abdomen como si se hubiera arrastrado desde su tanque despedazado para agarrarme.

Su aguijón mortal brota hacia arriba y sobre su espalda, con el objetivo de alcanzar mi rostro.

Una imagen de Paige y mi madre corriendo a través de la noche parpadea en mi cabeza. Solas, aterrorizadas. Preguntándose si las he abandonado.

—¡No! —mi grito es desgarrador mientras me retuerzo anormalmente para evitar la púa arremetiéndome. La punta erra a mi rostro estrechamente.

Antes de poder tomar un respiro, la punta se levanta como un látigo y golpea otra vez. Esta vez, ni siquiera tengo tiempo de prepararme mientras el látigo baja hacia mí.

—¡No! —ruge Raffe.

Mi cuerpo se sacude a medida que el aguijón pincha mi cuello.

Por un momento, se siente como una aguja imposiblemente larga excavando su camino a través de mi carne. Luego el verdadero dolor comienza.

Una agonía ardiente a lo largo del costado de mi cuello. Se siente como si estoy siendo triturada desde adentro hacia afuera. Mi aliento viene en duros jadeos y mi piel se rompe en transpiración.

Un tormentoso grito estalla desde mi garganta y mis piernas se impulsan en frenéticas patadas.

Ninguna de ellas detiene al feto de escorpión de venir por mí. Su boca se abre mientras se acerca, listo para darme el beso mortal.

Nuestros ojos se encuentran mientras me empuja hacia él. Puedo decir que piensa que succionarme hasta secarme le dará suficiente energía para sobrevivir fuera de su matriz artificial. Su desesperación se ve en su agarre, en la forma en que abre y cierra su boca como un pez tratando de respirar, en la forma en que sus venosos párpados se cierran como si la fuerte luz fuera demasiada para sus ojos subdesarrollados.

Su veneno esparce una franja de tormento a través de mi rostro y hacia mi pecho. Trato de empujar al ángel escorpión, pero todo lo que puedo hacer es darle un débil codazo.

Mis músculos están comenzando a congelarse.

De repente, el aguijón es arrancado de mi cuello. Se siente punzante, como si estuviese empujando en mi cuello de adentro hacia afuera.

Otro grito rasga a través de mí pero no puedo liberarlo. Mi boca solo se abre con un crujido. Los músculos en mi rostro se crispan en lugar de contorsionarse en agonía. Mi grito suena como un débil gorgoteo.

No puedo mover mi rostro.

Raffe sujeta la cola en sus manos y quita la abominación de mí. Está rugiendo, y me doy cuenta de que ha estado gritando todos este tiempo.

Agarra el feto de escorpión, lo mueve como un bate, y lo golpea contra los tanques.

Tres columnas se despedazan mientras él lo choca contra ellas, una tras otra. La habitación se llena con los agonizantes gritos de monstruos abortados.

Raffe cae de rodillas a mi lado. Se ve aturdido. Y extrañamente tembloroso. Me mira como si no pudiera creer lo que ve. Como si se rehusara a creer lo que ve.

¿Me veo tan mal?

¿Estoy muriendo?

Trato de tocar mi cuello para ver cuanta sangre está saliendo, pero no puedo conseguir que mi brazo se mueva hasta ahí. Lo veo levantarse un tercio del trayecto, temblando con esfuerzo, luego cae débil. Él luce afligido cuando ve mi penoso intento de moverme.

Trato de decirle que el veneno del aguijón paraliza y disminuye la respiración, pero lo que sale de mi boca es un murmullo que ni yo puedo entender. Mi lengua se siente enorme y mis labios muy hinchados para moverse. Ninguna de las otras víctimas se veía hinchada, por lo que asumí que yo

tampoco, pero se sentía así. Como si mi lengua repentinamente se volviera larga y torpe, muy pesada para mover.

—Shh —dijo gentilmente—. Estoy aquí.

Me levanta en sus brazos e intento concentrarme en sentir su calor. Por dentro, siento que me muevo. Estoy temblando por el dolor, pero por fuera estoy completamente quieta mientras la parálisis se esparce por mi espalda y piernas. Toma toda mi fuerza de voluntad evitar que mi cabeza caiga en su brazo.

La mirada en su rostro me asusta tanto como la parálisis. Por primera vez, su rostro está completamente legible. Como si no le importara más lo que veo.

La sorpresa y el dolor delinean su rostro. Intento envolver mi cabeza alrededor del hecho de que está afligido. Por mí.

—¿Ni siquiera te gusto, recuerdas? —Eso es lo que trato de decir. Lo que realmente sale de mi boca es más cercano al primer intento de balbuceo de un bebe.

—Shh —Pasa las puntas de sus dedos por mi cuello, acariciando mi rostro—. Silencio. Estoy justo aquí —Me mira con profunda angustia en sus ojos. Como si hubiera mucho que quiere decirme pero siente que ahora es demasiado tarde.

Quiero acariciar su rostro y decirle que estaré bien. Que todo estará bien.

Y deseo muchísimo que así sea.

Traducido por Pixie

Corregido por Mary Ann♥

S hh —dice Raffé, meciéndome en sus brazos.  
La luz alrededor de la cabeza de Raffé cae en sombra.

Detrás de él, la forma oscura de Beliel surge en mi campo de visión.

Una de sus nuevas alas está casi desgarrada y colgando por un par de hilos. Su rostro está contorsionado por la rabia, mientras levanta lo que parece ser un refrigerador sobre la cabeza de Raffé, de la misma forma en que Cain debe haber levantado una roca sobre la cabeza de Abel.

Trato de gritar. Trato de advertir a Raffé con mi expresión.

Pero sólo un exhalado suspiro sale.

—¡Beliel!

Beliel se gira para ver quien lo llama. Raffé también gira para ver la escena, aún sosteniéndome protectoramente en sus brazos.

Parado en la puerta está el Político. Lo reconozco incluso sin la aterrorizada mujer trofeo siguiéndolo a su paso.

—¡Baja eso, ahora! —El rostro amigable del Político está estropeado por un ceño fruncido mientras mira al ángel gigante.

Beliel respira dificultosamente con el refrigerador levantado sobre él. No está claro si va a obedecer.

—Tuviste la oportunidad de matarlo afuera en las calles —dice el Político a medida que entra a la habitación—. Pero te distrajiste por un par de bonitas alas, ¿no es así? Y ahora que él ha sido visto y los rumores de que ha regresado están corriendo salvajemente, ¿Ahora quieres matarlo? ¿Qué está mal contigo?

Beliel lanza el refrigerador a través de la habitación. Se ve como si quisiera arrojárselo al Político. Aterrizza con un golpe fuera del alcance de vista.

—¡Él me atacó! —Beliel clava su dedo en Raffé como un infante loco por los esteroides.

—No me importa si arrojé ácido en tus pantalones. Te dije que no lo tocaras. Si muere ahora, sus hombres lo convertirán en un mártir. ¿Tienes idea de lo difícil que es hacer campaña contra un mártir angelical? Siempre estarían inventando historias de cómo él se habría opuesto a esta política o a esta otra.

—¿Por qué me importarían tus políticas de ángel?

—Te importan porque yo te digo que te importen —El Político endereza sus puños—. Oh, ¿por qué me molesto? Tú nunca llegarás a ser más que medio demonio. Simplemente no tienes la facultad para comprender estrategias políticas.

—Oh, lo comprendo, Uriel —Beliel curva su labio como un perro gruñendo—. Lo has convertido en una paria. Todo en lo que él creía, todo lo que alguna vez dijo serán delirios de un demonio con alas, un ángel caído. Lo entiendo más de lo que tú lo harás alguna vez. He vivido a través de ello, ¿recuerdas? Sólo que no me importa que te dé una ventaja.

Uriel se enfrenta a Beliel aun cuando debe levantar la mirada para verle el rostro. —Sólo haz lo que digo. Tienes tus alas como pago por tus servicios. Ahora vete.

El edificio se sacude al explotar algo arriba.

El último gramo de voluntad se escapa de mí, y ya no puedo mantener mi cabeza levantada. Me marchito en los brazos de Raffe. Mi cabeza cuelga, mis ojos están abiertos pero sin enfocar, mi respiración es imperceptible.

Simplemente como un cuerpo muerto.

—¡NO! —me aprieta Rafe como si pudiera unir mi alma con mi cuerpo.

Una vista al revés de la puerta de entrada aparece en mi campo de visión. Bocanadas de humo la atraviesan.

A pesar de que el dolor oscurece el calor de Raffe, siento la presión de su abrazo, el balanceo de nuestros cuerpos hacia atrás y hacia adelante mientras el repite la palabra. —No.

Su agarre me reconforta y el miedo disminuye un poco.

—¿Estás de luto? —pregunta Uriel.

—Su Hija del Hombre —dice Beliel.

—No. —Suenan Uriel deleitosamente escandalizado—. No puede ser. No después de todas las advertencias para que nos alejáramos de ellas. ¿Después de toda su cruzada contra sus malvados engendros híbridos?

Uriel da una vuelta alrededor de Raffé como un tiburón. —Mírate, Raffé. El gran Arcángel, arrodillado con un par de alas demoniacas enlodadas alrededor suyo. ¿Y sosteniendo una moribunda Hija del Hombre en sus brazos? —Se ríe—. Oh, Dios me ama después de todo. ¿Qué sucedió, Raffé? ¿La vida en la tierra era muy solitaria para ti? Siglo tras siglo, ¿sin compañía más que el Nephilim que tan noblemente cazaste?

Raffé lo ignora y continúa trazando mi cabello y se mece adelante y atrás gentilmente como si estuviera acunando a un niño para que se duerma.

—¿Cuánto tiempo resististe? —pregunta Uriel—. ¿La alejaste? ¿Le dijiste que no significaba para ti nada más que cualquier otro animal? Oh, Raffé, ¿murió pensando que a ti no te importaba? Que trágico. Eso debe haberte roto en pedazos.

Raffé levanta la mirada con muerte en sus ojos. —No. Hables. De. Ella.

Uriel da un paso involuntario hacia atrás.

El edificio se mece nuevamente. Polvo cae sobre los moribundos escorpiones. Raffé me deja ir, poniéndome suavemente en el concreto.

—Hemos terminado aquí —le dice Uriel a Beliel—. Puedes matarlo después de que sea conocido como el Ángel Caído Raphael —Sus brazos están tiesos con autoridad, pero sus pies dan una salida apresurada. Beliel lo sigue con su desgarrada ala arrastrándose en el polvo. Es desgarrador ver las blancas plumas de Raffé tratadas de esa forma.

Raffé se toma un momento para colocar mi pelo a un lado para que no tire en contra de mi cabeza, como si eso importara.

Luego sale corriendo tras ellos. Ruge con ira mientras rasga a través de las puertas y sube por las escaleras como un ciclón.

Dos pares de pisadas golpean en las escaleras más delante de las de Raffé.

Una puerta se cierra de golpe en la parte superior de las escaleras.

Los golpes hacen eco en la puerta y las paredes. Algo se rompe, a continuación, sonidos metálicos bajan por las escaleras. Raffé grita con furia y suena como si estuviera perforando a través de las paredes. Está enojado como un perro rabioso en el límite de sus fuerzas. ¿A qué está atado? ¿Por qué no va detrás de ellos?

Pisa fuerte por las escaleras y se sitúa en la puerta respirando pesadamente. Da una mirada hacia mí, yaciendo en el piso de cemento y se lanza a sí mismo en un tanque de escorpión.

Prácticamente grita con furia. El vidrio se rompe. El agua entra en erupción.

Las cosas flotan en el piso y chirrían mientras los monstruos escorpión son separados de sus víctimas. No puedo decir cuales explosiones y gritos vienen del piso de arriba y cuales son del desenfreno de Raffé a medida que destruye el laboratorio.

Finalmente, después de que no queda nada por romper, se encuentra rodeado de escombros, el pecho agitado, mirando a su alrededor por más cosas para romper.

Patea los cristales rotos y suministros de laboratorio a un lado y mira algo hacia abajo.

Se inclina para agarrarlo. En lugar de recogerlo, lo arrastra hacia mí.

Es su espada. Él me maniobra para que pueda deslizarla en la vaina que todavía está en mi espalda. Espero que el peso de la hoja empuje contra mí, pero es apenas perceptible mientras se desliza dentro de la vaina.

Luego, me toma en sus brazos. El dolor se ha estancado, pero estoy completamente paralizada. Mi cabeza y brazos cuelgan sin fuerzas como las de un cadáver fresco.

Hace su camino a través de la puerta hacia las escaleras y nos dirigimos hacia las explosiones.

*Traducido por Pixie*

*Corregido por Mary Ann♥*

**a**l principio, Raffé se tambalea, siempre al borde del colapso. No puedo decir si sus tropiezos son por la recuperación de la cirugía o por la caída de adrenalina de su desenfreno.

Tiene cortes en el cuello y su oreja ya han dejado de sangrar, se ha curado ante mis ojos. Debe ser cada vez más fuerte con cada paso, pero su respiración es dificultosa y desigual.

En un momento dado, se apoya contra el lado de las escaleras y tira de mí en un abrazo. —¿Por qué no corriste como te dije? —Susurra contra mi cabello—. Sabía desde el principio que tu lealtad haría que te maten. Nunca pensé que sería tu lealtad hacia mí la que lo haría.

Otra explosión sacude las escaleras y seguimos adelante.

Da un paso encima de la barandilla retorcida que se encuentra en las escaleras. Ha sido arrancada de la pared. Las paredes de ambos lados están perforadas y trituradas con agujeros rasgados.

Finalmente llegamos a la cima. Raffé se inclina hacia la puerta y nos empuja a la planta baja.

Es una zona de guerra.

Todos los que no están disparando parece que están esquivando las balas.

Los ángeles están arrancándose sus abrigos en un extremo del pasillo de entrada, consiguiendo una carrerilla hasta la puerta y saltando en el aire tan pronto como salen a la calle. Sin embargo, uno de cada tres se caía en un montón de sangrientas plumas, mientras las balas encuentran sus marcas.

Trozos de acabados mármol y luces se vienen abajo al momento en que algo estalla.

El polvo y los escombros nos bañan mientras el edificio es acribillado a balazos.

La gente se dispersa en todas direcciones. Muchas de las mujeres corren en tacones altos, resbalando y tropezando con los cristales rotos. Juro que algunas de las personas que corrían en una dirección hace un momento ahora están corriendo a la inversa. Tienen que pasar por encima de la gente y los ángeles que yacen lánguidos en el suelo.

Raffe es mucho más evidente ahora con sus nuevas alas desplegadas para evitar que nos trituren. Incluso en su pánico, todo el mundo nos mira mientras pasan corriendo.

Más de unos cuantos ángeles se detienen y miran por un momento, sobre todo los guerreros. Veo la luz de reconocimiento y de sorpresa en algunos de sus rostros. Cualquiera que sea la campaña que Uriel está ejecutando contra Raffe, está teniendo un gran impulso en las encuestas. Raffe y yo somos como un afiche de campaña demoníaca con piernas. Me preocupa lo que sucederá con él, cómo será tratado siempre y cuando salgamos de esta locura.

Trato de buscar a mi familia, pero es difícil ver algo en este caos, cuando todavía no puedo mover mis ojos.

Un número de ángeles deciden arriesgarse a quedar atrapados en el interior y huir de las puertas delanteras. Probablemente se están dirigiendo a la zona del ascensor donde pueden volar hacia arriba y hacia fuera desde la parte alta del edificio. Me da cierta satisfacción ver la fiesta literalmente desintegrándose, ver estos alienígenas despojándose de sus presuntuosos trajes y corriendo para salvar sus vidas.

Lo que queda de las puertas delanteras explota en una ráfaga de metralla.

Todo suena apagado después de eso. El suelo está cubierto de vidrios rotos, y varias de las personas que están corriendo en batas y descalzos están teniendo un momento difícil.

Quiero correr hacia las puertas y gritar que somos humanos. Decirles que paren de disparar para que podamos salir de allí, al igual que los rehenes en la televisión. Pero incluso si pudiera, no hay una célula en mi cuerpo que piense que los combatientes de la resistencia van a detener su ataque sólo para que podamos ser libres. Los días de arrodillarse para preservar tu vida han quedado en el pasado hace semanas. La vida humana es ahora el más barato de los productos básicos alrededor, con una excepción. Los ángeles se encuentran lado a lado con los seres humanos, como muñecas de trapo esparcidos por el escenario.

Nos adentramos en las entrañas del edificio. Todo el mundo nos rodea ampliamente.

En el vestíbulo del ascensor, hay una alfombra de chaquetas formales desechadas y camisas de vestir rasgadas. Ellos deben ser capaces de volar mejor sin estar sujetos por la ropa, incluso si esas ropas estaban hechas a medida para ellos.

Por encima de nosotros, el aire está lleno de ángeles. Los majestuosos espirales de gracia angelical se han ido, y es un país libre para todos los que batan las alas.

Nuestro reflejo hecho añicos fluye a lo largo de una pared de espejos rotos, haciendo que la escena parezca aún más caótica. Raffé, con sus alas de demonio y una chica muerta en sus brazos, domina el vestíbulo mientras se desliza a través del pandemonio.

A pesar de que mi garganta se siente desgarrada, casi no puedo ver la marca roja donde el agujón me traspasó. Había asumido que habría tiras sangrientas de carne de donde salió el agujón, pero en cambio, no se ve peor que una picadura de un insecto.

A pesar del caos, comienzo a ver un patrón. Los ángeles, por lo general, corren en una sola dirección, mientras que la mayoría de los seres humanos se dirigen hacia otro lado. Seguimos la corriente de los seres humanos. Al igual que una cremallera, la multitud se abre ante nosotros.

Nos empujamos a través de una puerta giratoria dentro de una enorme cocina llena de acero inoxidable y aplicaciones industriales. Remolinos oscuros de humo en el aire. Las paredes cerca de las estufas rugen con llamas.

El humo pica en mi garganta y me hace agua los ojos. Es una clase especial de tortura no poder toser y parpadear. Pero lo tomo como una señal de que el dolor de la púa debe estar cediendo si hay espacio para que sienta otras sensaciones como la irritación por el humo.

En el otro extremo de la cocina, una corriente de personas empujan a través de la puerta de servicio. Varias personas se mueven contra la pared, dejándonos pasar.

Raffé permanece en silencio. No puedo ver su expresión pero los seres humanos lo miran como si estuvieran viendo al mismísimo diablo.

Otra explosión rasga a través de la construcción y las paredes se desplazan. La gente grita detrás de nosotros en la cocina. Alguien está gritando. —¡Fuera! ¡Fuera! ¡El gas va a estallar!

Nos adentramos por la puerta en el aire fresco de la noche.

Los gritos y las explosiones son aún más fuertes a fuera mientras entramos en la zona de combate. Todos mis sentidos se llenan con el rat-tat-tat de los disparos. Los olores acres de maquinaria recalentada y pólvora llenan mis pulmones.

Delante de nosotros, hay una cadena de camiones rodeado por un pequeño grupo de civiles y soldados. Más allá de ellos, echo un vistazo del apocalipsis.

Ahora que los ángeles han tomado al aire, la batalla ha dado un giro. Los soldados siguen lanzando granadas desde el interior de camiones en retirada, pero el edificio ya está prendido en fuego y las granadas sólo parecen añadir ruido al caos.

También disparan ametralladoras en el aire a los enemigos voladores, pero al hacerlo se arriesgan a convertirse en el blanco de ellos. Un grupo de ángeles levanta dos de los camiones en el aire y los arrojan sobre otros camiones que están tratando de huir.

Los seres humanos se dispersan por todos los callejones, tanto a pie como en coche. Los ángeles se precipitan hacia abajo, aparentemente al azar, y destrozan a soldados y civiles por igual.

Raffe no cambia su ritmo constante, mientras se aleja del edificio y hacia el grupo de gente que se amontona alrededor de los camiones.

¿Qué está haciendo? Lo último que necesitamos es un rabioso soldado-ciudadano apuntándonos con su ametralladora sólo porque ve algo que lo pone nervioso.

Los soldados parecen haber atiborrado a los civiles en la parte trasera de los grandes camiones militares. Soldados de la resistencia con uniformes de camuflaje se arrodillan en las camas de los camiones con sus armas apuntando hacia arriba. Están disparando al aire a ángeles que dan vueltas en círculo. Uno de los soldados ha dejado de gritar órdenes y nos está mirando. Los faros de otro camión apuntan hacia él y me dan una idea de su rostro. Es Obi, el líder de la resistencia.

Los disparos y los gritos se detienen de la misma manera en que una conversación se puede detener en una fiesta cuando entras con un oficial de policía. Todos se congelan y nos miran. Sus rostros reflejan el resplandor del fuego mientras la cocina detrás de nosotros echa llamas por la puerta y las ventanas.

—¿Qué diablos es eso? —pregunta uno de los soldados. Hay un profundo miedo en su voz. Otro soldado se persigna, completamente inconsciente de la ironía de tal gesto de un soldado luchando contra los ángeles.

Un tercer hombre saca su arma y la apunta a nosotros.

Los soldados en las camas de los camiones, al parecer asustados, giran sus ametralladoras hacia nosotros.

—Alto el fuego —dice Obi. Los faros de otro camión barren a través de él, y puedo ver su curiosidad luchando contra la adrenalina. Por ahora, la curiosidad nos mantiene vivos, pero sólo mantendrá las balas por un tiempo.

Raffe sigue avanzando hacia ellos. Quiero gritarle que se detenga, que va a hacer que nos maten, pero por supuesto, no puedo. Él cree que ya estoy muerta y en cuanto a su seguridad, es como si ya no le importara.

Una mujer grita en la histeria absoluta. Algo de ello me hace pensar en mi madre.

Entonces, veo a la mujer que está gritando. Por supuesto, ella es mi madre. Su rostro se ilumina de rojo a la luz del fuego, mostrándome toda la fuerza de su horror. Ella grita y grita y parece como que nunca se detendrá.

Me puedo imaginar lo que debemos parecer a través de sus ojos. Las alas de Raffe se extienden en torno a él como un murciélago demoníaco del infierno. Estoy segura de que la luz del fuego hace hincapié en las guadañas afiladas en sus bordes. Detrás de él, el edificio arde con llamas malévolas contra el cielo ennegrecido por el humo, envolviendo su rostro en sombras danzantes. No tengo ninguna duda de que se cierne oscuro y amenazador en forma de demonio clásico.

Mi madre no sabe que él probablemente mantiene las alas de esa manera para evitar cortarnos. Para ella, él debe verse como la Cosa Que La Persigue. Y su peor pesadilla se ha hecho realidad esta noche. Aquí está el Diablo, saliendo de las llamas, llevando a su hija muerta en sus brazos.

Debe de haberme reconocido por mi ropa para que ella empiece a gritar tan pronto. O tal vez ha imaginado esta escena tantas veces que no tiene ninguna duda de que debo ser yo en los brazos de este demonio. Su horror es tan auténtico y tan profundo que me estremezco en el interior al oírlo.

Un soldado se sacude con su arma apuntando hacia nosotros. No sé cuánto tiempo van a contenerse. Me doy cuenta de que si disparan, ni siquiera será capaz de cerrar los ojos.

Raffe se arrodilla y me pone sobre el asfalto. Levanta mi cabello a un lado y lo deja correr entre sus dedos mientras, poco a poco, cae en cascada sobre mi hombro.

Su cabeza está aureolada por luz de las llamas encima de mí, su rostro en la sombra. Corre sus dedos a través de mis labios en un toque lento y suave.

Entonces él se retira con rigidez, como si todos sus músculos lucharan contra él.

Quiero rogarle que no se vaya. Decirle que aún estoy aquí. Pero permanezco congelada. Todo lo que puedo hacer es ver como se levanta.

Y desaparece de mi vista.

Entonces, no hay nada más que el cielo vacío reflejando la luz del fuego.

*Traducido por LizC*

*Corregido por Mary Ann♥*

**E**n algún lugar de la ciudad, un perro aúlla. El sonido hueco debería haberse perdido en el fragor de la batalla, ahogado en el miedo y el dolor. En cambio, mi mente se impulsa hacia fuera hasta que eclipsa todo lo demás.

A medida que permanezco paralizada en el pavimento frío, todo lo que puedo pensar es que es el sonido más solitario que he escuchado.

Mi madre corre hacia mí, aún chillando. Se lanza sobre mí, llorando histéricamente. Ella piensa que estoy muerta, pero todavía tiene miedo. Miedo por mi alma. Después de todo, justo acababa de ver un demonio entregar mi cuerpo muerto.

Alrededor de nosotros, la gente estalla en una conversación asustada.

—¿Qué demonios fue eso?

—¿Está muerta?

—¿La mató?

—¡Deberías haberle disparado!

—No sabía si estaba muerta.

—¿Acabamos de ver al diablo?

—¿Qué demonios estaba haciendo?

Él estaba entregando mi cuerpo a mi pueblo.

Podría haber recibido un disparo. Pudo haber sido atacado por otros ángeles. Si estaba realmente muerta, debió haberme dejado en el sótano para ser enterrada en los escombros. Tendría que haber persiguió a Beliel y tomado sus alas de vuelta. Tendría que haber frustrado a Uriel y evitar ser visto por los demás ángeles.

En cambio, me entregó a mi familia.

—Es ella. Penryn. —Dee Dum me viene a la línea de visión. Está manchado de hollín, viéndose agotado y triste.

Obi entra en a la vista. Él me mira solemnemente por un momento.

—Vamos —dice Obi, suspirando—. ¡Muévanse! —Le grita al grupo—. ¡Vamos a sacar a estas personas de aquí!

Las personas se mueven de un lado a otro por delante de mí hacia los camiones. Todos miran hacia mí a medida que pasan por ahí.

Mi madre me agarra más firme y sigue llorando. —Por favor, ayúdenme a subirla al camión —gime.

Obi se detiene y le da una mirada amable. —Siento mucho lo de su hija, señora. Pero me temo que no hay espacio para... Me temo que tendrá que dejarla. —Se vuelve y llama a sus soldados—. Alguien que ayude a esta señora a entrar en un camión.

Un soldado viene y la arrastra lejos de mí.

—¡No! —grita ella, se lamenta y se retuerce en los brazos de los soldados.

Justo cuando parece que el soldado está a punto de darse por vencido y la deja ir, me siento siendo elevada. Alguien me está cargando. Mi cabeza se adormece de nuevo y obtengo un vistazo de quien me sostiene.

Es la pequeña Paige.

Desde mi ángulo, puedo ver los crudos puntos de sutura a lo largo de la línea de su mandíbula dirigidas hasta su oreja. El suéter amarillo alegre de mamá yace a lo largo de los puntos de sutura en su cuello y hombro. Lo ha usado así una y mil veces. Nunca pensé que íbamos a cambiar de lugar un día. Ella camina a un ritmo normal y no de la manera tambaleante en que debería con mi peso.

La multitud se queda en silencio. Todo el mundo nos mira.

Me coloca en la cabina de una camioneta sin ayuda de nadie. El soldado de pie en el lecho agarra su rifle en la posición de preparado y se aleja de nosotras. Las personas que ya están en la cabina del camión suben respaldándose los unos a otros como animales de pastoreo en conjunto.

Escuché a Paige gruñir cuando se sube a la camioneta. Nadie le ayuda. Ella se inclina para levantarme de nuevo.

Sonríe un poco cuando me mira, pero se convierte en una mueca de dolor una vez que se hace lo suficientemente amplia como para mover sus

puntos de sutura. Capturo un vistazo de las fibras de carne cruda atrapadas en sus filas de dientes incluso más afiladas.

Desearía poder cerrar los ojos.

Mi hermanita me coloca a lo largo de un banco en el costado de la cabina del camión. Las personas se salen de nuestro camino. Mi madre entra a la vista y se sienta cerca de mi cabeza. Coloca mi cabeza sobre su regazo. Ella sigue llorando pero ya no de forma histérica. Paige se sienta junto a mis pies.

Obi debe estar cerca porque todo el mundo en el camión mira más allá de la cabina como si estuvieran esperando un veredicto. ¿Van a dejar que me quede?

—Salgamos de aquí —dice Obi—. Ya hemos perdido demasiado tiempo. ¡Suban a estas personas en los camiones! ¡Vamos antes de que ella estalle!

¿Ella? ¿El nido?

El camión se llena de gente, pero de alguna manera, se las arreglan para dejar algo de espacio alrededor de nosotros, de manera que no estamos apiñados.

Disparos estallan entre los gritos. Todo el mundo se sujeta, preparándose para un duro viaje. El camión se tambalea hacia adelante, sorteando los autos muertos a medida que acelera lejos del nido.

Mi cabeza rebota en el muslo de mi madre mientras corremos por encima de algo. ¿Un cuerpo? El estallido de la ametralladora disparando balas al aire nunca se detiene. Sólo puedo esperar que el salvaje rocío de balas falle a Raffé, esté donde esté.

No pasa mucho tiempo después de que nos fuimos que un camión de gran tamaño se estrella contra el edificio en el falso amanecer de la luz del fuego.

El primer piso del nido explota a lo amplio en una bola de fuego.

Vidrio y concreto se esparce en todas las direcciones. A través del fuego, el humo y los escombros, las personas y los ángeles vuelan lejos del nido como hormigas dispersas.

El majestuoso edificio se tambalea como en estado de shock.

Resplandece fuego fuera de las ventanas más bajas. Mi corazón se contrae, preguntándome si Raffé se quedó fuera del nido. No vi a dónde se fue después de que me dejó. Sólo puedo esperar que esté a salvo.

Y entonces, el nido se derrumba lentamente sobre sí mismo.

Se reduce en cenizas con una nube de polvo ondeando en cámara lenta. Los sonidos acompañantes sordos, como un terremoto sin fin. Todo el mundo mira con asombro.

Las hordas de ángeles rodean el aire, inspeccionando la carnicería.

Cuando el polvo crece rápidamente hacia ellos, dan marcha atrás, propagándose, viéndose escasos y dispersos. Cuando la fachada de la cima del nido se viene abajo en el montón resquebrajado, hay un silencio reverente.

Luego, en parejas y tríos, se dispersan los ángeles entre el cielo lleno de humo.

Todos a nuestro alrededor aplauden. Algunos están llorando. Otros están gritando. La gente salta de arriba a abajo, aplaudiendo. Extraños quienes se habrían apuntado con armas el uno al otro en la calle ahora se abrazan.

Hemos devuelto el golpe.

Hemos declarado la guerra a cualquier ser que se atreva a pensar que puede acabar con nosotros sin una lucha. Sin importar qué tan celestial, sin importar lo poderosos que son, este es nuestro hogar y vamos a luchar para mantenerlo.

La victoria está lejos de ser perfecta. Sé que muchos de los ángeles se han escapado con sólo heridas leves. Tal vez unos pocos han sido asesinados, pero el resto se curará rápidamente.

Pero al mirar a las personas celebrando, uno pensaría que la guerra ha sido ganada. Ahora entiendo lo que Obi quiso decir cuando dijo que este ataque no se trataba de ganar a los ángeles. Se trataba de ganar a los seres humanos.

Hasta ahora, nadie, ciertamente no yo, creía que había siquiera la oportunidad de defenderse. Pensamos que la guerra había terminado. Obi y sus combatientes de la resistencia nos han mostrado ahora que está recién comenzando.

Nunca pensé en eso antes, pero me siento orgullosa de ser humana. Siempre hemos sido tan imperfectos. Somos frágiles, confundidos, violentos, y luchamos con tantos asuntos. Pero en general, me siento orgullosa de ser Hija del Hombre.

*Traducido por LizC*

*Corregido por Mary Ann♥*

**E**l cielo se ilumina con una mezcla de rojo sangre y hollín negro. La magullada luz le da un brillo irreal a la ciudad quemada. Los soldados han dejado de disparar, a pesar de que continúan rastreando los cielos como si esperaran ver a un ejército de demonios que yendo hacia nosotros. En algún lugar de la distancia, el sonido del fuego de las ametralladoras se hace eco por las calles.

Seguimos tejiendo a través de autos muertos. Las personas en nuestro camión hablan con entusiasmo en voz baja. Están tan entusiasmados, que cada sonido está listo para asumir toda una legión de ángeles por sí mismos.

Aún se mantienen tanto en su lado del camión como sea posible. Es una buena cosa que están muy emocionados y contentos; de lo contrario, me temo que sólo puede que nos quemarían a todos en la hoguera. En medio de la charla, se mantienen mirando en nuestra dirección. Es difícil decir si se trata de mi madre en su trance orando en distintas lenguas, o mi hermana con sus perturbadores puntos de suturas y mirada vacía, o el cuerpo sin vida que soy lo que los mantienen mirando en nuestra dirección.

El dolor se está desvaneciendo. Está comenzando a sentirse más como si hubiera sido golpeada con un auto económico saltándose una señal de alto en lugar de uno de dieciocho ruedas en la autopista. Mis ojos están empezando a estar un poco bajo mi control otra vez. Sospecho que algunos de mis otros músculos se están descongelando también, pero mis ojos son los más fáciles de mover, si podrías llamar el movimiento de una fracción de milímetro como movimiento. Pero es suficiente como para decirme que los efectos del veneno están desapareciendo y que probablemente voy a estar bien.

Las calles se han convertido desoladas y vacías de gente. Estamos fuera del distrito nido y en la zona demolida. Miles de cáscaras de autos quemados y edificios destruidos manan al pasar. El viento azota mi cabello alrededor de mi rostro mientras nos dirigimos a través del esqueleto carbonizado y roto de nuestro mundo.

De vez en cuando paramos, mezclándonos con los otros autos muertos. En un momento dado, Obi nos hace callar, y contenemos la respiración, esperando que nada nos encuentre. Supongo que los ángeles han sido vistos por encima y nos estamos camuflando.

Justo cuando creo que es todo, alguien en la parte de atrás grita—: ¡Cuidado!

Señala por encima de él. Todo el mundo mira hacia arriba.

Contra el dañado cielo, un ángel solitario nos rodea por encima.

No, no es un ángel.

La luz destella fuera del metal curvado en el borde de su ala. La forma de las alas no tiene forma de alas de un pájaro. Es la forma de una gigante ala de murciélago.

Mi corazón se acelera con mi necesidad de gritarle. ¿Podría ser?

Él rodea en lo alto, cada paso en espiral lo acerca más. Las espirales son amplias y lentas, casi a regañadientes.

Para mí, es un aspecto que no pone en peligro a nuestro camión. Pero a los demás, especialmente en su estado lleno de adrenalina, es un ataque enemigo.

Levantamos sus fusiles y apuntan hacia arriba en el cielo. Me dan ganas de gritarles que se detengan. Quiero decirles que nada nos va a pasar. Quiero chocar contra ellos y estropear su objetivo. Pero todo lo que puedo hacer es ver como apuntan y disparan en el aire.

Los perezosos círculos se convierten en maniobras evasivas. Él está lo suficientemente cerca como para que vea el cabello oscuro, y ahora que está haciendo más que planear, la forma en que se mueve parece torpe. Como si estuviera aprendiendo a volar con sus alas.

Es Raffe. Él está vivo.

¡Y está volando!

Quiero saltar arriba y abajo, agitar mis brazos y gritar a su encuentro. Quiero darle ánimos. Mi corazón se dispara con él, incluso a medida que es apoderado con miedo de que caerá del cielo.

Los soldados no son lo bastante expertos con sus rifles para atinar un blanco en movimiento desde esa distancia. Raffe vuela a lo lejos sin lesiones.

Mis músculos de la cara tiemblan un poco en respuesta a mi alegría interior.

*Traducido por Andreani*

*Corregido por Mary Ann♥*

**T**oma una hora antes de que logre descongelarme completamente. Mientras tanto, mi madre aprieta sus manos y reza desesperadamente sobre mi cuerpo con los sonidos bajos guturales que son sus palabras-en-lenguas. Son las únicas perversiones de palabras que son sin duda inquietantes de escuchar, pero ella las canta en una cadencia que es de alguna manera arrulladora al mismo tiempo. Haciendo que mi mamá sea simultáneamente aterradora y calmante, como puede ser sólo una madre demente.

Sé que estoy volviendo a mi cuerpo, pero sólo me quedo quieta allí hasta que me puedo sentar. Empiezo a parpadear ocasionalmente y a respirar normalmente mucho antes de que me siente, pero nadie lo nota. Entre la sutura de mi hermana y la presencia como autómatas en mis pies y las oraciones de mi madre sin parar encima de mi cabeza, supongo que mi cuerpo es lo menos interesante para mirar.

El día esta amaneciendo.

Nunca me di cuenta del triunfo que era simplemente estar viva. Mi hermana está con nosotros. Raffé está volando. Todo lo demás es secundario.

Y por ahora, eso es suficiente.

# Fin

*PROXIMAMENTE*

Penryn & el Fin  
de los Días #2

## **Traducido, Corregido & Diseñado en:**



<https://www.librosdelcielo.net>